

Araucanía

de Chile



araucaria

de Chile

N° 45 - 1989

.....



Director:

Volodia Teitelboim

Secretario de Redacción:

Carlos Orellana

**Consejeros
y colaboradores:**

Jorge Enrique Adoum, Margarita Aguirre, Carlos Albrecht, Fernando Alegría, Clodomiro Almeyda, Isabel Allende, Nemesio Antúñez, Mario Benedetti, José Balmes, Gracia Barrios, Gustavo Becerra, Mario Boero, Leonardo Cáceres, José Cademátori, Alfonso Calderón, Javier Campos, Orlando Caputo, Hernán Castellano Girón, Carlos Cerda, Armando Cisternas, Patricio Cleary, Marceio Coddou, Francisco Coloane, Julio Cortázar (+), Santos Chávez, René Dávila, Guido Decap, Luis Enrique Délano (+), Poli Délano, Jorge Díaz, Humberto Díaz Casanueva, Eugenia Echeverría, Vladimir Eichin, Juan Armando Epple, Víctor Farías, Eduardo Galeano, Gabriel García Márquez, Claudio Giacóni, Ruth González Vergara, Alexis Guardia, Patricio Hales, Marta Harnecker, Guillermo Haschke, Manuel Alcides Jofré, Fernando Krahn, Raúl Larra, Miguel Lawner, Miguel Littin, Hernán Loyola, Sergio Macías, José Mal-

sumario

A los lectores	5
De los lectores.	6

nuestro tiempo

<i>América Latina: la nueva estrategia norteamericana. Documento de Santa FE II.</i>	11
Colombia: el precio de la vida y de la muerte (Juan Jorge Faúndes).	45

aniversarios

Gabriela Mistral: <i>Cómo hago mis versos.</i>	51
<i>En el centenario de Gabriela Mistral.</i> Contiene: Federico Schopf: <i>Reconocimiento de Gabriela</i> , p. 57 / Volodia Teitelboim: <i>Historia de un amor atormentado</i> , p. 73 / Virginia Vidal: <i>Gabriela, Madre nuestra</i> , p. 85 / Ruth González-Vergara: <i>Una gran desconocida</i> , p. 92 / <i>Cronología de su vida y su obra</i>	96

conversaciones

José Miguel Varas: <i>La «perestroika» y la crisis del socialismo.</i> Conversación con Leonardo Navarro	101
--	-----

calas en la historia de Chile

Maximiliano Salinas: <i>Demonología y colonialismo. Historia de la comprensión folklórica del diablo en Chile</i>	117
---	-----

temas

Robert Pring-Mill: <i>Neruda y Oxford</i>	137
Jaime Valdivieso: «Una vez que yo no esté...» Entrevista con José Venturelli.	157

textos

- Enrique Lihn: *Poemas* 163
Roberto Brodsky: *Balada de un pueblo rubio en boca de una negra triste* 177
Jorge Rossi: *Los gatos alzados* 187

crónica

- La fuerza del cine chileno en Chile (Radomiro Spoto), p. 197 / *La pichanga del progreso* (Pablo Huneeus), p. 205 / *La muerte es la muerte, no más* (M. G.). 205

notas de lectura

- Los que van a morir te saludan / De O'Higgins a Allende / América Latina: la identidad y la máscara / Crisis de la esperanza / Plano secuencia de la memoria de Chile / Descenso de un aguafuerte atribuido a Piranesi / *Poemas* 209

Diego de la Horca, residente en París, es el autor de los collages que se reproducen en ambas portadas; no tienen título, aunque el collage de la portada principal bien podría llamarse «Alegoría de la transición». Las pinturas de las pp. 4, 9, 10 y 44 son del célebre pintor ecuatoriano Guayasamín. De Sergio Vesely, músico y escritor residente en la R.F.A., son los carteles que aparecen en pp. 48 a 156; Verónica Gutiérrez Molina, recién retornada a Chile, es la autora de los collages de pp. 162, 176 y 186; finalmente, las pinturas reproducidas en p. 196 y finales son de Sandra Gallo, que vive en Holanda.

davsky, Patricio Manns, Roberto Matta, Eugenio Matus Romo, Gabriela Meza, Julio Moncada (+), Augusto Monterroso, Jacqueline Mouesca, Eugenia Neves, Osvaldo Obregón, Agustín Olavarría, Carlos Ossa, Carlos Ossandón, Alfonso Padilla, Patricio Palma, Isabel Parra, Claudio Pérsico, Olga Poblete, Fernando Quijandrán, Mauricio Redolés, Osvaldo Rodríguez Musso, Miguel Rojas Mix, Grinor Rojo, Luis Rubilar, Omar Saavedra, Ernesto Sábato, Cecilia Salinas, Augusto Samaniego, Federico Schopf, Antonio Skármeta, Rubén Sotoconil, Radomiro Spoto, Bernardo Subercaseaux, Arturo Taracena, Eugenio Tellez, Mario Toral, Armando Uribe, María de la Luz Uribe, Juvencio Valle, Hernán Villablanca, Sergio Villegas, Sergio Vusković, Oscar Zambrano, Raúl Zurita.

Comité permanente:

Ligeia Balladares, Luis Bocaz, Pedro Bravo Elizondo, Jaime Concha, Osvaldo Fernández, Pamela Jiles, Omar Lara, Luis Alberto Mansilla, Alberto Martínez, Guillermo Quiñones, Hernán Soto, José Miguel Varas, Virginia Vida.

Diseño gráfico:

Fernando Orellana.

EDICIONES MICHAY.

Arlabán, 7, of. 49 / Teléfono: 532 47 58 / 28014-Madrid (España).

ISBN: 84-85594.

ISSN: 0210-4717.

Depósito legal:

M. 20.111-1978.

Catálogo de la Biblioteca del Congreso (Washington):

N.º 80-642682.

Impresores:

Graficino, S. A. / Eduardo Torroja, 8 / Fuenlabrada (Madrid).



a los lectores

Promediando 1989, Chile vive la esperanza de su tránsito a la democracia. ¿Marcha hacia ella efectivamente? Es probable que sea así, aunque la ruta aparezca llena de escollos y peligros. El dictador, envejecido, consuetudinario más al reinado que al ejercicio efectivo del gobierno, se mantiene — queriendo proyectar en el espejo, como la bruja del cuento, la máscara de una virtud inexistente — en el empeño inútil de una perennidad imposible.

Pero los suyos, los garantes del régimen, no descansan. Como los jefes del ejército que sacan la voz para recordarnos que ellos no han renunciado a seguir en la vela permanente de las armas; y en el otro extremo del espectro dictatorial, los guzmanes y lavines y otros doctores del universo ideológico pinochetista, que nos venden la imagen de un sistema cuyas cualidades hablan sin timideces o rubores: democracia, bienestar, justicia, progreso. ¡Una utopía a prueba de tontos!

El viajero que pase hoy por nuestro país tiene estos motivos de cólera y asombro y aún puede agregar algunos otros en que la reflexión se tiñe a su pesar de consternación. Cuando redactamos estas líneas, la oposición democrática no logra todavía conformar un acuerdo global en torno a las elecciones de fines de este año. Conspiran contra ello las ambiciones desmedidas de algunos y su tozudez, la estrechez de miras políticas de otros, un cierto espíritu de campanario y esa ponzoña que asoma en todos los rincones de Chile como muestra de lo eficaz que ha sido en determinados aspectos la obra de la dictadura: el anticomunismo.

Dura faena la de encontrar otra vez el camino democrático perdido. Devolver en este terreno al país los signos de su identidad histórica original es una tarea política, pero también moral, que deberá proponerse la corrección de los hábitos de convivencia social, la limpieza de una atmósfera irrespirable por algo más que el *smog*: el reinado de la corrupción, del conformismo, la carrera sin frenos por el triunfo económico individual, el desprecio por los valores mínimos de la comunicación y la solidaridad colectivas, la adaptación del estilo y hasta el vocabulario de la lógica autoritaria. No será suficiente, sin duda, con marcar una cruz en el voto de diciembre para sentirnos respirando otros aires. Es la *refundación* del país lo que está en juego. Y allí todos estamos llamados a aportar nuestro esfuerzo, erradicando para siempre las prácticas del dictador y su régimen.

de los lectores

Este año fue uno de los mejores en la celebración del Día Internacional de la Mujer. Miles de ellas se reunieron, como se sabe, en el Estadio Santa Laura, ofreciendo un ejemplo unitario que buena falta le hace a los partidos de la oposición. Como yo creo que el tema de nosotras, las mujeres, no es para evocarlo sólo en ese «Día», puesto que se trata de algo permanente, algo que cuenta todos los días y que es una de las cuestiones que va a decidir el futuro de Chile, les mando este poema «Mujeres del mundo: uníos». No lo he escrito yo, que no soy poetisa; su autora es Teresa Calderón, una de las escritoras jóvenes más talentosas de este país. Se ganó el Primer Premio entre dos mil poetas que competían en un importante concurso reciente. Estoy segura que les gustará publicarlo.

L. F. (Santiago, Chile)

TERESA CALDERON

Mujeres del mundo, uníos

Arriba mujeres del mundo
la buena niña
y la niña buena para el leseo
las hermanitas de los pobres y
[amiguitas de los ricos
la galla chora y la mosca muerta
la galla hueca y la medio pollo
la cabra lesa y la cabra chica
[metida a grande
canchera la cabra
y la que volvió al redil

la que se echa una canita al aire
la que cayó en cana o al litro
y la caída del catre
las penélopes mata haris y juanas
[de arco
la que tiene las hechas y las
[sospechas
la que se mete a monja
o en camisa de once varas

la mina loca la mina rica
pedazo de mina
la que no tenga ni perro que le ladre
y la que «tenga un bacán que la
[acamale»

Arriba mujeres del mundo
la comadre que saca los choros del
[canasto
los pies del plato
y las castañas con la mano del gato
las damas de blanco azul y rojo
las de morado
las damas juanas y damiselas
todas las damas y las nunca tanto
la liviana de cascos y la pesada de
[sangre
la tonta que se pasó de viva y la
[tonta morales
la que se hace la tonta si le conviene
la que no sabe nada de nada
y esa que se las sabe por libro.
La madre del año, arriba,
madre hay una sola
y las que se salieron de madre.

Arriba mujeres del mundo:
la cabra que canta pidiendo limosna
la que como le cantan baila
y la que no cantó ni en la parrilla.

Arriba todas las que tengan
velas en este entierro
la que pasa la lista
y la que se pasa de lista
la aparecida y la desaparecida
la que se ríe en la fila
y la que ríe último ríe mejor
la natasha la carmen la pía
la paz la anamaría la lila
la angelina y la cristina
la que anda revolviendo el gallinero
la que pasa pellejerías

y la que no arriesga el pellejo
la dejada por el tren
o por la mano de Dios.

Que se alcen las mujeres con valor
la pierdeteuna
y la que se las ha perdido todas
la percanta que se pasa para la
[punta
la que nadie lleva ni de apunte
y esa que apuntan con los fusiles.

* * *

Os envío el impreso de suscripción y un cheque adjunto. Intentaré además conseguir más suscripciones en Bilbao. Os deseo lo mejor en vuestro regreso a Chile, al igual que al querido pueblo chileno, que estoy segura saldrá de la ignominiosa dictadura a la democracia. Que esa democracia se sustente en las clases populares, se profundice y haya bienestar e igualdad social será parte de vuestra tarea. Estad seguros de que tendréis para ello el apoyo de muchas mujeres y hombres españoles, que no sólo luchamos por la igualdad y la justicia en el mundo, sino que de forma concreta nos sentimos especialmente unidos a las/los latinoamericanos.

Kati Gutiérrez (Bilbao, España)

Sabedor de vuestro propósito de seguir editando desde el próximo año la revista en Chile, me es especialmente grato renovar mi suscripción correspondiente a 1989. Le deseo con toda el alma a **Araucaria** que su traslado desde la retaguardia de España a la primera línea de Chile pueda contribuir al éxito creciente de la lucha que se libra porque vuelva a brillar la luz de la cultura y de la libertad en nuestra «Patria en tinieblas».

Leopoldo Zuljević (Split-Yugoslavia)

Estoy muy contenta de la noticia que trae el número 44: que la revista inicia su retorno a Chile. Yo soy hinchita declarada de ella y creo que debe continuar apareciendo allá periódicamente. Antes que partan quiero confiarles que, producto de estos años de exilio han surgido una serie de pensamientos que he trasladado al papel. No los denomino poemas, sería muy arrogante, y no aspiro desde luego a que los publiquen, sólo que los conozcan, y que me den una opinión, si les es posible.

Marta Silva-Kekki (Helsinki, Finlandia)

Nuestra lectora incurre en un pecado excesivo de modestia. Con mucho gusto publicamos algunos de sus poemas.

La fiesta

Oh nuestros niños de los sábados
cuántos ojos dulces como el
manjar
cuántas sonrisas de pan
niños nuestros que convierten
los aburridos sábados nórdicos
en fiestas
con sus torbellinos de panal
oh nuestros niños de los sábados
que hermosos hombres serán

Multipliación

Y de pronto comenzamos
a parir Sebastianes
surgían éstos como arroz
blancos los unos
rosados y morenos los otros
bellos gordos peludos
nórdicos chilenos mestizos
los Sebastianes
hoy le alegran la vida
aquí en Finlandia
a más de cinco madres

Por la autopista

Te pensé en París
vi tu renault en Montreuil
vi a la chica francesa
besarte la nuca y hacerme
un guiño con su ojo
izquierdo
yo iba a 120 kilómetros
en un Talbot
pero lo noté
no te rías
sentí celos
(París, julio del 86)

Helsinki Blues

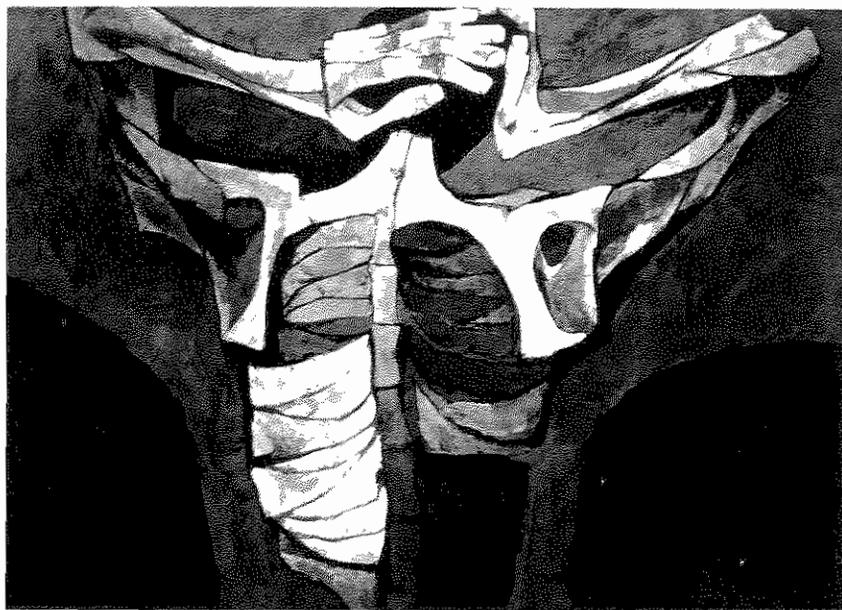
Mira el golfo te dije tristemente
mira la foresta agreste contestaste
tu piel amiga
tu sombra recortada
tu paso firme
tu amoroso parpadear
tu comando dulce
tu mirada cómplice
tu rencor
tu odio
tu herida
todo se añora este día

MARTA SILVA-KEKKI

La presente es para comunicarles la irreparable pérdida de nuestro compañero y amigo Jaime Barrios, ocurrida en la madrugada del 18 de abril en su casa habitación de la ciudad de Nueva York. Jaime fue, como ustedes saben, un luchador incansable en la denuncia de los atropellos a los derechos humanos cometidos en Chile por la Dictadura. Pertenecía a esta comisión con sede en Nueva York y por años estuvo al frente de Chile Democrático. Su partida, muy dolorosa para nosotros, deja un vacío muy difícil de llenar.

Lucy Orellana Martínez, Pablo Neruda
Cultural Center (New York, EE.UU.)

Jaime Barrios fue activista fundamental en la campaña librada en Estados Unidos para esclarecer el asesinato de Orlando Letelier. Aparte de esta labor, Barrios era cineasta, correalizador en 1986 del documental Historia de una guerra diaria, tuvo el año pasado a su cargo las filmaciones de los spots del No en el plebiscito, en los que se incluyen testimonios de Claudio Arrau y Jane Fonda, entre otros. Preparaba un completo documental sobre la vida y obra de Pablo Neruda. Ha muerto a los 44 años de edad.





América Latina: la nueva estrategia norteamericana

Documento de Santa Fe II

América Latina —«patio trasero» de los Estados Unidos según los designios imperiales de sus círculos dirigentes— es fuente para éstos de constante zozobra, porque décadas de intervenciones directas e indirectas sólo les han permitido controlar a medias el proceso social; no han conseguido abolir la voluntad de cambio ni sepultar el espíritu de rebelión.

De ahí el esfuerzo constante por descubrir las vías estratégicas más adecuadas, el empleo de los métodos más eficaces. A cada período una política y a cada Administración los instrumentos de análisis que le permitan su diseño más adecuado. Ronald Reagan tuvo así su código de conducta: se apoyaba en el documento preparado para el Consejo Interamericano de Seguridad del gobierno de los Estados Unidos, el llamado Comité de Santa Fe¹. George Bush tiene ahora el suyo. El mismo equipo que preparó el memorándum anterior ha elaborado el «Documento de Santa Fe II»², cuyas sugerencias y propuestas debe-

¹ Ver Volodia Teitelboim, «Santa Fe y los intelectuales de América Latina», *Araucaria*, núm. 16, pp. 19-29, Madrid, 1981.

² El equipo está integrado por las siguientes personas:

Sr. L. Francis (Lynn) Bouchey

Es el presidente del Consejo de Seguridad Interamericana. Ha impartido Política Latinoamericana en la Universidad Católica de Estados Unidos y es un investigador asocia-

rán inspirar la política hemisférica del nuevo mandatario norteamericano.

No necesitamos poner mayor énfasis en la importancia que tiene el conocimiento del presente texto.

Declaración resumen

Estados Unidos y el sistema interamericano se enfrentan a enormes problemas en América Latina. La crisis de Centroamérica continúa sin resolverse y turbulentas corrientes que se encuentran en acción en América del Sur están siendo pasadas por alto a riesgo nuestro. La deuda, el terrorismo, las drogas, los estados depredadores, las enor-

do del Instituto de Estudios Interamericanos de la Universidad de Miami. Es comentarista regular de Radio América sobre problemas latinoamericanos y ha publicado numerosos trabajos sobre asuntos estratégicos y relacionados con América Latina. Es candidato a Doctor en la Universidad Católica. Obtuvo su M. A. en la Universidad de Georgetown y su B.A. en la Universidad de Dallas.

Dr. Roger W. Fontaine

Es actualmente un escritor por cuenta propia de Washington. Ha sido jefe de la corporación diplomática del «The Washington Times». Ha sido asesor especial del personal del Consejo de Seguridad Nacional para América Latina y director del programa de Estudios Latinoamericanos e Internacionales en el Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales de la Universidad de Georgetown. Ha ocupado diferentes cargos docentes e investigativos. Posee una vasta experiencia en radio y televisión y ha escrito numerosos libros y monografías sobre América Latina. Obtuvo su Ph. D. y su M.A. en la Universidad John Hopkins y un B.A. en la Universidad de Valparaíso.

Dr. David C. Jordan

Imparte clases actualmente en la Universidad de Virginia. Fue embajador de Estados Unidos en Perú, consultor del gobierno y de empresas privadas de Estados Unidos y formó parte de la junta editorial de Strategic Review u Comparative Strategy. También fue presidente del Departamento Woodrow Wilson de Relaciones Exteriores y de Gobierno durante ocho años. Ha publicado numerosos trabajos sobre América Latina y las cuestiones estratégicas. Obtuvo su Ph. D. en la Universidad de Pennsylvania, el LL.B. en la Universidad de Virginia y su B.A. en Harvard.

Tte. Gral. Gordon Summer (hijo) (USA-Ret)

Es presidente del Consejo de Seguridad Interamericana y fue nombrado embajador especial por la Administración Reagan. Ha servido en Vietnam, ha sido asignado al Secretario de Defensa como Auxiliar Militar Superior y al Estado Mayor Conjunto como Jefe en la División del Hemisferio Occidental. Director de Planes y Políticas. En agosto de 1975 fue promovido a Tte. Gral. y se desempeñó como presidente de la Junta Interamericana de Defensa. Ha sido condecorado con las medallas Estrella de Plata, Estrella de Bronce «V», Emblema (con 13 Oak Leaf Clusters) y Purple Heart, entre otros. El Gral. Summer obtuvo un B.A. en la Universidad Estatal de Louisiana, un M.A. en la Universidad de Maryland y ha concluido un trabajo en curso para un grado de doctor en la Universidad Americana.

mes migraciones, las insurgencias comunistas y la corrupción son sólo parte de este escenario. El Documento de Santa Fe II es una estrategia para atacar estos problemas y promover la democracia, la libertad y la oportunidad económica para toda la región en una forma proactiva en lugar de reactiva.

Cuando el gobierno de Reagan tomó el poder, América Latina y la política exterior de Estados Unidos hacia ese continente se reflejan mutuamente: ambas estaban en completo desorden. El Documento Santa Fe I, que se publicó en 1980, fue concebido para abordar algunos de los problemas más inmediatos que enfrenta Estados Unidos. La misma ayudó a concentrar la percepción norteamericana de cómo debía verse a América Latina en un contexto geoestratégico; advirtió la crisis de endeudamiento que se vislumbraba, estimuló los esfuerzos en pro de la democracia y el surgimiento de programas tales como la Iniciativa de la Cuenca del Caribe y Radio Martí.

Pero no todas las propuestas del Documento Santa Fe II fueron aplicadas adecuadamente, ni todos los problemas pudieron resolverse en sólo ocho años, por lo que el Documento Santa Fe II además de seguir el sello innovador de su predecesor, también es un producto de la necesidad. Como ocurrió hace ocho años, el sistema interamericano, especialmente la OEA, permanece subutilizado y de hecho, ha sido testigo de un mayor deterioro en los últimos años. Por tanto, los autores del Documento Santa Fe II, trataron de proporcionar una estrategia de régimen que vaya más allá del establecimiento de un sistema electoral, que, si es seguida por la próxima administración pueda proporcionar estabilidad a situaciones políticas que de otra forma pudieran ser explosivas e inestables. Especialmente esto significará apuntalar a organizaciones independientes dentro de las sociedades latinoamericanas, educar a las personas y enfrentar fuerzas marxistas y otras fuerzas políticas y culturales estatistas.

El Documento la Declaración de Santa Fe II, centra particular atención en la economía, con el argumento de que la democracia necesita un grado de racionalidad de política en la esfera económica. Los sistemas socialistas dirigidos de forma centralizada no producen ni igualdad ni riqueza. No basta con proponer planes para que las naciones deudoras paguen el interés de sus deudas; se tienen que trazar estrategias que les permitan salir del ciclo de endeudamiento y generar ahorros y crecimiento reales. Se condenan el estatismo, los aparatos burocráticos gigantescos y la nacionalización, al tiempo que se estimulan la formación de mercados de capital nacionales, la supresión de regulaciones y la privatización de compañías paraestatales existentes. Además de defender los valores de la empresa estatal en oposición al capitalismo de Estado, los autores también proponen medidas que van desde la prolongación de la Iniciativa de la Cuenca del Caribe hasta la preservación de los bosques tropicales.

Los problemas del terrorismo, los insurgentes, las drogas y la emi-

gración/inmigración son identificados como factores desestabilizadores que contribuyen al carácter volátil y a la falta de seguridad de los regímenes democráticos latinoamericanos y que también a nosotros nos afectan en mayor o menor medida en nuestro país, la red de terrorismo se extiende desde Chiapas, en México, hasta el sur de los Andes, en Chile. El pasado año, los norteamericanos emplearon más dinero importando drogas ilegales desde América Latina que en alimentos; evidentemente, estos son problemas que no desaparecerán. Para comenzar a resolverlos, los estrategas políticos norteamericanos tienen que reconocer la crisis que enfrentan y estar preparados para adoptar medidas especiales.

Sin embargo, sus primeros pasos deben estar dirigidos a fortalecer la capacidad normal —y legal— de los sistemas judiciales que tienen que llevar el peso de la tarea.

La última sección analiza los problemas y las oportunidades que enfrentarán algunos países latinoamericanos especialmente importantes. México, Colombia, Brasil, Cuba y Panamá son examinados por separado por las cuestiones específicas que los estrategas políticos norteamericanos tendrían que enfrentar a la hora de formular respuestas para sus turbulentas políticas.

La crisis existente en América Latina no ha sido resuelta; los problemas han cambiado, pero son tan graves, o peores que los de 1980. Hemos sido testigos de una falta de comunicación y una persistente confusión, esto tiene que terminar. Los estrategas políticos de Estados Unidos tienen la obligación de informar al pueblo lo que ocurre —los formuladores de decisiones tienen que ser claros y específicos en lo referente a cuáles son los problemas que enfrenta Estados Unidos y qué se proponen hacer para resolverlos. El Documento Santa Fe II es una guía para el camino que han de transitar.

La amenaza para las Américas

Las Américas aún son objeto de ataque. Advertimos de este peligro en 1988. El ataque se manifiesta en la subversión comunista, el terrorismo y el narcotráfico. La capacidad de lucha de las democracias latinoamericanas para combatir estos ataques ha sido socavada por un estancamiento económico de toda la región, agravado por la deuda. La violencia política y el empeoramiento de la pobreza resultantes, han producido una creciente crisis de emigración, tanto dentro de la región como procedente de ésta. A pesar de los esfuerzos iniciales del gobierno de Reagan para hacer frente a estos problemas y sus causas fundamentales, la situación, lejos de mejorar, se ha vuelto más grave en el momento en que Estados Unidos se encamina hacia la última década del Siglo xx.

Gran parte de la falta de progreso puede atribuirse al hecho de que no se ha llegado a un acuerdo bipartidario que aborde los problemas de América Latina con un enfoque coherente y eficaz.

Problemas en el horizonte

La red comunista subversiva y terrorista se extiende desde Chiapas en la parte sur de México hasta Chile, haciendo de toda la costa del Pacífico, al sur del Río Grande, un escenario de conflicto abierto. Es evidente que la estrategia de conflicto comunista para la región es obtener el poder, o por lo menos, involucrar a las fuerzas de seguridad occidentales en prolongadas operaciones simultáneamente en varios países. La magnitud de esta operación tiene la implicación estratégica de reducir los compromisos futuros de Estados Unidos en el continente euroasiático y aumentar así la capacidad de coerción soviética.

Esto es real, incluso si se produce una reducción de las fuerzas nucleares estratégicas soviéticas, debido a los acuerdos sobre control de armamentos. Al mismo tiempo, la estrategia de conflictos soviética extiende las posibilidades de Estados Unidos para enfrentar sus responsabilidades mundiales.

Esta amenaza terrorista subversiva no disminuyó, sino creció en la pasada década. Nicaragua y Cuba, Estados satélites de la Unión Soviética en el hemisferio se han involucrado en el narcotráfico y establecido relaciones posiblemente dominantes y de cooperación con la mafia que se dedica a las drogas en Colombia.

Los vastos recursos que produce el narcotráfico han aumentado la capacidad de la amenaza subversiva, más allá de lo que se concibió inicialmente. La posibilidad de tener que involucrar las fuerzas militares norteamericanas para combatir esta amenaza está públicamente expuesta ante Comités del Congreso.

Al mismo tiempo, las economías latinoamericanas se tambalean con tasas de crecimiento sólo marginalmente positivas. La Comisión Económica para América Latina y el Caribe de las Naciones Unidas (CEPAL) en su informe preliminar de 1987, señala que en términos per cápita, el PIB global de la región aumentará sólo en un 0,5 por 100 en 1987, comparado con el todavía bajo aumento del 1,4 por 100 de 1986.

El informe concluye que estas cifras significan que «el deterioro de las condiciones de vida sufridos por la mayoría de las economías latinoamericanas relativamente más pobres, continuó en 1987». Además, ha habido una aceleración en la tasa de inflación. Al frente se encuentra Nicaragua, con un 1.226 por 100; Brasil, 338 por 100; Argentina 178 por 100 y México con 144 por 100.

Lo más preocupante es la alta tasa de inflación entre las tres naciones latinoamericanas más grandes, que también tienen la deuda más alta.

Cuando se recuerda que la deuda externa total aumentó en más del 4 por 100 en 1986, parece real que el problema del servicio de la deuda se volverá más oneroso en la década que se avecina.

La mayoría de los norteamericanos ven la emigración latinoamericana como un problema de inmigración de Estados Unidos. Es visto fundamentalmente en el sentido de cómo absorber o rechazar los millones de personas desplazadas que se dirigen hacia Estados Unidos. La respuesta inicial y probablemente la primera de muchas, fue la ley Simpson-Rodino.

La misma aspira a aceptar inmigrantes ilegales que puedan probar que comenzaron a vivir en Estados Unidos antes de 1982 y rechazar las migraciones posteriores mediante la imposición de multas a empleadores que con conocimiento hayan contratado a inmigrantes ilegales desde que la ley se aprobó el 6 de noviembre de 1986. Sin embargo, el problema no es simplemente el atractivo de Estados Unidos para los inmigrantes voluntarios, sino el desplazamiento de millones de personas debido a la violencia marxista, la pobreza, la mala administración gubernamental y el crecimiento de la anarquía y la corrupción generalizadas dentro de la propia América Latina. La fuente de este problema yace en las presiones que producen la emigración.

Si las tendencias actuales continúan, es virtualmente seguro que nos enfrentamos a:

- mayores actitudes hostiles latinoamericanas;
- más Estados prosoviéticos;
- mayores amenazas al sistema financiero internacional;
- más crímenes y narcotráfico impulsado por elementos subversivos;
- mayor probabilidad de participación norteamericana.

Lo que observamos es una continuación de la actitud de indiferencia estratégica advertida por este comité en el primer informe realizado en 1980.

A menos que Estados Unidos enfrente los problemas de la región de una forma coherente, seria y bipartidaria, no existen perspectivas de cambiar estas tendencias.

El costo de hacer frente a cada uno de los síntomas ya se ha elevado súbitamente, y el precio que quizá Estados Unidos está obligado a pagar sobrepasará cualquiera que hayamos pagado en nuestros 200 años de historia.

La necesidad de democracia

Al parecer, el mayor éxito del gobierno Reagan en América Latina fue el retorno a la democracia.

Este logro, no obstante un apoyo bipartidario, puede ser más frá-

gil de lo que se piensa en la actualidad. Debe prestarse atención a las vulnerabilidades del régimen democrático.

Nuestro concepto del régimen comprende tanto al gobierno temporal como al permanente.

En una democracia, el gobierno temporal es el funcionario electo. El gobierno permanente lo constituyen las burocracias y estructuras institucionales, que no cambian como resultado de las elecciones, por ejemplo, las Fuerzas Armadas, el Poder Judicial y la burocracia civil. Para que la sociedad se mantenga democrática, esta debe exigir al régimen responsabilidad. Ello requiere una comprensión de la verdadera naturaleza del estatismo.

El estatismo ocurre cuando la sociedad está perdiendo o ha perdido la capacidad para exigir responsabilidad al régimen. En América Latina, el estatismo es un problema profundo y persistente. Tocqueville reconoció esta persistencia del estatismo en Francia, a pesar de la Revolución. Señaló que el «ancien regime» aún se aferraba al poder incluso después que la Revolución había reemplazado, al parecer de forma permanente, al gobierno monárquico por la Asamblea Constituyente. El mismo escribió: *«No debemos continuar maravillándonos de ver con qué asombrosa facilidad se restableció la centralización en Francia a mediados de este siglo.»*

Los hombres del 89 destruyeron el edificio, pero se mantuvieron los cimientos, incluso en las mentes de sus destructores y sobre estos cimientos pudieron construir uno nuevo de repente, y más sólido de lo que se había fabricado nunca antes.»

La actitud arraigada de muchos pueblos latinoamericanos es de tal naturaleza, que aun cuando las formas gubernamentales pueden cambiar el régimen, es decir, el gobierno permanente o temporal del momento, aún produce estatismo. Los gobiernos pueden ser inestables y cambiar, pero todos tienden a abogar por la extensión del papel del régimen durante su mandato. Los amplios y absorbentes poderes del régimen continúan en todo el país donde esta perspectiva domine la cultura política.

Si un gobierno electo no está acompañado por un cambio de régimen y un cambio en la cultura política, entonces Estados Unidos y América Latina se separarán aún más. No debe ser una sorpresa, como aparentemente lo es, que la Unión Soviética haya recibido una cálida acogida por parte de los gobernantes recientemente electos.

Sin embargo, es sorprendente que gran cantidad de informes periodísticos de Estados Unidos señalen el incremento de contactos soviéticos con gobernantes latinoamericanos recién electos.

Los logros soviéticos incluyen la firma de convenios de cooperación económica e intercambio cultural con Brasil y Uruguay en 1987, realizado por el ministro de Relaciones Exteriores Edward Shevardnadze; arreglos de la Unión Soviética con Perú, en torno a la deuda, donde Moscú acordó comprar 80 barcos pesqueros y comerciales de

los astilleros navales de Perú como parte de un plan de reducción de la deuda; y el primer acuerdo pesquero importante de Moscú con Argentina en 1986.

No es irónico que los esfuerzos soviéticos por fomentar vínculos con esas naciones latinoamericanas deben haber sido ayudados por la nueva ola de gobiernos electos que se han extendido por la región. Esto no es simplemente el resultado de los esfuerzos de los nuevos gobernantes por distanciarse de los gobiernos militares que ellos reemplazaron, que en muchos casos también habían cooperado con los soviéticos. Ni fue simplemente un esfuerzo por aplacar a los izquierdistas prosoviéticos del país o una respuesta natural a una táctica soviética diferente hacia los Estados del Tercer Mundo.

Todos estos son factores, pero lo más importante es que el régimen latinoamericano es estatista por hábito, aun cuando esté dirigido por representantes elegidos democráticamente.

El régimen «dirigente» se sustituye a sí mismo cada vez más por iniciativa del ciudadano y reduce constantemente la esfera autónoma de la sociedad civil.

El régimen soviético es más compatible con el estatismo latinoamericano que Estados Unidos. En muchos casos es así, aun cuando el régimen latinoamericano sea ostensiblemente democrático.

El aumento de las becas soviéticas para estudiantes latinoamericanos es una muestra del reconocimiento de Moscú de que la educación y el adiestramiento soviético en los Ministerios del Estado soviético, es adecuado para la penetración del régimen estatista latinoamericano.

En 1978, Moscú ofreció 2.900 becas. Una década después el total se triplicó hasta los 10.000 aproximadamente. El deseo de los soviéticos de comerciar a través del trueque y de crear amplios proyectos del sector público se ajusta a las mentalidades estatistas de las culturas soviéticas y latinoamericanas.

Además, la buena voluntad de Moscú de comprar computadoras y software a Brasil está abriendo acceso al país más rico de América Latina. Por otra parte, esto coincide con ofertas para establecer empresas conjuntas, en ferromanganeso, por ejemplo, y vender vehículos de lanzamiento para promover el programa espacial de Brasil. A su vez, estas medidas presionan a Argentina a cooperar más con los soviéticos, particularmente porque Moscú continúa preocupándose por el desequilibrio comercial resultante de las masivas compras de granos argentinos.

Sin embargo, el problema fundamental es cultural, la lucha en torno a cuál es la naturaleza del mejor régimen. Por lo tanto, la cuestión no es sólo sobre las formas y procesos de los gobernantes electos. El hecho de centrarse en los procesos eleccionarios opaca los demás requerimientos esenciales para la responsabilidad democrática.

Existe una tendencia para los que abogan por la democracia en Estados Unidos de hacer énfasis en las elecciones con la exclusión de

los demás requisitos. Por ejemplo, el estatismo es a menudo visto simplemente como una forma de bienestar. Lo que no se entiende es que el régimen estatista en América Latina socava la independencia de la sociedad como una sociedad activa y con confianza en sí misma, que pueda y haga que sus representantes rindan cuentas de su responsabilidad.

El régimen democrático es aquel en el cual el gobierno tiene la responsabilidad de preservar la sociedad existente de ataques externos o intrusión por parte del aparato estatal permanente.

Estados Unidos es resurgente. Hemos rescatado el orgullo y las intenciones que perseguíamos cuando construimos este país y que lo convirtieron en el gran poder que es en la actualidad.

Pero con el gran poder surgen grandes responsabilidades, y Estados Unidos no puede darse el lujo de seguir actuando con torpeza.

En la Unión Soviética hacemos frente a un adversario que no se enfrenta al mismo tiempo con la responsabilidad que nuestro gobierno; la estructura de poder en Moscú permite al Buró Político dirigir una política exterior eficaz, concertada y de largo alcance. Los estrategas políticos norteamericanos tienen que enfrentarse al hecho de que los intereses soviéticos son opuestos a los nuestros, no sólo en términos geopolíticos sino porque los valores e ideología que promueven son fundamentalmente antagónicos a la libertad y a la democracia del régimen. Los estrategas políticos norteamericanos tienen que estar en condiciones de reconocer la amenaza de los soviéticos y luego contrarrestarla. Esto significa que la política y programas específicos y objetivos tienen que ser coordinados con los propósitos e intereses nacionales norteamericanos a largo plazo y que esos intereses y propósitos se mantengan rigurosamente en el centro de la atención.

Además de tener que enfrentar la amenaza soviética, las naciones latinoamericanas también tienen muchos problemas internos estructurales. Estados Unidos debe ayudar a estos países a ayudarse a sí mismos, garantizando que cualquier esfuerzo genuino por promover la democracia sea premiado.

No podemos permitir que sean esclavizados por narcotraficantes, terroristas ni un estado expansivo, de la misma forma que no podemos permitir que se expanda la tiranía imperial de los soviéticos. No podemos ser espectadores pasivos de que el esfuerzo por eliminar la pobreza sea socavado por políticas estrechas que destruyan la economía.

Los estrategas políticos norteamericanos deben hacer llegar el mensaje de forma categórica y clara: el buen vecino está de regreso y se va a quedar.

Primera parte

Bases para una política democrática

Los norteamericanos han tendido a creer que las elecciones democráticas son suficientes para establecer actitudes democráticas en el gobierno permanente y promover una mejoría en las relaciones entre Estados Unidos y América Latina. Sin embargo, es convincente el hecho de que aun cuando se hayan instalado formas democráticas en América Latina, el patrón del estatismo no ha sido alterado. De hecho, Estados Unidos se enfrenta a dificultades crecientes para conducir sus relaciones políticas, económicas y diplomáticas con muchas de estas democracias, al tiempo que es testigo también del aumento de la influencia y visibilidad soviéticas.

Los soviéticos hacen una clara diferenciación entre estar en el gobierno y estar en el poder. Esta diferenciación significa abordar cuál es la esencia del régimen; es decir, si la forma gubernamental está acorde con la estructura gubernamental permanente. Esta diferenciación, por ejemplo, explica la razón por la cual para los soviéticos, los comunistas locales del gobierno no tienen el poder hasta que tienen el control de las Fuerzas Armadas. Estados Unidos debe procurar una cultura prodemocrática en el gobierno permanente, al igual que en el temporal.

El régimen democrático requiere que el mecanismo político permanente, es decir, las estructuras burocráticas para mantener el orden y administrar la justicia, así como que el gobierno temporal, es decir, el gobierno electo, sirva a los intereses de la sociedad. El régimen democrático tiene el objetivo de preservar la independencia de la sociedad, convertir la sociedad en una comunidad más verdadera y rendir cuentas de su responsabilidad ante la sociedad.

Los elementos más significativos de este objetivo de la política de Estados Unidos incluye que los gobernantes latinoamericanos acepten verificación del poder político y mantengan una diferenciación entre el régimen y la sociedad. La tendencia en Estados Unidos es hacer centro excesivo en los procesos electorales. Con lo importante que es esto, existe un entendimiento limitado en cuanto al problema del establecimiento de un régimen democrático y constitucional funcional en Latinoamérica.

Haití brinda un ejemplo dramático. Los funcionarios norteamericanos después de la huida de Duvalier estaban ansiosos por establecer una democracia, lo que significa efectuar elecciones. Resultado: el sangriento fracaso del pasado noviembre que demostró que Haití —tanto la sociedad como el régimen— no estaba preparado en lo absoluto para un gobierno democrático. Este estrecho enfoque demuestra que los funcionarios norteamericanos no han entendido el profundo conflicto cultural que está teniendo lugar en los países latinoamericanos.

Aun cuando se celebren las elecciones, el propio régimen podría

seguir siendo profundamente estatista y aún se seguiría moviendo inexorablemente hacia un poder absolutista en una sociedad ostensiblemente debilitada³.

En este sentido político, el estatismo incluye estatismo y nacionalismo integral. Existen tendencias hacia el control centralizado de la actividad económica y la no clara distinción entre sociedad y régimen. Si los que son electos para el gobierno mantienen puntos de vista estatistas del régimen, entonces el proceso hacia el estatismo y de ahí hacia un régimen antidemocrático, no podrá ser reversible con las elecciones.

La ofensiva marxista cultural

El importante e innovador teórico marxista que reconoció la relación de los valores que la gente observa en la creación del régimen estatista fue Antonio Gramsci (1881-1937). Gramsci afirmaba que la cultura o el conjunto de valores de la sociedad mantienen primacía sobre la economía. Según Gramsci, los trabajadores no conquistarían el régimen democrático, pero los intelectuales sí. Para Gramsci, la mayoría de los hombres tienen los valores comunes de su sociedad, pero no están conscientes de por qué sostienen sus puntos de vista o de cómo los adquirieron en primera instancia. De este análisis se desprende que era posible controlar o dar forma al régimen a través del proceso democrático si los marxistas podían crear los valores comunes dominantes de la nación.

Los métodos marxistas y los intelectuales marxistas podían lograrlo mediante la dominación de la cultura de la nación, un proceso que requería una fuerte influencia en su religión, escuelas, medios de difusión masiva y universidades.

Para los teóricos marxistas, el método más prometedor para crear un régimen estatista en un ambiente democrático, era a través de la conquista de la cultura de la nación. Conforme a este patrón, los movimientos marxistas en América Latina han sido encabezados por intelectuales y estudiantes y no por trabajadores.

Es en este contexto que debe entenderse la Teología de la Liberación; es una doctrina política disfrazada de creencia religiosa con un significado antilibre empresa y antipapal, para debilitar la independencia de la sociedad del control estatista.

Es un retroceso al galicismo del siglo XVI donde los reyes que gobernaban según los derechos divinos, trataban de subordinar a la Iglesia tradicionalmente independiente. Así vemos la innovación de la doctrina marxista vinculada a un viejo fenómeno religioso y cultural.

El ataque no abarca solamente uno o dos componentes de la cultura. Es efectivo en un amplio frente que trata de redefinir toda la cultura en una terminología, de manera que, de la misma forma que el

catolicismo es redefinido por los teólogos de la liberación, se transforma el arte, los libros son reinterpretados y los curriculums son recondicionados.

El impulso de la penetración cultural en América Latina es seguido por diferentes teóricos educacionales marxistas en escuelas y universidades. El control del Estado sobre la educación está aumentando a través de los libros de texto y manuales y las burocracias educacionales exigen más.

Un ejemplo típico fue expresado verbalmente en el gobierno de Lázaro Cárdenas en México en la década de 1930. Gonzalo Vázquez Vela, ministro de Educación del gobierno de Cárdenas, afirmó que el «materialismo dialéctico era la base filosófica de la educación mexicana».

El predominio de la izquierda en gran parte de los medios de difusión en toda América Latina, también debe entenderse en este contexto. Ningunas elecciones democráticas pueden modificar la continua inclinación hacia el régimen estatista, si la «industria de la elevación de la conciencia» está en manos de intelectuales estatistas. Los medios de difusión, las iglesias y las escuelas continuarán desviando las formas democráticas hacia el estatismo si los Estados Unidos y los nuevos gobiernos democráticos no reconocen esto como una lucha del régimen. La cultura social y el régimen deben estar concebidos para proteger una sociedad democrática.

Una respuesta institucional

Propuesta N.º 1

Estados Unidos no puede interesarse sólo por procesos democráticos formales, sino que debe establecer programas para apoyar la democracia entre la burocracia permanente, incluidas las Fuerzas Armadas y la cultura política.

Propuesta N.º 2

Estados Unidos debe reconocer la necesidad de la existencia de gobiernos que traten de crear regímenes democráticos para refrenar a partidos antidemocráticos.

El hecho de centrar la atención en el régimen democrático requerirá ir más allá de la forma de democracia (es decir, las elecciones) y proporcionar, cuando sea posible, los medios para fortalecer las instituciones democráticas locales, tales como los sindicatos, grupos empresariales independientes, asociaciones comerciales y organizaciones educacionales. La Alemania Posthitleriana brinda un ejemplo instructivo.

Sólo mediante el fortalecimiento de grupos autónomos como los

grupos empresariales de México, o la prensa independiente de Perú, la sociedad puede desarrollar su voluntad democrática para vencer el autoritarismo estatista.

Los estrategas políticos norteamericanos no deben dejar de la mano los intereses de los gobernantes políticos relacionados con la puesta en práctica de la democracia en sus países respectivos. Lo que podría no parecer una completa democratización a primera vista, podría probar ser en realidad una respuesta precisa a las necesidades particulares de un país. A las democracias latinoamericanas se les debe dar la oportunidad de desarrollar sus instituciones políticas hasta el punto en que sea discernible alguna medida de estabilidad. Para que esto se cumpla cuanto antes, se deben disminuir, cuanto sea posible las fuerzas opuestas al desarrollo.

Esta propuesta no es sólo importante porque apoya el derecho de los regímenes latinoamericanos a establecer los límites constitucionales del quehacer político democrático, sino también porque reafirma el apoyo de los Estados Unidos a la autonomía latinoamericana.

De acuerdo con nuestro respaldo a la autodeterminación latinoamericana, debemos aceptar el hecho de que en la mayoría de los regímenes latinoamericanos va a haber una mayor concentración de poder en la rama ejecutiva y no en la legislativa. La proclividad latinoamericana de maniobrar en torno a la legislatura por decreto ejecutivo tiene una larga historia y en países como México y Perú, esto significa que el verdadero control del poder de la rama ejecutiva proviene del aparato partidista y no del electorado. El elemento importante lo constituye el hecho de si el régimen rinde cuenta de su responsabilidad al pueblo o no.

Propuesta N.º 3

Estados Unidos debe fortalecer su capacidad para cultivar valores de un régimen democrático con las fuerzas armadas de la región. Con esta comprensión, no se reduciría el programa de Entrenamiento y Educación Militar Internacionales (IMET) por razones tales como la imposibilidad del pago de las deudas a la AID.

Propuesta N.º 4

Estados Unidos debería aumentar el presupuesto de la USIA (Agencia de Información de Estados Unidos) y fortalecer la Oficina de Diplomacia Pública.

En la lucha por mantener los pasos que están siendo dados por América Latina para lograr un régimen democrático, Estados Unidos tiene que mantener y desarrollar programas que cultiven los valores democráticos dentro del gobierno permanente. En este sentido, el programa de IMET es de extraordinario valor en cuanto a dar forma al régimen democrático, haciendo que los militares norteamericanos com-

partan sus conocimientos sobre la democracia. El impacto de este programa, por tanto, no puede verse exclusivamente en términos de sus beneficios militares, sino también en cuanto a su contribución a los esfuerzos por la democratización.

La vinculación de perjudicar los diferentes programas de esta manera, los formuladores de política de Estados Unidos deberían reconocer el potencial dinámico que tienen estos tipos de programas para producir un impacto en las apreciaciones institucionales y sociales de los regímenes latinoamericanos. El desarrollo de una política cultural es decisivo para el apoyo de Estados Unidos a la gestión latinoamericana encaminada a mejorar la cultura democrática. El esfuerzo Gramsciano por socavar y destruir la tradición democrática, mediante la subversión o corrupción de las instituciones que contienen o mantienen esa tradición, debe ser combatido. El aumento del presupuesto de la USIA con este problema particular en mente, debe tener la prioridad número uno.

Propuesta N.º 5

Para promover realmente los derechos humanos, Estados Unidos debería ayudar a fortalecer los sistemas judiciales en la región. También debería diferenciar entre los grupos de los derechos humanos que apoyan al régimen democrático y los que apoyan al estatismo.

Los derechos humanos sólo pueden comprenderse correctamente como el derecho de los hombres a hacer que los sistemas de justicia estatal sean responsables. Un sistema ineficaz, atrasado tecnológicamente y con personal insuficiente no es responsable ante la sociedad. La marca del progreso de América Latina hacia el régimen democrático será cuando el sistema estatal de justicia —tanto los tribunales como la policía— sean debidamente financiados y rinda cuenta ante funcionarios responsables.

Estados Unidos debería estar ayudando a ese proceso directamente en una escala mayor que la actual.

En vez de cegarse ante las diferencias entre los grupos de los derechos humanos que apoyan al régimen democrático y los que al estilo de Gramsci, apoyan el estatismo, los formuladores de política de Estados Unidos tienen que desarrollar su comprensión de la raíz del problema y atacarla, en vez de atacar los síntomas.

Segunda parte

Estrategia económica

La política económica de Estados Unidos debe estar relacionada con nuestro apoyo al régimen democrático. Ese régimen requiere un salvable sistema económico independiente del control e interferencia ex-

cesivos por parte del gobierno. El desarrollo de un mercado de capital nacional autónomo y privado es indispensable para mantener a la sociedad independiente.

Una de las mayores decepciones de la era Reagan fue el no utilizar la crisis de endeudamiento para crear mercados de capital saludables como recomendó este comité en 1980. Cuando el problema de la deuda devino en crisis en 1982, el foco principal estaba en mantener la solvencia de los acreedores y la liquidez de los deudores.

Aunque ese objetivo escasamente se ha cumplido, la posibilidad de que las sociedades latinoamericanas evolucionaran hacia el capitalismo democrático —es decir, sistemas de libre empresa y mercados de capital nacionales que mantengan sociedades independientes— en gran medida se había perdido.

Aún no es demasiado tarde para lograrlo. La actual crisis de endeudamiento debería ser utilizada para hacer avanzar el proceso de transición de América Latina, de gobiernos democráticos a regímenes democráticos.

Ajuste de la deuda

Aunque resulta una medida progresista la reducción de las cargas de la deuda sobre los estados latinoamericanos mediante innovaciones tales como el Plan Baker, los cambios de deuda por capital, el plan mexicano, la reestructuración y otras por el estilo, la política que tiene que ver con el endeudamiento, también debería incluir medidas mediante las cuales la gestión de la deuda apoye la creación de mercados de capital nacionales. Es probable que ninguna propuesta específica sea definitiva, pero una forma de acercarse a este objetivo podría ser algo que tuviera que ver con la reventa de la deuda en el mercado nacional. Un modelo de esto es el exitoso financiamiento de la deuda interna de Estados Unidos por Alexander Hamilton durante la fundación de dicho país.

Propuesta N.º 1

El Departamento del Tesoro de Estados Unidos deberá desempeñar un papel predominante en la formulación de una solución de la crisis de endeudamiento estructural que afecta a muchos de nuestros vecinos latinoamericanos. La solución de la crisis debe partir del reconocimiento de que la actual carga de endeudamiento tiene que ser reducida porque jamás podrá ser reembolsada en las condiciones actuales. Se encuentran disponibles un número de variantes del Plan Morgan/Tesorería/México, de diciembre de 1987.

Finalmente se ha reconocido que la crisis de endeudamiento es estructural. La deuda de algunos países está por encima de su capaci-

dad de reembolso. Los países menos desarrollados (PMD) en su conjunto, deben por lo menos 450 millones de dólares y si a esa cantidad se aplican las actuales tasas de interés, los países deudores pagarían «en interés solamente» un billón ochocientos mil millones de dólares (1.800.000.000) en los próximos veinte años ¡sin reducir el principal de su deuda en un centavo! Sin embargo, el solo hecho de mantener dichos niveles de pagos de interés tendrá efectos devastadores sobre sus economías y la nuestra. Los países deudores tendrán un crecimiento negativo o de cero, lo que dará lugar a un aumento en los niveles de pobreza y no tendrán dinero para adquirir los productos de Estados Unidos. Se estima que desde 1982, el deterioro de las economías latinoamericanas provocado por la deuda ha costado a los productores de Estados Unidos 70 mil millones de dólares en ventas perdidas.

Propuesta N.º 2

Los cambios de deuda por capital que están demostrando ser un vehículo efectivo para que las naciones latinoamericanas deudoras reduzcan la deuda externa a descuento, deberían ser promovidos enérgicamente como medio de estimular el crecimiento del sector productivo privado.

Los cambios de deuda por capital permiten que los inversionistas nacionales o extranjeros (poseedores de dólares) compren deuda externa o descuento a los acreedores y luego intercambien el papel moneda en valor nominal por moneda local. Así, por ejemplo, un inversionista puede comprar un préstamo de 50 millones de dólares a un banco norteamericano por 25 millones de dólares y el banco del país deudor le da pesos por valor de 50 millones de dólares a condición de que los pesos cambiados por la deuda sean empleados en una empresa productiva. Sin embargo, deberá tenerse el cuidado de estimular a los residentes locales a participar en los cambios y empresas conjuntas basadas en este tipo de cambio, para no provocar un negativo nacionalismo en lugares donde ha habido una tradición de hostilidad hacia la inversión extranjera.

Capitalismo de Estado frente a empresa privada

Propuesta N.º 3

Las estrategias inversionistas y la política comercial de Estados Unidos deberían realizarse con la idea de ayudar a la formación de mercados de capital nacionales en naciones individuales de América Latina. Por ejemplo, las ganancias comerciales podrían utilizarse en parte para fortalecer los mercados de capital internos y los inversionistas podrían estar dispuestos a aceptar algunos instrumentos de

endeudamiento en sus convenios de empresa conjunta si también son coordinadas estrategias de ayuda pública de Estados Unidos y otras para desarrollar un mercado de capital privado nacional en naciones latinoamericanas innovadoras.

Propuesta N.º 4

Estados Unidos debería estimular tanto a través de programas públicos como privados el desarrollo de la empresa privada en América Latina y hacer intentos para acelerar la privatización de las industrias paraestatales.

Básicamente existen solamente dos tipos de sistemas económicos: el capitalismo de estado y el capitalismo privado. Lo que necesita América Latina es empleos y producción. Sólo el capitalismo democrático puede proporcionar la producción masiva al menor costo unitario para el consumidor. La privatización de empresas paraestatales antieconómicas ha demostrado ser un éxito en Costa Rica, donde el gobierno ha transferido cuarenta y uno o cuarenta y dos entidades gubernamentales que perdieron más de cincuenta millones de dólares en una década y sólo proporcionaron 2.200 empleos.

Estas firmas gubernamentales fueron vendidas a precios descendentes a acreedores extranjeros, mediante el sistema de cambio de deuda por capital —con lo que se redujo la deuda externa de Costa Rica— o mediante la utilización de los fondos de la LP 480 para adquirir las acciones del gobierno.

La privatización y la promoción del sector privado hicieron posible que los costarricenses concentraran sus esfuerzos en nuevos productos orientados hacia la exportación, tales como piña, macadamia, mango, otros cítricos y productos de la industria ligera. El desplazamiento del café, el algodón, el ganado y el banano como rubros de exportación, hizo que los costarricenses pudieran aumentar sus exportaciones no tradicionales de trescientos millones de dólares en 1986, a 500 millones en 1987, un aumento del 66 por 100 en un año. Esto constituyó un logro notable para el sector privado.

Iniciativas económicas y ecológicas

Propuesta N.º 5

La Iniciativa para la Cuenca del Caribe necesita ser revitalizada, ampliada y extendida durante unos doce años adicionales, hasta el 2007.

La Iniciativa para la Cuenca del Caribe, ha sido un éxito relativo, aun cuando las inversiones privadas directas de Estados Unidos todavía no han alcanzado el nivel esperado inicialmente, debido en gran medida a la confusión inicial. La Agencia para el Desarrollo Internacional (AID) y la Corporación de Inversiones Privadas en el Extranje-

ro (OPIC) pueden revitalizar la iniciativa mediante un programa de promoción de inversiones ampliado, que trate de identificar las oportunidades para inversionistas eventuales, al dar un énfasis particular a las posibilidades de empresa mixta entre Estados Unidos y los ciudadanos del país anfitrión.

La variedad de productos que se permitió incorporar en el mercado libre de impuestos de Estados Unidos debería ser ampliada para incluir una variada gama de productos confeccionados a partir de tejidos y otros materiales norteamericanos.

Propuesta N.º 6

La política comercial agrícola de Estados Unidos con países latinoamericanos y los programas de asistencia norteamericana a los sectores agrícolas de dichos países deben presionar para elevar al máximo las ventajas comparativas y estimular la transferencia hacia la producción de cultivos para liquidación corriente, a fin de aumentar el comercio recíproco.

Los mercados norteamericanos de vegetales y frutas frescas de invierno, son los ejemplos más obvios de donde una reducción de las barreras de importación a los mercados norteamericanos para los productos latinoamericanos ha aprovechado las ventajas de producción comparativas para beneficio mutuo.

El terreno, el clima y el costo relativo de mano de obra y tecnología brindan a Estados Unidos una ventaja en costos de producción de cereales y frijoles frente a México, Centroamérica y el Caribe.

De manera similar, la cuenca del Caribe posee ventajas en la producción de frutas, vegetales y azúcar. Sin embargo, el maíz y los frijoles son elementos básicos en la dieta de muchos de estos países. Los agricultores pequeños de Guatemala o Costa Rica pueden recibir mayores ganancias mediante la producción de cultivos para la liquidación corriente, tales como melones, espárragos, frambuesas, etc., para la venta a Estados Unidos y la compra de maíz importado de dicho país.

Conscientes de la realidad económica de las ventajas comparativas, la agricultura chilena se encuentra en la vanguardia en cuanto a la ampliación de la producción de cultivos especiales para la exportación, mayormente hacia el Oriente, Europa y Estados Unidos.

Las frutas, los vegetales y otros cultivos especiales requieren gran intensidad de trabajo y emplean «los más pobres entre los pobres» en áreas rurales menos desarrolladas, lo que también impide a los campesinos integrarse a las filas de los desempleados urbanos.

Debido al enorme éxito de la «Revolución Verde» encabezada por los programas de terreno de la AID e investigativos de la Rockefeller Foundation, la producción de cultivos de granos vitales ahora requiere una fuerza de trabajo sumamente reducida. Esto permite el desplazamiento de los trabajadores hacia nuevos y rentables esfuerzos agrícolas.

Propuesta N.º 7

El azúcar centroamericano y caribeño deberá recibir un acceso mucho mayor a los mercados norteamericanos mediante la desaparición progresiva del sistema actual de cuota proteccionista. Esta ahorrará dinero a los consumidores norteamericanos y estimulará las economías de nuestros vecinos.

Los consumidores norteamericanos ahora pagan hasta siete veces el precio del azúcar en el mercado mundial, porque las actuales leyes de Estados Unidos establecen para el azúcar un mercado no competitivo y de casi paridad entre precios de oferta y de demanda; así como fijan precios a niveles artificialmente altos para beneficio de 12.000 productores azucareros internos solamente. Esta situación se ha empeorado durante los últimos ocho años. Es un total desatino el hecho de que al mismo tiempo que nuestro gobierno ha estado aumentando la ayuda económica a esa región, ha cerrado más nuestro mercado a uno de los productos de exportación más importantes de la región.

Propuesta N.º 8

Estados Unidos trabajando dentro del marco de la OEA y en cooperación con grupos privados que trabajan en cuestiones relacionadas con el medio ambiente, debería hacer todo lo posible por proteger los restantes bosques tropicales y devolver el equilibrio ecológico a las áreas denudadas y deforestadas.

Vastas extensiones de bosques tropicales han sido destruidas en el último decenio, creando así un área de terreno baldío en Centroamérica, el Caribe (especialmente Haití), la Cuenca del Amazonas y Panamá. Una vez despejadas, han tenido lugar la erosión y la destrucción ambiental en lugar de las empresas agrícolas productivas.

Los esfuerzos interamericanos en la reforestación y, donde sea posible, en hacer que la tierra vuelva a su estado primitivo, deben ser coordinados con programas similares iniciados en 1985 por el Banco Mundial, el Instituto de Recursos Mundiales y las Agencias de las Naciones Unidas. Deberá fundarse la Escuela Agrícola para los Trópicos Húmedos, proyectada en Costa Rica en 1986.

Propuesta N.º 9

Estados Unidos deberá reconsiderar el Programa de Plantas Gemelas/Industrias Fronterizas con México, a la luz de posibles costos económicos y sociales a largo plazo en ambas repúblicas.

Las maquiladoras a lo largo de la frontera mexicano-norteamericana, han proporcionado empleos a cientos de miles de mexicanos. Sin embargo, no está claro si ha existido un beneficio correspondiente para los trabajadores norteamericanos. Además, los millones de mexicanos que han sido atraídos hacia el norte, y cuyas aspiracio-

nes no han sido satisfechas, tienden a llegar a Estados Unidos a través de la frontera, lo que acelera aún más la inmigración ilegal.

Muchos de los mexicanos que cruzan la frontera mexicano-norteamericana son hombres que por lo general no pueden obtener empleo en las maquiladoras, ya que las principales habilidades manuales y el trabajo a destajo son mejor desempeñados por las mujeres. Este empleo excesivo de mujeres ha tendido a debilitar la estructura familiar mexicana y a exacerbar las ya pésimas condiciones sociales, ambientales, sanitarias y educacionales en los pueblos fronterizos.

De forma adicional, la concentración de nuevas industrias a lo largo de la frontera nortea de México ha desequilibrado aún más el ya irregular desarrollo de dicho país.

Por tanto, las industrias norteamericanas deberían considerar el traslado de sus maquilas mucho más hacia el interior de México. Este cambio hacia el sur desde la frontera aumentaría el desarrollo equilibrado de México, promovería las industrias locales, estabilizaría la familia mexicana y ayudaría a resolver algunas de las condiciones sociales y sanitarias estimuladas por el Programa de Industrias Fronterizas. A largo plazo, dicho traslado hacia el interior de México beneficiaría a ambos países.

Tercera parte

Estrategia para trabajar con las instituciones permanentes de las naciones latinoamericanas y fortalecer la cooperación regional

Los principales pilares de los gobiernos permanentes de los regímenes latinoamericanos son las Fuerzas Armadas y el Poder Judicial. La política hacia un régimen prodemocrático debe reconocer que tanto las instituciones militares como judiciales, soportan cargas pesadas al abordar los Conflictos de Baja Intensidad (LIC) y los narcóticos, mientras se acostumbran a las exigencias democráticas para la responsabilidad ante administraciones temporales. Las iniciativas bilaterales de Estados Unidos en el fortalecimiento de estas instituciones deberán ser apoyadas multilateralmente a través de la OEA.

El problema del Conflicto de Baja Intensidad

Propuesta N.º 1

El Congreso de Estados Unidos ha reconocido la creciente amenaza del Conflicto de Baja Intensidad para los nacientes regímenes democráticos. El mismo ha ordenado el apoyo de Estados Unidos a las fuerzas armadas de la región que enfrentan este reto. El Poder Ejecutivo

deberá tomar medidas rigurosas para poner en práctica la presente legislación.

Muchos de los regímenes de América Latina están enfrentados a lo que ha sido identificado en Washington como Conflicto de Baja Intensidad. Este término crecientemente omnipresente, es utilizado para describir una forma de guerra que incluye las operaciones psicológicas, la desinformación, la información errónea, el terrorismo y la subversión cultural y religiosa. El Congreso de Estados Unidos ha establecido por ley una respuesta razonable a este problema ampliamente conocido. Sin embargo, la rama ejecutiva del gobierno ha sido extremadamente vacilante en la aplicación de la legislación.

En 1986 el Congreso aprobó y el presidente firmó la Ley de Reorganización del Departamento de Defensa Goldwater-Nichols, de 1986. Esta ley fue aprobada porque el Departamento de Defensa no estaba apoyando adecuadamente las Operaciones Especiales (SO), ni estaba abordando plenamente las consecuencias del Conflicto de Baja Intensidad. Además, fue añadida una enmienda que indicaba a Estados Unidos la creación de un Comando de Operaciones Especiales. Esta ley requería un nuevo Subsecretario de Defensa para Operaciones Especiales y Conflictos de Baja Intensidad. Fue creado, además, un nuevo comando unificado con amplias responsabilidades de adquisición, entrenamiento y promoción, único entre los Comandos Unificados. Al comando le fue conferido, en virtud de la ley, su propio Programa de Fuerza Importante en el Presupuesto para la defensa, MDF-II. El Congreso deseaba que la planificación respecto a los Conflictos de Baja Intensidad estuviera en pie de igualdad con la planificación estratégica global. Aunque se produjeron fuertes críticas a la ley, el Congreso la ha seguido apoyando. Esta nueva ley deberá brindar un mejor mecanismo para abordar otros problemas decisivos y conexos tales como el terrorismo, el narcotráfico y las operaciones hostiles psicológicas y de inteligencia. Los creadores de la ley reconocen que Estados Unidos es vulnerable a otras formas de guerra aparte del principal conflicto armado.

Propuesta N.º 2

Estados Unidos debe estar preparado para ampliar su programa de asistencia militar a las Fuerzas Armadas Latinoamericanas, como parte de su reconocimiento de que las insurgencias indígenas son explotadas y agravadas desde el exterior. La complejidad de este desafío requiere una respuesta global de parte de nuestra sociedad.

Propuesta N.º 3

Si las tendencias mantienen su curso actual, Estados Unidos continuará enfrentando la exportación de la revolución desde Nicaragua hasta la

década de 1990. Una política de contención no será poco costosa y a lo largo no será funcional. Estados Unidos o bien tendrá que apoyar la democratización de Nicaragua o pagar costos elevadísimos para combatir la subversión de los vecinos de Nicaragua.

Propuesta N.º 4

Una política de democratización de Nicaragua requerirá un desarrollo sumamente sofisticado de la doctrina del Conflicto de Baja Intensidad. El aspecto más importante de este desarrollo será la educación de los medios de difusión y la opinión pública norteamericanos, en cuanto a la propensión de los regímenes comunistas nacionales latinoamericanos para subvertir a sus vecinos con el apoyo encubierto de la Unión Soviética.

Propuesta N.º 5

La opinión pública y las instituciones privadas de Estados Unidos deben emprender la educación de los medios de difusión y los dirigentes comunitarios, en cuanto a la naturaleza de la estrategia del conflicto marxista leninista, según fue adoptada por los nacionalistas a los problemas del subdesarrollo. El casamiento del comunismo con el nacionalismo en América Latina, sin embargo, representa el mayor peligro para la región y para los intereses de Estados Unidos.

Propuesta N.º 6

Con el apoyo bipartidista entre el Congreso y el Poder Ejecutivo de Estados Unidos, los propios latinoamericanos pueden anular la comunización de sus tierras, instalar regímenes democráticos en la región, y satisfacer su aspiración de lograr la autodeterminación.

El bloque soviético está proyectando exitosamente su poder en cada país de este hemisferio y todo parece indicar que estas tendencias continuarán. Es lamentable, pero cierto, que las principales potencias económicas del mundo libre democrático no están plenamente comprometidas a apoyar la libertad y la democracia en el hemisferio occidental. Estados Unidos debe marchar a la cabeza con más recursos para las amenazadas sociedades latinoamericanas. Es imperativo que los gobiernos electos puedan hacer frente a los desafíos de la subversión y el terrorismo.

La crisis de los narcóticos

Propuesta N.º 7

Para ayudar a las sociedades latinoamericanas a combatir el narcotráfico y el terrorismo, Estados Unidos debe apoyar con asistencia finan-

ciera y técnica el desarrollo de un sistema judicial independiente. Estados Unidos necesita dar un ejemplo mediante la reducción, también, de la demanda interna.

Mediante el apoyo a un poder judicial independiente, Estados Unidos puede ayudar a los países latinoamericanos a hacer frente a los delitos relacionados con los narcóticos y el terrorismo. Si las autoridades judiciales tienen los medios para reaccionar rápida y eficazmente ante estos delitos, pueden evitar que el crecimiento de éstos amenace la legitimidad de sus democracias en lucha.

Además, Estados Unidos necesita dar una lección con su propio sistema de aplicación del Poder Judicial mediante la reducción de la demanda interna. En Estados Unidos, la promulgación y compulsión de la ley debe reducir las ganancias para los vendedores y aumentar sustancialmente los riesgos para los compradores. En esta forma, Estados Unidos puede constituir un modelo tanto para la reducción de la demanda como para la aplicación judicial. La posesión, debe dar lugar a una sentencia en prisión; y la declaración de culpabilidad por la venta, debe dar lugar a severas penas sin libertad condicional. Después de la declaración de un fuerte ambiente de promulgación y compulsión, podría explorarse e iniciarse un limitado programa de legalización, unido a la rehabilitación y educación.

Renovando la OEA

Propuesta N.º 8

Estados Unidos deberá conceder mucho más énfasis al trabajo con los miembros de la OEA sobre los problemas compartidos de la seguridad militar (Conflictos de Baja Intensidad), el narcotráfico, la inmigración y la deuda.

Mediante el trabajo con la OEA sobre las propuestas relacionadas con la deuda, conjuntamente con el Banco Interamericano para el Desarrollo, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y el Departamento del Tesoro, Estados Unidos dará muestras de sensibilidad ante los problemas económicos al contribuir a la emigración de los latinos/inmigración en Estados Unidos.

Los debates relacionados con la OEA, usualmente provocan bostezos en el seno del personal de este país que tiene a su cargo la política exterior. No debería ser así. La falta de interés de facto de la administración de Reagan en esta institución ha sido un grave error. Su promesa de satisfacer plenamente los compromisos financieros para con la organización y su posterior negativa a hacerlo, ha dañado seriamente la confianza en los norteamericanos.

En contraste con las Naciones Unidas, la OEA ha demostrado ser una organización mucho más amistosa. Aun cuando Estados Unidos

ha recibido sus castigos allí, especialmente a raíz de la crisis de las Malvinas, que sigue resonando en todo el hemisferio, hay menos antagonismo y más cooperación en la OEA que en las Naciones Unidas.

Propuesta N.º 9

El embajador de Estados Unidos ante la OEA debería estar encargado de coordinar las iniciativas multilaterales de Estados Unidos en las esferas mencionadas más arriba, con los representantes latinoamericanos de la OEA de Washington. Como primera medida, Estados Unidos debe ofrecer a la OEA su contribución, a fin de demostrar que toma en serio dichas responsabilidades.

Propuesta N.º 10

La participación de la OEA en asuntos relacionados con la seguridad y el narcotráfico proporciona a Estados Unidos los medios idóneos para librar una guerra cooperativa y exitosa contra los imperios delictivos que amenazan a todo el hemisferio.

La próxima Administración necesita poner en orden sus prioridades. Nuestra agenda y la de los latinoamericanos no necesariamente son incompatibles. La OEA, debidamente financiada y encaminada por la senda correcta puede ser útil para nuestros intereses mutuos.

Es de especial interés lograr que se fortalezca aún más el papel de la OEA en la promoción de una mayor cooperación entre sus miembros para combatir el narcotráfico internacional. La Conferencia de Río de Janeiro y el creciente reconocimiento de que el tráfico de drogas constituye un problema para la región, indican la disposición de las naciones miembros a participar en operaciones internacionales conjuntas.

Las operaciones de paz de la OEA en América Central son preferibles en grado sumo a los esfuerzos de los No Alineados y las iniciativas hostiles que serían emprendidas por las Naciones Unidas en esta sensible área. Con la participación de la OEA, los Estados miembros se percatarán mejor de la amenaza externa que enfrenta la región, y la cooperación multinacional contribuirá a la legitimidad y comprensión internacional de los esfuerzos de paz. Por otra parte, un esfuerzo de la OEA requerirá dinero, del que en estos momentos tiene una escasez desesperada.

Evidentemente, la nueva Administración tendrá que tomar una decisión básica respecto a lo que desea obtener de su apoyo a organizaciones internacionales. Dicha decisión determinará el futuro de la OEA. Estados Unidos necesita fomentar la cooperación en todas las cuestiones que afecten a la comunidad en el hemisferio. Siempre que sea posible, Estados Unidos necesita subrayar su adhesión a la cooperación, la autodeterminación y las responsabilidades comunes para enfrentar el narcotráfico, el alivio de la carga de la deuda y las presiones

padecidas por las poblaciones latinoamericanas que escapan de la pobreza, el crimen, el terrorismo y la guerra. La OEA es un foro donde Estados Unidos puede lograr que sus puntos de vista se comprendan siempre con claridad en toda la región.

Cuarta parte

Futura crisis de regímenes latinoamericanos y responsabilidades de Estados Unidos

Estados Unidos debe prepararse y prestar especial atención a cinco países que constituyen ejemplos particularmente significativos de las progresivas crisis de regímenes latinoamericanos: México, Colombia, Brasil, Cuba y Panamá.

Una nueva política hacia América Latina para la década de 1990 ha de prestar especial atención a la amenaza genérica que enfrentan las frágiles democracias latinoamericanas y a la difícil transición después de un gobierno autoritario o totalitario. Las cinco naciones analizadas aquí proporcionan ejemplos de los problemas que comparten, hasta cierto punto, la mayoría de los restantes estados latinoamericanos. Uno de ellos, México, es un régimen autoritario que enfrenta una crisis. Al parecer es incapaz de incorporar un partido o partidos de oposición legítimos. Dos de ellos, Colombia y Brasil, son democracias, y los otros dos, Cuba y Panamá, son regímenes totalitarios y autoritarios decadentes. Estados Unidos tiene que prestarles especial atención como ejemplos de los problemas más generales de la región.

México

Propuesta N.º 1

Estados Unidos tiene que encontrar formas y medios para animar a México a aceptar una oposición legítima. Los indicios de oposición al predominio de un partido aumentan. La reforma interna del PRI no será suficiente para frenar el crecimiento de partidos de oposición.

Propuesta N.º 2

Estados Unidos debe apoyar cualquier esfuerzo por vender en liquidación empresas de propiedad estatal y desarrollar un mercado interno para enfrentar la deuda externa de la nación.

Propuesta N.º 3

Todo el apoyo que Estados Unidos pueda ofrecer para mejorar el sistema judicial de México, corrupto y plagado por el soborno, reviste suma importancia. Sin la realización de mejoras en esta área, la guerra contra los narcóticos continuará siendo una bufonada macabra.

México ha comenzado finalmente a experimentar con reformas en el proceso de selección de candidatos de su partido de gobierno (PRI). En parte como respuesta a la caída del peso mexicano, ocurrida en 1982, el PRI ha hecho algunos esfuerzos por adaptarse a la opinión pública. Se ha permitido la celebración de elecciones primarias para la nominación de algunos de los candidatos del PRI. Sin embargo, Cuauhtemoc Cárdenas, descendiente del prominente héroe revolucionario de dicho partido, llegó a la conclusión de que las reformas internas eran ilusorias; se separó del partido y formó una coalición de partidos de izquierda llamada Frente Democrático. A esta nueva oposición de izquierda se une una sufrida oposición de derecha de México, llamada PAN.

Tanto el PAN como el Frente Democrático presentaron fuertes candidaturas, y el PRI, a pesar de su afanado aparato político y continuado fraude electoral, sólo pudo obtener el 50 por 100 de los votos. Cárdenas y Manuel Clouthier, candidato del PAN, continúan cuestionando la legitimidad de las elecciones, lo que pudiera obligar al PRI a una mayor apertura del proceso y a instituir algunas reformas reales.

El continuado estatismo del PRI ha dado lugar a un desempleo masivo que, a su vez, da lugar a que una mayor cantidad de personas emigren. Este desempleo estructural, que según se calcula abarca el 40 por 100 de su fuerza de trabajo, tiene que ser resuelto mediante la venta en liquidación de las masivas «paraestatales». Probablemente el 85 por 100 de la economía de México sea propiedad estatal y el sector privado restante depende de la benevolencia del gobierno. Existen indicios de que hay funcionarios mexicanos que reconocen el problema: es necesario estimularlos.

Colombia

Propuesta N.º 4

Estados Unidos debe ir más allá de fortalecer el actual sistema judicial colombiano y apoyar tribunales especiales bajo el control conjunto del Ministerio del Interior y las Fuerzas Armadas para hacer frente a la amenaza de la subversión y el narcotráfico que representan una guerra abierta contra el régimen democrático.

Propuesta N.º 5

Estos tribunales han de estar facultados para juzgar y que sean recluidos en centros de detención especiales, bajo el control del ejército, los

elementos subversivos y traficantes que operan actualmente contra la soberanía del pueblo colombiano. El problema de El Salvador se repetirá en mayor escala si no se adoptan pronto medidas energéticas. Oportunamente, el apoyo y financiamiento adecuado de Estados Unidos puede evitar así levantamientos y una guerra civil de envergadura.

Colombia enfrenta una doble amenaza para su seguridad e instituciones democráticas básicas. Los insurgentes, respaldados por los comunistas y cuyo número y esfera de actividad aumentaron durante la década de 1980, representan una de las amenazas. De continuar la actual tendencia, Colombia se habrá convertido en otro El Salvador para mediados de la década de 1990, por no decir antes. Pero, a diferencia de esa pequeña nación centroamericana, Colombia también enfrenta otro enemigo: el poderoso y bien afianzado cartel del narcotráfico, cuyo centro de operaciones se encuentra en las ciudades colombianas de Cali y Medellín.

Los narcotraficantes ya han destruido de manera eficaz el sistema legal de Colombia, mediante la intimidación y el soborno masivos del aparato judicial y la policía. Con recursos que pueden llegar a ser de 9 mil millones de dólares anuales, obtenidos a través de la venta de narcóticos ilícitos, fundamentalmente en este país, los señores de la droga fácilmente se pueden dar el lujo de mantener su privilegiada situación. Y para empeorar las cosas, los guerrilleros colombianos y los cartels de la cocaína operan juntos para hacer avanzar sus objetivos en ocasiones contradictorias.

En contraste, el gobierno colombiano ha iniciado, en el mejor de los casos, una campaña poco entusiasta contra estas dos amenazas. Las fuerzas de seguridad están lamentablemente mal dotadas y equipadas. El anterior gobierno del presidente Belisario Betancur redujo radicalmente a la mitad el presupuesto para la defensa en los críticos primeros años de la década de 1980. La administración del presidente Virgilio Barco, más realista, ha restituido esta cantidad sólo parcialmente, y a pesar de algunas medidas adoptadas contra el terrorismo y el tráfico de narcóticos, aún no se ha anunciado un plan de estrategia nacional. Entretanto, el esfuerzo del gobierno por alcanzar la paz a través del diálogo y las negociaciones está en completo desorden.

El papel de Estados Unidos no ha sido particularmente útil, aunque la administración de Reagan ha presionado energicamente para la extradición de conocidos narcotraficantes, recientemente ha reducido el programa norteamericano de asistencia a Colombia en materia de seguridad. Esta decisión fue un grave error, porque ha restado fuerza a los enérgicos términos empleados con relación a la necesidad de que Colombia tomara medidas drásticas contra esta doble amenaza.

Así, si las tendencias actuales no se cambian, en Colombia se producirá una importante rebelión en la década de 1990, rebelión que afecta directamente a Estados Unidos, particularmente en lo que se refiere al aumento de la cantidad de narcóticos que como resultado arribará

a nuestras costas. Por lo tanto, es posible que en la década de 1990 Colombia haga que en América Central, el singular problema de política exterior de Estados Unidos en la década de 1980, parezca bastante pequeña.

Colombia y, en América Central, El Salvador, son ejemplos claves de la necesidad de una reforma judicial. Un elemento necesario con vistas a lograr la estabilidad para estos dos países azotados por la guerra es el restablecimiento del imperio de la ley. El hundimiento del Poder Judicial en Colombia y El Salvador, constituye una burla al fundador de Colombia, Francisco de Paula Santander, quien expresó: «Las armas nos dieron la independencia, pero las leyes nos darán la libertad.»

En El Salvador, los terroristas comunistas y los asesinos derechistas han destruido, mediante la intimidación y el crimen, la capacidad de los tribunales para juzgar y sentenciar a los que violan las leyes. En la década de 1980, los guerrilleros comunistas y los narcotraficantes se las ingeniaron para lograr algo similar en Colombia en una escala mucho mayor. Actualmente es casi imposible condenar a cualquier terrorista o narcotraficante en ambos países. Pistoleros de derecha de estos países también han sido dejados en gran parte sin castigo por jueces que o bien viven sumidos en el miedo o han sido sobornados abiertamente tanto por criminales como por rebeldes.

Es muy tarde en Colombia y en El Salvador. Muchos creen que la guerra contra los narcotraficantes ya se ha perdido en Colombia. Sin embargo, Estados Unidos no puede permitirse que esta situación se mantenga eternamente. La próxima Administración tiene que reconsiderar radicalmente sus programas de asistencia jurídica. Una cantidad de dinero mucho mayor debe dedicarse a los tribunales especiales y a su protección —un elemento clave para que estas instituciones lleven a cabo su misión—. A menos que lo haga, el debilitamiento de la ley y el orden se propagará por todo el hemisferio, incluido Estados Unidos.

Brasil

Propuesta N.º 6

Estados Unidos debe dar pasos dirigidos a brindar asistencia a Brasil, por su creciente crisis de endeudamiento antes de que la misma debilita su frágil democracia. Aun cuando se produzca el hundimiento de un gobierno electo en la década de 1990, se debe prestar asistencia a Brasil para guiarlo por la senda del crecimiento económico, a fin de que avance hacia el régimen político que necesita.

En la década de 1990, Brasil enfrentará problemas para equiparar su gran extensión con su potencial. El gigante sudamericano está in-

merso en una difícil transición de retorno a la democracia, luego de más de dos décadas de gobierno militar. Con un estilo típicamente brasileño, el ejército gobernó al país con mano relativamente suave y se mantuvo libre de corrupción durante ese período; pero para mediados de la década de 1980, los brasileños estaban deseosos de tener un gobierno civil y plenamente democrático.

Sin embargo, la transición no ha sido fácil y el actual presidente civil, José Sarney, a duras penas pudo evitar un golpe de Estado el pasado mes de marzo, debido a las acciones de un Congreso Nacional cada vez más imprudente e irresponsable, que a la vez actúa como Asamblea Constituyente. Hasta que no recibieron una advertencia definitiva por parte de los militares, los redactores de la nueva Constitución estaban considerando seriamente una forma parlamentaria de gobierno (un experimento similar llevado a cabo a principios de la década de 1960, fracasó lastimosamente) y habían decidido celebrar elecciones presidenciales directas el próximo año —decisión que hubiera garantizado virtualmente la victoria izquierdista en 1989—.

Los problemas políticos en Brasil se agravan por sus actuales fracasos económicos. El débil gobierno de Sarney ha exacerbado problemas que ya eran severos. Brasil tiene la mayor deuda externa de los países subdesarrollados, y en los últimos años no ha podido pagar el principal y los intereses a tiempo. La inflación continuará con un índice de tres dígitos. La masiva intervención del Estado en la economía y los enormes déficits presupuestarios abruma la que debería ser una de las economías más florecientes del mundo. Incluso en el período de los militares, en que se seguían políticas más prudentes, la preferencia se inclinaba hacia el crecimiento a toda costa mientras se posponían las reformas básicas de la economía.

Si el gobierno abiertamente izquierdista asumiera el poder en 1990, los problemas económicos no harán más que aumentar geométricamente en la década siguiente. Antes de que eso ocurra, sin embargo, es probable que la frágil democracia de Brasil sea destruida por otro período de gobierno militar. El ejército lo hará con renuencia y posiblemente atacaría los problemas económicos sin entusiasmo y los dejaría sin resolver. Pero si se ve obligado, el ejército desempeñaría su papel histórico como moderador. Sin embargo, este nuevo ciclo de inestabilidad e inseguridad no acercaría a Brasil a su objetivo de convertirse en un país desarrollado y de hecho, en una importante potencia para fines de siglo.

La administración Reagan ha simpatizado mucho más con las ambiciones brasileñas que su predecesor. La misma ha alentado de buena gana el proceso democrático, al tiempo que divulga moderadamente críticas sobre violación de los derechos humanos y del programa de energía nuclear de Brasil, en contraste con el período de Carter.

Sin embargo, después de un buen comienzo, las relaciones norteamericano-brasileñas nuevamente han experimentado un descen-

so. Brasil y, de hecho, toda América del Sur, ha llegado a ocupar un lugar secundario con relación a nuestros problemas en América Central. Han surgido desavenencias en cuestiones concernientes al comercio y las inversiones, especialmente en la muy sensible área de los productos de alta tecnología, las computadoras y, en particular, el «software». Los problemas no son, en modo alguno, responsabilidad exclusiva de Estados Unidos. Pero para que sean resueltos deben tener una prioridad mayor que la que han tenido en años anteriores. La clave de la diplomacia norteamericana es que su política se lleve a cabo de un modo que anime a Brasil a reestructurar su economía, a fin de que favorezca las fuerzas del mercado, tanto en el país como en el exterior.

El mejor vehículo para ello ya está disponible. Creado por Henry Kissinger en 1976, el mismo establece que el Secretario de Estado de Estados Unidos y el ministro de Relaciones Exteriores de Brasil se reúnan dos veces cada año. Pero, las reuniones por sí solas difícilmente resuelven los problemas. Es necesario que se evidencie la voluntad política de ambas partes. La próxima Administración debe hacer ese esfuerzo para evitar que en la próxima década las discrepancias económicas sean incluso mucho mayores o más enconadas.

Cuba

Propuesta N.º 7

Estados Unidos debe sostener conversaciones a alto nivel con la Unión Soviética, a fin de producir una retirada militar soviética de Cuba.

Propuesta N.º 8

Cuando estas conversaciones lleguen a una conclusión, o al menos a un etapa prometedora, Estados Unidos debe iniciar conversaciones con Castro o su sucesor, a fin de prepararse para una Cuba posterior a él.

Propuesta N.º 9

Teniendo en cuenta que el castrismo está en bancarrota y ha fracasado como modelo de desarrollo y libertad, Estados Unidos debe ampliar sus transmisiones a Cuba por los medios de difusión como una vía de educación cívica para crear un régimen democrático. La TV-Martí debe comenzar a funcionar lo antes posible con programas dirigidos a enseñar los elementos de la cultura democrática.

Cuba permanece segura en la órbita de la Unión Soviética y bajo el puño de hierro del envejecido caudillo Fidel Castro. Sin embargo, a finales de siglo, Castro estará próximo a sus 75 cumpleaños. Por lo tanto, la próxima Administración debe estar preparada para la futura crisis porfirista que bien pudiera ocurrir en Cuba durante su manda-

to. En el caso del envejecido caudillo de México, Porfirio Díaz, el régimen se derrumbó rápidamente cuando el anciano, desde el punto de vista físico, perdió el control de sí mismo y luego de su país, a principios de siglo.

Aunque la administración de Reagan nunca buscó el origen de la descriptiva frase del ex secretario de Estado Alexander Haig, no se había hecho ilusiones acerca de la naturaleza del régimen de Castro y de su propósito principal, dañar los intereses de Estados Unidos en cualquier momento y lugar que pudiera.

En gran medida debido a presiones de Estados Unidos, los éxitos de Castro declinaron precipitadamente durante la década del 80.

En El Salvador no se produjo una ostensible y fácil victoria. Se perdió a Granada: los jamaicanos eligieron y reeligieron a un gobierno vehementemente anticastrista. En Angola, las fuerzas cubanas han tenido que enfrentar a las fuerzas guerrilleras cada vez más agresivas y mejor armadas de la UNITA, de Jonas Savimbi.

En el frente interno, es evidente que la intención de Castro de crear una revolución permanente al estilo estalinista, está fracasando. La economía continúa su titubeante paso a medida que se queda cada vez más rezagada. A diferencia de las otras economías controladas del Este, el líder de Cuba evita cualquier indicio de reforma verdadera. En Cuba están estrictamente limitadas las discusiones sobre la «perestroika», por no hablar de la «glasnot».

Pero en Cuba crece la oposición interna, oposición alimentada por Radio Martí, la cual ha resquebrajado con éxito el monopolio de Castro sobre la información y la propaganda. Según afirman los desertores, los militares se muestran cada vez más intranquilos como resultado de las bajas sufridas en Angola. Activistas por los derechos humanos que antes eran totalmente desconocidos, han logrado en estos momentos despertar el interés internacional por primera vez, en lo referente a los deplorables antecedentes del régimen en ese frente.

En resumen, el régimen está cada vez más a la defensiva y el costo de sus aventuras en el extranjero continúa aumentando sin que se vislumbre ningún beneficio patente para el pueblo cubano. El futuro bajo el gobierno de Castro, según él mismo ha admitido, es igualmente sombrío, a pesar de la confianza en nuevas artimañas como las microbrigadas y la renovada polémica guerra contra la burocracia.

El absoluto fracaso de Castro que sólo ahora se comprende vagamente fuera de Cuba, es el hecho fundamental y sobresaliente que la próxima Administración debe enfrentar en la formación de un nuevo enfoque a la hora de tratar a esa esencial isla.

Con la muy real posibilidad de la desaparición de Castro en algún momento de la década de 1990, los estrategas políticos norteamericanos deben estar conscientes de que se está gastando una crisis del régimen. Es muy poco probable que el sistema, sin su caudillo, pueda sobrevivir durante largo tiempo sin una masiva intervención soviética

para imponer un títere de su propia elección, al estilo de Afganistán. Pero Cuba no es Afganistán. Cuba está en nuestra esfera de intereses, no en la de Moscú. Eso debe aclararse con energía en los primeros momentos de la próxima Administración.

Al mismo tiempo, la próxima Administración puede ayudar a preparar el terreno para un rápido y positivo cambio en Cuba después de la desaparición del máximo líder. Estados Unidos debe prepararse para conversar con los principales poseedores del poder, especialmente las Fuerzas Armadas Cubanas, que han pagado con lealtad un alto precio por las ambiciones globales de Castro.

Por lo tanto, previendo la inevitable y cercana crisis del régimen cubano, la próxima administración debe reconsiderar todo su enfoque respecto a la alianza soviético-cubana.

La nueva administración debe tomar la iniciativa en cuanto al futuro del régimen cubano. Es vital que se inicien conversaciones de largo alcance mientras Castro aún mantenga el control.

Estados Unidos debe indicar su deseo de normalizar rápidamente las relaciones con una Cuba desovietizada —una normalización que incluya la suspensión del embargo comercial—. Las conversaciones serían incondicionales, directas y de alto nivel, sin la ayuda de intermediarios incuestionables.

El objetivo es restituir a Cuba como un miembro libre e independiente de la comunidad internacional y, en particular, del hemisferio occidental, para que la guerra de treinta años entre cubanos y norteamericanos finalmente concluya.

Panamá

Propuesta N.º 10

La expulsión de Noriega y la celebración de elecciones no serán suficientes para instaurar un régimen democrático en Panamá. Estados Unidos tendrá que centrar su atención en toda la gama de problemas que entraña un régimen democrático: la reforma de las FDP, el apoyo a un sistema judicial independiente y la restauración de la economía, serán los más esenciales.

La crisis del régimen de Panamá se produce ahora. Durante veinte años, la exuberancia democrática natural y algo desorganizada del país fue ahogada por una dictadura seudopopulista.

La administración de Carter cifró sus esperanzas en forjar una alianza con un gobierno corrupto, que creía estable, mediante la firma de dos tratados sobre el Canal de Panamá, que garantizarán el control por ese país de esa vía interoceánica para finales de siglo.

Ya en ese momento la ilusión de Carter es evidente para todos. Sin embargo, la administración de Reagan sólo ha podido formular una nueva política hacia Panamá a tontas y a locas, centrada casi exclusi-

vamente en despojar el país de un individuo, su influyente general Manuel Antonio Noriega.

Pero el derrocamiento del dictador difícilmente resuelva los problemas de Panamá o cree condiciones para una sólida asociación norteamericano-panameña.

En la década de 1990, la próxima Administración tendrá que enfrentar serios problemas que aún están por abordar. Las leyes bancarias tienen que ser revisadas para evitar que el país se hunda una vez más en la corrupción basada en el cartel de las drogas. La Constitución panameña puede ser enmendada para que permita la extradición de ciudadanos panameños culpables de delito en terceros países, aunque sería preferible en gran medida que esta tarea fuera asumida por un sistema judicial panameño depurado.

Además de eso, Estados Unidos y Panamá, una vez que esté en el Poder un gobierno democrático, deben comenzar a planear seriamente la adecuada administración del Canal, que pronto requerirá una importante y costosa reparación general. Al mismo tiempo, deben iniciarse las discusiones sobre una defensa realista del Canal después del año 2000. Esas conversaciones deben incluir la retención por Estados Unidos de un número limitado de instalaciones en Panamá (principalmente la base aérea Howard y la estación naval Rodman) para una adecuada proyección de fuerza en todo el Hemisferio Occidental.

Estas cuestiones no han sido tratadas y deben serlo para principios de la década de 1990, si se han de afianzar los intereses nacionales de Panamá y Estados Unidos para el próximo siglo.



JUAN JORGE FAUNDES

Colombia: el precio de la vida y de la muerte

«Ojalá que cuando se publique su artículo yo todavía esté vivo.» No es Salman Rushdie quien habla, sino otro condenado a muerte. Alvaro Salazar, colombiano, treinta y cuatro años, economista, encargado de relaciones internacionales de la Unión Patriótica (UP), movimiento izquierdista que en sus tres años de existencia ha sufrido el asesinato de un millar de sus militantes y dirigentes, promedio de casi un muerto diario. Salazar y sus compañeros no han sido condenados a muerte por presunta blasfemia contra el Corán, sine por exigir la vigencia en Colombia de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, insoportable herejía para la poderosa ultraderecha colombiana, en la que se mezclan industriales y hacendados, narcotraficantes que han comprado latifundios, y miembros de las Fuerzas Armadas y de policía, seguidores fervorosos de la doctrina de la seguridad nacional.

Occidente se levantó como un solo hombre para defender al escritor anglo-indio, pero permanece indiferente ante el genocidio de la Unión Patriótica.

La impunidad con que se extermina a la UP es absoluta. Todos los crímenes permanecen sin ser aclarados, y en las pocas excepciones que confirman la regla, los acusados están prófugos, o protegidos por sus respectivos mandos militares. Los jueces que señalaron su culpabilidad, están muertos o en el exilio.

En Colombia ya nadie se atreve a verse en público con alguien de la Unión Patriótica. Menos aún si ese alguien es un dirigente. Uno de los últimos que se acercó en público a un dirigente de la UP

fue el senador liberal y precandidato a la presidencia de la República, Ernesto Samper, quien el viernes 3 de marzo, a las tres y treinta y cinco de la tarde, divisó en el aeropuerto El Dorado, de Bogotá, a su amigo José Antequera.

«¿Y usted todavía en el país?», le dijo acercándose.

José Antequera, encargado de relaciones políticas en la coordinadora nacional de la UP, tercer hombre en la jerarquía del movimiento, no alcanzó a contestar. Cayó muerto con quince balas en el cuerpo. El senador Samper quedó peligrosamente herido con diez tiros en el tórax, los brazos y una cadera. Ambos estaban custodiados por guardaespaldas propios y de la policía secreta que, ante lo repentino del ataque, no alcanzaron a reaccionar. Cuando al fin lo hicieron, uno de los cinco pistoleros quedó acribillado desangrándose sobre la losa del «hall» del aeropuerto. Quisimos estar cerca del actual tercer hombre en la jerarquía de la UP, Alvaro Salazar, quien era cuarto antes de que Antequera fuese asesinado.

El primer encuentro con Salazar fue en una de las callejuelas coloniales del barrio La Candelaria, en el viejo Bogotá, pleno centro de la capital colombiana, en el interior de un «jeep». Me invitó a subir a su lado, junto a la puerta derecha del vehículo, y pensé que sería un buen escudo para el político en caso de una emboscada. Alvaro Salazar quedó sentado al medio, entre este reportero y el chofer. En su mano derecha portaba una pistola, negra y de calibre nueve milímetros, apuntada hacia el suelo y

con el dedo índice en el gatillo. En la parte trasera del vehículo, dos escoltas de la policía secreta, vestidos de civil, apuntaban hacia el exterior con pequeñas subametralladoras.

No eran precauciones exageradas, el 13 de diciembre de 1988, en Bogotá, Salazar ya había sido atacado. Le dispararon desde otro vehículo y él y sus escoltas protagonizaron una persecución de diez manzanas, balas van y balas vienen, hasta que el acosado vehículo agresor se refugió en una estación de policía. Uno de los atacantes resultó ser un oficial de la fuerza aérea. Salazar lo demandó. Cuando la justicia se hizo cargo, el oficial había sido trasladado de unidad. «Desapareció con la complicidad de sus superiores», afirmó el dirigente.

El 27 de febrero, la semana anterior a nuestro encuentro, también en pleno centro de Bogotá, y apenas cuatro días antes del asesinato de Antequera, habían sido rociados de metralla, y muertos, cuatro comunistas que viajaban en un «jeep» similar a éste. Eran Teófilo Forero, secretario de organización del comité central del partido, su esposa Leonilde de Forero, el chofer y otro dirigente. Se habían estacionado en el aparcamiento de un restaurante especializado en carne asada, un asadero, cuando los mataron.

El viaje en «jeep» con Salazar es silencioso. Nadie habla. Todos miran, escudriñan, olfatean el exterior. Desde el interior del vehículo la calle es hostil, ya no hay peatones ni otros conductores ni simples transeúntes. Sólo potenciales agresores. El enemigo puede estar en cualquier esquina. En cualquier ventana. Puede disparar una o varias ráfagas. Lanzar una granada. Disparar un «rocket».

Son las cinco de la tarde del jueves 9 de marzo. Hace apenas unas horas, a las diez de la mañana, otro dirigente de la UP, Arturo Sanín, escapó de milagro en la ciudad de Pereira, 200 kilómetros al oeste de Bogotá. Iba con otras personas en un automóvil y le lanzaron una granada. La vio entrar por la ventanilla, caer al piso. Gritó: «Saltemos que nos van a matar», saltaron. El vehículo quedó destrozado.

«Estoy muy cansado. Vivir así es una

tensión permanente», confiesa Salazar, cuando conversamos más tarde.

Por la mañana le cuesta levantarse. No sólo por la hora, a las 5:30 de la madrugada, sino por la incertidumbre de no saber si ése será el día en que lo van a matar. Entre siete y diez asiste a una academia, a un curso intensivo de inglés. Después comienza el día político, reuniones que se prolongan casi hasta la medianoche.

Antes de ingresar en la UP en 1985, Alvaro Salazar había sido guerrillero durante siete años, miembro de la estructura urbana de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), organización vinculada al Partido Comunista. «Cuando era guerrillero jamás me sentí tan inerte, tan a merced del enemigo, como ahora que soy dirigente de un movimiento político legal, pacífico y pacifista», afirma.

Salazar usa un chaleco antibalas, pero Julio Canon, alcalde de Vista Hermosa, en el Meta, 300 kilómetros al sur-orienté de Bogotá, llevaba puesto uno de esos chalecos cuando lo ametrallaron, el 7 de septiembre del año pasado. «Las balas de grueso calibre lo dejaron vuelto nada, a él y al chaleco», nos dijo uno de los testigos.

La tensión no le quita sabor a la vida de Alvaro Salazar. Ahora es lunes 13 de marzo, a la una de la tarde, y mientras almuerza en su oficina, con la pistola en la sobaquera y comiendo directamente de la vianda traída desde un restaurante cercano, bromea con algunas compañeras y compañeros, y comenta: «Mi último deseo es disfrutar la vida.»

El humor negro es parte de la vida de Salazar y de todos los dirigentes y militantes de la UP conocidos por nosotros. Es un humor quizá cruel, masoquista y exagerado, pero cumple con su función: exorcizar las tensiones. «Cuando mataron a Pardo Leal (fundador y primer presidente de la UP, asesinado el 11 de octubre de 1987) él venía a Bogotá para ser padrino de mi matrimonio. Era las cuatro de la tarde, el matrimonio era a las siete, venía rápido desde su finca, donde había estado descansando. El mismo conducía el campero. Usted recuerda que le dispararon desde otro vehículo. Mi matrimonio se transformó entonces en una misa fúnebre.

—¿Y usted se casó finalmente?

—¿Casarme? No. Ja, ja. Aproveché la oportunidad y ya no volvieron a agarrarme...

Una de las mujeres comenta: «El compañero Teófilo Forero era muy bueno para comer y murió en su ley, lo mataron en un asadero.»

Salazar levanta la cabeza de su almuerzo y con el tenedor listo para seguir comiendo responde:

«Yo también moriré en mi ley. Cuando a mí me maten será con la última novia que tenga ese día, ja, ja...»

Entra a la oficina un dirigente regional, Ernesto Aristizábal, quien hasta el 16 de septiembre de 1988, y durante nueve días, alcanzó a ser alcalde encargado de Vista Hermosa, el pueblo de la violenta zona del Meta donde, el día 7 del mismo mes, había sido asesinado Julio Canon, el anterior alcalde.

«Hola, compañero, ¿qué cuenta?», dice alguien.

«Aquí, bien, todavía entre los vivos», responde Aristizábal.

Ese día 16 de septiembre, en la ciudad de Villavicencio, cerca de Vista Hermosa, Aristizábal alcanzó a ser salvado de una emboscada, por miembros de la policía secreta, cuando los paramilitares se aprestaban a disparar contra él en una cafetería contigua a la gobernación del Meta. Lo acompañaba su esposa. «Los policías nos metieron en un carro y nos mandaron para Bogotá, así, con lo puesto, pero vivos.» Antes del asesinato de Julio Canon habían sido muertos, sucesivamente, los dos candidatos que la UP había presentado en Vista Hermosa a las elecciones de alcalde del 13 de marzo de 1988.

Alvaro Salazar afirma que el plan de exterminio contra la UP, que se perpetra en Colombia en forma implacable y sistemática, no tiene precedentes en la historia latinoamericana. «Porque en los

casos de las dictaduras militares, esos gobiernos y sus fuerzas armadas cargaron con el costo político de la guerra sucia. En cambio en la guerra sucia colombiana, el Gobierno supuestamente democrático del liberal Virgilio Barco, y sus fuerzas armadas y de policía, permanecen sin mácula, pues los crímenes (mil doscientos asesinatos políticos en 1987, tres mil en 1988, más de 500 en lo que va de 1989) se achacan a los fantasmagóricos grupos paramilitares, que actúan en la impunidad y que no sufren ningún castigo. Así, llegarán "limpios" a las elecciones presidenciales de 1990 y con una UP y otros movimientos de izquierda aniquilados e incapaces de competir abiertamente.»

«El Gobierno de Barco nos habrá sacado de la cancha política con los paramilitares haciendo el trabajo sucio mientras engaña al mundo con la retórica de su "plan de paz", plan que será demagógico mientras no nos garanticen el pleno ejercicio de nuestros derechos más elementales. ¿Cree usted que los guerrilleros se van a desmovilizar mientras no existan garantías de que no serán exterminados como lo estamos siendo nosotros?»

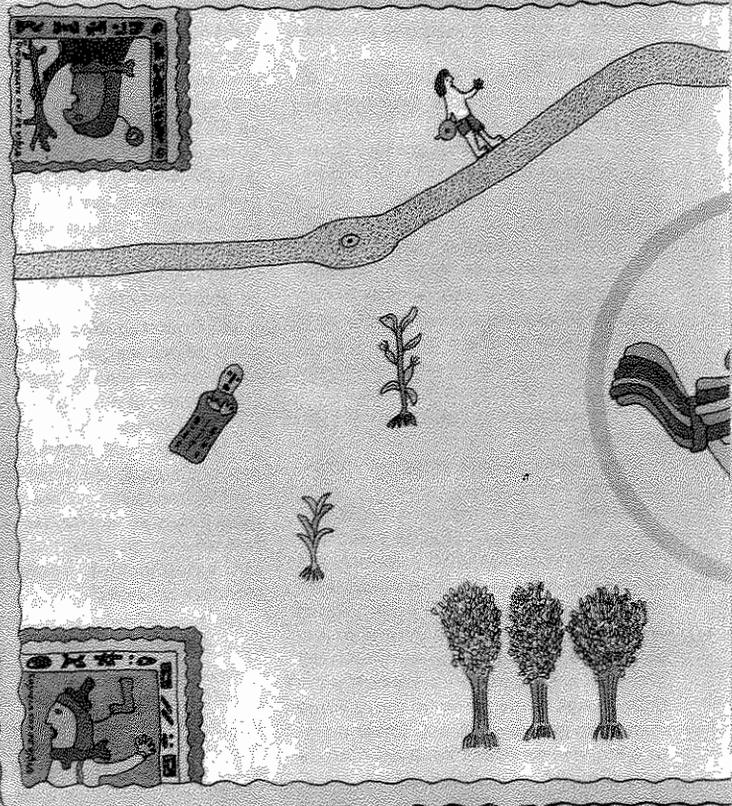
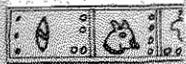
No hay tensión ni risa ahora en los ojos del dirigente, sino resolución.

Alvaro Salazar informa que están haciendo gestiones ante las Naciones Unidas para que ese organismo supranacional se encargue de garantizar la vida a los miembros de la Unión Patriótica. «Que nos garanticen el derecho a vivir en nuestro país y de hacer política en forma pacífica, es lo menos que podemos pedir.»

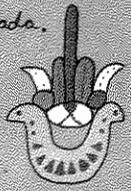
«¿Quién tiene más probabilidades de salir vivo, el toro en el ruedo o un militante de la UP?», se me ocurre preguntarle.

«El toro», responde.

El surgimiento de castas privilegiadas en la América precolombina

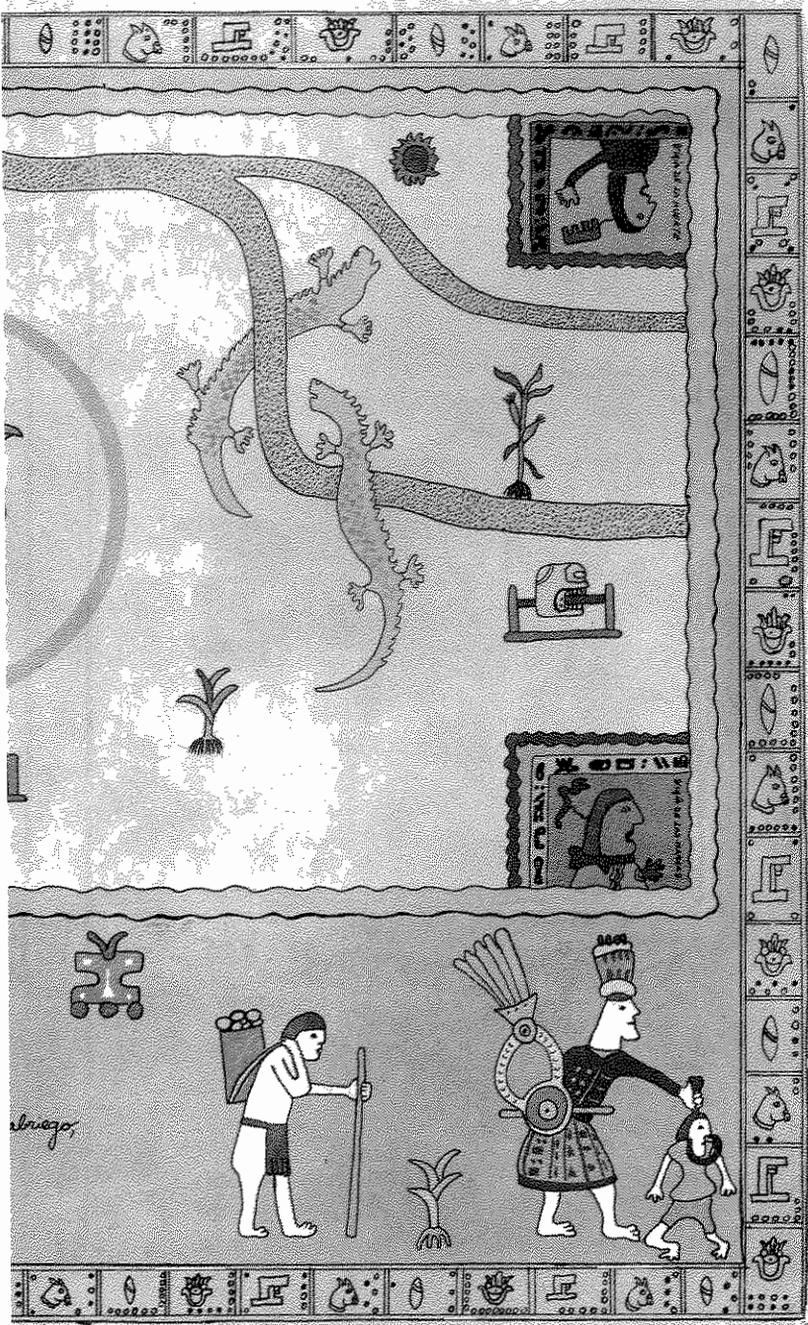


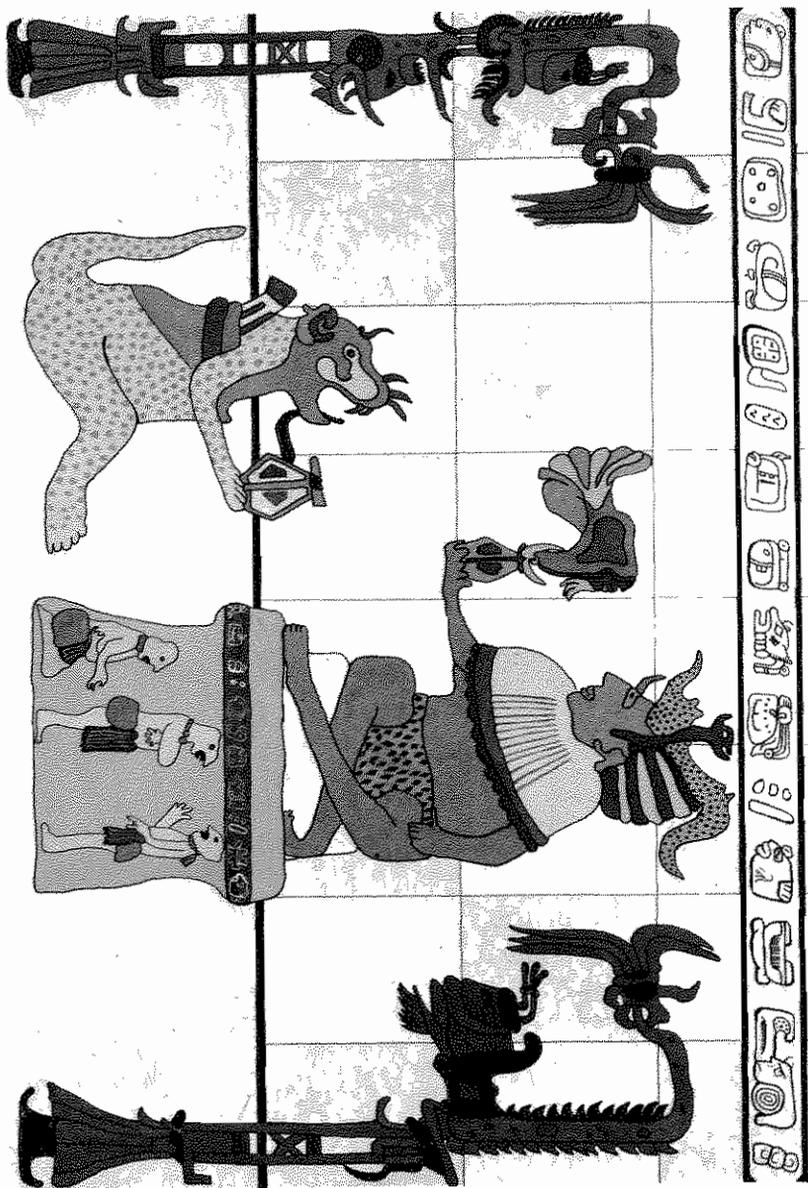
No advertió el fusión enarbolado
 El camino subrepticio de los vientos
 Ni el lagarto ni venir la vil puralada.
 En la grandiosa sequedad
 Del subtropico andino
 Siguió la momia porando
 Del sueño fantástico
 Y en la densa melena ecuatorial
 La selva intimidada completo
 Su profusa enredadera.



Alayo, donde el hueso
 Fue rabillo homicida
 Polvo de dolor se c
 Al pie de los fue
 Y el día, enruello
 Llamorada, descansa
 Como un haligo
 El gelando nostro
 Calcinando la us
 Del subdito ater







Cómo hago mis versos

GABRIELA MISTRAL

El texto que publicamos a continuación es la transcripción de una conferencia pronunciada por la poetisa chilena en Montevideo, Uruguay, en el año 1938. Fue hallado por Ruth González-Vergara en Madrid en una vieja grabación. Es la primera vez que se publica.

* * *

Señores Ministros: la ocurrencia feliz de reunirnos aquí a Juana (Ibarbourou), a Alfonsina (Storni) y a mí es muy uruguaya, es decir muy llena de gracia. Ya dije antes que el Espíritu Santo es la divina persona que más llueve sobre la raza uruguaya.

Recordaremos en primer lugar a nuestras dos grandes muertas, tan nuestras como vuestras, uruguayos. Pensaremos en Delmira Agustini, maestra de todas nosotras, raíz hincada más o menos en las que aquí estamos. Y pensaremos en María Eugenia (Vaz Ferreira), alma heroica y clásica, que en lo heroico y en lo clásico hubiera querido pastorearnos a todas, pero que se nos fue demasiado pronto. Yo me temo mucho que vaya a fracasar la linda intención del señor Ministro Aedo de someternos a una encuesta verbal, a una confesión clara, a un testimonio y que fracase a causa de nuestra malicia de mujeres y sobre todo de nuestro radical desorden de mujeres. Querer reducir a normas y poner en perfil neto nuestro capricho consuetudinario es una empresa de romanos que nosotras podemos desbaratar entera, fingiendo

que la obedecemos. Parece que nos llaman a juicio y las llamadas somos, primero, una Diana de la campiña uruguaya que adentro de su categoría de diosa agraria guarda disimulada su feminidad entera.

La naturaleza hasta hoy, que yo sepa, no ha querido dar su ancha fórmula, y cuando más, deja caer una gota de su secreto parecida a una sola uva exprimida en la manaza extendida del averiguador. La naturaleza, es decir Juana, no puede contar a vosotros, curiosísimos varones interrogadores, cómo ella se las arregla para soltar la luz sin darse ningún trabajo y cómo hace para que el agua de su poesía resulte a la vez eterna y niña. Son cosas muy serias aunque parezcan tan inocentes. La naturaleza, hija de dios y Juana, hija del Uruguay. Y nadie tampoco acertaría con las índoles, los modos, yo no quiero decir la horrible palabra método, de Juana de América. Por algo lleva ella nombre geográfico adobado al de la pila bautismal. No es ningún azar ese nombre que le dieron y que la deja sola con la América dueña de la llave inefable de nuestra raza. Siempre que voy hacia Juana y la visito con frecuencia fiel, yo la dejo como me la hallé en su candor y misterio esencial. Su misterio es el peor. Es el misterio de lo luminoso y no de lo sombrío. Y este misterio lleno de claridad burlaría al propio doctor Fausto. Allí, está ahí, el agua cayendo llena de luz y de gozo, de ver callar mientras se bebe y agradecer, ésa es toda la política que nos corresponde a mujeres y a hombres respecto del caso de Juana de América.

En cuanto a Alfonsina, antes de sus canas y después de sus canas no ha sido otra cosa que la jugarreta deliciosa del sueño de una noche de verano. También ella va a dar un salto sobre el plan del Ministro Aedo. ¡Ya lo dio! Ella se ha reído toda su vida y por igual de sus amigos y sus enemigos. Y cuanto más soltará una pequeña prenda de la masa de su secreto y esta prenda despertará en vosotros más apetito de conocer el resto. Y ella, el bougre, castellanizo la palabra, se burlará sin ningún respeto de nosotros. Y hará muy bien porque nació para eso. Viviendo dentro de razas románticas, la inteligencia afilada como el alfiler que la japonesa lleva en el moño, se sacudió, Alfonsina, el extremoso romanticismo criollo. Por allí he dicho una barbaridad, una sintaxis de esas que son mías, es perdón. Alfonsina hermana siamés mía, por virtud de la cordillera que nos puso a querernos sin mirarnos nunca a la cara, una del este la otra del oeste. Cada vez que yo he querido definirla, o sea, concretarla se ríe de esta Gabriela medio cabrera del Valle de Elqui y medio lectora de la cartilla. Aquí está Alfonsina en recinto oficial y en medio de ceremonias pedagógicas, haciendo una vez más su jugarreta de fou. Yo le doy las gracias de tener cuanto yo no tengo y de regalarme lo que no me cayó a mí en suerte. Lo que tiene de precioso ingenio europeo, el aguijón que perdonamos porque el primer punto en el cual se hinca es el cuerpo mismo de la heridora. Alfonsina es una abeja inédita entre las abejas contadas por los poetas griegos. Ella es la abeja que en el vuelo se

persigue a sí misma antes de caer sobre el matorral de mirtos, la abeja que danza un baile a veces desgarrante buscando su propia carne para sangrarla con un gesto de juego que yo le entiendo y que suele hacerme llorar. Yo vivo en este momento una aventura que suele ocurrirme, la de sentirme en mi sangre un rumor casi un tumulto que quiere hablar por mi boca. Esta vez ese tumulto es el de todas las poetisas uruguayas, desde las de Montevideo hasta las de Artigas. Las que han venido lo mismo que las ausentes: desde Luisa Luisi, criatura de mi sangre por la artesanía doble del verso y de la lección, a quien he estado unida en veinte años de amistad entrañable, hasta mis dos ángeles custodios de las calles de Montevideo, Sara y Ester, que golpean a mi garganta y quieren también dar su mensaje. Me siento como un viejo cuerno lleno de estas voces ajenas; me siento como una verdadera vaina de hablas reunidas y apenas tengo en este momento esa cosa fea que se llama el acento individual, la voz que lleva un nombre solo.

Ahora voy a obedecer a nuestro Ministro y a nuestro director de Educación, contando cómo escribo si es que yo sé alguna cosa clara y efectiva sobre cómo escribo. El tema que me dieron fue esto: *¿cómo hace usted sus versos?* Y me ha hecho acordar de una preciosa parábola de Pedro Prado, el chileno. Pedro Prado cuenta que una vez una señora entró a un jardín y le pidió una rosa al jardinero con esa tremenda superficialidad que tenemos las mujeres, una rosa. Pero el jardinero era un varón muy profundo, era un viejo jardinero, muy vivido, y el jardinero le contesta: «Yo le doy a usted la rosa, la que quiera, siempre que la corte donde ella comienza.» Entonces la señora se va derecha a cortar allá a medio tallo por ahí. Y le dice el jardinero: «No, la rosa no comienza ahí. ¿Usted cree que la rosa va a comenzar casi en el pedúnculo?» «¡Ah!», dice la señora. Y entonces va con la tijera más abajo. «Ah, no —le dice— que usted se equivoca. ¿Usted cree que ahí comienza esa cosa florida que hay arriba? ¿Y con qué savia se alimentaría?» «Ah, dice la señora y va a cortar sobre el suelo.» «Ah, no —le dice el jardinero— ¿usted cree que es ahí precisamente donde eso comienza? ¿Y la raíz?» «Ah —dice ella— entonces la voy a arrancar.» Y le dice el jardinero: «¿Y usted cree que comienza en las raíces? ¿Y de dónde le vendría todo lo que tiene?» La señora se queda muy perpleja y no la cortó. El poema tampoco sabemos dónde comienza. ¿Comienza en el momento en que se hace? ¡Ah, no! Comienza en el momento en que nos cae esa especie de puntada, de la emoción, esa lanzada de la emoción. Porque cuando la lanzada nos trabaja ya venía de tan tarde el hacerse la carne tierna para la lanzada. Habría que remontar a todo lo que nos ha ido trabajando el corazón para esa calidad de la carne que le damos a la cuchillada, es decir, habría que comenzar en la infancia donde todo comienza; pero cuando nacemos ya traemos tanto capital viejo y deuda grande. Habría que comenzar con toda la muchedumbre de nuestros antepasados. ¡Menudo trabajo

contar con lo que hacen los versos! Grandes curiosos que nos escucháis, las mujeres no escribimos solemnemente como Buffon que se ponía para el trance su chaqueta de mangas con encajes y se sentaba con la mayor solemnidad del mundo a su mesa de caoba. Los hombres posiblemente sean tanto o más vanidosos que las mujeres.

Yo escribo sobre mis rodillas, en una tablita con que viajo siempre, y la mesa escritorio nunca me sirvió para nada, ni en Chile ni en París ni en Lisboa. Escribo de mañana o de noche y la tarde no ha dado nunca inspiración sin que yo entienda la causa de su esterilidad o de su mala gana respecto de mí. Creo no haber hecho jamás un verso en cuarto cerrado, ni en cuarto cuya ventana diese a un horrible muro de casa urbana. Siempre me afirmo en un pedazo de cielo que Chile me dio azul y que Europa me da borroneado. Mejor se ponen mis humores si yo afirmo mis ojos viejos en una masa de árboles tiernos. Mientras yo fui criatura estable, en mi raza y mi país escribí lo que venía o tenía muy inmediato. Escribí como quien dice sobre la carne caliente del tema. Desde que soy criatura vagabunda, desterrada voluntaria, parece que no escriba sino en el medio de un vaho de fantasmas. Todo el mundo: el aire, el cielo y la tierra se me han vuelto pura saudade. La tierra de América y la gente mía viva o muerta, se me han vuelto un cortejo melancólico pero muy fiel, que más que envolverse me joda y me oprime y rara vez me deja ver realmente el paisaje y la gente extranjera. Escribo sin prisa, generalmente, y otras veces con una rapidez vertical de rodado de piedras en la cordillera. Me irrita en todo caso detenerme y tengo siempre al lado cuatro o seis lápices con punta porque soy bastante perezosa y tengo el hábito regalón de que me den todo hecho excepto los versos. En el tiempo en que yo me peleaba con la lengua exigiéndole una tremenda intensidad, me solía oír a mí misma mientras escribía un crujido de dientes muy colérico, el rechinar de la lija sobre el filo domo del idioma. Ahora ya no me peleo con las palabras sino con otra cosa. He cobrado el disgusto y el desapego de mis poesías cuyo tono no es el mío por ser demasiado enfático. No me excuso sino aquellos poemas donde reconozco mi lengua hablada, eso que llamaba don Miguel, el vasco, la lengua conversacional. Corrijo bastante más que lo que la gente puede creer leyendo unos versos que aún así se me quedan bárbaros. Salí de un laberinto de cerros y algo de ese nudo sin desatadura posible queda en lo que hago, sea verso, sea prosa.

Escribir me suele alegrar. Siempre me suaviza el ánimo y me regala un día ingenuo, tierno e infantil; ando trayendo la sensación de haber estado por unas horas en mi patria real. Es mi costumbre en mi suelto antojo, en mi libertad total, esos días en que hago alguna poesía buena o mala, mi ánimo es el de quien estuviera casado con una muchedumbre de criaturas, casada con el mundo. Me gusta escribir en cuarto pulcro aunque soy persona hartamente desordenada. El orden pa-

rece regalarme espacio y este apetito de espacio lo tiene mi vista y mi alma. En algunas ocasiones he escrito siguiendo un ritmo recogido en un carro que iba por la calle lado a lado conmigo. O siguiendo los ruidos de la naturaleza, que de más en más se me funden en una especie de canción de cuna. Pinares, marejada, ruido de álamo, todo eso al llegar a mi oreja viene solamente, viene en un ritmo de canción de cuna. Por otra parte tengo todavía la poesía anecdótica, que tanto desprecian los poetas mozos. La poesía me conforta los sentidos y eso que llaman el alma, pero la poesía ajena mucho más que la propia. Ambas me hacen correr mejor la sangre, me defienden la infantilidad del carácter, me aniñan y me dan una especie de asepsia respecto del mundo. La poesía es en mí sencillamente un rezago, un sedimento de la infancia sumergida. Aunque resulte amarga y dura, la poesía que hago me lava de los polvos del mundo y hasta de no sé qué vileza esencial parecida a lo que llamamos el pecado original que llevo conmigo y que llevo con afflictión. Tal vez no el pecado original, no sé, sino nuestra caída en la expresión racional y antirrítmica a la cual bajó el género humano castigado, y que más nos duele a las mujeres por el gozo que perdimos en la gracia de una lengua de intención y de música que iba a ser la lengua del género humano.

Y a propósito de la infancia pensaba qué definición sería la que yo pudiese dar de la POESIA y pensaba en esto: Yo he escrito un poema en que habla un niño, el niño habla de una cantidad de bultos que ve faltos, que ve con pósito. Yo creo que cuando nacemos los que vamos a hacer versos traemos en el ojo una viga atravesada. Esa viga atravesada no nos deforma, ya sea transfigurándolos o en otra forma todo lo que miramos, y nos hace para toda la vida antilógico y anti-realista; el llamado poeta realista no existe. De manera que esa viga nos hace a veces ver amarillo lo que es negro y nos hace ver redondo lo que es cuadrado. Y nos hace caminar entre una serie de disparates maravillosos. Dicen que al morir la mayor parte de los agonizantes lloran una lágrima, una extraña lágrima que cae con mucha lentitud. Yo creo que la viga del ojo del poeta no se va sino en esa última lágrima del agonizante. Entraremos así en el paraíso, donde sea, con el ojo limpio, porque ya en otra parte no nos serviría de nada una viga que nos transfigurara las cosas. Voy a decirles esa pequeña poesía que habla de la viga en el ojito del niño. Se llama «La pajita» y está escrita en la lengua folclórica de nuestro pueblo chileno que cuenta de una curiosa manera diciendo «esta que», o «este que».

Esta que era una niña de cera;
pero no era una niña de cera,
era una gavilla parada en la era.

Tampoco era la gavilla*,
sino la flor tiesa de la maravilla.
Tampoco era la flor, sino que era
un rayito de sol pegado a la vidriera.
No era un rayito de sol siquiera:
una pajita dentro de mis ojitos era.
¡Alléguese a mirar cómo he perdido entera,
en este lagrimón, mi fiesta verdadera!

* En las diversas ediciones de *Desolación*, *Ternura*, *Tula*, *Lagar* donde aparece este poema (editorial Porrúa de México, o Col. Anstral de Espasa-Calpe, Madrid), este verso figura con una ligera variante. Dice: «Pero no era una gavilla...»

En el centenario de Gabriela Mistral

1 *Reconocimiento de Gabriela*

FEDERICO SCHOPF

Por cierto, estas observaciones —irresistiblemente incompletas y, en cierta medida, desordenadas— no pueden comunicar una imagen suficiente de la controvertida poetisa chilena. Aspiran sólo a iluminar dimensiones de su vida y su obra que, interesadamente, se han mantenido ocultas e incluso han sufrido tergiversación. Desde muy temprano, críticos y biógrafos oficiales se encargaron de fabricar una especie de vida ejemplar, tal como se ha hecho con los santos de la iglesia católica o con figuras como Mao*. Ciertamente es que la propia Gabriela, con sus misteriosos silencios, su timidez y recogimiento, algunas de sus

Federico Schopf es profesor de literatura, crítico, ensayista y poeta. Vive en Chile.

* Ya en 1925, Eugenio D'Ors se refería a la poetisa como un «Ángel de la Guarda» (*El Mercurio*, Santiago de Chile, 15.02, 1926). Al año siguiente, un periodista argentino la llama «Gabriela, la Divina» (*El Correo de Valdivia*, Chile, 17.02, 1926). Al otorgársele, en Panamá, dos condecoraciones, «La Orquídea de Oro» y la «Flor del Espíritu Sauto», una dama la denomina «La Divina Maestra». Poco más tarde, aparece en Santiago de Chile una biografía pintoresca con el título de *La Divina Gabriela*, 1933. Su autor: Virgilio Figueroa. No es posible dejar de mencionar la inocua *Santa Gabriela Mistral*, de Benjamín Carrión (Quito, Casa de la Cultura, 1956). Hay que consignar que la propia Gabriela Mistral reaccionó críticamente ante el libro de Figueroa —señalando sus excesos e inexactitudes— y ante el libro de Carrión, enviándole a este último un telegrama en que le pedía: «Por favor cambiar en seguida título libro evitán-

ideas, su necesidad de reconocimiento, etc., entregó materiales más que suficientes para elaborar una imagen oficial que lamentablemente aparecía, así, en parte como verdadera. En este sentido, Gabriela Mistral es una figura ambigua, y, creo, a medio camino entre el rechazo y la afirmación de la ideología dominante en la sociedad latinoamericana de su tiempo, *que ya no es el nuestro*.

Según la imagen oficial, la poetisa era una muchacha de origen modesto que, habiendo perdido tempranamente a su novio, se consagró al cuidado de su anciana madre y a la labor de maestra, recorriendo Chile y América en misión educativa y recordando a las gentes la necesidad del sacrificio social, la existencia de Dios y la vida eterna. Nada más desagradable que imaginar la repugnante función represiva que, al margen de la voluntad de la propia poetisa y muchos críticos de la sociedad, debe de haber cumplido esta imagen pública, bajo la hipócrita forma de vida ejemplar y modelo de conducta que debe ser imitado.

Por muchas razones, esta imagen de la poetisa resulta inaceptable en la actualidad. Dado el curso de la historia, ella ha perdido gran parte de su eficacia ideológica y, para los gustos de hoy, ha llegado a ser excesivamente *kitsch*. Para la reivindicación actual de Gabriela Mistral —que está en marcha desde hace algunos años— debe recordarse que la poetisa nunca dejó, a lo largo de su conturbada vida, de hacer declaraciones que, en la forma deshilvanada que se lo permitían las circunstancias, contradecían gravemente los rasgos esenciales de la representación oficial de su vida. Estas declaraciones fueron largo tiempo desoídas o desestimadas por la crítica establecida. Sólo algunos escritores disidentes de las generaciones más jóvenes las recogieron, pero ellos mismos no encontraban gran resonancia en la opinión pública de esos años. Desde luego, nunca es tarde para que este tipo de declaraciones se integren a alguna imagen oficial, pero en la actualidad pueden también servir de punto de partida para una representación más fidedigna de la tormentosa vida de Gabriela Mistral, estirada entre la

dome comentarios mal intencionados y burlescos...» Pero Carrión reaccionó con un ensayo titulado: «Sí, Santa, Gabriela Mistral», *Cuadernos Americanos*, N.º 93, 1957. El mismo año, Carrión no vacila en afirmar que Gabriela Mistral «ha conseguido, como San Francisco, el milagroso privilegio del Estigma» («Meditación sobre Gabriela Mistral», *Anales de la Universidad de Chile*, N.º 106, 1957, pág. 74). Citemos, por último, dos ejemplos más: Laura Rodig, una de las secretarías de la poetisa, escribe que ella nace el 6 de abril de 1889 «como reviviendo el relato de la natividad cristiana» (en «Presencia de Gabriela Mistral», *Anales de la Universidad de Chile*, N.º 106, 1957, pág. 283). Por su parte, Hans Rheinfelder, profesor en Múnchen, autor de un libro sobre la poetisa, señala jubiloso que en la vida y en la obra de Gabriela Mistral no hay «nada de sublevarse contra el destino, nada de reñir con Dios, nada de manifiesto comunista... La aptitud para conseguirlo (en un poema determinado) le viene a la madre de una religiosidad profunda y entramente natural: ¿es que al Niño-Dios en el establo de Belén le fue mejor?» (en «Gabriela Mistral», *Anales de la Universidad de Chile*, N.º 106, 1957, pág. 50).

gloria oficial y las contradicciones irresueltas de su desdichada intimidad. La publicación reciente de una serie de documentos y testimonios sobre la vida de Gabriela Mistral, en especial una cantidad apreciable de cartas amorosas, comienza a echar por tierra la representación oficial y entrega decisivo apoyo a las declaraciones conflictivas de la poetisa, referidas no sólo al dominio de sus amores, sino también a sus concepciones políticas y religiosas¹. Ya las cartas de amor publicadas —que serían sólo una parte del total— nos dan testimonio que, desde los quince años, tuvo Gabriela más amores que el único amor que le reconocen sus exégetas oficiales. Estas cartas revelan también la intensidad de sus pasiones, sus mecanismos represivos, sus cambios de decisión, la claridad de su inteligencia opacada por prejuicios procedentes de su educación católica y la provincia, las luchas entre su fuerte voluntad y sus sentimientos, el cansancio que le produce la docencia tradicional, asumida por necesidad económica, la fascinación que ejerce sobre ella el amor prohibido. Pero es, sobre todo, la lectura actual de sus poemas —hecha en otro tiempo que es el suyo y desde una situación más libre e informada, gracias incluso a la publicación de las cartas— la que desautoriza, ojalá que para siempre, las pobres representaciones que la crítica establecida imponía como «contenidos sublimes» de su obra.

El origen humilde

Lucila Godoy Alcayaga (verdadero nombre de Gabriela Mistral) nació en 1889 en un valle del Norte de Chile, que ella misma describe como una «tajeadura heroica en la masa montañosa, pero tan breve que aquello no es sino un torrente con dos orillas verdes... es el valle mirado desde lo alto una especie de collar roto, con las aldeas veladas por los árboles»². En diversos pueblos de este valle pasó Lucila su infancia. Su media hermana mayor y su madre mantienen el hogar como pueden, ya que el padre las ha abandonado para siempre cuando Lucila tiene tres años. A los ocho años, la niña es acusada de robar papel en una escuela y es perseguida por alumnas que, instigadas por la profesora, le arrojan piedras. Regresa ensangrentada a casa. Es una impresión que no se le borrará jamás. Hacia 1910, comienza a publicar en los diarios locales. A los catorce años, aprueba los exámenes de

¹ Para el problema amoroso, es de fundamental importancia: Sergio Fernández-Larraín (editor), *Cartas de Amor de Gabriela Mistral*, Santiago de Chile, Ed. Andrés Bello, 1978. Para sus ideas políticas, docentes, culturales, etc., la recopilación de artículos *Gabriela Mistral en «El Repertorio Americano»*, San José de Costa Rica, Ed. Universidad de Costa Rica, 1978, Editor Mario Céspedes.

² Palabras de Gabriela Mistral en su prólogo a *Caravana Parda* (1925), de M. I. Peralta. Cit. en Isauro Santelices, *Mi Encuentro con Gabriela Mistral*, Santiago de Chile, Ed. del Pacífico, 1972, págs. 33-34.

ingreso a la Escuela Normal de La Serena, pero es rechazada a última hora, porque el capellán la acusa de propagar el panteísmo en sus escritos. Recuerdos gratos de su infancia son sus paseos por el valle y las lecturas de la Biblia que realizaba con su abuela paterna. Un episodio que soslayan las hagiografías: «A los siete años Gabriela tiene un choque físico y moral que no es posible describir en pocas líneas»³.

El amor único

A bordo de un tren, de viaje a una de las escuelitas en que enseñaba, conoció Gabriela, hacia 1905 o 1906, a un joven apuesto y simpático, empleado de ferrocarriles y encargado de cobrar ciertas cuentas. Las relaciones posteriores de la poetisa, muchas declaraciones suyas, permiten suponer que ella se enamoró de él con la intensidad profunda de los adolescentes. Parece no haber visto mucho: «Un día me dijo que iba más al Norte a buscar trabajo en las minas para hacer dinero y regresar a buscarme para que nos casáramos. Aquella promesa constituye el recuerdo más dulce que tengo de él»⁴. Pasa el tiempo y una tarde ella lo sorprende paseando del brazo con otra muchacha, más bella y de mejor posición social. Una noche, la poetisa observa distraída el jardín de una casa, desde su balcón. Entre las sombras descubre a la pareja: «Se besaron, se oprimieron, se estrujaron dos horas... una nube cubrió la luna, ya no vi más y esto fue lo más horrible. No pudiendo ver, imaginaba lo que pasaría allí, entre esos dos seres que se movían en un círculo de fuego. Yo había visto en ella temblores de histérica; él era un hombre frío, pero claro es que era de carne y hueso. No pude más... Despedacé flores de las macetas de arriba y las eché desmenuzadas sobre lo que yo adivinaba que eran sus cuerpos. Un cuchicheo y después la huida precipitada»⁵. Al día siguiente, se encuentran en la calle. Romelio Ureta la alcanza y le dice: «Lucila, mi vida de hoy es algo tan sucio que si usted la conociera no me tendría compasión. Quizás quería contarme todo, pero yo no le contesté, no le inquirí nada. Lucila, le han dicho que me caso. Va a ver usted cómo va a ser mi casamiento, lo va a saber luego»⁶.

Pocos días después, Gabriela se entera que Ureta se ha suicidado. Los diarios informan que el joven ha sustraído ciertos dineros de la caja que custodiaba, con el propósito de ayudar a un amigo en dificultades. Pero el amigo no le ha devuelto el dinero y Ureta, desespera-

³ Laura Rodig, «Presencia de Gabriela Mistral», *Anales de la Universidad de Chile*, N.º 106 (1957), pág. 289. Vid. tb. Fernández-Larraín, *op. cit.*, pág. 144.

⁴ Cit. en Alfonso Calderón, «Entrevista póstuma a Gabriela Mistral», *Antología Poética*, Gabriela Mistral, Santiago, 1974, pág. 13.

⁵ Fernández-Larraín, *op. cit.*, págs. 119-120.

⁶ Fernández-Larraín, *op. cit.*, pág. 120.

do ante el fin de su carrera y su honra, se mata. En los bolsillos del suicida no se encontró nada, salvo una tarjeta postal que le había enviado Gabriela. Algunas personas agregan que tenía también una carta para ella. En este, como en otros episodios de la vida de Gabriela Mistral, todo es ambiguo, incierto. En una carta escrita seis años más tarde, la poetisa comenta: «¿Qué alianzas son estas, Manuel? Ella queriéndolo y explotándolo hasta hacerlo robar; él hablándome de su vida destrozada, a raíz de esa noche de amor, con algo de la náusea en los gestos y en la voz. Esas son las alianzas de la carne. A la carne confían el encargo de estrecharlos para siempre y la carne, que no puede sino disgregar, los aparta, llenos ambos de repugnancia invencible»⁷. Pero justamente el amor que le inspiró este joven, exacerbado y magnificado por su repentina muerte, está en el origen de gran parte de los intensos poemas amorosos que Gabriela Mistral escribió por esos años y que fueron recogidos, más tarde, en *Desolación* (1922). Un grupo de ellos, presentados a un concurso literario en que se festejaba la primavera —y que llevaba el discrepante nombre de «Sonetos de la Muerte»—, significa para la poetisa el comienzo de su fama literaria. La crítica literaria oficial transformó su relación frustrada con Ureta en el amor único de la poetisa. Surge, entonces, el segundo mito de la leyenda mistraliana: el de la mujer fiel hasta la muerte.

Otros amores

Pero Gabriela Mistral tuvo otros amores, antes y después de su desdichada experiencia con el suicida. La exégesis oficial los desconoció o fingió ignorarlos en la esperanza de que el tiempo los disipara en el olvido. Ciertos poemas hacían sospechar estos amores. Había también esporádicas declaraciones de la poetisa, inesperadas, fragmentarias, sugerentemente ambiguas. Una escritora cubana revela su asombro al escucharla hablar de un enamorado que, a sus treinta años, quería hacerla abandonar el camino de la poesía. González Vera cuenta que Gabriela Mistral se había decidido bruscamente a tomar un bareo «rumbo al Sur, para celebrar matrimonio»⁸. Pero durante el breve trayecto le entraron dudas y desembarcó en un puerto distinto. A otra escritora, que en la madurez de su vida le pregunta por el inspirador de un intenso poema suyo, le contesta: «¡Ay, Matilde, las cosas que me pregunta! Sólo puedo decir que me da vergüenza pensar que yo he podido escribir cosas tan pasionales. ¡Me causan espanto ahora! Sin embargo, usted tiene que saber que ese amor no es precisamente el amor

⁷ Fernández-Larraz, *op. cit.*, pág. 120.

⁸ Dulce María Loinaz, «Gabriela y Lucila», en Gabriela Mistral, *Poesías Completas*, Madrid, Aguilar, 1958, pág. CXL. Tb. en J. S. González-Vera, «Comienzos de Gabriela Mistral», *Anales de la Universidad de Chile*, N.º 106 (1957), pág. 23.

que me inspiró los sonetos de la muerte. ¡Fue un segundo amor, hermana!»⁹.

Desde 1979, la publicación de algunas cartas suyas hacen evidente la existencia de otros dos intensos amores de Gabriela Mistral. El editor de las cartas también intenta justificarse moralmente. Aclara que las publica por su innegable valor documental y para disipar algunas sospechas sobre la feminidad de la poetisa; en sus palabras: «para ahuyentar definitivamente las sombras que mentes enfermizas han pretendido, en más de una oportunidad, tender sobre la recia personalidad de Gabriela Mistral»¹⁰.

Las primeras cartas han sido escritas cuando Gabriela Mistral tiene apenas dieciséis años y enseña en una escuela rural de su provincia. Están dirigidas a un rico hacendado que, en ese entonces, tenía más de cuarenta años y es aficionado a la literatura y a la música. La relación se desarrolla ocultamente. Para el editor de las cartas, no cabe duda que el culto hacendado pretendió seducirla, utilizando todas las artes y artimañas a su alcance. Fueron algunas veces a la Opera. Podemos imaginar a la pobre maestra, casi niña, sentada en el palco del hacendado, escuchando embelesada a la dudosa orquesta que maltrataba alguna ópera italiana u otra composición del gusto de la época: en las provincias de Chile, los finales de la Belle Epoque. Las cartas denuncian el carácter apasionado de la joven, pero también sus escrúpulos morales. Así, según el editor, el hacendado no habría logrado sus propósitos, «ya que se habría estrellado con la fortaleza moral de la joven maestra rural»¹¹.

El segundo grupo de cartas —38 que se han salvado de más de un centenar— revelan un amor mucho más intenso y decisivo para la vida de la poetisa. Fueron escritas entre 1914 y 1922 y nos van desplegando las vicisitudes, altos y bajos de una relación amorosa que tampoco llegó a consumarse. Gabriela Mistral envía las cartas desde diversas ciudades del centro y sur de Chile, en que servía cargos docentes. En parte porque le impedían mejores condiciones para realizar su amor, siente su estancia en estas ciudades como un destierro doloroso. El destinatario de las cartas es otro poeta, algo mayor que ella. Es probable que se hayan conocido poco antes de los Juegos Florales en que la poetisa —gracias al voto de él— obtuvo el premio consagratorio. Manuel Magallanes Moure (1878-1924) era un apuesto y fino poeta del Modernismo tardío, absorbido en su vida y en su obra por el amor y sus contradicciones, que a él le parecían insolubles. Muchos de sus poemas expresan un dolorido y resignado sentimiento de la fugacidad de la vida y el amor. El amor sería un impulso irresistible.

⁹ Matilde Ladrón de Guevara, *Gabriela Mistral, Rebelde Magnífica*, Buenos Aires, Ed. Losada, 1962, pág. 35.

¹⁰ Fernández Larraín, *op. cit.*, Introducción, pág. 42.

¹¹ Fernández-Larraín, *op. cit.*, Introducción, pág. 23.

ble, pero a la vez insaciable. En el fondo, el impulso erótico sólo integraría la plenitud del instante, una comunicación pasajera, una ilusión de eternidad. Sólo unido a un sufrimiento comprensivo, persistiría el vínculo amoroso¹².

Al leer estas cartas, sorprende la intensidad que alcanza el sentimiento amoroso en Gabriela Mistral. Para ella, Manuel Magallanes Moure es la persona que puede satisfacer su ternura y su necesidad de comunicación amorosa. El le corresponde: «¡Este no es amor sano, Manuel, es ya cosa de desequilibrio, de vértigo! ¡Qué decires de amor los suyos!»¹³. Pero hay un obstáculo que, a la vez, excacerbaba la pasión: Magallanes Moure es casado y la poetisa, por este tiempo, intransigentemente católica. No obstante, su vida ha sido dura y cree tener el derecho a un paréntesis de felicidad. Lo explica en una parábola de gusto algo dudoso: «He aquí que me detuve en el camino a beber y que mis ojos se enamoraron de la fuente más pura... Esta fuente era ajena, pero quería darme su cristal... Los hombres que acusen y lapiden. Dios quizá perdone por las heridas que daban a la viajera la fiebre que la llevó a beber; por la plenitud de la fuente, que se hacía dolorosa; porque aquella fuente quería ser aliviada de su exceso de frescura, de linfa azul. ¿Me acusa usted? Yo no lo acusaré nunca. Manuel. Abracémonos renegando del error fatal de la vida, pero amándonos mucho, mucho, porque este dolor de ser culpable sólo puede ahogarse con mucho, mucho amor»¹⁴.

No la atormentaba sólo su conciencia de culpabilidad frente a Dios y a los hombres. También sufre irresistiblemente de celos y exige la posesión exclusiva del amado. En su interior, lucha esta comprensión del amor con aquella —de origen cristiano— que lo concibe inversamente como una entrega absoluta al amado, como una desposesión de sí misma. A un estado semejante llega en algunas ocasiones y, entonces, promete a Magallanes Moure que se le entregará próximamente, en cuerpo y alma. Pero aquí se interpone otro obstáculo: «Verdad es, Manuel, que tengo de la unión física de los seres imágenes brutales en la mente, que me la hacen aborrecible»¹⁵. Estas imágenes se remontan a una experiencia infantil, tenida a los siete años, que sólo podemos sospechar y que habrá sido largamente alimentada por la ideología católica. Pero aún aquí la poetisa confía en su amado: «Tu esfuerzo es capaz, creo, de matarme las imágenes innobles que me hacen del amor sensual cosa canalla y salvaje»¹⁶.

¹² Manuel Magallanes-Moure (1878-1924) es autor, entre otras obras, de *La Jornada* (1910), *La Casa junto al Mar* (1919) y *Florilegio* (1921). Poemas suyos como «¿Recuerdas?», «Jamás», «Ella dice», «El sendero», «Por la orilla del mar» figuran en todas las antologías de poesía chilena.

¹³ Fernández-Larraín, *op. cit.*, pág. 144.

¹⁴ Fernández-Larraín, *op. cit.*, pág. 108.

¹⁵ Fernández-Larraín, *op. cit.*, pág. 144.

¹⁶ Fernández-Larraín, *op. cit.*, pág. 144.

En la larga relación epistolar, el poeta le solicitó muchas veces un encuentro. Ella encontró siempre motivos para postergarlo. A menudo manifiesta dudas de que alguien pueda quererla *realmente*. Su fracaso con el suicida y las dificultades que percibe en esta relación le conducen a concebirse como marcada por un destino aciago en esta dimensión de su vida, es decir, le otorgan una nueva justificación a su inhibición y prejuicios. No cabe duda de que Magallanes Moure se sintió profundamente atraído por la inhabitual y compleja personalidad de Gabriela Mistral. Pero ella se considera fea no sólo de aspecto, sino interiormente, psicológicamente: «lo que más habrá de disgustarte de mí, le escribe, eso que la gente llama el *modo* de una persona, no se ve en un retrato. Soy seca, dura, cortante»¹⁷. En una oportunidad anterior le declara: «nacé mala, dura de carácter, enormemente egoísta y la vida exacerbó esos vicios y me hizo diez veces dura y cruel. Pero siempre, siempre hubo en mí un clamor por la fe y la perfección, siempre me miré con disgusto y pedí volverme mejor»¹⁸. La poetisa le advierte agudamente que él se ha forjado una imagen incompleta de ella, incluso ilusoria, purificada de sus aspectos negativos y que no corresponde el todo a su contradictoria personalidad real. En un poema de Magallanes Moure se lee que, para él, el amor es una fuerza subjetiva que todo lo transfigura; con más sentido de la realidad, Gabriela Mistral le señala que «el amor me hará otra contigo, pero no podrá rehacerme del todo»¹⁹.

En medio de su embriaguez amorosa, ella se ha forjado también una imagen ilusoria del poeta, que diversos acontecimientos irán lentamente minando. Magallanes Moure comienza a alejarse de ella y Gabriela Mistral le pregunta y se pregunta a sí misma: «¿Y éstas son las almas mejores que alientan, éstas que tiran como un trapo miserable un amor, una vida, un ser que se dio a ellas?»²⁰. La actitud de Magallanes Moure se hace más clara cuando Gabriela descubre que se ha enamorado de otra, una poetisa bella, aunque literariamente menor. Le escribe, entonces, casi sin rencor: «Usted está enfermo, eso sí, y como enfermo es un irresponsable de los dolores que siembra, de los sueños que despierta y no cumple, no realiza»²¹. Pero simultáneamente reconoce que él comprende y vive de otra manera el amor: «Es usted un paisajista de las almas, que va pasando sobre ellas, amándolas a todas, gozando con cada una, eternamente entregado y eternamente libre, resbalando sobre diversas formas de afecto y admiración»²².

Numerosos fragmentos de las cartas nos permiten comprender que

¹⁷ Fernández-Larraín, *op. cit.*, pág. 134.

¹⁸ Fernández-Larraín, *op. cit.*, pág. 103.

¹⁹ Fernández-Larraín, *op. cit.*, pág. 134.

²⁰ Fernández-Larraín, *op. cit.*, pág. 140.

²¹ Fernández-Larraín, *op. cit.*, pág. 152.

²² Fernández-Larraín, *op. cit.*, pág. 152.

la destrucción progresiva de sus esperanzas en relación a Magallanes Moure fue acaso el golpe más duro que, en el plano amoroso, sufrió Gabriela Mistral. Este nuevo fracaso tiene que haber sido decisivo para el proceso de sublimación del amor y el sujeto amoroso que caracteriza una etapa de la obra de Gabriela Mistral.

La Maestra Ejemplar

Cerrado definitivamente su corazón, Gabriela Mistral habría consagrado todas sus energías a la docencia y a exaltar la figura de su madre. De hecho, desde 1910 hasta 1921, la poetisa fue enviada a los más diversos lugares de Chile y en todas partes se elevaron voces de reconocimiento a su trabajo. En Punta Arenas, la ciudad más austral de Chile y del mundo, promueve programas sociales en favor de los niños desamparados y una campaña de forestación que realiza con sus propias manos y las de los niños de su colegio. Hacia 1920, paseando por una miserable calle de Temuco —la lluviosa ciudad de Pablo Neruda— observa que un hombre insulta ferozmente a una mujer embarazada. Escribe entonces algunos poemas célebres en defensa de las madres solteras: «Algunas de esas damas que, para ser castas necesitan cerrar los ojos sobre la realidad cruel, pero inevitable, hicieron de estos poemas un comentario ruin, que me entristeció por ellas mismas. Hasta me insinuaron que los eliminase de un libro. ¡No! Aquí quedan, dedicados a las mujeres capaces de ver que la santidad de la vida comienza en la maternidad, la cual es, por tanto, sagrada»²³.

No se crea, sin embargo, que el camino pedagógico le fue allanado sin dificultades. Aunque era católica, fue ayudada por un político de un partido que promovía la educación laica. Su inquietante personalidad y la heterodoxia intrínsecamente subversiva de su religiosidad, le atrajeron la enemistad de los ideólogos más conservadores y de las damas apegadas a las más sórdidas ideas acerca de lo que debía ser una mujer. Una importante educadora llegó incluso a exigirle que «no abusara de su gloria literaria». Pero algunos testimonios, publicados hace poco, muestran que su vocación pedagógica no podía realizarse en una docencia mal pagada y que neutralizaba decisivamente los proyectos político-culturales a que ella, en ese tiempo, se sentía destinada²⁴.

La apoteosis de su supuesta misión educativa tiene lugar en México, país al que llega en 1922 invitada a participar en una reforma educacional. Gabriela Mistral acepta colaborar en la organización de la

²³ Gabriela Mistral, Nota a «Poemas de la madre más triste», *Desolación*, Santiago de Chile, Nascimento, 1923.

²⁴ Fernández-Larraín, *op. cit.*, págs. 107 y 153. También en G. Mistral, «Epistolario. Cartas a Eugenio Labarca, 1915-1916», *Anales de la Universidad de Chile*, N.º 706 (1957), pág. 270.

enseñanza rural, necesaria para el desarrollo de la Reforma Agraria que había llevado a cabo el gobierno mexicano de la Revolución de 1910.

En la carta de invitación que le envía José Vasconcelos, por ese entonces Ministro de Educación de México, se le reconocen a Gabriela Mistral responsabilidades político-culturales que se extienden a toda Latinoamérica: «A usted no la concebimos como una gloria de cenáculo, sino como una presencia que borra todo recuerdo extraño. Usted es el esplendor vivo que descubre a las almas sus secretos y a los pueblos sus destinos»²⁵.

Da la impresión de que la poetisa acepta este proceso de glorificación oficial como un mal inevitable, pero a la vez permanecía significativamente ajena a esta dimensión pública de su vida. De regreso de uno de los numerosos viajes en que se elaboraba y promovía esta imagen de su vida, su barco recaló en Montevideo. De lejos, se advertía en los muelles «una enorme multitud de niños de blanco con banderitas», recuerda una de sus secretarías. Gabriela Mistral le preguntó, con toda ingenuidad, «a qué personaje importante esperarían esos niños»²⁶.

Fundándose en lo mejor de su poesía y en algunas dimensiones de su extraña vida, es posible sostener que sus ideas sobre educación tendrían que haber sido otras que aquéllas que se le adjudicaban, tácita o explícitamente, y a las cuales ella, influida por el reconocimiento público y sus propias determinaciones ideológicas, parecía adherir, en contradicción con sus propias intuiciones y praxis pedagógica. Con el tiempo, Gabriela Mistral se fue alejando del trabajo docente, pero no de las inquietudes que le producían los sistemas de educación imperantes en los países a que llegaba en su vida errante y en los cuales Presidentes y Ministros de Educación la homenajeban en una especie de pesadilla continua. Cada vez con más frecuencia, comenzó Gabriela Mistral a introducir, en estos homenajes, comentarios corrosivos, como de paso. Comenzó, entonces, soterradamente a divulgarse una nueva leyenda: sus facultades mentales empezaban a alterarse, estaba volviéndose loca en su soledad sin remedio.

Hay declaraciones de Gabriela Mistral sobre educación, dispersas en el tiempo y en el espacio de sus días y sus viajes por todos los rincones de América. No han sido recogidas aún, salvo muy parcialmente²⁷. Pero también sus poemas —los dedicados a la naturaleza y a la historia de América, los dedicados a expresar la embriaguez de la danza infantil y adulta— nos permiten vislumbrar las formas y contenidos de educación comunitaria y ecológica que propiciaba Gabriela Mistral.

²⁵ Carta de José Vasconcelos (1882-1959), ensayista y político mexicano, cit. en Laura Rodig, *op. cit.*, pág. 287.

²⁶ Laura Rodig, *op. cit.*, pág. 287.

²⁷ Algunas de sus ideas han sido recogidas desordenadamente en Virgilio Figueroa, *La Divina Gabriela*, Santiago de Chile, Imp. El Esfuerzo, 1933.

Los niños y la maternidad frustrada

Con el suicidio de Romelio Ureta no sólo se habría cerrado el corazón de la poetisa; también habría renunciado a tener un hijo propio, es decir, de otro que el suicida. Desde entonces, habría volcado todos sus sentimientos maternales en poemas que exaltaban los hijos ajenos. Ella se habría realizado en el amor a estos niños. Celebrando la aparición de su primer libro, proclama un poeta chileno que «como eco de María de Nazaret... y sin que mano de hombre jamás la mancillara, es virgen y madre: ojos mortales nunca vieron a su hijo, pero todos hemos oído las canciones de cuna con que le arrulla»²⁸.

Los poemas que Gabriela Mistral dedicó a los niños y a la maternidad se reprodujeron abundantemente en Hispano-América, en antologías y textos escolares. Una cantidad apreciable de ellos parecía no haber resistido el paso del tiempo, aunque creo que más bien no resistían, ya en su propio tiempo, la mirada de una madre atenta. Ellos utilizan no sólo el almacén de lugares comunes de la más banal poesía infantil o introducen metáforas del más trasnochado modernismo: producen también, y esto es lo más desdichado, una visión pseudo-cristiana y pequeño burguesa de la maternidad y el mundo del niño. Sin duda, estos poemas habrán hecho llorar a muchas madres, pero nada más. Quiero decir, no conmovieron sus convicciones ideológicas, no les ofrecieron una representación más verdadera del mundo infantil y sus relaciones. Al revés, contribuyeron a envolver a las madres en los velos de representaciones represivas del mundo infantil, de sus propias tareas y su probable puesto en una sociedad, en tanto mujeres y madres.

Pero Gabriela Mistral escribió también poemas que expresan otras relaciones, en que la madre ya no aparece aislada del mundo social y la naturaleza iberoamericana. La maternidad se comprende en ellos —si bien no en todos— como un hecho compartido, aunque no en la forma de propiedad privada que se repite en muchos casos análogos, sino como un bien que, en cierta medida, pertenece a todos, a la comunidad. Parte de estos poemas se incluyeron en *Tala* (1938) y probablemente se escribieron desde 1924, es decir, desde muy temprano. En ellos, la poetisa o la madre muestran amorosamente al niño los elementos de la naturaleza: el aire, la luz, el agua, pero también los productos del trabajo del hombre en sociedad: el trigo, el pan, por ejemplo. El punto de vista que se ha elegido en algunos de estos poemas es el de quien «cuenta» el mundo, esto es, lo va desplegando frente al niño que, así, se introduce en la vida concreta de su comunidad y en su cultura, concebida como una determinada elaboración de las ma-

²⁸ Pedro Prado (1886-1952), «Al pueblo de México». Prólogo a la 1.^a edición chilena de *Desolación*, primer libro de Gabriela Mistral, Santiago de Chile, Ed. Nascimento, 1923.

terias naturales. Por ello, muchos de estos poemas procuran vincular al niño con el pasado y el presente de Indoamérica.

Sin embargo, la maternidad frustrada es un problema que reaparece intermitentemente a lo largo de la vida de Gabriela Mistral. Cuando era Cónsul de Chile en Madrid, entre 1933 y 1935, adoptó a un sobrino suyo —que tenía pequeños defectos físicos— y parecía que, al fin, podría realizarse como madre. «Vivíamos en una especie de idilio, recuerda, porque el estar solos nos había ligado mucho más; él sabía mi dolencia del corazón y me cuidaba con una ternura indecible... le hice saber que ya había reunido la suma necesaria, que siempre busqué tener, para que él acabara su educación»²⁹. Pero en plena adolescencia y en los primeros conflictos amorosos, su hijo adoptivo, inesperadamente se suicida. Es en 1943, en las cercanías de Río de Janeiro, donde Gabriela servía un puesto consular. Era la tercera vez que la muerte golpeaba a Gabriela (entremedio, había muerto su otro sustento: su madre); era el segundo suicidio de un ser querido. Las circunstancias de la muerte de su hijo nunca se aclararon del todo. La poetisa llegó incluso a creer que una banda juvenil lo había asesinado. Según se lo manifiesta más tarde a una amiga, se lo habría confesado un muchacho: «Esa declaración me alivió, por cuanto pensé que era el destino trágico de mi vida y que el niño no había sido feliz conmigo. Yo no lo había empujado o me había hecho partícipe de lo que creí cierto: el suicidio. ¡Me lo mataron, hermana! El no deseó ni buscó su muerte...»³⁰.

El Premio Nobel

No repuesta aún de la pérdida de su hijo adoptivo —y cercano también el suicidio, en el exilio, de Stefan Zweig y su mujer, ambos amigos íntimos de Gabriela— recibe la poetisa el Premio Nobel de Literatura de 1945. Es lícito sospechar que, recién terminada la Segunda Guerra Mundial, la Academia Sueca estimó prudente volver los ojos a una región del Nuevo Mundo que no hubiera estado ostensiblemente involucrada en el conflicto bélico. La Academia Sueca destacó en su obra «su lirismo inspirado en un vigoroso sentimiento»; se hizo de ella, literaria y moralmente, una figura representativa de supuestos «ideales» de la cultura hispanoamericana³¹. Por su parte, un crítico sueco señaló, una vez más, que «el amor a los niños son los motivos esenciales en su poesía, una combinación que es genuinamente latina y, por sobre todo, femenina»³². Más original en su desconcierto fue

²⁹ Matilde Ladrón de Guevara, *op. cit.*, pág. 43.

³⁰ Matilde Ladrón de Guevara, *op. cit.*, pág. 47.

³¹ Cit. en «Nota Editorial» a *Poesías Completas*, de Gabriela Mistral, Madrid, Aguilar, 1958, pág. X.

³² Cit. en Norberto Pinilla, *Biografía de Gabriela Mistral*, Santiago de Chile, Ed. Tegualda, 1946, pág. 108.

Paul Valéry, a quien el Gobernador de Chile encargó, espléndidamente pagado, un prólogo a una selección de textos suyos en francés. Valéry advierte que nadie le parece menos calificado que él «para presentar al lector una obra tan distante como ésta de los gustos, ideales y hábitos que se me conocen en materia de poesía» y que, surgidos de «la más vieja tradición europea, parecen designarme como el menos indicado del mundo para apreciar una producción esencialmente *natural*, surgida más allá del océano por el solo llamado choque o designio de lo que allá existe»³³. Más adelante, agrega certeramente que «la primera impresión que me ha producido la recopilación de estos textos es que me conceden el encuentro de un ser o un objeto perfectamente extraño, aunque esencialmente verdadero, el cual nos sorprende de la misma manera que nos sorprende la naturaleza cuando muestra que ella sabe crear más tipos y valores de existencia de los que podemos imaginar... Ella, Gabriela Mistral, extrae de su sustancia, simple y directamente, la expresión extraordinaria de una vida profunda, orgánicamente, a veces, violentamente experimentada»³⁴.

Gabriela Mistral sabía, por cierto, que un Premio Nobel no se obtiene sólo y esencialmente por los méritos literarios de un autor: era consciente de las operaciones y compromisos políticos necesarios para alcanzar este premio. En cierta medida, actuando contra estos compromisos es que la poetisa subrayó, en su discurso de agradecimiento ante la Academia Sueca, que ella era sólo una representante, entre otros, de «los muchos trabajadores de la cultura latinoamericana... tan poco y mal conocida»³⁵.

Desde el punto de vista oficial, el Premio Nobel era la consagración máxima; era la vestidura más esplendorosa con que las autoridades podían recubrir su imagen oficial, al fin de pasearla y exponerla con más eficacia a la veneración alienada. Sin embargo, para ella misma, en la intimidad de su existencia irrealizada y errante, este galardón no podía tener sino una importancia exterior, secundaria. Todo lo más, añadía o prestaba aún más autoridad para ejercer, cada vez más implacablemente, su crítica inagotable contra las formas de vida injustas y represivas que, las mismas autoridades que simulaban o necesitaban venerarla, habían impuesto a las naciones hispanoamericanas y a ella misma.

Sus (verdaderas) ideas políticas

En este sentido, Gabriela Mistral no era una persona sin preocupación por el destino político de Hispanoamérica o el mundo como mu-

³³ Paul Valéry, Preface a *Poèmes Choisis*, de Gabriela Mistral, París, Stock, 1946, pág. 12.

³⁴ Paul Valéry, *op. cit.*, pág. 12.

³⁵ Palabras de Gabriela Mistral citadas en «Nota Editorial» de sus *Poesías Completas*, Madrid, Aguilar, pág. X.

chos retratos interesados quisieran hacernos creer. Uno de sus biógrafos más apasionados —pero tan inexacto que recibió protestas de la propia poetisa— ha recogido numerosos testimonios de las ideas políticas que Gabriela Mistral sustentó hasta 1933, fecha de publicación de su biografía. En una nota autobiográfica de 1924, ella declara: «Soy cristiana, de democracia total. Creo que el cristianismo, con profundo sentido social, puede salvar a los pueblos»³⁶. Años más tarde, en 1931, a una periodista que le pregunta si, en su opinión, la democracia ha fracasado en América, le contesta tajantemente que «no puede quebrantarse lo que no existe. Hay en América Latina una democracia constitucional, forjada en las leyes, pero no ha existido nunca la costumbre de la democracia... no, no ha fracasado; más bien, está por venir»³⁷. Tanto José Martí como César Augusto Sandino —a quien dedicó oportunamente dos artículos— le parecen símbolos de la lucha por la democracia y la independencia real en Hispanoamérica. Una independencia que no debía ser, por cierto, sólo formalmente política. Es lo que escribe en 1928: «Voy convenciéndome de que caminan sobre la América vertiginosamente tiempos en que ya no digo las mujeres, sino los niños también, han de tener que hablar de política, porque política es —perversa política— la entrega de la riqueza de nuestros pueblos, el latifundio de puños cerrados que impide una decorosa y salvadora división del suelo, la escuela vieja que no da oficios al niño pobre y da al profesional a medias su especialidad... las influencias extranjeras, que ya se desnudan, con absoluto impudor, sobre nuestros gobernantes»³⁸. Sandino fue ciertamente asesinado, pero Gabriela tuvo la esperanza de que «gracias a él la derrota nicaragüense será un duelo y no una vergüenza; gracias a él, cuando la zancada de botas de siete leguas que es la norteamericana, vaya bajando hacia el Sur, los del Sur se acordarán de Sandino para hacer lo mismo»³⁹.

También la Reforma Agraria fue, para la poetisa, una necesidad histórica en el desarrollo socioeconómico de Hispanoamérica. Comentando algunas declaraciones de Gabriela Mistral en 1954, una autora recuerda que ya en 1925 la poetisa había advertido que «nuestra barbarie rural es enorme... el latifundio chileno forma parte del conjunto de la crueldad conquistadora y colonial»⁴⁰.

Su actitud ante el fascismo fue de un rechazo absoluto. *Tala* —uno de sus libros más importantes— fue publicado por la poetisa para ayudar a los niños que la Guerra Civil Española había dispersado por el mundo.

³⁶ Virgilio Figueroa, *op. cit.*, pág. 156.

³⁷ Virgilio Figueroa, *op. cit.*, pág. 218.

³⁸ Contenido en Mario Céspedes, *op. cit.*, pág. 53.

³⁹ Mario Céspedes, *op. cit.*, pág. 56.

⁴⁰ Matilde Ladrón de Guevara, *op. cit.*, pág. 72.

Preocupada por la actitud de los militares en ciertos países hispanoamericanos, escribe a un amigo, en mitad de su vida: «Sabe usted que no creo en la mano militar para cosa alguna. Dios ayude a los buenos... Ni el escritor, ni el artista, ni el sabio, ni el estudiante pueden cumplir su misión de ensanchar las fronteras del espíritu si sobre ellos pesa la amenaza de las fuerzas armadas, del estado gendarme que pretende dirigirlos. El trabajador intelectual no puede permanecer indiferente a la suerte de los pueblos, al derecho que tienen de expresar sus dudas y anhelos... Se sirve mejor al campesino, al obrero, a la mujer, a la estudiante, enseñándole a ser libres, porque se les respeta en su dignidad»⁴¹.

Ultimo viaje

El último viaje que Gabriela Mistral realizó a su patria fue en 1954. Casi toda su vida había permanecido ausente de Chile, en una fuga incesante, repleta de nostalgias y desasosiego. Había residido en muchos países de la Europa románica y en América. Ahora venía de Estados Unidos, donde había de morir en 1957, de cáncer de páncreas. Esta vez —sin saberlo, la última— el recibimiento fue previsiblemente apoteósico. Las calles de Santiago estaban repletas de niños agitando banderas y de una multitud deseosa de manifestar su admiración, acaso su identificación con su personalidad profunda o, simplemente, atraída por la curiosidad que despiertan las figuras públicas. Gabriela Mistral había sido invitada por un Presidente que en un período anterior, la había hostilizado, en el fondo por sus ideas políticas. Luego de una audiencia con las autoridades del gobierno, la poetisa fue invitada a saludar al pueblo, que se había reunido frente a la Casa de Gobierno. Algunos testigos recuerdan que Gabriela Mistral no se limitó a pronunciar simples palabras protocolares. Habló con una voz cansada y que venía de muy lejos, no como si se estuviera dirigiendo a una muchedumbre anónima, informe, sino a un grupo de personas sentadas alrededor de ella, en una especie de conversación que los hacía sentirse a todos miembros de una comunidad, de una misma patria. Como recuerda admirablemente una escritora, «habló de los niños desamparados, de los pobres campesinos esclavos de un régimen injusto, felicitó al gobierno por haber realizado una Reforma Agraria que sólo estaba en su imaginación. Se ruborizaron los ministros, el Presidente sonrió confuso, las gentes se codeaban sin poder creer lo que oían. Pero Gabriela implacablemente siguió adelante... ¿No insistieron en que viniera a su tierra después de una vida entera de exilio? ¿No querían tocar con sus dedos la carga de nostalgia, de soledad, de sabidu-

⁴¹ Carta citada en Matilde Ladrón de Guevara, *op. cit.*, pág. 111.

ría que los años fueron poniendo a sus espaldas? La suya era la voz de la tierra, hecha con la sustancia misma del tiempo»⁴².

Acaso presintiendo que era la última vez, peregrinó también a su lugar de origen, en un caldeado y angosto valle del Norte de Chile. Las fotografías la muestran allí conversando o tomando mate con antiguas compañeras de escuela. Sus caras están ya surcadas por el tiempo, tan viejas que —como en un poema de Gabriela— parecen haber sido olvidadas por la muerte o, más simplemente, haberse olvidado de ella. Son las mismas mujeres que, en su niñez y sin saberlo, cantaban y danzaban el viejo sueño de comunicación con la tierra y los hombres. Un sueño, algunas de cuyas raíces históricas logró indicar y acaso comunicarnos, siquiera fugazmente, Gabriela Mistral en sus mejores poemas.

⁴² Fernando Alegria, *Genio y Figura de Gabriela Mistral*, Buenos Aires, 1966, p.90.

2

*Historia de un amor atormentado **

VOLODIA TEITELBOIM

Amor insoportable

Si Santa Teresa de Jesús estaba enamorada de Dios o de Cristo, Gabriela lo estaba de Manuel, sugestivamente uno de los nombres del Elegido. El fenómeno es el mismo o análogo. El es infinitamente perfecto. Ella está cubierta de manchas, pero con su escoria negra puede a ratos fabricar una estrella. Lo consigue cuando, como la iluminada de Ávila, penetra en el divino estado. La evocación o la contemplación de su amor, igualmente espiritual, responde a un resorte similar.

Un amor así puede resultar insoportable; no tanto para la persona que lo siente, sino más que nada para su destinatario.

Ella creía en los buenos días y en los malos días. Los primeros serán los menos. Se los enturbia la recepción de anónimos, generados por el premio en los Juegos Florales. Alguien, que se esconde, la llama «farsante». Esto la hierde más que cualquier otro epíteto. Porque dice que mucho se ha cuidado de ser vanidosa. Manuel le propone publicar el poema premiado. Ella se ha negado «por razones morales largas de contar», pero sabe que alguien lo ha sustraído a sus papeles y lo ha enviado a un periódico sin su autorización.

Manuel le ha pedido que le dé un poco de dulzura. ¿Cómo se puede dar lo que no se tiene? Le ha solicitado una miga de consuelo. No es posible, porque ella lleva dentro de sí el demonio. Pero es un demonio respecto de sí misma. Es una poseída que se atormenta, que se odia. Espera que a los días malos seguirá uno bueno.

Su corresponsal queda asustado. Esa mujer no está hecha para su carácter. Tiene una fuerza de ciclope dolorido. El contesta cariñosamente, tratando de apagar ese volcán. Espera de vuelta una carta que contenga menos fuego, ojalá sin cenizas de muerte ni lava abrasadora.

Le llega el 10 de febrero y comienza con algunos datos burocráticos aparentemente neutrales. «Tengo una ambición única que me ayude a vivir. Alimento diez años de servicios, casi para once. Espero conseguir que me abonen cuatro más. Jubilaría con la 1/2 ó 1/3 de sueldo en cuatro años más. Yo vivo con poco. No como lo más caro:

(*) Este texto corresponde al libro —aún inédito— que su autor dedica a la vida y obra de Gabriela Mistral.

las carnes; me visto pobremente. Procuraré tener de aquí a cuatro años un pedazo de tierra con árboles y me iré a vivir lejos de toda ciudad, con mi madre, si aún vive; si no, con mi hermana o con un niño que deseo criar. Tengo un ansia muy grande de descanso. Quiero leer mucho, estar sin la gente y sembrar y regar árboles...»

Hay algo en ella que la lleva a marginarse de la sociedad. Confiesa que es un deseo desesperado y quiere realizarlo lo más pronto posible. No le gusta estar con los poetas. Se refugia en la enseñanza; pero también quiere liberarse de ella en cuanto pueda. «La enseñanza es mecánica y amarga.» Se siente prematuramente fatigada. Saca las cuentas: cuán difícil le ha resultado ganarse el pan. Trabaja desde los quince años. Pero no es esa situación su más grave congoja. Hay un resorte íntimo que se le ha quebrado. Seguramente la pobreza la marcó a hierro.

Los que conocieron su faz fea, famélica en la infancia —deduce— difícilmente serán adultos felices. Y ella reclama que no se tiene una ley distinta para juzgar a «los que nos hemos peleado cara a cara con la miseria para que la miseria no nos entierre en el lodo».

Reconoce lo que llama sus «eclipses morales». Pero sus jueces más severos podrían perdonarle que tire todo y proclame que tiene derecho a cortar una rosa en el camino. Posee tal vez derecho a beber en su senda de la fuente más pura que la había enamorado. Era la que estaba «bordada de helechos más finos, la que daba su canción más dulce, la que prometía más frescura a los labios secos». Esa fuente no le pertenecía. Esa fuente era él. Tomará de ella sorbos a escondidas. Pero esa fuente tampoco debía eludir su responsabilidad, pues le había dicho: «¡Bébeme!»

Para ella los hombres son fiscales impenitentes y viejos lapidadores. Tal vez su Dios la perdone. Manuel es su Dios. ¿Puede acusarla? Ella no lo acusa a él, porque ambos han tenido arte y parte en el deslíz. «Abrecémonos renegando del error fatal de la vida, pero amándonos mucho, porque este dolor de ser culpable, sólo puede ahogarse con mucho, con mucho amor.»

Sentimiento de culpa compartida y también razones para ser perdonada. Ella saca de la Biblia algo de esa forma de decir. La vive como si fuera un personaje de Semana Santa. El es el Nazareno. Por su barba y por su mirada, por el rostro pálido y demacrado. Tiene una imagen parecida en su casa. «... Tengo un Cristo único con uos ojos que en vano busqué en otro. Más tarde te mandaré una copia de él. Cuando vuelvo a mi cuarto tras larga ausencia tiene un modo especial de mirarme y de interrogarme. ¿Qué te hicieron? ¿Por qué vienes más triste?» Pero lo que la desconcieta es que ese hombre, que personifica para ella el mensaje del cielo con su cuerpo, le ocultaba a la otra mujer, que llevaba de la otra mano. Y ella eso no puede aceptarlo, definiéndose como «esos pobres soberbios, que no admiten poner la boca para recoger las migajas del banquete...»

La carne un poco muda al grito sensual

¿El para qué la quiere? ¿Para hacerlo olvidar o porque afirma que su charla lo divierte? Pero ¿ella acaso está para llenar los momentos de fastidio? En su diálogo directo con la divinidad no anda con secretos. Le recuerda que no tiene «pasta de amante entretenida».

Además el Señor sabe una cosa más seria, más grave, que arrastrará a través de toda su vida: el dolor que le ha puesto «la carne un poco muda al grito sensual». Y esto para el hombre no es un atractivo. A ella para querer le basta con lo que denomina fuego del espíritu. No exige a él el cuerpo, que puede darlo a otras; ni siquiera le pide declaraciones apasionadas, que ya se las ha dicho a muchas.

La demanda a Dios es difícil que sea entendida por el hombre. Ella tiene veintisiete años y dice querer un amor que nada pida como contacto corporal. Es un amor autodevorador, seguramente inaceptable para el amante.

Pero ese desinterés por el sexo, ese no importarle que el hombre se dé a las demás ni les diga palabras hermosas, no es tan absoluto, porque allí están martirizándola los celos. Y pide al Altísimo: «Yo querría que Tú me arrancarás este celar canalla.» Siente que ese amor se le ha desparramado por la carne y anda por cada célula del cuerpo, pero como alegría de vivir y triunfo del espíritu. ¿Qué contesta Cristo a esta petición? Le responderá después, por carta certificada bajo su nombre.

En la carta del día siguiente ella se disculpa. Había escapado a la órbita del equilibrio. Ahora siente que vuelve a su centro. Trata de excusarse, de explicar el porqué de sus desvaríos. ¡Le han hecho tanto mal en la vida! Además, se cree definitivamente condenada al desamor. Está convencida de que nadie la quiso nunca y morirá sin que nadie la quiera «ni por un día».

El tiene una salud precaria. Eso la entristece. Sobre todo porque cuando una persona se enferma gravemente, quienes le rodean, en este caso su familia, lo absorberán, lo aislarán y ella no podrá verlo. Es una razón adicional para que él recobre la salud y siga conversándole. Ella pondrá en la letra fuerte todos sus tormentos.

Enfermo y todo, él le insiste que es un error separar la carne del alma. Ella le responde que no quiere discutir la manera de quererse. Finalmente, cede un segundo: «querré como usted desea que quiera. Pero no me engañe, Manuel, no me dé una mano reservando la otra para retener quién sabe a qué fugitiva. Yo no estoy jugando a 'querer poetas'; esto no me sirve de entretenimiento, como un bordado o un verso; esto me está llenando la vida, colmándomela, rebasando al infinito».

Le da consejos maternos. Le pide que no haga desarreglos, que se abrigue bien, que no camine demasiado, que se levante tarde, que coma en abundancia, recomendaciones propias de una mamá, que un

médico de hoy no aprobaría por completo. Pero sobre todo le pide que no se exalte y que no juegue con su «guiñapo de corazón». Porque no es tanto a la fiebre de los 38 grados por la noche que teme. Es el ardor del corazón por mujeres ajenas. Lo quiere para ella. Y aspira a un día de felicidad.

A veces escribe cartas muy largas, que suman trozos escritos en distintas jornadas.

Le concede cierta condición de maestro en materia literaria. Ella es una principiante. El un poeta de trayectoria. Le solicita consejos. Le manda unos versos de su libreo (Lecturas infantiles) y le asegura que eliminará lo que diga. Porque está muy desorientada respecto a lo que escribe.

En rigor, él es un poeta discreto, de medianías. Ella es grande. Pero la grandeza se coloca bajo las órdenes de la discreción, seguramente por su amor sumado a inseguridad.

No cabe duda de que es sincera. Su prosa le parece amanerada, «con algo de las muchachas siúticas». Reconoce que en el verso suele conseguir más sencillez. Le suplica que le diga la verdad, para salvarla del ridículo, el cual en el caso de una maestra es ridículo por partida doble. Le aclara que entre esos dos demonios o ángeles de la poesía que luchan entre sí, la forma y la idea, prefiere la victoria de esta última. La verdad le es más cara que el verso fino. Y lo piensa así porque está escribiendo para la infancia. Toma muy en cuenta que «el niño arroja todo el encaje de la frase y coge vigorosamente el pensamiento».

Su madre se le ha ido. No habrá nadie ya que la quiera. Ella tendrá que encontrar una nueva razón para vivir y escribir. Así se lo pide a su Cristo que la ve inclinada sobre el papel y sobre todo se lo implora en los días en que «el llamado de las tumbas es demasiado vigoroso para no oírlo». De vez en cuando vuelve uno que otro día sereno, como los de antes. Cree que en días así podrían venir a contarle todas las infidelidades del hombre que quiere, hundirle mil lancetas y no le sacarían una gota de sangre. Extraños, escasos días plácidos.

Le cuenta cómo los llena: «He preparado mis clases, hice cuatro estrofas, contesté siete cartas y dos oficios, me he cansado, pero no de ese cansancio que hace sufrir. El corazón no me ha dolido. En suma un hechizo, pero un buen hechizo. Cristo mío que me miras escribir, dame muchos días así...» Confiesa que quiere hacerle remedios. El tiene tos y dolor de espalda. Ella es creyente y reza todas las noches antes de dormirse. Se ha contratado un ángel guardián, que está tomando peligrosamente las facciones de Manuel.

El hombre que llora

Parece que el hombre también siente el placer del sollozo. Al menos así se lo manifiesta en algunas cartas. Ella le contesta que no tiene

derecho a llorar lejos de su pecho. Nada suyo debe perderse en otras manos, ni siquiera la sal de sus lágrimas.

El epistolario es un atado menudo de información y una masa sensible de análisis de sentimientos. Desconfía. Suele levantarse adolorida, con ganas de preguntar quién le ha pegado. ¿Nadie interceptará esta correspondencia? Teme que en el correo dos muchachos curiosos metan la nariz en lo que no deben.

La tortura el silencio. ¿Está enfermo? ¿Por qué no le escribe? Ella no puede averiguar por su salud sino preguntándose directamente a él. Le desmenuzará las razones de su mutismo. Está muy extrañada e inquieta. Declara que nunca fue mejor respecto de ningún hombre que con él. ¿Por qué entonces se mantiene mudo?

Un día viernes, fatídico, sintió que él ya no le escribiría más. Y si ella lo hace es solamente para saber de su salud. Conteste dos líneas. Con eso basta. ¿Sana o empeora? Le suplica dos palabras. Ella misma se las dicta: «Estoy alentado» o «Estoy enfermo». Eso es todo. Se siente sola en el desierto. Esa carta la escribe un sábado 2 de abril a las dos de la mañana.

Ella siempre, con su facha de campesina lozana, se sintió asediada por las enfermedades. Pero no guardará cama. Hacía los reemplazos de las profesoras indispuestas. Tenía algo reservado. Cierta atmósfera fría la separaba de sus compañeras «sensatas y correctas».

Si él le comunica algún dolor al pecho, ella lo sentirá en seguida, recorriéndole el esternón. No la deja dormir. Si no puede conciliar el sueño, conversará con las estrellas. Conserva las costumbres de su tierra. Le da consejos de meica. Tome mate, sueñe, desconfíe del aire. «Mira, empiezan a hacer fríos. Abrígate mucho el pecho, tápate bien en las noches; no andes por suelo húmedo, como me cuentas que lo haces. Me sienta, eso sí, dar consejos. Y si me vieras en este rato, verías que me sienta más. Estoy tomando mate, con los pies sobre las brasas y contándole cuentos para que no se me aburra, al mozo que me sirve. El pobre tiene prenda y en la noche la espera en la puerta; ahora por darme mate no le va a decir su galanteo al pasar. Me siento abuela. Deseo tener junto a mí un niño rubio y rosado que fuera mío y que me repitiera estos cuentos. El mozo cree muy ordinario esto de tomar mate. Vinieron recién a buscarme y como yo dije que estaba ocupada él halló “inconveniente” contar que no salía al aire por lo del mate...»

Sostiene un diálogo agrio con el muchacho que le ceba el mate. Como toreándole, le dice: «Deja en paz a la muchacha que no te va a hacer caso. El amor no quiere nada con los feos. Ya lo ves en mí.»

El joven le contesta con áspera convicción: «Lo de feo es lo de menos, patrona, es lo de pobre lo peor.»

Según ella, comienzan a leerle correspondencia. Teme que le abran una carta suya. O de las que recibe él. Le recomienda que no ponga todas las iniciales. Odia el chisme y se siente cercada por un clima de

espionaje y maledicencia. Se ha vuelto muy suspicaz. Tal vez sospechan de ella. Les intriga su modo de vida. Siente a su alrededor una atmósfera de sospecha. Quieren saber que hay debajo.

Un día un joven hacendado —cuenta— la vino a ver, só pretexto de libros. Le declaró su amor y luego le propuso matrimonio. Ella no creyó nada. Le pareció una forma de figonear en su existencia. Les resultaba una mujer enigmática, rara. Le contestó que tenía trazada su línea de vida y él, al parecer, quedó muy sorprendido, porque era un rico hidalgo campesino. Ella se pregunta si vino impulsado por un sentimiento verdadero o si otros lo mandaron a espiarla. Luego se arrepintió por su negativa tan rotunda, porque eliminó toda posibilidad de averigurar más a fondo el móvil real de esas visitas y asedios. Se quedó cavilando, preguntándose si no habría cometido un error. Tal vez hubiera sido más táctico que los ojos de los demás se fijaran en él para que nunca descubrieran al hombre que realmente le interesaba. Después se tranquilizó diciendo que ese proceder hubiera sido ruin y además ella desconfiaba de la gente adinerada. Y mucho más si el opulento es hombre. «En todo hombre rico —le escribe— hay siempre un bribón para una mujer pobre. Y soy demasiado altiva para tolerar ni siquiera la sospecha de que miro a lo alto con deseos de trepar.»

No le da esperanza al joven hacendado ni se las da a sí misma respecto a Manuel. La sentencia final la condenará. «Cuando en tu vida —y esto pasará tarde o temprano— se resuelvan conflictos que no puedan ser eternos, yo debo ser eliminada en absoluto.»

Que no la toque

Es invierno, llueve. Se levanta a las tres de la tarde. Comienza a trabajar. A las diez de la noche empieza su carta. El poeta enfermo le pide que le dé dicha. El que pide, en cambio, no se la da. La requerida siente que no podrá concedérsela. Porque aunque se la otorgara, de qué serviría si él no puede quererla. El se diluye en evasivas. Insiste en temas que emborachen la perdiz, a fin de eludir «el único que importa. Tú no serás capaz (interrógate a ti mismo) de querer a una mujer fea».

Ella piensa en un futuro encuentro. Y tiene miedo. Está segura de que será un fracaso. Tal vez él hablará con cariño, hasta la besará. Más que para engañarla a ella, será para engañarse a sí mismo, creyéndose enamorado. Ella no es un «mal aguardiente», de los que aturden y sirven para olvidar.

Está ansiosa de evitar ese encuentro y a la vez lo desea. Parece que no hay remedio. Ambos sangrarán. Quizá todo esto sea un malentendido y un absurdo. Pero es un absurdo que crece, que lo llena todo e infunde miedo. Es un absurdo que apaga todo lo demás, que borra el resto del mundo. Ha estado tres meses esperando, alimentando en la cabeza esa quimera. Esto ya no tiene nada de juego. Es un peligro

de incendio. Algo más, es una locura. Y allí está la loca de la casa, la imaginación haciendo su labor. Cuando ese hombre rico se le declaró lo escuchaba con rabia, porque todo se lo llenaba el otro. Lo insta a sentir miedo del encuentro. En último término, le suplica que no la toque.

Pues tras el toque viene el desengaño. Temía el contacto. El hombre vuelve a la carga. Le recuerda que él conoce el efecto que causará en esa mujer atemorizada. En ella el rechazo no es la coquetería. No es tampoco el miedo a que el hombre, habiendo conseguido lo que desea, la abandone. Obedece a un móvil más profundo. Ella tiene un modo distinto de amar, que no pasa necesariamente por esa experiencia. Vuelve a decirle que no se trata de discutir las formas del amor. Duda de sí misma y a ratos se siente intolerable para los demás. Muchos la encontraban hermosa y ella se sabía nada agraciada. «Tú ¿me querrás fea?» Se sabe difícil. Lo interroga: «Tú, ¿me querrás antipática?» En fin, ¿la querrá como es? Ella está segura de que el hombre no quiere contestarle la verdad.

A ratos entra en escena Electra. El es su hijo. Lo llama «mi niño». «Como un niño me hablas, con toda la ingenuidad de un niño y me dirás: Sí. Te siento niño en muchas cosas y esto me acrece más la ternura.» ¿Aquel niño un poco mayor que ella desempeñará el papel de Edipo? Ese niño le está pidiendo la prueba de fuego. Ella siente como un amor maternal. Si el amor de él es más pasional y allí desempeña un papel decisivo la imaginación sensual, ella sólo tiene «palabras doloridas y tiernas, desviadas un poco del ardor carnal». Ella prefiere su mirada a su abrazo y a su beso. Los ojos la penetran más que las caricias más directas. Se disculpa ante su niño. Su «niño». Quizás sus manitos nunca supieron acariciar. Lo que siente no lo transforma en algo material. Pero lo mirará hasta morir de amor, porque lo mira con la imaginación.

Experimenta pánico por lo que pase ese día. Sabe que va a sufrir mucho y adelanta una proposición en forma de ruego y pregunta: «¿No será preferible evitarlo, Manuel?» El insiste. Irá a la cita. Porque es necesario. Procurará que estén solos, como él se lo solicita. Esa carta en que se lo pide le ha resultado a ella singularmente dolorosa. Considera que la situación es terrible. ¿El la querrá después del encuentro? Tal vez por heroísmo. Pero ella no aceptaría ese tipo de heroísmo.

Dicha pasión, que se vacía en las cartas, hace que el recado siguiente disculpe a menudo el anterior. La preocupa lo que le escribió la víspera. ¿Se ha sentido molesto, herido? No son inquietudes que puedan producirle su conducta respecto a los demás. Esto la tendría sin cuidado. Y vuelve al autorretrato de la mujer dura: «Yo no soy un buen corazón. Cuando he hecho un daño suelo decirme con un egoísmo brutal: 'Más me han hecho otras gentes a mí'.» Pero con él es todo lo contrario. Por él cumpliría todas las penitencias, se sometería a las más largas peregrinaciones, seguiría el vía crucis. «Por ahorrarte una

lágrima andaría un camino de rodillas.» La expresión es de tono religioso, al parecer anacrónica, aunque ella ha visto en Andacollo, cercano a su tierra, a romeros y chunchos de la Virgen hacer el camino con las rodillas sangrantes. Por si él no lo creyera, ella le repite: «De rodillas: esa es mi actitud de humildad para ti y de amor...» De nuevo subraya la excepción. Sólo para él.

Porque ella nunca ha sido humilde, aunque la gente la encuentre cara de «monja pacífica». Es como una monja posesa. Tenía frío, tomó café y realizó el experimento acostumbrado: cerró los ojos para contemplar la imagen divina. Llegó al goce. Hubiera querido prolongarlo. Goce mezclado con sufrimiento o seguido inmediatamente por él. Incluso quiere besarlo. Pero no desea ir a Santiago ni quiere obligarlo a que la bese con repugnancia. Le hace seriamente la proposición: ella no quiere ir. Que él no le diga que vaya.

No aceptará pobres consuelos, ninguna mentira piadosa. Después de la desilusión, no querrá que él mate «el momento con una conversación banal». Y cuando ella se quede sola, su soledad no tendrá remedio. Entonces se rebelará contra todo, «hasta contra Dios».

El dolor de la puerta en las narices

El cielo no le había dado ninguna recompensa. Ella ha estado quince años sembrando en niños que no son sus hijos. ¿Acaso no merece que se le pague con un poco de dicha? «¿No ha de ser esto la moneda de diamante en que Dios me pague lo que vale una vida entera agotada en seres extraños?» Pero ella participa en su propio juicio y se convierte en testigo acusador. Fue a buscar amor por sendas vedadas. Es una forma de pecado. Ella no conocerá la paz después de ese encuentro que teme como a la muerte. No. No irá. Le implora que no la llame. Prefiere seguir soñando que él la besará y no que ese beso se haga efectivo. Se arrepiente de haberle prometido ir pensando que sería la felicidad misma llorar entre sus brazos. Estaba loca cuando lo prometió. Lo ama demasiado para que ese amor se consuma en la carne. No se acostarán juntos los cuerpos. Pero ella le propone a modo de despedida: «Acuéstate sobre mi corazón.»

Una carta así naturalmente no entusiasmó al destinatario. La contestación fue fría. Ella lo castigará. Le dice que no la leyó entera. Le resultaba imposible. Ese hielo en el trato. No encontró una palabra aceptable, nada que suavizara «lo odioso del conjunto». No volverá a tomarla en sus manos. La comenzó a leer con angustia. Ahora está calmada, con esa quietud del que no se siente totalmente culpable, tal vez tomando con resignación el que la arrojen lejos. Ella no se mueve a engaño. No es la primera vez que lo hace. «Tú me has arrojado de tu lado sin un motivo, como el otro.» Como Job, dirá su acción de

gracias. «¡Gracias Manuel, por este castigo, por esta humillación amarga que por tu mano tan amada me dan otras manos!»

Pero le confiesa que jamás esperó de él un golpe así. La ha condenado a la soledad. Que no tenga remordimiento ni compasión. Fue ella la que se aferró, la primera vez que él la arrancó de su cuello. Desde entonces él no tiene responsabilidad en el desamor.

Manuel alguna vez hizo una pregunta sin fe: «¿Y es este Dios el buen Dios, este que manda unos tras otros los dolores sobre sus seres?» Se lo decía en una carta el 5 de marzo en que él le avisaba que una hermana suya, «su segunda madre» estaba gravemente enferma. Viviría de dos a diez días más. El le cuenta que quisiera llorar a gritos, y tengo que reprimirme, aún más ante ella. Y allí viene la frase sacrílega: «¿Y es un Dios justo el que ordena así las cosas?» Para ella Dios es el buen Dios y el hombre es el injusto. «Yo te pregunto ahora con ese mismo reproche: ¿Y estas son las almas mejores que alientan, estas que tiran como un trapo miserable, un amor, una vida, un ser que se dio a ellas?» Allí está la «Desdeñada» mordiendo su ira. Es orgullosa y contestará pintando un cuadro al revés. «Estoy serena, estoy muy tranquila porque me han arrojado.» Serena por un momento, iracunda después. Como ella nunca creyó en el amor del hombre, cuando parta no extenderá la mano tratando de retenerlo. Al fin y al cabo, nunca fue suyo, aunque en una carta, tras una reconciliación, le escribiera palabras que muchas veces se han dicho: «Nada ni nadie me separará ya de ti.»

Posiblemente ella nunca estará de verdad tranquila. Se sentía tan furiosa que hizo pedazos la carta. Después lo lamentó. Entre otras cosas porque había pensado guardar las dos cartas —por eso le pidió de vuelta la suya— a fin de tener una prueba de cómo se habían portado con ella «aquí abajo», en la tierra, con el objeto de que cotejen lo que ella ha dado y lo que ha recibido, a fin de que se establezca casi notarialmente cuáles fueron sus palabras y cómo en respuesta recibió una esponja seca, tal vez para que enjugara sus lágrimas.

El la tildará de dura sólo porque es sincera. Si él le pidió que no le escondiera su pensamiento, ella le contó su temor a conceder lo que él quería. Al fin de cuentas, se confiesa una ingenua. Vuelve a las imágenes de la Biblia: «No soy digna de atar las correas de tu calzado. Soy una pobre mujer.» No quiere que él saque mal las cuentas y se pregunte si alguna vez le dio a alguien más claramente con la puerta en las narices. Y que él no nombre la palabra amor, porque eso es una cosa del pretérito.

En medio de su rabia, ella usa nuevamente, con cierta ironía punzante, la palabra *gracias*. «Gracias por no haber puesto en tu carta una humedad de lágrimas, ni siquiera un estremecimiento de piedad. Gracias por haberte alejado como el otro.» Escribiéndola apretará el pulso para que no se advierta la más mínima arritmia. El debe saber que ella está tranquila. «Puedes verlo en la placidez de la letra.»

Un viento de locura

Llevará su castigo a los sueños. Nadie se portó peor que él. «Anoche en sueños (tú te reirás, lo sé) el otro habló conmigo. Y le dijo entre otras cosas que él fue menos cruel para mí. Y es la verdad. La última vez que estreché su mano hubo en ella presiones amorosas para la mía y algún temblor en la voz.»

La carta siguiente es de una mujer que ha sangrado, perdiendo fuerzas. De nuevo recurre a la imagen de la Semana Santa. «Ha sido esta una verdadera semana de Pasión (de Calvario) mía. Desperté esta mañana tan sin fuerzas físicas y morales, que me levanté a las 2 p.m.» Cuando recibe una nueva carta de él confiesa que las manos se le sacudían como las de un epiléptico. No podía sostener el papel inmóvil ni leerlo, «porque los ojos no veían...» Dejó pasar un momento. Respiró hondo para serenarse y se tendió sobre un sillón sintiendo que algo la mataba. Ella misma reconoce que un viento de locura la envolvía. No es un amor sano. Gira en el desequilibrio. Vive en el vértigo y, burlándose de sí misma, subraya la contradicción con su aspecto inofensivo, con su «cara beatífica» y su «serenidad de abadesa».

Al parecer se olvida de la carta anterior. Deja en nada la ruptura. Se rinde a la dulzura de las palabras, cede, se somete por un momento a la tiranía. Se le entrega entera, salvo que, incluso en ese momento de reconciliación, va a repetirle con todas sus letras que «tengo de la unión física de los seres imágenes brutales en la mente que me la hace aborrecible». Ella imagina que el hombre llamará a esto una aberración suya. Pero confía por un instante que el hombre que quiere, con su poder maravilloso de poner belleza donde no la hay, será capaz de borrarle del espíritu este «concepto brutal». Tiene la ilusión de que él podrá «eliminar las imágenes innobles que me hacen el amor sensual cosa canalla y salvaje». Le recuerda que le ha prometido «eliminar toda violencia, todo apresuramiento odioso en el curso de este amor». Se lo agradece. Y lo quiera más por esa promesa. Ella en compensación se volverá generosa y dócil. Se exalta hasta el llanto. «¡Tuya del más hondo y perfecto modo, Manuel, tuya como nunca lo fui de nadie; tuya, tuya! Lo repito para prolongar el gozo en mí; (...) Dices tú: «Esta plenitud de vigor (de amor) casi me es dolorosa. ¿Dejarás tú que mi linfa se la beba la tierra y no querrás beberla?» No, Manuel. Una loca sería. Primero: si el amor se te hace doloroso yo no amaría bien si prolongara tu dolor sacrificándote a mi concepto absurdo de la unión de los seres. Segundo: si tú me aseguras que esa unión agrega algo a la seguridad del amor, aprieta más la trabazón espiritual, si me convences, sobre todo, de que el hastío no sigue inmediatamente al abrazo estrecho, si me convences de que «tú no serás mío en absoluto sino cuando ese abrazo se haya consumado», entonces, Manuel, yo no podré negar la parte mía necesaria a ese que tú crees afianzamiento y, más que otra cosa, «no podré tolerar que haya una porción de emo-

ción en ti que me haya quedado ajena por esta negación mía a darme del todo». Se declara deseosa de beber toda su linfa. Sería una torpeza suya negarse para que él vaya a buscarla a otra parte. Es un raciocinio del hombre. Y ella lo admite. Aún más, le suplica que no le arrebate nada, que le dé todo lo suyo.

Cuando ella en la carta anterior lo despide para siempre, en verdad parecía que esperaba el milagro. Y él, mudo, guardando un silencio mortal.

Aun así le recomienda que aprenda a esperar. Además la asalta un temor, que no es nuevo, pero del cual ha hablado poco en voz alta, aunque lo ha tenido siempre. Es el temor propio de su caso, pero también de su condición de escritora de apasionadas cartas de amor, que teme el contraste entre la elocuencia del texto con la torpeza del enfrentamiento directo hombre-mujer. «Yo no sé si en nuestro primer (encuentro) yo sea para ti como en mis cartas.» Tiene miedo de que la palabra no la defienda de los hechos. Y teme también el arrebato de la parte contraria. Le sugiere una conducta. Quiere que él se comporte como un niño, «que me hables así como un niño a la madre, desde la tibieza de mi regazo...» Por lo menos comenzar con esa escena edipiana. Luego ella comprende que el niño pasará de las palabras infantiles a los hechos del hombre. Lo prevee. «Sé que me desvanecerá el goce intenso; sé que la embriaguez más intensa que me haya recorrido las venas la sacaré de tu boca amada.» Está dispuesta a todo. Incluso a hacerse una prolongación de la carne del hombre. «Yo espero vivir contigo un momento supremo que pueda yo revivir en el recuerdo por cien años más de vida, sacando de esa visión divinización, dicha para todo el resto del camino.»

El ridículo llanto en cataratas

Pero ella revocará esa decisión de entrega. No puede hacer lo otro. Sobrevendrá una nueva ruptura. Esta vez más prolongada.

Pasan días, meses, un año, dos años.

Y una tarde, después de tanto tiempo, ella recibe de nuevo una carta. La contesta sin ocultar su asombro. Dos años sin una palabra era todo el olvido. La carta que precedió a la ruptura equivalía a una lápida. ¿Para qué volver a lo antiguo? Pero ella debe rectificarlo. No entiende que pueden hacer un pacto de alianza ese olvido con la ternura que él afirma sigue sintiendo por ella, por quien se autocalifica como mujer desterrada y triste. Es una relegada, un ser marginado. Ha sido enviada al exilio. Todo esto fue una sentencia condenatoria dictada por él. ¿Por qué se enojó tanto? ¿Por qué ella dio una opinión desfavorable sobre una mujer que él había querido? No era para irritarse tanto. Probablemente fue un pretexto.

Y ahora le viene esta carta inesperada contándole otra historia con-

movedora: su vida es triste. No, no le venga con esos cuentos. Ella tras la ruptura, siguió inquiriendo sobre sus aventuras y devaneos. Y siempre las noticias coincidieron. Andaba caminando por el campo del amor. Volvió a las pasiones de antaño y encontró yemas nuevas en cada primavera. Ella lo sabía todo y callaba. Al principio sintió que lo que llegaba a sus oídos era un fierro ardiente que la pulverizaba por dentro. Después percibió que la herida sangraba menos. En una tercera etapa no sintió nada.

El ingrato, como se sabe, además de poeta, era pintor. Y le pintará su vida como tragedia. A otro perro con ese hueso. Tal vez él se auto-complace de tal modo y siente infinita lástima por sí mismo. Pero ese cuadro no guarda relación con la crónica de su vida. Don Juan se siente pesaroso. Tenorio tiene una sensación de soledad. La gente estima que eso es él. Ella no lo abarata tanto. No es que sea el burlador de Sevilla trasladado a San Bernardo o a Santiago. Más bien es el deslumbrado ante cada instante y cada mujer que pasa. Lo compara con un paisajista que pinta un cuadro cada día, gozando con su creación, y dedicándose a pintar otro al día siguiente. Pero que no se pinte como un desgraciado. Porque no lo es. Desgraciado es aquel que no tiene a quien entregar su alma y peor está el que ya la entregó y no puede recuperarla. Ninguno de esos casos es el suyo. Ella es el segundo caso.

Es una enferma de amor y él es un enfermo de irresponsabilidad, que va sembrando dolores, despertando sueños que luego despedaza. Y si está triste no es por falta de amor sino de vitalidad, le dice.

El tiene el gesto cortés de preguntar lo que todos preguntan: —¿Cómo está usted? Y ella le responderá con dos palabras: «No sufro.» Lo explica: «Se me ha derrumbado todo y estoy tranquila, y tranquila sin estoicismo.» Así como el pensamiento la enloqueció, el pensamiento la curó. Después de tanto sufrir, un día amanece la luz opaca de la lógica fría. Comprueba cuán peligrosa resulta cierta hermosura, aquella que no es sino insensatez pasional. El tratamiento ha sido enérgico. La medicina se la ha dado la maldad. «Un bueno no me hubiera hecho tanto bien, Manuel.»

Sorbió el veneno de la verdad. Se le transmutó en remedio. Dice que no odia; simplemente ve más claro. Se ha hecho en cierto sentido más sabia. Algunos seres se le han vuelto más transparentes. Como si fueran de vidrio o sus ojos tuvieran la propiedad de los rayos X. Ven cómo se gestan las traiciones, de dónde nacen las acciones horribles. Y ha llegado a la conclusión de que «son naturales y simples». Agrega una frase como para dejar turulato. Esta nueva capacidad suya de observar el proceso formativo de la deslealtad y la canallada la alegra. «Es una maravilla que gozo día a día.» La operación en frío de su idealismo enfermizo, de su embriaguez sentimental le abrió los ojos de la conciencia a la realidad. Y nadie crea que la conciencia que mira elimina la comprensión hacia la conducta de los hombres. Por el contrario, la pupila abierta comprende más porque ve más. Lo que

se acaba es el desatino, el exceso. Se termina con el ridículo llanto en cataratas. Y uno es capaz de decir adiós oportunamente.

¿Ha sido clara? Ahora que tiene un corazón nuevo, éste aún no sabe hablar con la elocuencia convincente y encendida del corazón viejo.

Le retira el tú. Lo llamará usted. El tuteo le salía de su alma antigua. De la nueva no le brota.

3

Gabriela, Madre Nuestra

VIRGINIA VIDAL

¿Por qué muchas personas dicen no gustar de la obra de Gabriela Mistral? Otras que expresan admiración por la poetisa recitan algunos versos de los «Sonetos de la muerte» o recuerdan sus rondas infantiles, pero reconocen no haber leído ni sus prosas ni sus otros libros de poesía. En general, el conocimiento de Gabriela no trasciende lo que de ella se supo en los años escolares. Los niños de otros tiempos la conocían gracias a Manuel Guzmán Maturana, quien introdujo en sus libros de lectura más de medio centenar de sus poemas. Esto obliga a preguntarse: ¿ha sido publicada toda la obra de Gabriela Mistral en Chile? ¿Qué parte de ella permanece inédita y por qué causas? Tales preguntas merecen respuesta al conmemorar el centenario de su nacimiento. La verdad es que una sola obra poética de Gabriela apareció primero en Chile: *Lagar*, en 1954, nueve años después de haber recibido ella el Premio Nobel; pero el editor se permitió hacer una selección y retirar parte del conjunto. *Desolación* (1922) fue publicada en Nueva York; *Ternura* (1924), en Madrid; *Tala* (1938), en Buenos Aires y el *Poema de Chile* (1967) en Barcelona. Sólo con motivo del centenario de su nacimiento se publicarán los poemas inéditos de *Lagar II* en Santiago. Todo lo que de su obra se sabe ha corrido por cuenta y gusto de sus antologadores. La poetisa fue vilipendiada porque era sospechosa. Motivos no faltaban: fumaba mucho y sin esconderse; escribía sobre la maternidad como madre alguna lo ha hecho, sin haber parido ni estar casada; defendía con fervor a la madre soltera; no usaba sombrero cuando hasta las obreras lo llevaban; era enemiga de la vida social; sobre todo, sabía de amor. Sorprende e induce a suspicacias esa manera suya de hablar de hombres y mujeres, de retratarlos

Virginia Vidal es periodista y escritora, autora de la novela *Rumbo a Itaca* y otras obras. Vive en Chile.

por dentro y por fuera con amor profundo: «Tengo una facultad de admirar tan intensa y hermosa, que es lo mejor que Dios puso en mí», dice con asombro. Muy de vez en cuando le brota el humor con algo de picardía de mujer de pueblo: «pero ¿de dónde han sacado que soy soltera?... Yo tengo un marido, que es el mar. Pero, como toda mujer, soy algo inconstante, y a veces lo engaño con las montañas».

Hoy se la recuerda y se la empieza a valorar por arte del centenario de su nacimiento; se discute si ella fue o no una «intelectual orgánica», si merece tanto reconocimiento, y no se alcanza a percibir aún su poderosa voz de conductora y maestra de pueblos: «Ni el escritor ni el artista ni el sabio ni el estudiante pueden cumplir su misión de ensanchar las fronteras del espíritu si sobre ellos pesa la amenaza de las fuerzas armadas, *del estado gendarme que pretende dirigirlos*. El trabajador intelectual no puede permanecer indiferente a la suerte de los pueblos, al derecho que tienen de expresar sus dudas y sus anhelos. América en su historia no representa sino la lucha pasada y presente de un mundo que busca en la libertad el triunfo del espíritu. *Nuestro siglo no puede rebajarse de la libertad a la servidumbre*. Se sirve mejor al campesino, al obrero, a la mujer, al estudiante, enseñándole a ser libre porque se le respeta su dignidad.»

Fue el mexicano Alfonso Reyes quien apreció esa virtud suya: «En ella se da la ira profética contra los horrores amontonados por la historia; se dan la fe, la esperanza y la caridad; la promesa de una tierra mejor para el logro de la raza humana; la mano que traza en el aire los pases mágicos, a cuyo prestigio relampaguea la visión de un mundo más justo.»

Hoy que están en el tapete de la discusión de los intelectuales del mundo el tratamiento literario del asunto religioso como fenómeno que puede agraviar a los pueblos y la cuestión de la censura al escritor, vale la pena recordar que Gabriela Mistral sufrió la censura religiosa. Esto se produjo cuando pidió la opinión a monseñor Carlos Casanueva, rector de la Universidad Católica, acerca de unos escritos suyos sobre la Virgen que pensaba publicar en un volumen. El consultor «no los halló ajustados a sana ortodoxia», como dijo Pedro Lira Urquieta en la revista *Finis Terrae* N. 12. ¿Qué fue de esos escritos de la ilustre franciscana? ¿Puede seguir vigente la opinión del fallecido sacerdote para impedir su conocimiento? Por último, ¿puede acatarse la censura al periodista o al escritor, venga de dónde viniere? En verdad, la primera censura le causó un daño tremendo, pues le impidió el ingreso a la Escuela Normal de La Serena: ella había fustigado con severidad por la prensa al sacerdote que fue injusto con Barros Arana. Si hubo una escritora víctima de prejuicios y de injurias, ella ha sido Gabriela Mistral. Muy niña fue lapidada y acusada de ladrona, porque su buena fe y generosidad le impidieron mezquinar el papel que debía distribuir entre sus compañeras de curso. Esas pedradas la hirieron para toda la vida.

Como estaba impedida de estudiar para maestra, consiguió un cargo de escribiente en una escuela, pero pronto la echaron, acusada de «subversiva», por haber inscrito como alumnas a unas niñas que cumplían los requisitos, pero eran muy pobres.

Su primer poema y primer cuento fuera de Chile se los publicó Rubén Darío en 1912, bajo el nombre de Gabriela Mistral en su revista «Elegancias», editada en París y distribuida en América Latina. Bastó con que ella le escribiera una carta y le mandara sus trabajos.

Ella era pobre. Envuelta en manto, esa prenda que las damas llamaban con desprecio el «tapamugre», fue al acto inaugural de los Juegos Florales, realizado el 22 de diciembre de 1914, a escuchar leer sus versos, sus laureados «Sonetos de la muerte». No es fácil entender al «ángel abortado» que es el poeta: esos versos revelan pasión intensa por un suicida, pero eso forma parte de la recreación artística, pues ella quiere oír al hombre amado, que está presente y muy vivo, un miembro del jurado que la premió: Manuel Magallanes Moure: «Manuel: Fui sólo por oírlo. No por oír mis versos (los había escuchado leer); no por aquello de los aplausos de una multitud (unos momentos solo entre la multitud me hacen daño); por oírlo a usted, por eso fui.»

De todos sus retratos, acaso sea el que le pintó don Juan Francisco González —difícil de conocer, pues pertenece a la colección privada de la familia Frei— el que sugiere muchos matices de su intensa vida interior: óvalo armonioso, cejas bien dibujadas, intensa la mirada verde; profunda la ojera de un ojo entre receloso y acariciante; al otro la sombra le confiere dulzura mayor; nariz altanera, boca gruesa cuyas comisuras no caen como si las apuntalara un conato de sonrisa; descubierto el cuello de turgor juvenil; cabello desordenado; la frente da sensación de tormento... Ella se retrataba sin piedad: «... soy la más desconcertante y triste (lamentable) mezcla de dulzura y dureza, de ternura y grosería. /.../ Cuando yo sé de un bruto que mata queriendo, me siento dentro de él; no me siento dentro de casi ninguna acción civilizada. /.../ El amor es el que suelta las trabas hipócritas y por él yo dejé mi actitud de persona decente, de mujer más o menos tolerable. No me enrostre nunca esta desnudez. *Mire de dónde vino*».

Empero, es ella misma la que cuenta cómo desde un corredor superior atisbó por dos horas al hombre que amaba mientras él se besaba con otra, iluminados por la luna. Cuando una nube cubrió la luna, ella empezó a imaginar qué pasaba entre esos dos seres y transida de dolor empezó a despedazar una mata de jazmines y a lanzar las flores sobre la pareja...

En Petrópolis, Gabriela fue muy amiga de Stephan Zweig quien, acosado por el avance de los nazis en Europa, se suicida junto a su esposa. El mismo veneno que empleó el escritor judío lo usaría poco después para matarse un adolescente que amaba: Yin Yin, el hijo adoptivo de Gabriela, Juan Miguel Godoy. El muchacho había estudiado

en Europa y podía entender lo que significaba ese avance. También escribía, pero ya había destrozado una novela suya; hiperestésico, no pudo resistir las correcciones que le propuso su madre adoptiva. Con letra clara y firme le escribió la última carta: «Querida mamá: Creo que mejor hago en abandonar las cosas como están. No he sabido vencer. Espero que en otro mundo exista más felicidad. Cariñosamente Yin Yin. Un abrazo a Palma» (se refiere a Palma Guillén, su amiga y secretaria de su madre).

Gabriela Mistral ha sido llamada la cuentamundo, la guardiana de la vida, pero acaso el apelativo que más le cuadre sea «nuestra madre Gabriela», según el poeta cubano Eliseo Diego. Cintio Vitier, otro maestro cubano estudioso de la poesía de Gabriela, calificó el de ella como un «tono de una americanidad insondable». El venezolano Guillermo Sucre habla de su «pasión crística», pasión de Redentor: «el suyo es el don del reconocimiento y la memoria: volver a descubrir en las cosas el tejido de símbolos (en este caso, cristianos) que ellas encierran». Con argumentos legítimos demuestra que su potencia pasional y expresiva «llega a términos que antes de ella ignoraba el idioma castellano». Alone —Hernán Díaz Arrieta—, quien supo valorarla oportunamente, señala que «la línea del grito pasional, la imprecación de amor no han subido nunca tanto en las letras castellanas» como en «El Ruego». Para él, Gabriela Mistral no es sino *la pasión*.

Poetas y críticos ofrecen diversas y muy respetables formas de acercamiento a una obra admirable que a veces presenta los mismos tropiezos que ella percibía en el Quijote, pues no siempre es fácil remontar sus «arcaicos arcaísmos» y sus retorcimientos sintácticos. Separar prosa de poesía en Gabriela es comprensible por razones metodológicas, pero ambas las usa indistintamente para expresar pensamiento medular, preocupaciones muy hondas, inherentes a su hacer cotidiano. «Voy a rezar y luego me dormiré. ¿Sabe? Mi Angel Guardián está tomando facciones tuyas. Es peligroso...» escribe Gabriela Mistral a su amado. Maestra del amor en todas sus expresiones, no ha sido superada. Pero en la poetisa el amor se extiende a todos los seres y a todos los hombres y a las más nobles causas, derramándose a las cosas. Y ese amor le da visión de estadista, capacidad para proyectar mundos donde se inscriban cambios reales.

Ella es madre ante todo, por eso contaba entre sus mayores preocupaciones a «sus» niños: «porque tan míos los siento como cosa parida». Así dirá: mis cholitos, mis indiecitos de Titicaca, «estos niños míos, estos niños de niebla y de aire», «mis negritos zumbones» de Brasil, «¡qué lindos y elásticos mis mulaticos caribes!», «mis niños de Guatemala»... «yo, la distraída, la de oficio de silencio, me hago más la que no pisa, la que respira, la toda oídos, para que ellos —mis niños, mis hijos— me colmen los entresijos y la sangre con nueva primavera». Para sus hijos publicaba en el número 12 de *Amauta*, dirigida por José Carlos Mariátegui, febrero de 1928, los ocho «Derechos del

Niño», enviados desde París: «Derecho a la salud plena, al vigor y a la alegría, poniendo énfasis en que «no se resuelve el problema de la infancia sin resolver en su mitad el problema social»; «Derecho a los oficios y a las profesiones» donde subraya «el derecho a la tierra de todo niño que será campesino»; «Derecho a lo mejor de la tradición, a la flor de la tradición que en los pueblos occidentales es, a mi juicio, el cristianismo»; «Derecho del niño a la educación maternal», y este es el «derecho a la madre presente, que no debe serle arrebatada por la fábrica o la prostitución a causa de la miseria»; «Derecho a la libertad, derecho que el niño tiene antes de nacer a las instituciones libres e igualitarias» donde señala: «Los adultos que en nuestros países están en este momento alquilando con la riqueza nacional la independencia del territorio, y que a la vez aceptan y afianzan con cada día que pasa los regímenes de tiranía, comprometen, inconsciente o conscientemente, la suerte de los niños que vienen, del hijo propio como del ajeno, y van a entregar a la nueva generación una patria disminuida en el espíritu y con su honra menguada delante de los demás pueblos soberanos de sí mismos»; «Derecho del niño sudamericano a nacer bajo legislaciones decorosas»; y el «Derecho a la enseñanza secundaria y, aparte de la superior en forma semiautodidacta, la que debe ser facilitada y provocada por el Estado, a fin de que la cultura del obrero y del campesino sean posibles».

En estos derechos se percibe una vez más su visión americanista. Años más tarde lanzaría el «Llamado por el niño», difundido por la ONU, dentro del cual afirma: «Muchas de las cosas que hemos menester tienen espera. El niño, no. El está haciendo, ahora mismo, su sangre y ensayando sus sentidos. A él no se le puede responder “mañana”. El se llama “ahora”.»

Nunca fue profeta en su tierra: siempre fue cónsul de segunda clase; el Premio Nacional de Literatura lo recibió seis años después que el Nobel. Pero el poeta José Vasconcelos, ministro de Educación de México, dijo cuando ella llegó, que lo mejor de Chile estaba ahora en su país. La escultora Laura Rodig, quien fue su secretaria, testimonia: «Cuando el Gobierno de México, en 1922, la invitó a su país, el diputado don Luis Emilio Recabarren (fundador del Partido Comunista de Chile), informado de que ella no disponía en absoluto de dinero para sus gastos personales y que México pagaría todo, hizo en la Cámara la indicación de que se le diera la suma de cinco mil pesos, idea que sólo obtuvo sonrisas e ironías... Sin embargo, en la misma sesión se aprobaron dos comisiones para militares a Europa y cada personaje llevaba familia, servidumbre, etc. Todo a cargo fiscal.»

No muy conocida es la anécdota aquélla en que la poetisa asiste en 1922, a un congreso de campesinos en México. Uno de los participantes exclama al ver su imponente figura: «¡Yo quiero dar un abrazo a esa linda señora!» Ella oye, se devuelve, avanza hacia la galería, clava sus ojos verdes en el hombre que se hinca de rodillas, tembloroso.

Laura Rodig recuerda: «Gabriela acercándose más, tomó entre las suyas, luminosas, las manos oscuras, como raíces, del campesino, peón de la tierra y se las besó... con una unción, una actitud tan reverente que nadie dejó de sentir su profundo sentido simbólico y nadie quedó en la sala sin los ojos húmedos.»

Para Gabriela, toda América, su Indoamérica, es su casa y la sueña integrada: «Nosotros debemos unificar nuestras patrias en lo interior por medio de una educación que se transmute en conciencia nacional y de un reparto del bienestar que se nos vuelva equilibrio absoluto; y debemos unificar esos países nuestros dentro de un ritmo acordado un poco pitagórico, gracias al cual aquellas veinte esferas se muevan sin choque, con libertad y, además, con belleza... Nos trabaja una ambición oscura y confusa todavía, pero que viene rodando por el torrente de nuestra sangre desde los arquetipos platónicos hasta el rostro calenturiento y padecido de Bolívar, cuya utopía queremos volver realidad de cantos cuadrados.» Ella no quiere que Bolívar sea «nombre de aniversario». Y con qué amor habla de «nuestro Martí», de «mi isla de Puerto Rico», «mi Puerto Rico» o relata con satisfacción: «Yo dormí en tantas casas que no puedo contarlas; comí en las mesas más dispares los guisos de las más variadas cocinas; comí en taraseo y en zapoteca, en yaqui y en otomí.» Con orgullo se refiere a las raíces: «La casta inca que fue patriarcal en lo civil y matriarcal en lo religioso, tentó la utopía de abolir la miseria absoluta, aquella pobreza que por baja toca en lo zoológico.» Fue sin embargo en su ardiente llamado a ayudar a Sandino donde expresó mejor su americanidad: «Sandino, según parece, no ha visto llegar hasta hoy los mozos argentinos, chilenos, ecuatorianos, que son su misma carne, y que le deben una lealtad temeraria y perfecta que sólo la juventud puede dar. ¿Dónde está la naturalísima, la lógica Legión hispanoamericana de Nicaragua? Aquel llamado suyo es el mejor eco a la “Carta a los gobernantes de América” (no respondida por cierto) que hizo el patriota nicaragüense cuando su tierra estaba invadida por cinco mil “marines”. Su clamor habría de ser oído hace diez años por jóvenes patriotas americanos, de esos que no hacen huesos viejos porque no claudican, carne de Sandino...» Desde esos tiempos se está haciendo realidad su profecía: «Mr. Hoover va a conseguir, sin buscarlo, algo que nosotros mismos no habíamos logrado: sentirnos uno de punta a cabo del Continente en la muerte de Augusto Sandino», ese general que «carga sobre sus hombros vigorosos de hombre rústico, sobre su espada viril de herrero o forjador, con la honra de todos nosotros».

Otros clamores suyos esperan respuesta, como la causa de los mapuches, sufrientes «en primer lugar por el despojo de su tierra». Esa causa es del día de hoy y de nada vale limitarse a concederles la limosna de un glorioso pasado. «Su epopeya tuvo ese pueblo, una merced con que el conquistador no regaló a los otros, el apelmazado ‘bou-

quin' de Alonso de Escilla, que pesa unos quintales de octavas tan generosas como imposibles de leer en este tiempo.»

Conviene no olvidar que la ecuatoriana Adelaida Velasco fue la primera que tuvo la idea de presentar a Gabriela Mistral como candidata al Premio Nobel y le escribió sobre ello al Presidente Pedro Aguirre Cerda, quien la postuló; casi todos los países latinoamericanos apoyaron la iniciativa.

Cuando Neruda recibió el Premio Nobel, en casa del embajador Luis Enrique Délano, en Estocolmo, tomó un libro de Gabriela, el publicado por Quimantú, y se puso a leer sus poemas en voz alta. Pasó el libro al venezolano Miguel Otero y se fueron alternando la voz monótona del sur lluvioso y la voz cálida y melodiosa del trópico. Comentaban los ripios, las caídas, la grandeza. Fue el homenaje más secreto y mayor que recibió Gabriela Mistral de ese muchacho flaco en el que ella había reconocido de inmediato al colega un remoto día de Temuco.

El 10 de enero de 1957 murió «en país sin nombre» como lo vaticinó en misterioso poema.

El rector Juan Gómez Millas dijo: «Luchó con un coraje invencible con la vida; había pedido las cosas sencillas que todos obtienen; en respuesta recibió dolores repetidos y profundos que transformó en sublimes expresiones de belleza; lo que la vida no le dio, ella se lo dio a sí misma y lo entregó a su pueblo para consuelo y purificación de todos los que sufren como enseñanza suprema.»

Enfurece ver en algunas fotos, junto a su féretro a niños descalzos que aun empinándose no alcanzaban a ver el rostro de la venerada maestra muerta. De Nueva York se trajeron sus restos y aquí se hicieron los funerales. Más de medio millón de compatriotas, desfiló ante sus restos. Nunca nuestro pueblo había rendido tan dolido homenaje a nadie como se lo rindió a su madre andariega. La errante comenzó a recorrer los caminos de Chile para ganarse el sustento y el de su madre, luego prosiguió caminando por el mundo para sobrevivir y enseñar. La patria no le aseguró la paz ni la tranquilidad: parece que su errancia no fue tanto por gusto como por necesidad, pero le enriqueció la vida, amplió su espacio e hizo más fecundo su legado.

4

Una gran desconocida

RUTH GONZALEZ-VERGARA

La crítica más reciente y de alto cuño (Jaime Concha, Federico Schopf, M. Coddou, Alfonso Calderón, entre otros), coincide en señalar que a la fecha, todavía quedan en la vida y obra de Gabriela Mistral muchas cosas y situaciones que desvelar, aun cuando se han realizado ingentes esfuerzos por estudiar y recopilar, en especial, su obra prosística, publicada después de su muerte. Continúa, pues, siendo «una gran desconocida». Desconocida en su carácter más profundo, en el temple del diario vivir, en la proyección ideológica de mujer en un mundo de clara dominación cultural masculina, en fin, desconocida en su proyección afectiva... Son muchas todavía las interrogantes que se plantean y será menester focalizar plurales puntos de interés para estudiar con acuciosa profundidad las experiencias más vitales de nuestra poetisa, creadora de *Desolación*, *Ternura*, *Tala*, *Lagar*, *Poema de Chile*. Existe entre las biografías sobre Mistral una que la denomina «La divina Gabriela» (de Virgilio Figueroa, que data del año 1933, editado en Imprenta El Esfuerzo). Inútil forma de convencimiento pues Gabriela Mistral, por su vida y obra, su anecdotario personal sus vivencias y actuaciones públicas, estuvo más cerca y con gran sentido cartesiano, de lo humano que de lo divino; de la reflexión crítica de las cosas, las materias, que de devaneos y genuflexiones religiosas; más aterrizada en vuelos telúricos que en evasiones místicas y levíticas. Entre sus preocupaciones lo social tuvo un punto esencial de interés. No en vano escribió el Testimonio: «En Chile el campesino emigra hacia las ciudades, cansado de su salario, cansado de las aldeas sin médico, con maestro malo y sin habitación humana...» «Nuestra barbarie rural es enorme». Y prosigue en otro párrafo: «Una hectárea por cabeza resolvería el problema económico del campesino de Elqui, si el horrible y deshonesto latifundio no estuviese devorándonos y hambreándonos, allí como al país entero.»

El pensamiento progresista, su creencia en la justicia social, sin ser una militante de partido, ni matricularse oportunamente con gobierno alguno es clara y evidente a lo largo de la trayectoria de su vida, pese a que se la ha querido vincular a algún grupo político, manipu-

Ruth González-Vergara. Profesora de Literatura, periodista, trabaja en audiovisuales y como investigadora literaria. Vive en Madrid.

lando sus discursos o expresiones de profesión de fe. Lo que está claro es que Gabriela se alineaba en forma normal y permanente junto a los desgraciados, los desposeídos, los perseguidos. Testimonios son múltiples no sólo en su copiosa obra en torno del niño, de la madre, etc., sino su correspondencia epistolar, artículos periodísticos. Recordemos que Mistral fue amiga, entre otros, de Miguel de Unamuno, con quien mantenía una relación epistolar. Unamuno, a la sazón catedrático de griego en Salamanca, había sido desterrado por la dictadura de Primo de Rivera. Por supuesto, ella, alineada junto al perseguido de turno, no desaprovecha la ocasión y escribe un artículo «Cinco años de destierro de Unamuno», fechado en Montpellier, en 1927: «Yo no acabaré nunca de entender por qué se desterró a don Miguel de España. Lo que él allá hacía: decir cada tarde a sus amigos de Salamanca o escribirlo en carta a los de América, que la dictadura era torpe y medieval, lo dice en Madrid entre vaso de café o vaso de café, cualquier madrileño y el gobierno se guarda bien de ponerse en ridículo con destierros en masa, a lo mussolini.»

Sus expresiones, que datan de 1928, desde París, denunciando la intromisión de Estados Unidos en Nicaragua en época de Sandino, César Augusto, revela una verdadera premonición y que hoy en día tiene plena vigencia: es David combatiendo con el gigante; Nicaragua, el pequeño país centroamericano, luchando por sus derechos contra el imperialismo norteamericano: «Para mí Sandino es todo un héroe. Nicaragua ya dio a Rubén Darío y a Sandino. Sólo faltó que hubiera nacido allí el libertador Simón Bolívar.» En «La cacería de Sandino», exclama: «Mister Hoover ha declarado a Sandino “fuera de la ley...”», se ha de entender como «fuera de la ley norteamericana»... Y cuando tuvo lugar la invasión de Nicaragua por el gigante USA, y el asesinato del nacionalista Sandino, dice:

«Nos hará vivir Mr. Hoover una sensación de unidad continental no probada en 1810 por la guerra de la Independencia porque este héroe no es local, aunque se mueva en un kilómetro de suelo rural sino rigurosamente racial. Mister Hoover va a conseguir, sin buscarlo, algo que nosotros mismos no habíamos logrado: sentirnos uno de punta a cabo del continente en la muerte de Augusto Sandino.» Este pensamiento de americanidad se refleja en varias partes de su obra poética y prosística: En el Grito: «¡América! ¡América! Todo por ella; porque todo nos vendrá de ella, desdicha o bien.»

Queda claro también que el pensamiento político, los grandes postulados e idearios de vida no son sólo patrimonio de los hombres sino también de las mujeres. Y es el caso que Mistral cuando escribe su «Mensaje a los profesionales, a los trabajadores», deja patente su preocupación por los procesos de transnacionalización industrial y la consiguiente explotación del tercer mundo por parte del mundo plenamente industrializado, hoy llamado eufemísticamente primer mundo: «Industrial: ayúdanos tú a vencer, o siquiera detener la invasión que lla-

mamos inofensiva y que es fatal, de la América rubia (USA) que quiere vendérselo todo, poblarnos los campos y las ciudades de su maquinaria, de sus telas, hasta de lo que tenemos y no sabemos explotar»... «¿Odio al yanqui? No. Nos está venciendo, nos está arrollando por culpa nuestra, por nuestro fatalismo indio. ¿Por qué le odiaríamos? Que odiamos lo que en nosotros nos hace vulnerables a su clavo de acero y oro, a su voluntad y a su opulencia. Dirijamos toda actividad como una flecha, hacia este futuro ineludible. La América española unificada por dos cosas estupendas: la lengua que le dio Dios y el dolor que le da el del Norte.»

En fin, son innúmeras las expresiones, citas, cartas, artículos, etc., que revelan que Gabriela Mistral vivía con los pies en la tierra y no en el espacio de entelequias y fantasmas en que la han pretendido colocar los próceres de los oficialismos de turno para beneficiarse política y culturalmente del valor y riqueza de esta gran mujer chilena, no obstante que en el momento en que ella era una desconocida, sin fama internacional, le negaron la sal y el pan; el trabajo y el derecho a expresarse, a crear por su condición de mujer. Podría citar muchos otros ejemplos sobre el pensamiento y acción pacifista de Gabriela («La palabra Maldita», un canto a la paz y la condena del fascismo; su aporte a los Derechos Humanos leído en su presencia en la ONU, su defensa de los Derechos Humanos de los niños, etc.), no obstante, que también hay numerosas otras vertientes que indagar y que resultan de extremo interés puesto que nos acercan y aproximan a su aliento, a su sentimiento y carácter íntimo como persona, como mujer. Me refiero a sus postulados feministas junto a otras escritoras de su generación que asumieron en su época, con las dificultades y marginación propia de su entorno, su condición de mujeres escritoras: junto a María Eugenia Vaz Ferreira, uruguaya, muerta tempranamente y a quien Gabriela tenía gran estimación, «Alma heroica y clásica...»; Delmira Agustini, «Maestra de todas nosotras, raíz hincada...» en las escritoras y poetisas de su generación; Juana de Ibarbourou, «Juana de América, hija de Dios, hija del Uruguay...»; Luisa Luisi, «criatura de mi sangre por la artesanía doble del verso y de la lección, a quien he estado unida en veinte años de amistad entrañable...»; Alfonsina Storni, «... jugarreta deliciosa del sueño de una noche de verano...», «... Alfonsina hermana siamés mía, por virtud de la cordillera que nos puso a querernos sin mirarnos nunca a la cara, una por el este la otra del oeste...» Gabriela Mistral, nuevamente sin ponerse escarapelas ni carnet partidista de los partidos feministas de América que tanto removieron la conciencia masculina y machista de las primeras décadas del siglo, fustigó con energía y pasión las grandes discriminaciones injustas, conservadoras, regresivas de las normas y métodos que imponía (y que sigue imponiendo aún) la sociedad de democracias burguesas de América y Europa.

Habría que tocar otros temas que igualmente son de pleno interés

y vigencia en la comunidad hispanoparlante. Por ejemplo, el humor y gracia de Gabriela, sus dichos campesinos, su lenguaje vernacular, su sintaxis y estilo (que ha tratado con gran acierto Cora Santandreu). El uso y costumbres de Gabriela, gran escandalizadora de hombres y en particular mujeres, por su afición a fumar con fruición, entre otras cosas. Recuérdese que en correspondencia epistolar y coloquios con sus amigas españolas más íntimas (Carmen Conde), fustigaba el conservadurismo de la mujer hispana, cosa que le costó su cargo consular, por envidias y manipulaciones de mentes un tanto retorcidas. También habría que aludir aquí, al menos, a la condición andariega de Gabriela, su actitud de permanente desplazamiento, el cambio de domicilio, de buscar y llenar nuevos y permanentes espacios, que una vez asumidos quedan atrás por su inconmensurable interés y curiosidad de «ver mundo». Ella lo confiesa en varias entrevistas y conferencias, declarándose «errabunda», «desterrada voluntaria»; quizás habría que ver en esta actitud de Mistral una forma de ruptura con el mundo ordenado, esquemático del entorno familiar (roto desde antaño porque su padre se marcha de casa, vive con mujeres solas, en casi páramos, etc.), que no es otra cosa, a mi juicio, que romper, rupturar, para encontrar o reencontrarse consigo misma y con su espacio ecológico más proclive a su naturaleza y personalidad. Que una mujer saliera del Valle de Elquí, recorriera toda la geografía chilena, luego americana y europea, sin más armas que su propio cuerpo, mente lúcida y voluntad de hierro y una gran sensibilidad, constituye en los albores del siglo del exilio, el veinte, una acción de gran valía y de suma importancia para las mujeres rupturistas, disconformes, desobedientes, críticas con el espacio acotado y vigilado que le ha asignado de consumo la sociedad viril y machista occidental. Y Gabriela Mistral lo logró, a costa de muchas vicisitudes, incluso envidias y tropiezos. Más aún, logró el gran galardón internacional por su magna aunque escueta obra: el Premio Nobel de Literatura, en 1945, siendo hasta ahora la única mujer de América Latina que lo ha obtenido. Como colofón, los escritores chilenos, la oficialidad, no tuvieron más remedio que concederle el Premio Nacional de Literatura, seis años después que el reconocido y más prestigioso galardón literario mundial.

Cronología de la vida y obra de Gabriela Mistral

1889

7 de abril, nace la poetisa en la ciudad de Vicuña, en la calle Maipú, 759, hoy Gabriela Mistral. Fueron sus padres Juan Jerónimo Godoy Villanueva y Petronila Alcayaga Rojas. Es bautizada con el nombre de Lucila de María.

1892

Lucila tiene tres años. Su padre abandona la familia y se dedica a recorrer tierras.

1904

Colabora en el periódico *Coquimbo*, de La Serena, con los seudónimos de «Alguien», «Soledad» y «Alma».

1905

A los quince años empieza a trabajar. Ejerce una ayudantía en la Escuela de La Compañía, aldea cereana a La Serena.

1906

Tiene diecisiete años. Conoce a Romelio Ureta Carvajal, empleado de los Ferrocarriles, el amor de su vida. Sirve una plaza de maestra en la Escuela de La Cantera.

1907

Escribe para los periódicos de Vicuña, *La Voz de Elqui* y *La Reforma*.

1908

Figura en la Anrología *Literatura Coquimbana*, de L. Carlos Soto Ayala, en la cual éste le dedica un breve estudio y selecciona tres prosas poéticas de la autora: «Ensoñaciones», «Junto al Mar» y «Carta Intima».

1909

El 25 de noviembre, a los veintiséis años de edad, se suicida en Coquimbo Romelio Ureta Carvajal. En sus bolsillos se ha-

lló una tarjeta con el nombre de Lucila Godoy. Sirve el cargo de Inspectora, en el Liceo de Señoritas de La Sereua.

1910

Rinde examen en la Escuela Normal de Santiago para saneionar sus estudios y conocimientos adquiridos en la práctica escolar. Profesora Primaria en Barrancas.

1911

Muere su padre, don Jerónimo Godoy Villanueva, el 29 de agosto en Copiapó. Es nombrada Profesora de Higiene en el Liceo de Traiguén, siendo trasladada después, en 1912, a Antofagasta como Profesora de Historia e Inspectora General.

1912

Es nombrada Inspectora y Profesora de Castellano en el Liceo de Los Andes. Pertenece a la Logia «Destellos».

1914

El 12 de diciembre obtiene la más alta distinción en los Juegos Florales Celebrados en Santiago con el poema «Los Sonetos de la Muerte»: Fue premiada con la Flor Natural de Oro (Orquídea), Medalla de Oro y Corona de Laurel.

El Jurado de este Certamen estaba compuesto por Manuel Magallanes Moure, Miguel Luis Rocnan y Armando Donoso. En sus escritos, comienza a usar el seudónimo de Gabriela Mistral.

1917

Aparecen 55 de sus poemas, en los cinco volúmenes de los Libros de Lectura de Manuel Guzmán Maturana.

1918

Don Pedro Aguirre Cerda la nombra Profesora de Castellano y Directora del Liceo de Punta Arenas.

1920

Es trasladada al Liceo de Temuco con igual cargo.

1921

El 14 de mayo se funda el Liceo número 6 de Santiago, Gabriela Mistral es nombrada su primera Directora.

1922

En el mes de junio, viaja a México acompañada de Laura Rodig, su secretaria. Va invitada por el Gobierno de ese país, por iniciativa del Ministro de Educación, José Vasconcelos, con el fin de colaborar en los planes de la Reforma Educacional, que iniciaba el Gobierno de México, y en la organización y fundación de Bibliotecas populares.

El Instituto de las Españas de Nueva York, cuyo Director era Federico de Onis, publica la primera edición de su obra *Desolación*. El Gobierno de México inaugura la Escuela-Hogar «Gabriela Mistral», una de las más importantes de la capital mexicana.

1923

Aparece en México *Lecturas para mujeres*. Se imprimieron 20.000 ejemplares. En Santiago de Chile se publica la segunda edición de *Desolación*.

Se inaugura su estatua en México. La Editorial «Cervantes», de Barcelona, da a conocer en España en una obra antológica *Las Mejores Poesías* que lleva un prólogo de Manuel Montoliú.

El Consejo de Instrucción Primaria, a Propuesta del Rector de la Universidad de Chile, don Gregorio Amunátegui, le concede el título de Profesora de Castellano.

1924

Realiza su primer viaje a Europa. En Madrid publica un pequeño volumen de versos bajo el título de *Ternura*.

Este mismo año visita los Estados Unidos y otros países de Europa (Italia, España, Francia, etc.).

1925

Regresa a Latinoamérica. Es agasajada en Brasil, Uruguay y Argentina. Se radica por algunos meses en Chile. Se le reconoce una pensión jubilándola como maestra.

1926

Es nombrada Secretaria de una de las Secciones Americanas de la Liga de las Naciones. De paso visita la República Argentina y Uruguay. Este mismo año se publica la tercera edición de *Desolación*. Ocupa la Secretaría del Instituto de Cooperación Intelectual, la Sociedad de las Naciones en Ginebra.

1927

Asiste en representación de la Asociación de Profesores de Chile, al Congreso de Educadores, celebrado en Locarno-Suiza.

1928

Concurre al Congreso de la Federación Internacional Universitaria de Madrid, como delegada de Chile y Ecuador.

El 26 de septiembre es designada por el Consejo de la Liga de las Naciones para ocupar un importante cargo en el Consejo Administrativo del Instituto Cinematográfico Educativo, creado en Roma.

1929

Muere su madre, doña Petronila Alcayaga de Godoy, y es sepultada en La Serena.

1930

Visita los Estados Unidos de Norteamérica, país al que fue invitada para dictar cursos y conferencias en Establecimientos de Segunda Enseñanza (Bernard College, entre otros).

1931

Visita las naciones centroamericanas y las Antillas. Dicta una Cátedra de Literatura hispanoamericana en la Universidad de Puerto Rico y Conferencias en La Habana y Panamá.

1933

En el mes de julio, es nombrada Cónsul en Madrid, en reemplazo de Víctor Domingo Silva. Luego pasa a Lisboa, con el mismo cargo.

1934

Publica «Nubes blancas» y «Breve descripción de Chile».

1935

Cónsul en Lisboa. Por Ley del Congreso, promulgada el 4 de septiembre, se le designa Cónsul a elección con carácter vitalicio.

1936

Viaja a Oporto, luego a Guatemala con rango de Encargado de Negocios y Cónsul General.

1938

Realiza una gira rápida por los países de Sudamérica. Reside un breve tiempo en Chile, donde se le rindeu numerosos homenajes.

En Buenos Aires se publica su libro *Tala*, editado por «Sur», la editorial la dirige Victoria Ocampo. Gabriela Mistral destinó el producto de la edición de *Tala* a las Instituciones Catalanas que, como la Residencia de Pedralbes, albergaron a los niños españoles durante la Guerra Civil de España.

1940

Cónsul en Niteroi, Brasil.

1941

Es nombrada Cónsul General de Chile en el Brasil. Se establece en Petrópolis, hermoso y pintoresco lugar situado en las afueras de la capital fluminense.

1943

El 14 de agosto se suicida su «hijo adoptivo», sobrino en realidad, Juan Miguel Godoy Mendoza, a los diecisiete años de edad.

1945

El 15 de noviembre recibe la noticia de que le ha sido concedido el Premio Nobel de Literatura. Tiene a la sazón cincuenta y seis años de edad. El 18 de noviembre se embarca para Estocolmo en el vapor sueco «Ecuador». Recibirá el Premio de manos del Rey Gustavo, el 12 de diciembre. Cónsul de Chile en Los Angeles y luego en Santa Bárbara, donde compra una casa con el dinero del Premio Nobel.

1947

Recibe el título de Doctor Honoris Causa, del Mills College, Oakland, California.

1948

Cónsul en Veracruz, México.

1950

Gana el Premio Serra de las Américas, otorgado en Washington por The Academy of America Franciscan History. Se embarca en Nueva York rumbo a Génova. Cónsul en Nápoles.

1951

Se le concede el Premio Nacional de Literatura en Chile. Reside en Rapallo.

1953

Cónsul de Chile en Nueva York. Participa en la Asamblea de las Naciones Unidas representando a su país.

1954

Viene a Chile y se le tributa un homenaje oficial. *Lagar* es editado en Santiago por la Editorial del Pacífico. Regresa a los Estados Unidos.

1956

El Gobierno de Chile le otorga una pensión especial por Ley, que se promulga en el mes de noviembre.

1957

Luego de larga enfermedad —cáncer al páncreas— muere el 10 de enero, a las 4,10 horas, en el Hospital General de Hampstead, en Nueva York.

Sus despojos mortales reciben el homenaje del pueblo chileno. Se declaran tres días de duelo oficial. Los funerales, efectuados el 21 de enero, constituyen una apoteosis. Se le rinde homenaje en todo el Continente y en la mayoría de los países del mundo. Por disposición testamental del 17 de noviembre de 1956, donó todos los derechos de sus obras que se publiquen en América del Sur a los niños de Montegraude. Aparece en Chile, como tomo IV de las *Obras selectas* de Gabriela Mistral, *Recados cantando a Chile*, con prólogo y notas del Padre Alfonso Escudero.

Se publica *Gabriela Mistral: Epistolario. Cartas a Eugenio Labarca (1915-16)*, con introducción y notas de Raúl Silva Castro, Ediciones AUCH, Santiago.

1961

Aparece otro epistolario: *Cartas de Gabriela Mistral a Juan Ramón Jiménez*, con notas y prólogo de Julio Rodríguez Luis. Ed. de La Torre, San Juan (Puerto Rico).

1967

Se publica *Poema de Chile*, Ed. Poinaire, Santiago.

1978

Con introducción y prólogo de Sergio Fernández Larrain, la Editorial Andrés Bello de Santiago publica *Cartas de amor de Gabriela Mistral*.

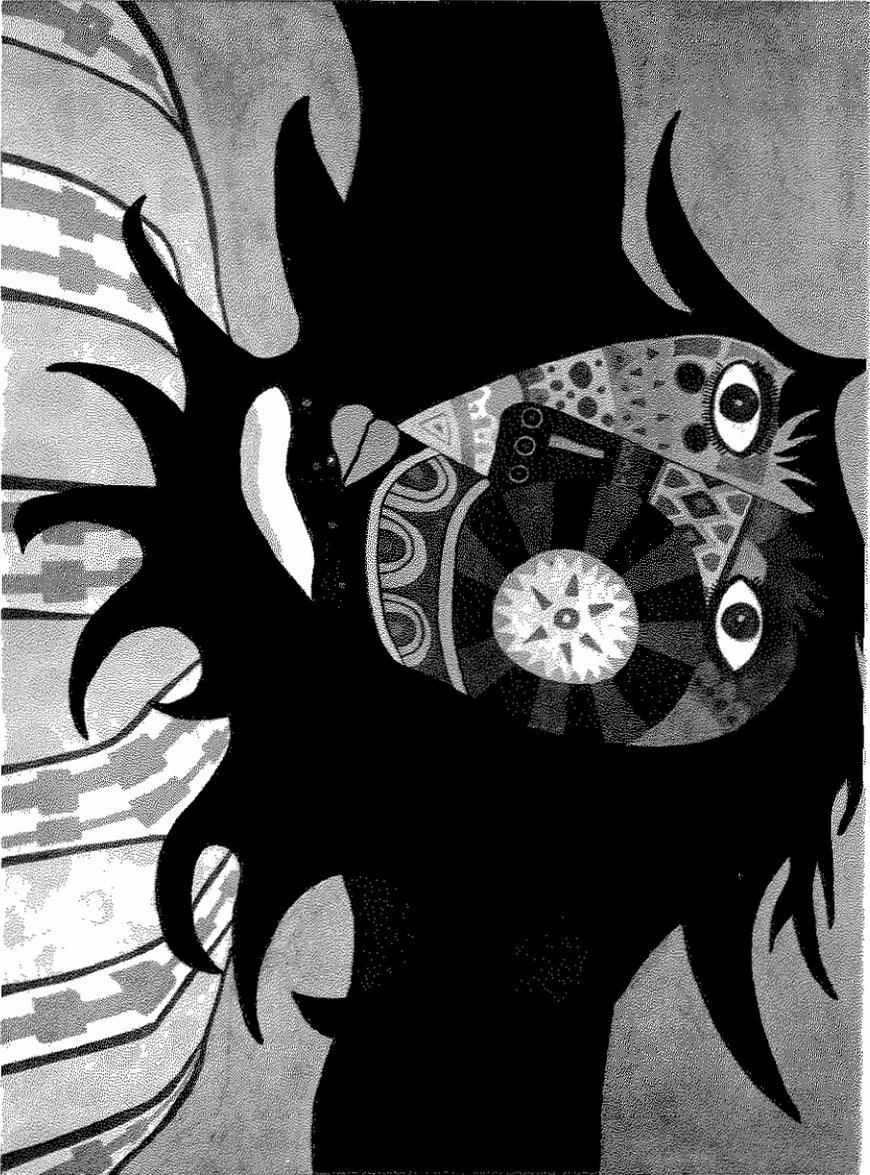
Este mismo año aparecen diversos otros títulos: *Materias*, prosas seleccionadas por Alfonso Calderón (Edit. Universitaria, Santiago); *Prosa religiosa de Gabriela Mistral*, recopilada por Luis Vargas Saavedra (Ed. Andrés Bello, Santiago); y dos títulos preparados por Roque Esteban Scarpa, *Gabriela anda por el mundo* y *Gabriela piensa en...*, ambos con recopilación de prosas (Edit. Andrés Bello, Santiago).

1980

Siete cartas de Gabriela Mistral a Lydia Cabrera, Miami, 1980.

1989

Aparece en Santiago *Recados para América*, que recoge artículos aparecidos en la revista costarricense *Repertorio Americano*. Recopilación de Mario Céspedes.



La «perestroika» y la crisis del socialismo

JOSE MIGUEL VARAS

El texto que ofrecemos a continuación es el resumen de una extensa conversación sostenida con el economista chileno Leonardo Navarro sobre un tema dominante, hoy, en la discusión en el mundo: el proceso que vive la Unión Soviética y que ha dado en denominarse perestroika.

Navarro, cuarenta y cinco años, egresado de la Facultad de Economía de la Universidad de Chile, donde trabajó además en docencia e investigación, es autor de estudios como «Relaciones mercantiles en el socialismo», «Problemas metodológicos en el estudio del desarrollo del capitalismo» y «Modelo económico neoliberal», entre otros. Trabaja en la actualidad en Santiago en el Centro de Investigaciones Sociales y Políticas del ARCIS.

Estuvo recientemente durante varias semanas en la URSS participando en un seminario de su especialidad. Producto de esa estancia son las reflexiones que contiene la entrevista siguiente.

José Miguel Varas, periodista y escritor, vivió quince años en la Unión Soviética, donde estuvo a cargo de los programas para Chile de la Radio Moscú. Regresó recientemente a Chile de su largo exilio.

I. Las causas del estancamiento

—¿Qué es la perestroika?

—Yo creo que para entender en qué consiste este proceso de reestructuración (ésta pareciera ser la traducción más aproximada de la palabra rusa *perestroika*), que se está dando en la sociedad soviética en particular pero, de una manera u otra, en el conjunto de los países socialistas, lo primero es entender cuál era la situación en que se encontraba la economía soviética en las últimas décadas. Porque éste es el punto de partida.

—Una situación que los soviéticos han definido como de «pre-crisis»...

—Algunos autores, y yo comparto esa idea, la definen directamente como una situación de crisis de la economía socialista.

—Si es así, sería históricamente la primera crisis económica del socialismo...

—Exacto.

—Eso significa la demolición de un concepto muy arraigado, casi axiomático, de que en el socialismo no podía haber crisis. ¿Qué dice usted de eso?

—Bien, pienso que eso lo podemos desarrollar después un poquito más. Pero sí creo que una de las cosas importantes del proceso de la *perestroika* es, precisamente, que pone en cuestión una serie de mitos, de dogmas, con que se había venido definiendo la economía socialista. Es decir, yo pienso que pone en cuestión la economía política del socialismo y me atrevería a decir que la economía política del socialismo aún no ha logrado constituirse como ciencia. Y de allí, precisamente, derivan muchos de los problemas de hoy.

—Pero, volvamos atrás si le parece. Usted dice que el punto de partida de la perestroika es la situación de crisis en la economía soviética. ¿Cómo se manifiesta esa crisis?

—Conviene, ante todo, puntualizar que este proceso se presenta en un marco histórico de extraordinarios éxitos económicos. Más aún: de éxitos económicos inéditos en la historia de la humanidad, que se producen a partir del triunfo del socialismo, de la Revolución de 1917, que dio nacimiento a la Unión Soviética. Me refiero a los primeros planes quinquenales, que permitieron transformar en breve plazo a un país extraordinariamente atrasado en una gran potencia industrial. Y luego, a la rápida reconstrucción de la economía soviética después de la Segunda Guerra Mundial.

Crecimiento cero

«Sin embargo, esta forma de desarrollo económico tan exitoso que había tenido la economía soviética a lo largo de cinco décadas, comienza a presentar un conjunto de problemas que se reflejan, de manera

concentrada, en la persistente disminución de los ritmos de crecimiento económico. Y así, en la confluencia de los años 70 a 80, se va llegando a un crecimiento anual del producto del orden del 1,5 o de 1,8 por ciento en términos globales, lo que tomado per cápita, significa cero. Crecimiento cero. Estancamiento de la economía.»

—¿Cuáles son las causas?

—Hay un conjunto de causas económicas, pero estos fenómenos tienen también una explicación más global en un conjunto de procesos sociales que se venían dando en el socialismo. Y paso a señalarlas, rápidamente; por lo menos, las que me parecen más importantes.

«Primero, yo creo que un elemento central es la insuficiencia en cuanto a la comprensión teórica y práctica de las relaciones monetarias mercantiles. Una insuficiencia en cuanto a la respuesta teórica y a la respuesta práctica sobre el papel que desempeñan las relaciones mercantiles en el socialismo, y a la articulación de esas relaciones mercantiles con la planificación centralizada del desarrollo económico. ①

»Nos encontramos aquí con la incomprensión de que el grado actual de desarrollo de las fuerzas productivas genera, objetivamente, la necesidad del funcionamiento de relaciones mercantiles. La aceptación formal de esas relaciones mercantiles, sin un reconocimiento de su existencia real y sin un análisis profundo de las características diferentes que tienen o que debieran tener dichas relaciones en el socialismo y en el capitalismo.

»En definitiva, lo que ha habido es la incomprensión de que las relaciones mercantiles han existido durante un largo período de la historia de la humanidad, incluso antes del capitalismo, y subsisten en el socialismo, aunque actúan de manera diferente.

»Segundo: esto condujo a una comprensión muy dogmática del problema de la propiedad. Llevó un poco a la identificación mecánica de propiedad social con propiedad estatal. Y eso derivó a una visión de una economía extraordinariamente centralizada, dirigida desde un aparato central, que se fue haciendo cada vez más burocrático y cada vez más ineficiente. ②

»Tercero: otro elemento importante que está, creo yo, en la base de los problemas, es una visión extraordinariamente igualitarista de la distribución. Se confundió equidad o justicia con una igualdad en el sentido aritmético. Es lo que planteaban los socialistas utópicos en el siglo pasado, sin una apreciación científica del problema.»

—¿En todo esto, estima usted que influyeron otros factores, históricos, culturales, políticos?

—Pienso que sí. Sin duda. En el conjunto de errores teóricos, que condujeron a errores prácticos, evidentemente desempeñan un papel una serie de hechos históricos. Por ejemplo, el hecho de que la Unión Soviética, durante largo tiempo, fuera el único país socialista. Sufrió los efectos del bloqueo, del aislamiento del llamado «cordón sanitario» tendido desde Occidente para evitar «el contagio» de la revolu-

③
D. M. K. W.

ción. Por otra parte, fue el primer país que se embarcó en la construcción de una nueva sociedad, adentrándose en un terreno desconocido.

La visión estalinista

«Por supuesto también desempeñaron un papel determinante todas las deformaciones y, me atrevería decir, todas las perversiones que en la visión del socialismo, en su concepción y en el funcionamiento práctico de la sociedad socialista, introdujo el fenómeno del culto a la personalidad. Se trata de la visión estalinista de estos problemas, una visión que va incluso más allá de Stalin como individuo, porque abarca un pensamiento de un conjunto de dirigentes que aceptan y hacen suya esa manera de ver las cosas.

»A todo ello se sumaron los efectos de la Segunda Guerra Mundial que, dado el sacrificio enorme, el costo aterrador en vidas humanas y destrucción material que significó para los soviéticos, hicieron que muchos de estos problemas no fueran visualizados oportunamente.»

—*Pero concretamente, en lo económico, ¿qué significó el período de Stalin?*

—Ante todo, un funcionamiento de la economía en la que todo se dirigía desde un centro único. Donde los niveles más desagregados no tenían, prácticamente, ningún espacio para tomar decisiones. Esto condujo, en definitiva, a la falta de iniciativa. A una dirección puramente administrativa de las empresas, de los sectores, de los ministerios, de los departamentos dentro de los ministerios, y a una proliferación de aparatos administrativos burocráticos. Condujo a lo que los soviéticos caracterizan hoy como una economía donde la iniciativa, en los distintos niveles, era prácticamente inexistente.

—*O sea, la iniciativa sólo podía venir desde arriba...*

—Era una concepción casi militar de la economía, donde todo reposaba en el voluntarismo del mando superior.

«Esto condujo también a una distorsión de la relación individuo-sociedad. Hay aquella famosa frase, que se utilizaba mucho en el período de Stalin, de que “el individuo es un engranaje” ... o un tornillo, en el funcionamiento de la sociedad en su conjunto. Por lo tanto, si este tornillo es inadecuado, si no funciona bien o es defuncional a la sociedad en su conjunto, sencillamente debe ser eliminado. Esta concepción es en cierta medida la base de todo lo que significó, bajo Stalin, la represión a importantes sectores de la sociedad.

»Esto se unía al igualitarismo en la distribución, ya mencionado. Es decir, la concepción de que, independientemente de los resultados concretos obtenidos por la empresa, por el colectivo de los trabajadores o por éstos individualmente, todos tenían asegurado un ingreso. Un salario que les permitía resolver al menos sus necesidades básicas.

Todo esto, junto con las relaciones de dependencia estructuradas a todo nivel a partir de la dirección administrativa burocrática muy centralizada, conducía a la desaparición de todos los estímulos que pudiese desarrollar la iniciativa creadora. Condujo en definitiva a una situación de complacencia, donde se trataba simplemente de cumplir formalmente el plan, sin preocuparse por la calidad de los productos, ni por la introducción de nueva tecnología, ni por la elevación de la productividad del trabajo.»

Un deshielo incompleto

—*La descripción del mecanismo económico que usted hace se refiere básicamente al período de Stalin... Pero Stalin murió en 1953 y después ocurrieron muchas cosas. ¿Usted piensa que el modelo se mantuvo igualmente rígido bajo Kruschov y bajo Breznev?*

—Veamos. A partir de lo que se llamó «el deshielo», el proceso que se abre con el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, allí se realizó una crítica bastante significativa del culto a la personalidad. Sin embargo, la impresión que a mí me queda es que esa crítica fue incompleta. Es decir, fue una crítica al fenómeno del culto, pero no profundizó en las causas que condujeron a ello ni tampoco al conjunto de las concepciones acerca del socialismo, en los aspectos económicos e incluso políticos, que se proclamaban oficialmente, que estaban en los manuales con los que se formaban los estudiantes, etcétera.

«Es cierto que a comienzos de la década del sesenta los temas económicos a que nos estamos refiriendo fueron ampliamente debatidos. Surgieron economistas, como Liberman, con ideas muy similares a las que hoy constituyen la base de la *perestroika*. Y esto condujo a la reforma económica de 1965, que significó la introducción de muchos mecanismos económicos nuevos, que apuntaban a solucionar una parte importante de los problemas que hemos mencionado.

»Sin embargo, la práctica posterior, especialmente en la segunda parte del período de Breznev, significó que muchas de las reformas propuestas quedaron en el papel. No se aplicaron realmente en el conjunto de la economía. O a veces, fueron llevadas a la práctica con los mismos métodos administrativos burocráticos de antes. Lo cual impidió que estas reformas se consolidaran.»

—*¿Y por qué cree usted que ocurrió esto?*

—Yo creo que esto se dio así porque si bien la reforma económica del 65 tiende a introducir nuevos mecanismos económicos, la reestructuración no abarca al conjunto de la vida social. Se orienta en forma casi exclusiva al ámbito económico. Es decir, no se da junto con este intento inicial de «democratizar», por decirlo de alguna manera, la economía, no se da, repito, un proceso de democratización del conjunto de la sociedad.

*en la crisis de
el comunismo*

*documentos de
Breznev*

propiedad social y familiar formal

—Usted hablaba de una identificación entre propiedad social y propiedad estatal. ¿Qué significa eso y cuáles son las consecuencias?

—Yo creo que esta concepción condujo a un desprecio muy grande hacia el papel que podían desempeñar en la economía otras formas de propiedad, tanto social como familiar y, en algunos casos, individual. El concebir mecánicamente, dogmáticamente la propiedad estatal como la forma de propiedad más perfecta, más deseable en el socialismo, llevó a que todas las otras formas de propiedad, incluida la cooperativa, fueran miradas como formas inferiores que debían rápidamente marchar a su transformación en propiedad estatal.

«Esto le resta a la economía la posibilidad de un pluralismo en las formas de propiedad, que pudiera impulsar un dinamismo económico mucho mayor y que pudiera actuar también como un estímulo importante por la vía de la competencia.»

—¿Competencia bajo el socialismo?

—Sí, claro. Aquí hay otro elemento que surge en la mitología de la concepción no científica del socialismo, la idea de que en el socialismo se elimina la competencia. Precisamente uno de los elementos que se encuentran en la base del estancamiento es la inexistencia de la competencia. Aunque, por supuesto, se trata de una competencia diferente a la que hay bajo el capitalismo. No es aquí la ley de la selva que caracteriza a la competencia capitalista.

«Otro problema que generó esta concepción de la propiedad fue que, de alguna manera, impidió que se apreciaran oportunamente los nuevos fenómenos que se estaban dando a nivel mundial. El avance del proceso de internacionalización de la vida económica, que es incluso la internacionalización de los propios procesos de producción. El retraso en la comprensión de este fenómeno determinó que la Unión Soviética venga insertándose tardíamente en él.»

II. Nuevos mecanismos, dudas y peligros

—En síntesis, ¿cuáles son los mecanismos fundamentales que la perestroika se propone introducir en la economía para modificar el cuadro que he descrito?

—Al tener el diagnóstico de cuáles eran los problemas, surge un conjunto de soluciones a través de nuevos mecanismos económicos. Yo diría, en primer lugar y como la cuestión más de fondo, el uso real, efectivo y no solamente formal de las relaciones mercantiles. Es decir, dar a los mecanismos de mercado un papel mucho mayor en el funcionamiento de la economía, sin que eso signifique que desaparezca el carácter planificado de la economía socialista, sino que una combinación, una articulación entre plan y mercado, en la que el papel del mercado sea mucho más activo que hasta ahora. Esto significa tam-

bién avanzar rápidamente hacia la autonomía económica, operativa y financiera de las empresas.

—*Lo que planteaba Lenin en su tiempo...*

—Iba a decirlo. Se vuelve al pensamiento de Lenin, en especial a las concepciones y soluciones que plantea en sus últimos trabajos, en lo que se ha dado en llamar su «testamento político». Ideas que fueron desarrolladas por Lenin sobre todo en los marcos de la Nueva Política Económica, la NEP, en los años veinte.

Los salarios y los precios

«Entonces, decía, se debe ir avanzando en ese proceso, que ya está en marcha, de autonomía operativa creciente de las empresas, incluso, en términos de que ya no sólo algunos beneficios —como los premios, las primas por sobre cumplimiento y los fondos de desarrollo social— se generen a partir de los resultados económicos, de la rentabilidad de la empresa, sino también los salarios. Se marcha aceleradamente hacia una situación en la que el propio fondo salarial de la empresa va a depender también de los resultados que la empresa obtenga. Es decir, dentro del marco de normas generales válidas para el conjunto de la sociedad, el salario pasa a ser establecido a partir de los resultados de la empresa.

»En perspectiva, también los precios van a ser establecidos, con sentido competitivo, por la propia empresa. Esto, dentro de algunos marcos generales y, seguramente, manteniéndose regulados algunos precios de productos básicos.

»Lo importante, aquí, es el principio de que los precios deben ser establecidos de acuerdo con los mecanismos de la ley del valor. Esto es, que los precios deben reflejar el valor de las mercancías. Entonces, si hay algunos productos subvencionados, porque sea necesario hacerlo, desde el punto de vista de las necesidades sociales, debe existir plena conciencia de que, en el caso de estos productos, se está violando la ley del valor y, por lo tanto, esa subvención necesariamente tiene que ser cubierta con excedentes creados por otros sectores de la economía. Pero esto sólo puede mantenerse como una situación muy puntual. A nivel del conjunto del sistema de precios, de la mayor parte de los precios, ellos pasarían, como decía, a estar fijados sobre bases competitivas, por las propias empresas.

»También se pone énfasis en el principio de la competencia en determinadas áreas de la economía. En el desarrollo de la competencia por el consumidor. Es decir, que las empresas, sobre la base de la calidad de los productos, de la oportunidad con que éstos son elaborados y llegan al mercado, sobre la base de los precios, etc., compitan entre sí por la venta de las mercancías.

»Esto implica también por lo tanto, un proceso importante de descentralización de los mecanismos de planificación; implica la creación

y el fortalecimiento de instancias intermedias de planificación; implica que en muchos aspectos la planificación adquiera un carácter más bien normativo que de... camisa de fuerza, a la que deban, las empresas, sujetarse mecánicamente.»

Desafíos y peligros

—*Quisiera plantearle algunas de las objeciones o dudas que se formulan respecto del proceso que usted describe... En primer lugar, hay quienes dicen que la reforma del sistema de precios y la eliminación completa de las bonificaciones a ciertos artículos sería un terremoto social de consecuencias imprevisibles, dado que una serie de artículos básicos como el pan, la carne, los lácteos, las papas y otros productos esenciales, tienen precios muy bajos, que no han variado algunos de ellos, desde 1935. Igual cosa ocurre con los arriendos, las tarifas de la electricidad, el gas, el agua. La brusca eliminación de las subvenciones y el paso a precios económicos reales, ¿no significaría un grave deterioro en el nivel de vida de grandes masas?*

—Bien, yo diría en general que existen una serie de peligros potenciales, de grandes desafíos que debe enfrentar la *perestroika*. Y debe ser capaz de resolver esos problemas para avanzar. Ahora bien, ¿cuáles van a ser las soluciones exactas, cómo se van a enfrentar esos desafíos? Yo creo que en este momento es difícil que alguien lo tenga claro. Es decir, la *perestroika* significa una transformación tan profunda de la sociedad soviética y de las concepciones teóricas acerca del socialismo que respecto de un conjunto de problemas, se está en plena búsqueda de la solución más correcta. En este sentido, yo diría que se debe tener claro que éste no es un proceso cuyo éxito está garantizado de por sí por el solo hecho de que se haya planteado, correctamente, toda esta problemática. Probablemente, vamos a asistir a un proceso de avance y retroceso, de errores y rectificaciones, bastante prolongado. Eso, como panorama general.

«Ahora, en relación con el problema particular de los precios. En los momentos en que yo estuve en la Unión Soviética, estaba precisamente en el tapete de la discusión de los especialistas, y de los que no lo son, el tema de la reforma del sistema de precios. Allá está claro para todo el mundo que si se introducen todos estos nuevos mecanismos económicos, para que funcionen adecuadamente, se requiere como base un sistema de precios reales. Por lo tanto, es indispensable reformar, eliminar las distorsiones que hoy existen en los precios de los productos.

»Esto presenta problemas técnicos desde el punto de vista de cómo hacer la reconversión. Por ejemplo, se discute si hacer simultáneamente la reforma de los precios al por mayor y al por menor; o bien, si partir por los precios mayoristas y luego, gradualmente, ir corrigiendo los precios al por menor, etc. En la Unión Soviética hay un clima ex-

traordinario de discusión, muy amplia, en la que se están buscando colectivamente las mejores soluciones.

»Desde mi perspectiva —doy una opinión personal—, una reforma profunda del sistema de precios, para no provocar un impacto brutal en los niveles de vida de los trabajadores, va a tener que ir acompañado, necesariamente, de una reforma en el sistema de remuneraciones. Lo cual significa eliminar también las distorsiones que existen en ese terreno.

»He tenido oportunidad de leer algunos materiales de especialistas en problemas monetarios y financieros, donde, por ejemplo, se plantea que en términos reales, desde los años 60 hasta ahora, el rublo ha sufrido una pérdida en su poder adquisitivo del orden del 40 por ciento. Sin embargo, eso no se ha reflejado en el sistema de precios, respecto de los productos esenciales, ni se ha reflejado en los salarios. Es decir, se ha mantenido formalmente una economía estable en estos indicadores.»

—¿Esto significa que existe inflación?

—Por cierto. Es un hecho que destruye otro de los mitos, aquel que decía que en el socialismo es imposible que exista la inflación.

«Ahora bien, yo creo que aun cuando se encuentren las mejores soluciones posibles para la reforma de los precios, inevitablemente va a haber sectores que serán afectados. Porque la reforma de los precios y de las remuneraciones está vinculada al problema del igualitarismo, al que aludíamos antes. Por lo tanto, la reforma va a significar también que el personal altamente calificado, de elevada productividad, tenga niveles de remuneraciones y, por lo tanto, posibilidades de acceso de consumo, mayores que las del menos calificado. Esto, aunque los sectores de menor nivel tengan en todo caso ingresos que les permitan satisfacer sus necesidades básicas. Yo creo, en definitiva, que la reforma de los precios va a producir en lo inmediato, desajustes. Y de lo que se trata es de que sean los menores posibles.»

—¿Y cuál sería la alternativa?

—No hacer nada de todo esto y seguir con una economía estancada. No es solución. No hay alternativa.

—Hay gente que critica la lentitud en aplicar medidas como la reforma de precios...

—Es verdad. Hay toda esta discusión, de cómo hacerla desde el punto de vista técnico, sin perder de vista el enfoque político-social. Mi estimación es que, en todo caso, la reforma de precios no puede demorar más, que tendrá que ponerse en aplicación este año. Para el 90, como plazo máximo, debiera estar ya reestructurado el sistema de precios y remuneraciones. Este es uno de los grandes desafíos inmediatos que en el plano económico, se le plantean a la *perestroika*.

Dudas y oposición

—*Vuelvo entonces a las objeciones, que se plantean dentro de la Unión Soviética y también fuera de ella, en el movimiento comunista, entre los partidarios del socialismo. Hay quienes afirman que con estas reformas el conjunto de ventajas que representa el socialismo desaparece de un plumazo y no hay ninguna compensación, a lo menos inmediata. Porque hoy, en la Unión Soviética, mucha gente acepta las colas, está habituada a la escasez periódica de determinados productos, pero sabe que su vida está muy protegida, porque la vivienda no le cuesta casi nada, la salud es gratis, la educación es gratis y el empleo está asegurado. Entonces, si todo eso desaparece de la noche a la mañana, ¿cuál es la conveniencia o la ventaja de hacer todas esas reformas?*

—La impresión que yo tengo, incluso como resultado de conversaciones con ciudadanos soviéticos comunes y corrientes, ya no con especialistas sino con trabajadores, funcionarios, dueñas de casas, es que, efectivamente, hay un sector social que mira todos estos cambios con preocupación, con muchas dudas y que hasta se opone, de una manera u otra a ellos.

—*¿Y cuál es ese sector?*

—Yo diría que es el que abarca, de manera fundamental, a los trabajadores no calificados. Evidentemente, al introducirse todas estas reformas, este tipo de trabajador se ve ante la disyuntiva de tener que realizar un esfuerzo mayor para elevar su nivel de calificación, su eficiencia en el trabajo; porque si no logra dar ese salto, ya no va a tener garantizados sus ingresos y es probable que éstos bajen.

«Está también el sector de la capa administrativa burocrática del aparato económico. Por ejemplo, aquel director de empresa que recibía desde arriba un paquete muy grande de indicadores económicos detallados, que debía cumplir. Su papel era traspasarlos a la empresa y lograr su cumplimiento. Los resultados no eran de su responsabilidad, sino del organismo superior que le había bajado las metas. Pues bien, hoy ese director tiene que tomar las decisiones, en su empresa, junto con el colectivo de técnicos y trabajadores; y tiene que asumir la responsabilidad por los resultados. Evidentemente, esto cambia radicalmente su situación, cambia su vida.

»Un tercer sector que mira con recelo las transformaciones y que las resiste es una parte, a lo menos, de la burocracia del propio partido. Porque el proceso de la *perestroika*, en lo que significa de descentralización, desburocratización, democratización, se ha venido traduciendo y se va a traducir este año con mayor fuerza aún en una considerable reducción del aparato del partido.»

—*¿Y qué ocurrirá con los desplazados?*

—Tendrán que incorporarse al trabajo productivo. Y eso implica también cambios muy importantes en sus condiciones y formas de vi-

da, en sus hábitos, etc. Existe, pues, una base social que plantea las cuestiones que usted me planteaba y que puede ser potencialmente una opositora activa al avance de la *perestroika*.

—¿Y cuál puede ser la fuerza de esos sectores?

—Yo diría que es una base social no pequeña y que conserva influencia. Pero no es mayoritaria. La impresión que yo tengo es que la gran mayoría de los ciudadanos soviéticos están dispuestos a realizar sacrificios transitorios en pro de esta transformación de la economía y de toda la sociedad. Su perspectiva es que, si se logran producir esos cambios aceleradamente, mejorarían sustancialmente sus condiciones de vida, no sólo en el aspecto material, sino también en el aspecto espiritual, social, político, cultural, etc.; crecerían enormemente sus posibilidades de expresarse, de intervenir en los procesos políticos y sociales y todo aquello.

«Entonces, hay una base social muy importante, mayoritaria, cuya actitud es de apoyo decidido a la *perestroika*. Pero... ¡atención!, eso podría perderse si el proceso de transformaciones profundas en curso no da resultados tangibles a corto plazo.»

El mercado y el plan

—¿No existe el riesgo del retorno al capitalismo? ¿No van a significar estas transformaciones, el desarrollo de formas de propiedad no socialistas, la aparición de una clase empresarial, tal vez de una nueva burguesía?

—Desde el punto de vista teórico general, surgiría el peligro del retorno al capitalismo si las nuevas formas de propiedad y de producción que se están desarrollando fueran ganando un espacio muy grande, que les permitiera ir desplazando de manera creciente a las empresas estatales, y se creara una situación en la cual el mercado, la asignación de recursos, la distribución, etc., a través del mercado, pasaran a ser la forma dominante, determinante en el funcionamiento del conjunto de la economía. Eso conduciría, no sé si al capitalismo, pero sí a una sociedad bastante alejada del socialismo.

«En definitiva, el problema es el de la articulación mercado-plan; por decirlo de alguna manera, qué dosis de mercado y qué dosis de plan. Yo creo que esta articulación es móvil, que no existe una receta. Es una articulación que cambia de acuerdo a las distintas fases de desarrollo de la economía; que cambia también en función de las condiciones concretas de la economía. El desafío de cada momento reside entonces en poder articular el plan y el mercado, de manera que no se caiga en regresiones a formas de explotación.»

—¿Y se podrá seguir garantizando el pleno empleo a los trabajadores, con las nuevas formas de gestión económicas? En la Unión Soviética se ha anunciado que de aquí al año 2000, unos 16 millones de trabajadores tendrían que dejar sus empleos actuales. Pero algunos

observadores estiman que, de introducirse masivamente la nueva tecnología y reducirse drásticamente la burocracia en todos los niveles, la cifra sería muy superior... ¿Qué hay de esto?

—Siempre se dijo que el socialismo garantiza el pleno empleo. Como norma general, estimo que eso es válido. En el socialismo existen las potencialidades para garantizarlo. Pero la experiencia demuestra que eso no es necesariamente así en cada momento, sino que se da como tendencia general del sistema.

«Evidentemente, con los grandes ajustes que hoy se están produciendo en la economía soviética, se pueden generar desequilibrios que, de manera transitoria, produzcan desempleo. Pero no creo que sus niveles vayan a ser significativos. Ni siquiera, en ningún caso, que vayan a representar un porcentaje similar al que tienen los países capitalistas desarrollados, ni mucho menos.

»Creo que el desempleo que pueda producirse va a ser absorbido muy rápidamente dadas las metas de crecimiento de la producción, en base a nuevas tecnologías, que están planteadas desde ahora hasta el año 2000 y que son extraordinariamente elevadas, como para llegar a duplicar el producto en ese corto plazo de diez años.

»Este proceso tiene que generar una enorme ampliación del aparato productivo, aunque se introduzcan nuevas tecnologías que desplazan fuerza de trabajo. Luego, está toda el área de servicios en su sentido más amplio, donde es notoria en la Unión Soviética, la insuficiencia, la escasez de la mano de obra. Está el vasto campo de la computación, en el cual existe un retraso considerable. En la medida que se haga el esfuerzo por superarlo rápidamente, esto va a exigir no sólo un gran número de especialistas, digitadores, programadores, etc., sino también nuevas empresas que fabriquen computadoras. Es toda una rama de la economía hoy prácticamente inexistente. La que existe es sólo para la carrera espacial y para objetivos de la defensa. La informática está muy escasamente incorporada a la actividad económica general.»

III. Inserción en la economía mundial

—El economista Orlando Caputo opina que hay una gran reestructuración de la economía capitalista a escala mundial. Por otra parte, el mundo socialista también se reestructura, con la perestroika. ¿Cómo ve usted estos procesos?

—Yo coincido plenamente con Caputo. Nuestra apreciación es que estamos asistiendo a un mundo cuya economía está en reestructuración en su conjunto. Un mundo en *perestroika*.

«El salto enorme que ha tenido el desarrollo científico-técnico, la llamada revolución científico-técnica de la humanidad, que implica un dominio del hombre sobre la naturaleza cualitativamente superior

al que había tenido antes, se ha traducido en una internacionalización de la actividad económica en su conjunto.

»Este gigantesco proceso coloca a la humanidad ante la posibilidad de resolver problemas básicos, que existen desde hace siglos o milenios, ante la perspectiva de un gran desarrollo material y espiritual... o, como alternativa, ante la destrucción global en una guerra nuclear. Esa es la disyuntiva que en las postrimerías del siglo XX se presenta ante el ser humano.

»Sin embargo, ni en el capitalismo ni en el socialismo se había logrado traducir, incorporar adecuada y eficientemente estos avances a la producción misma. Esto, por diversas causas que, en definitiva, tienen que ver con las relaciones económicas, con las relaciones sociales. La revolución científico-técnica pone en cuestión el conjunto de las relaciones económicas y sociales del sistema capitalista y del sistema socialista.»

—¿Y cómo se da la inserción de la economía soviética en la economía mundial?

—Entre los nuevos mecanismos económicos de la *perestroika*, en las nuevas concepciones del funcionamiento de la economía que surgen en la Unión Soviética, ocupa un papel muy importante la nueva concepción sobre las relaciones económicas internacionales, sobre la relación de la economía soviética con la economía mundial.

«Esto tiene que ver con una visión mucho más activa, más agresiva diría yo, de la presencia soviética en el mercado mundial por la vía de introducir también mecanismos que posibiliten una presencia más directa de las empresas soviéticas en el comercio exterior. De hecho, a partir de enero del presente año, un grupo importante de grandes empresas fueron autorizadas para establecer vínculos comerciales externos directamente.»

Una economía para el ser humano

—¿Termina entonces el monopolio estatal del comercio exterior?

—En cierto modo. Son empresas estatales, pero que actúan con autonomía. Creo que es un paso que va a plantear inicialmente algunos problemas, puesto que los directivos de las empresas no tienen, en general, ninguna experiencia de los mecanismos del mercado mundial. Tendrán que aprender y eso, más allá de las dificultades o los errores de la primera etapa, va a ser en definitiva, un resultado altamente positivo.

—¿Y la instalación de empresas mixtas en la URSS?

—Es una medida que apunta fundamentalmente a resolver problemas de rezago tecnológico y, desde un punto de vista más general, apunta a acelerar la incorporación de la Unión Soviética al proceso de internalización de la producción, que se basa por otra parte en la internacionalización de la ciencia, de la tecnología. Apunta, pues, a lo-

grar una inserción en la economía mundial muy superior a la que hasta ahora había tenido la Unión Soviética.

«De paso, esto nos plantea también a nosotros, chilenos, la necesidad de mirar de una manera muy creadora toda la cuestión de la relación con el capital extranjero.»

—*Tarea difícil: ¿cómo sintetizaría usted en pocas palabras la esencia de la perestroika?*

—La esencia, diría yo, si tuviera que decir qué es la *perestroika* en una sola frase es: volver a situar al hombre en el centro de las preocupaciones económicas y sociales. Esto, que es lo más importante, lo más vital del socialismo, que es una economía que funciona para el hombre, de alguna manera se había venido perdiendo. La *perestroika* permite situar de nuevo la preocupación por el hombre, por el factor humano, como elemento central.

«Y no sólo desde el punto de vista material económico, sino desde un punto de vista social más general. Desde el punto de vista de incorporar un conjunto de problemas que afectan a la sociedad humana en su globalidad: paz o guerra, defensa del medio ambiente, etc.

»Volver a situar al hombre en el centro de las preocupaciones sociales y como eje de las decisiones económicas significa recuperar la individualidad dentro de la sociedad. Y establecer una relación mucho más equilibrada individuo-sociedad.

«Yo diría que la *perestroika* está mostrando que, pese a los graves problemas que el socialismo viene enfrentando en las últimas décadas, pese al estancamiento de la economía, el socialismo sigue estando vivo, y tiene enormes potencialidades para resolver sus problemas desde una perspectiva humanista.»

Pensando en Chile

«Si nosotros hiciéramos una comparación con la situación actual de Chile, donde lo que está en el eje de las decisiones económicas no es el ser humano sino la ganancia del capital; donde si bien nosotros podemos y debemos reconocer, desde el punto de vista de los indicadores del capital, que el modelo económico implementado en el país ha funcionado muy bien y puede seguir funcionando bien, más allá de problemas coyunturales; tenemos que concluir que este “buen” funcionamiento del modelo, desde la óptica de los indicadores del capital, ha significado someter a toda la sociedad a una enorme perversión. Ha significado someter a toda la sociedad a las leyes del capital, del dinero, a la lógica de la ganancia. Es decir, alienar cada vez más al hombre, incluso desde el ángulo de sus hábitos de consumo y todo ello. Y, además, lanzar a la miseria extrema una considerable masa de la población.»

—*¿Cuál sería la lección?*

—Que el socialismo está hoy más vigente que nunca como alter-

nativa también para nuestro país. Porque el socialismo ofrece, más allá de sus problemas, la posibilidad real de superar esta perversión social, toda esta alienación, y volver a colocar al ser humano en el centro de las decisiones y de la vida social.

«Esta vigencia del socialismo para Chile no significa que debemos pensarlo como se le pensaba hace décadas o incluso hace quince años. La *perestroika*, desde el punto de vista de las enseñanzas para nosotros, implica tener que profundizar nuestra visión del socialismo para Chile, a partir de las realidades concretas, económicas, sociales, culturales e históricas de nuestra sociedad, e introducir entonces en nuestra concepción todos estos elementos nuevos que tienen que ver con el papel del mercado y de la planificación, de la propiedad, de la incorporación de la ciencia y la tecnología, etc. Ese es el desafío que enfrentamos.»

SOCIALISMOS

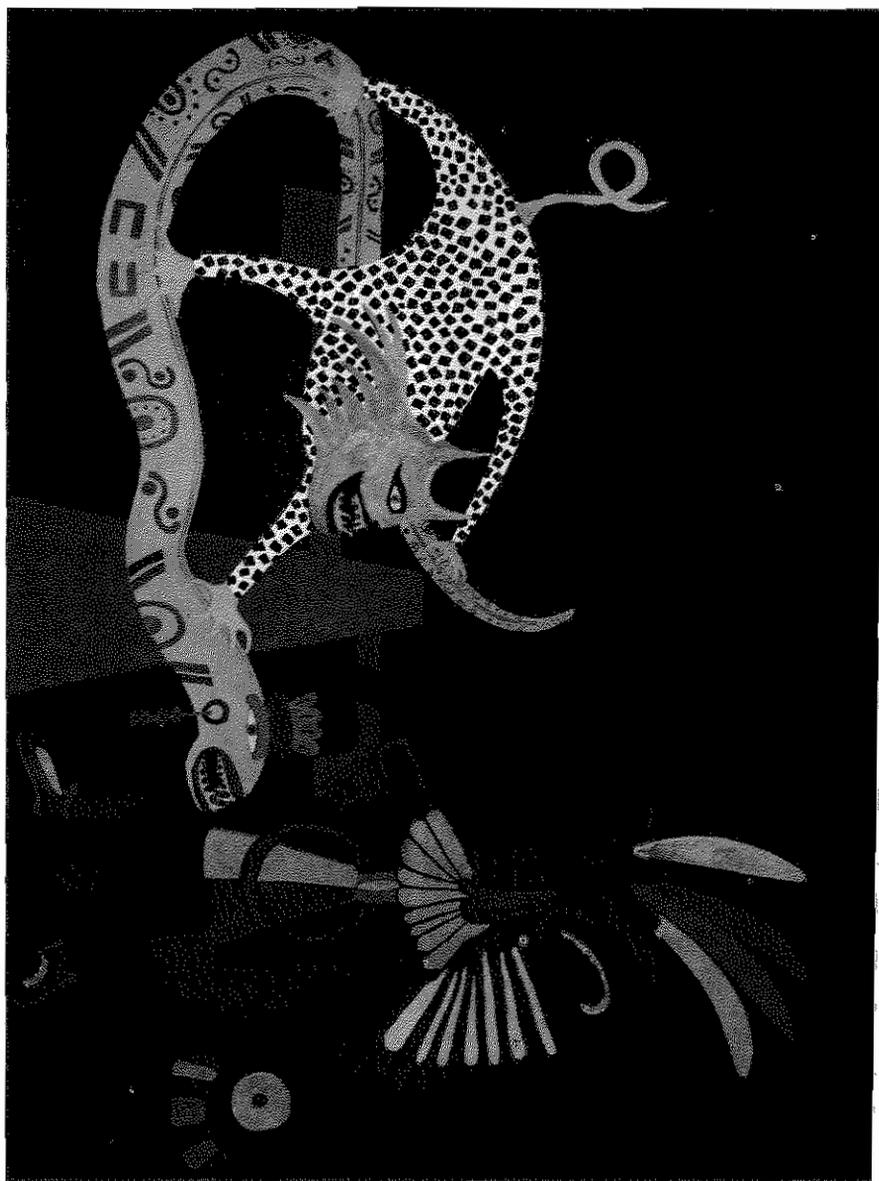
—¿Qué sensación tuvo al llegar a Moscú, con «perestroika», procesos electorales y todo lo que se vive en la URSS?

—Lo que está ocurriendo allí es un fenómeno muy interesante, porque demuestra la capacidad de una sociedad socialista de tomar conciencia de sus limitaciones y, en consecuencia, de luchar por reivindicarlas... Estos procesos de reestructuración son una revolución dentro de la revolución.

—¿Usted con cuál se queda: con el socialismo de Oriente o con el de Occidente?

—Yo creo que la matriz socialista correcta está en Oriente. Sin embargo, los socialistas europeos occidentales han realizado cosas que son irreversibles: por ejemplo, todo el sentido de igualdad, a pesar de las desigualdades; además, son sociedades democráticas en lo político. Entonces, creo que hay que romper esta división artificial entre Oriente y Occidente y extraer lo mejor que han dado cada una de esas sociedades. Conjugar lo mejor de cada una: ése es mi ideal de socialismo.

(Clodomiro Almeyda en entrevista con la revista *Apsi*, núm. 299, 10-16 enero 89.)



Demonología y Colonialismo

Historia de la comprensión folklórica del diablo en Chile

MAXIMILIANO SALINAS

Este trabajo es una mera aproximación a una hipótesis sobre Demonología y Colonialismo. Trato sólo de abrir una pista de investigación que deberá estudiarse más concienzudamente.

En un primer punto, como marco referencial, digo una palabra sobre la concepción eclesiástico-oficial del Diablo y lo demoníaco, entendido como transgresión de los límites de la Cristiandad, colonial y neocolonial. En un segundo punto abro la comprensión folklórica del Diablo en Chile como principio de limitación o delimitación del sistema de dominación. Finalmente, en un tercer punto, completo la visión folklórica de lo demoníaco en términos de su disolución, o sea, como superación de los límites de la dominación colonial/neocolonial.

1. Lo diabólico como transgresión del límite colonial/neocolonial: el sistema de la Demonología oficial

Se trata de hacer aquí una descripción general del sistema histórico de la Demonología oficial. Este sistema se constituye con el orden colonial y se reconstituye con el orden neocolonial. En ambos momentos, como dos partes de un todo de dominación, lo diabólico es

Maximiliano Salinas es licenciado en Teología, autor de numerosos ensayos sobre historia cultural chilena. Vive en Santiago.

entendido como la transgresión de los límites (religiosos, políticos, económicos, culturales, etc.) del orden colonial/neocolonial, desde una teología que habla desde dicho orden, o sea, desde la «Cristiandad» como estructura histórica. Lo diabólico es transgresión de la «Cristiandad» como estructura histórica total, donde la religión opera como fundamento del orden de dominación.

Examinamos la concepción de lo satánico a través del análisis de tres momentos fundamentales de la estructura histórica de la «Cristiandad». En primer lugar, durante la constitución y desarrollo del orden colonial (siglos XVI, XVII y XVIII); en segundo lugar, durante la ruptura política del orden colonial (albores del siglo XIX, la guerra de la Independencia); en tercer lugar, durante la constitución y desarrollo del orden neocolonial (el período que va desde 1830 a 1930).

a) *La Demonología oficial durante la constitución y desarrollo del orden colonial.* El cristianismo europeo del siglo XVI, que da origen al catolicismo oficial colonial, presentaba una particular obsesión satánica. La presencia de lo demoníaco era algo especialmente fuerte y angustioso (el «Gran Catecismo» de Canisius, convertido en obligatorio por Felipe II en 1557, nombraba más al Diablo que a Cristo)¹. Esta obsesión satánica pasó a América impregnando la evangelización de los misioneros y llenando de pavor a los indios americanos. En general, en los textos de catequesis india, o «Doctrinas», predominó el argumento de evitar el infierno más que el de conseguir el cielo, ante la consternación de los habitantes de América. La primera vez que oyeron los indígenas hablar del Diablo y el infierno, dice Motolinía, éstos «tomaron tanto espanto y temor, que temblaban de oír lo que los frailes decían»². Con toda razón, durante la Conquista, un sacerdote-maya (Centroamérica) pudo decir: «Este Dios Verdadero que viene del cielo sólo de pecado hablará, sólo de pecado será su enseñanza»³.

En el caso particular de Chile, al implantarse el régimen colonial, la religión oficial asoció lo diabólico a la presencia inquietante (en términos políticos y religiosos) de los Mapuches. Durante la Conquista, el Diablo está presente sobre todo como principio de la insubordinación política mapuche. Decía Pedro de Valdivia en 1550 al relatar un ataque indígena: «vino el Diablo su patrón e les dixo que se juntasen muchos e viniesen a nosotros, que, en viendo tantos, nos caeríamos muertos de miedo, e que también él vernía; ...⁴». En el siglo XVII, al

¹ Emile Brouette: «La civilización cristiana del siglo XVI ante el problema satánico», en A. Lefevre, H. I. Marrou, y otros, *Satán, estudios sobre el adversario de Dios*, Barcelona, 1975, págs. 139-180.

² Pedro Borges: *Métodos misionales en la cristianización de América*, siglo XVI, Madrid, 1960, pág. 329.

³ Miguel León-Portilla: *El reverso de la Conquista*, México, 1964, pág. 81.

⁴ Pedro de Valdivia: *Cartas*, Santiago, 1955, págs. 101 y s.

narrar el jesuita Rosales la Conquista de Chile, afirmó que fue el Demonio quien instó al cacique Caupolicán a animar la rebelión contra España⁵.

Junto a la dimensión política la religiosa no fue a la zaga. Los «Machitunes» o prácticas terapéutico-religiosas de los Mapuches fueron consideradas «curas diabólicas». Así las entendió un hombre relacionado interiorizado en la cultura indígena como Pineda y Bascuñán en el siglo XVII (relatando una de estas «curas diabólicas» afirma que el «Machi» parecía «un Lucifer, porque andaba sin calzones», etc.)⁶, y, a fines de ese siglo, el Obispo de Santiago Bernardo Carrasco en su Sínodo de 1688 calificó como caso reservado (¡para los españoles!) el participar en los «Machitunes» «con las ceremonias diabólicas que usan»⁷.

Otra presencia inquietante para el racista orden colonial fueron los esclavos del Africa negra, siempre vistos como una insubordinación latente, y asimismo, fueron demonizados. En los procesos de la Inquisición chilena aparecen ligados los negros al Demonio, y en la mentalidad conventual colonial se grabó la imagen del Diablo que se aparecía en figura de negro. Una denominación del ángel caído fue Mandinga, nombre de una población africana⁸.

Con el afincamiento del orden colonial en el siglo XVIII la Demonología eclesiástica asoció fundamentalmente la presencia de Lucifer a la experiencia de «rebeldía». Para un gran misionero de campos y centros poblados del siglo XVIII, el predicador jesuita Ignacio García Gómez, los demonios se caracterizaban ante todo por su condición de «rebeldes». No se puede soslayar esta reflexión eclesiástica de cara al asentamiento de la jerárquica estructura aristocrático-hacendal de Chile en el último siglo colonial⁹.

b) *La Demonología oficial durante el ocaso político del orden colonial.* En esta etapa breve pero decisiva en la estructura histórica de la «Cristiandad» chilena, los jefes religiosos de ella (los Obispos de Santiago y Concepción) en su fidelidad a la Monarquía española, ponen en juego la concepción «transgresora» del Diablo al extremo de afir-

⁵ Diego de Rosales: *Historia general del Reino de Chile*, Valparaíso, 1877, I, pág. 483.

⁶ Citado por Miguel de Olivares: *Historia militar, civil y sagrada de Chile*, en Colección de Historiadores de Chile, IV, pág. 54.

⁷ Bernardo Carrasco: *Sínodo de 1688*, Capítulo XIII, Constitución Unica (edición de Nueva York, 1858, pág. 71). Sobre la concepción de lo satánico en la Misión española del siglo XVI, cf. Irene Silverblatt, «Dioses y diablos: idolatrías y evangelización», en *Allpanchis* XVI, 19, 1982, págs. 31-47.

⁸ José Toribio Medina: *Historia del Tribunal de la Inquisición en Chile*, Santiago, 1952; sobre el Diablo en la figura de un negro de Africa, cf. *Revista Católica*, 33, 1917, págs. 599-600.

⁹ Ignacio García Gómez predicó y misionó en Chile sobre todo entre 1738 y 1754. Véase su obra «El Congregante Perfecto» editada recientemente, en *Anales de la Facultad de Teología* (U. Católica de Chile), XXXII, 1, 1981, págs. 177, 204, 222, 224.

mar que los que apoyan la Emancipación chilena labran su «condenación eterna». Sin afirmarlo expresamente, pero sí en forma tácita, el trastorno político revolucionario del sistema colonial fue visto entonces como una obra satánica. Quien más expresamente lo señaló así fue el Obispo de Concepción Diego Navarro en su Pastoral a los feligreses de Valdivia y Osorno en 1814: «El monstruo de la revolución, obra de las pasiones y de un desenfrenado egoísmo, no acierta a establecer su trono, sin destruir previamente el altar. La religión pugna con sus desórdenes..., sus buenos ministros claman con San Pablo por aquella obediencia que es debida a las potestades sublimes, y sin la cual, resistiendo al mismo Dios, nos adquirimos nuestra condenación eterna.» Durante la Independencia la demonología de «Cristiandad» desarrolló este ferviente satanismo de la insubordinación, mientras la teología revolucionaria (que asumió la crisis de la «Cristiandad» colonial española) expuso una demonología de la opresión (ahí Dios castigaba al Imperio español por su tiranía en América)¹⁰.

c) *La Demonología oficial durante la constitución y desarrollo del orden neocolonial.* La estructura histórica de «Cristiandad» se reconstituyó, después de la crisis revolucionaria de 1810-1830, con la constitución y apogeo del orden neocolonial, que se desarrolla, bajo la hegemonía capitalista británica, de 1830 a 1930.

La teología académica del siglo XIX reprodujo las imágenes demonológicas coloniales. El teólogo y Obispo (de Ancud y Serena) Justo Donoso, en su enorme *Diccionario teológico* comenzado a publicar en 1855, trata a los «demonios» como sinónimo de «rebeldes», en contraposición a los «ángeles» como sinónimo de «obedientes» (afirmó que los ángeles tienen alas en razón de su rapidez para obedecer, y precisó la denominación de «Belial» al Diablo como su característica de «rebeldes o desobediente»)¹¹. Para el Arzobispo de Santiago Rafael Valentín Valdivieso, gran organizador de la Iglesia neocolonial (presidió la arquidiócesis de 1845 a 1878), la reflexión demonológica tenía un acentuado carácter político, al servicio de la dominación del Estado nacional oligárquico. Lo satánico tiene que ver con la presencia Mapuche («los que el demonio tiene esclavizados», dice en 1849) o con el ancestro mapuche presente en las masas populares («una vez roto el freno de la religión, no es calculable hasta qué punto conduciría a los habitantes de nuestro suelo la altivez hereditaria de las razas aborígenes», dice en 1855). Por todo esto, la amenaza del infierno es vista por el Arzobispo como un arma política de disciplinamiento de

¹⁰ Diego Antonio Navarro: «Carta pastoral a todos los fieles habitantes de Valdivia y Osorno», Lima, 1814, págs. 3-4. Sobre los satanismos en la Independencia, cf. Maximiliano Salinas: «La reflexión teológica en torno a la Revolución y al papel de la Iglesia en la naciente República», en *Anales de la Facultad de Teología (U. Católica de Chile)*, XXVII, 2, 1976, págs. 16-35.

¹¹ Justo Donoso: *Diccionario teológico*, Valparaíso, 1855, I, págs. 112-114.

las clases populares. Al atacar a Francisco Bilbao en 1850, señala textualmente: «La eternidad del infierno es un poderoso freno que contiene el desborde de nuestras pasiones. Para las gentes poco instruidas que fácilmente no alcanzan a comprender toda la elevación de los motivos de superior orden que nos deben alejar del pecado, el infierno es casi el único, en muchos lances, que puede reprimir los instintos del vicio. Por esto, todos aquellos que han querido violentar las malas pasiones del vulgo, han procurado borrar de sus almas la idea de un tormento eterno»¹².

Esta demonología política de la Iglesia nacional oligárquica, labrada tan magistralmente por el Arzobispo Valdivieso, late en los siguientes versos de uno de sus más insignes representantes, Carlos Walker Martínez:

«Borrado el Evangelio, destruidos los altares,
las leyes son escarnio, delito es la virtud;
son turbas de bandidos las masas populares,
madre de horribles monstruos la ciega multitud»¹³.

Esto lo decía Walker en 1871. Hacia el 1900, y con todo el prestigio de ser el máximo representante de la Iglesia Católica en el Estado oligárquico burgués, Walker Martínez, identificó expresamente a Satanás con el comunismo y el socialismo revolucionario. Al iniciarse el siglo XX denunciaba desde la Universidad Católica: «Se olvida a Cristo para seguir a Proudhon, que en nombre de sus principios comunistas invoca a Satanás, porque, fue el primero y más grande revolucionario, sublevándose contra Dios, que es infinito y eterno»¹⁴. Desde entonces y hasta 1930, los más encendidos y prestigiados predicadores eclesiásticos de Chile denunciaron a Satanás en el movimiento socialista popular. El presbítero Alejandro Vicuña decía, desde la «Revista Católica» en 1922, año de la creación del Partido Comunista de Chile: «Con el primer pecado, nació sobre la tierra la cuestión social. Nuestros padres en el Paraíso, al pretender su participación en los privilegios divinos, fueron los primeros socialistas. El Demonio fue el primer agitador social. La Divinidad, por su parte, a tales pretensiones, replicó con el lock out del Paraíso. El primer socialista que derramó sangre sobre la tierra fue Caín, quien, según nos dice la Biblia, mató a su hermano, porque éste poseía un bien que aquél envidiaba: la benevolencia de Dios»¹⁵.

¹² Rafael Valentín Valdivieso: *Obras científicas y literarias*, Santiago, 1899, I, págs. 141, 154, 256.

¹³ Carlos Walker Martínez: *Poesías*, Santiago, 1894, pág. 229.

¹⁴ Carlos Walker Martínez: «El Pontificado y los Gobiernos en sus relaciones políticas y sociales», *Anuario de la Universidad Católica de Chile*, III, 1901-1902, págs. 525-531.

¹⁵ Alejandro Vicuña: «Peligros nacionales. La cuestión social», en *Revista Católica*, 43, 1922, pág. 775.

El año 1930 un infatigable predicador salesiano, Bernardo Gentilini, en una publicación mensual del «apostolado de la prensa», revivió la vieja obsesión satánica de la «Cristiandad» al designar la Revolución Socialista de Octubre como la gran expresión del Anticristo¹⁶.

2. Lo diabólico como imposición del límite colonial/neocolonial: la denuncia en la Demonología popular

Aquí se trata de estructurar el sistema histórico de la Demonología folklórica chilena articulada durante los siglos XVII, XVIII y XIX (como un todo homogéneo hasta la cultura popular rural hacia 1930). El sistema demonológico popular se constituyó, en primer lugar, como una denuncia de los límites impuestos por la dominación colonial aristocrática y después neocolonial burguesa. Lo diabólico, así, desde el punto de vista popular, es el principio de la Riqueza como acumulación. El principio diabólico de limitación, delimitación y discriminación social es la Riqueza, y ello debe ser denunciado. Otras instancias satánicas a denunciar son, en menor grado, la Iglesia, el Estado, y el principio de la Seriedad, que anima a ambos.

El Rico (propietario privado, gran acumulador) es folklóricamente demonizado como «el judío», asesino y comerciante de Cristo (los temas folklóricos de Judas, el Judío Errante, etc.), que debe ser denunciado a través de un ritual característico, la «quema de Judas», celebración simultánea con las de la resurrección de Cristo, al término de la Semana Santa.

a) *La denuncia del gran principio de limitación colonial/neocolonial: la Riqueza y los ricos.* Desde el siglo XVII he comenzado a encontrar testimonios acerca de la vinculación en la conciencia popular chilena entre el Diablo y la riqueza. Alonso Ovalle narra la aparición en Quillota o La Ligua del demonio a un hombre ofreciéndole «montes de oro y su industria y ayuda»¹⁷. Diego de Rosales señala más directamente que el demonio se apareció a un «mestizo» diciéndole que «era guarda de los minerales y díxole que se los entregaría con pacto que le hiciese cédula de entregarle su alma»¹⁸. El mestizo no aceptó el pacto; por el contrario, una rica y cruel encomendera del siglo XVII, la llamada «Quintrala», fue vista por los grupos dominados en «pacto con el Diablo»¹⁹.

¹⁶ Bernardo Gentilini: *La barbarie comunista rusa. El Anticristo blasfemo*, Santiago, 1930. Gentilini fue autor también de un estudio sobre «El Diablo» publicado en 1934, donde el Demonio aparece tentando a los santos y santas.

¹⁷ Alonso de Ovalle: *Histórica relación del Reino de Chile*, Santiago, 1969, págs. 382-3.

¹⁸ Diego de Rosales: *Op. cit.*, I, pág. 219.

¹⁹ Benjamín Vicuña Mackenna: *La Quintrala*, Santiago, s.f.

Durante el siglo XVIII la creencia popular en el Demonio como señor de la riqueza mineral de Chile se hizo característica en lugares como Petorca o Alhué, o la provincia de Copiapó, en el límite norte del territorio nacional²⁰. Durante el siglo XIX, el Diablo fue «visto» por el pueblo en el riquísimo yacimiento de Tamaya (origen de una de las mayores riquezas de la burguesía decimonónica chilena), o en la con-moción geológica de Cerro Negro en 1894 (provincia de Coquimbo)²¹.

La presencia demoníaca no sólo radicó en los yacimientos naturales (riqueza mineral) sino que también, y con un carácter más horripilante, en los llamados «entierros», u ocultamiento de lingotes o monedas de oro por los ricos. En esos lugares el Diablo se convertía en «Culebrón» (monstruo de creación medieval-americana) para custodiar celosamente los tesoros. Famoso en el folklore chileno es el «culebrón» de Guacarhue, que cuida lingotes de oro dejados por los Conquistadores²².

El abundantísimo material folklórico chileno relativo a los pactos del Diablo con el rico ha sido recogido en parte por Luis Durand (las novelas *Tierra de pellines* de 1929, *Cielos del sur* de 1933, etc.), Antonio Cárdenas Tabies (su obra *Camarico morada del Diablo* de 1970) y Oreste Plath (*Geografía del mito y la leyenda chilenas* de 1973). Un dato folklórico de primera magnitud es el tema recurrente del «reloj de oro» del Diablo como símbolo de su poder (tiempo + dinero = acumulación). Un testimonio poético popular de singular magnitud en el Chile neocolonial es la composición de Adolfo Reyes «*El futre que se lo llevó el Diablo de las mechas*»²³. Una notable descripción folklórica reciente de los límites satánicos del rico se halla en este brindis festivo:

Brindo dijo un hacendado
por mi nombre y apellido
con la plata que he tenido
a nadie le pido fiado.
Por mis fundos expropiados
y mi buena cachativa
se acordarán mientras viva

²⁰ Benjamín Vicuña Mackenna: *La edad del oro en Chile*, Santiago, 1969, págs. 151-9; Ricardo Donoso: «El Diablo en Alhué», en *Atenea*, IV, 8, 1927, págs. 250-8; José Joaquín Vallejo: *Artículos y estudios de costumbres chilenas*, Santiago, 1885, pág. 49.

²¹ Cf. El Obrero (Ovalle), 21-7-1903; «El hundimiento del Cerro Negro y la aparición del Diablo» (1894), en Colección Lenz, tomo I, hoja 25.

²² Sobre el monstruo, cf. Roberto Donoso: «El Culebrón, una leyenda herpetológica», en *Anales* de la Universidad de Chile, enero-marzo 1968, págs. 18-34. «El Culebrón de Guacarhue», cf. Antonio Cárdenas: *Camarico morada del diablo*, Raucagua, 1970, págs. 77-9.

²³ Adolfo Reyes: «El futre que se lo llevó el Diablo de las mechas», en Colección Amunátegui I, hoja 180.

de este cacique moderno
colinda con el infierno
el fundo que tengo arriba²⁴.

b) *La denuncia de otros mecanismos subordinados de limitación: El clero, el poder, el silencio.* El folklore chileno creó una característica imagen diabólica del clero, denunciando con ello su rol limitante (en relación al pueblo) y limitado (en relación al Evangelio mismo). La denuncia popular contra el clero provenía ya de la España medieval andaluza, a través del personaje folklórico «Pedro Urdemales», quien enjuiciaba las limitaciones del clero (su mezquindad, el ser «coñetes», «cicateros», etc.)²⁵.

Los autores Cárdenas Tabies y Oreste Plath, en sus obras ya citadas, recogen un importante material relativo a la relación entre el clero y su limitación por sus vinculaciones con la Riqueza. Así conocemos, por ejemplo, informaciones folklóricas acerca de un cura terrorífico que junto a un «culebrón» custodia el tesoro dejado por los jesuitas en Graneros en el siglo XVIII²⁶, un cura que, al ser enterrado con el «dinero de la Iglesia» (una tinaja de greda llena de oro) «pena» y provoca espanto a los campesinos de Lo Miranda²⁷, un fraile que informa de un «entierro» detrás del convento franciscano de Angol²⁸, un fraile mercenario avaro que maldijo el mineral de plata de la localidad de Rungue, al intentar vanamente apoderarse de él (el pueblo había encontrado el mineral y se lo había ofrecido a la Virgen de las Mercedes)²⁹, etc.

Una antigua y sentenciosa expresión del folklore religioso chileno ha señalado con atrevimiento la condición privilegiada del clero como una situación diabólica, alejada de la condición humana y divina. La sentencia folklórica complementa de esta manera el refrán tradicional «A quien madruga, Dios le ayuda» (el que «madruga», sin duda, es el pueblo que debía trabajar desde la «salida del sol»):

Sentao estando en su casa
toito lo sabe el cura,
quien mairuga Dios lo ayúa
dice el adagio vulgar
y al cura lo ayúa el Diablo
sin tener que mairugar^{29 bis}.

²⁴ Cf. Miguel Jordá, editor, *La Biblia del pueblo*, Santiago, 1978, pág. 509.

²⁵ Cf. Ramón Laval: *Cuentos de Pedro Urdemales*, Santiago, 1925, «El cura coñete», págs. 14-16, etc.

²⁶ Antonio Cárdenas: *Op. cit.*, págs. 43-4.

²⁷ *Ibid.*, págs. 37-8.

²⁸ Oreste Plath: *Geografía del mito y la leyenda chilenos*, Santiago, 1973, pág. 271.

²⁹ *Ibid.*, págs. 126-7. Abdón Andrade en «Algunas leyendas valdivianas» recoge la tradición de que el Diablo se viste de cura en Maullín, cf. *Archivos del Folklore Chileno*, 6-7, 1954, pág. 27.

^{29 bis} Cf. José María Muñoz: *Don Zacarías Encina. Costumbres criollas, cómo se vivía en Chile hace cincuenta años*, Santiago, 1932, pág. 145.

Los poetas populares chilenos no trepidaron en denunciar la opresión ideológica de la Iglesia vinculada a la dominación económica y política. El «infierno» eclesiástico es desenmascarado como el colmo del sistema de dominación. Como culminación de un extenso y dramático «Contrapunto del patrón con el inquilino», compuesto por un poeta popular de Huelquén (zona de Paine), y que refleja la lucha de clases en la sociedad rural neocolonial, se afirma:

Pobre, sucio, y andrajoso
soy de todos despreciado
paso en la cruz enclavado
sirviéndole al poderoso.
Hasta el cura religioso
me asusta con el infierno
lo adoro como paterno
para que goce el pancista
me explota el capitalista
y me asesina el gobierno^{29 ter}.

La veneración popular al clérigo termina siendo funcional a la acumulación capitalista (el «goce» del «pancista»), y la ideología eclesiástica una forma de asegurar dicha acumulación junto a la represión del Estado.

Durante la dominación oligárquica del 1900, el folklore chileno (urbano, pero de vivo ancestro rural) denunció desenfadada y burlescamente a la Iglesia conservadora como una instancia diabólica de limitación (la prensa obrera llamó en su momento a Carlos Walker Martínez «escupo del Diablo») ³⁰. En las tradiciones populares chilenas de las primeras décadas del presente siglo se encuentra la creencia de que curas y frailes acarreaban mal agüero ³¹.

La Demonología popular denunció asimismo al poder como una instancia satánica. En el siglo XVIII son relevantes al respecto las tradiciones populares relativas al Corregidor Luis Manuel de Zañartu, funcionario de las administraciones «ilustradas» de la época, y cruel y despiadado en sus tratos con el pueblo ³². En el siglo XIX parece que

^{29 ter} Leoncio León: «Contrapunto del patrón con el inquilino», en Miguel Jordá (editor), *La Biblia del pueblo*, Santiago, 1978, pág. 408. El verso o décima citada es como la conclusión reflexiva o «sentencia» del campesino después de la presentación del prepotente discurso ideológico de la burguesía agraria y las valientes y altivas respuestas del campesinado.

³⁰ Cf. *La Igualdad*. Órgano de la Agrupación Democrática de Concepción (Concepción), 28-10-1893.

³¹ Julio Vicuña Cifuentes: «Mitos y supersticiones recogidas de la tradición oral chilena», en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 15, 1915, pág. 369; Ester Rivadeneira: «Folklore de la provincia de Bio-Bío», en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 95, 1939, pág. 143.

³² Justo Abel Rosales: *Historia y tradiciones del puente de Cal y Canto*, Santiago, 1947, pág. 49.

fue una creencia popular que los Presidentes de la República que gobernaron Chile entre 1871 y 1881 (Errázuriz Zañartu, Pinto) estaban condenados en el infierno³³. Con mayor claridad, después de la caída de Balmaceda en 1891, el pueblo tuvo una rotunda experiencia diabólica de la oligarquía. Un «*Contrapunto entre el Diablo y la Muerte*» (composición popular de la época, denunciaba el carácter satánico de los que derribaron a Balmaceda)³⁴.

El pueblo experimentó lo «infernalo» real en el hambre y la miseria a que lo condenaba la oligarquía liberal-conservadora («la injustificada condenación del pueblo obrero en el infierno del hambre y la miseria», denunciaba un periódico obrero socialista de Santiago en 1899)³⁵. La oligarquía (fuera católica o laicista) entonces, era, propiamente, el Diablo, que condenaba al infierno al pueblo. Así lo manifestaba el poeta popular Daniel Meneses en su composición «*Las creencias de los que se dicen que son católicos y no lo son*»:

Diablo no ha habido jamás
menos llamas infernales
los diablos son los mortales
que habitan sobre la faz.

.....

Da gusto ver alegar
a un pechoño y a un masón
y cuál tendrá la razón
yo voy aquí a preguntar

.....

los demonios son ellos
que habitan sobre la faz³⁶.

Finalmente, el folklore demonológico denuncia el silencio (el callar, la inexpressión) como una instancia satánica de limitación. El Diablo es denominado por el folklore pastoril contemporáneo «El Discreto», «El Silencioso»³⁷. El Diablo folklórico de la localidad de

³³ Cf. *La Razón* (Santiago), 31-10-1884.

³⁴ Juan Historia: «*Contrapunto entre el Diablo y la Muerte*», en Colección Lenz, tomo I, hoja 13.

³⁵ Cf. *El Trabajo* (Santiago), 2-4-1899.

³⁶ Daniel Meneses: «*Las creencias de los que se dicen que son católicos y no lo son*», en Colección Amunátegui, tomo I, hoja 64.

³⁷ «Reportaje a los pastores de cabras del Cajón del Maipo», cf. *Revista del Domingo*, 24-2-1980.

Olmué es caracterizado como «callado»³⁸. Una composición de poesía popular del siglo XIX titulada «*El Diablo trabajando en el Mapocho*», dice en un pasaje:

El hombre es muy reservado
es poco conversador
y duerme muy sí señor
en el mismo emplantillado³⁹.

c) *El ritual folklórico de denuncia de lo diabólico: la «quema de Judas»*. El folklore chileno concretó la expresión de lo diabólico real (como limitación concreta de la vida del pueblo, en definitiva, como muerte del pueblo) en la figura mítica, de gran carga social medieval, de los «Judíos». Los «Judíos», en el folklore medieval, eran la representación de lo perverso, de lo inhumano, de la agresión homicida⁴⁰. Así hay que entender la leyenda medieval del «Judío Errante», que pasa al folklore chileno representando la figura maldita (maldecida por Dios) de quien negó la vida (simbolizada en un «vaso de agua») al Cristo de la Pasión. La poesía popular glosada de Chile simboliza en el maldito «Judío Errante» al hombre incapaz de solidarizar con el desvalido. El poeta Daniel Meneses glosó la cuarteta siguiente:

Samuel el Judío Errante
se burló del Salvador
viéndolo tan fatigado
le negó un corto favor.

diciendo en su pasaje: «El se comenzó a reír / y no le ayudó a sentir / viéndolo tan fatigado»⁴¹.

En los primeros siglos coloniales chilenos, se realizaba una procesión de Semana Santa donde el pueblo, para imitar a los «Judíos», apedreaba un anda del niño Jesús^{41 bis}. Hasta mediados del siglo XIX había una procesión de Semana Santa donde salían «Judíos» y «Demonios» juntos^{41 ter}. Durante todo el período de constitución y apogeo del orden neocolonial chileno, 1830-1930, el pueblo identificó a los homicidas «Judíos» con la burguesía anglosajona que prosperaba en los centros urbanos (Santiago, Valparaíso) al alero del imperialis-

³⁸ «Reportaje al folklore demonológico de Olmué», cf. *Las Últimas Noticias*, 27-2-1982.

³⁹ «El Diablo trabajando en el Mapocho», en Colección Amunátegui, tomo I, hoja III. La creencia «El que habla solo habla con el Diablo», cf. Ester Rivadeneira, *op. cit.*, pág. 144.

⁴⁰ Cf. Norman Cohn: *En pos del milenio*, Madrid, 1981, págs. 83-7.

⁴¹ Daniel Meneses: *El codiciado de las niñas*, Santiago, 1897, págs. 31-2.

^{41 bis} Benjamín Vicuña Mackenna: *Historia de Santiago*, Santiago, 1938, I, pág. 354.

^{41 ter} Recaredo Tornero: *Chile ilustrado*, Valparaíso, 1872, pág. 81.

mo inglés. Al comenzar la década de 1830, por ejemplo, el Cerro Alegre de Valparaíso (residencia de la más próspera burguesía inglesa avocada en Chile) fue conocido popularmente como «Cerro de los Judíos»⁴². Durante la última década del siglo XIX, la naciente prensa proletaria chilena llamó comúnmente «Judíos» a los representantes más conspicuos de la burguesía de la época (North, Zegers, Edwards, Matte, Ross, Gibbs, entre otros), y «Calle de la Amargura» (denominación folklórica del Vía Crucis o camino de la Pasión de Cristo) a la calle Huérfanos de la ciudad de Santiago, donde operaban los círculos financieros⁴³.

La religión popular dispuso de un ritual expresamente concebido para denunciar lo demoníaco real a través de lo que llamó «quemar a Judas». Este era una parodia festiva de los autos de fe de la Inquisición, o sea, de los rituales punitivos de la religión oficial. A la inversa de estos últimos (ritos de horror donde se quemaba vivo al «hereje»), la popular «quema de Judas» era sólo una denuncia festiva y simbólica (se quemaba un «mono» de paja o trapo) de lo diabólico por excelencia (y no los «herejes» de turno): la conducta homicida de «Judas», el apóstol traidor que vendió a su Maestro (que medió su relación con la vida, es decir, Cristo, a través de la muerte, es decir, el dinero)^{43 bis}.

En el folklore chileno (como en el latinoamericano en general), los «Judas» o monigotes simbólicos que protagonizaban el ritual eran «vestidos» o representados con los rasgos precisos de las figuras que ejercían una presencia diabólica en medio del pueblo. Durante el período de oro neocolonial (1830-1930), tenían la apariencia habitual de burgueses (chaqué, sombrero de copas, zapatos de charol, reloj de oro, etc., ¡igual que la imaginería popular del Diablo!) o, en oportunidades, de sacerdotes. Hacia 1860 se quemaban en Santiago estos espec-

⁴² William Ruschenberger: «Noticias de Chile 1831-1832», en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 35, 1920, pág. 201.

⁴³ Puede verse el periódico *El Aji* de Santiago, de 1890 a 1896, también *El Tama-ya* de Ovalle en 1893, *El Trabajo* de Concepción en 1896, etc.

^{43 bis} La figura de Judas como elemento dramático en la contradicción folklórica entre vida y muerte, se muestra de un modo tremendo en esta «Cueca a Cristo», del cultor «chilenco» contemporáneo, Hernán Núñez Oyarce:

Dándole un beso en la cara
Judas fue el traidor primero
por vender a Jesucristo
cobró los treinta dineros.

No hubo ninguna sí
y habrás visto
que por clamar justicia
venden a Cristo.

Quien sería la madre
que parió a Judas
madre más desdichada
no hubo ninguna.

Y clavado en la cruz
murió Jesús.

Esta versión la debo a la amabilidad de mi amigo etnomusicólogo Juan Cortés, quien ha trabajado con el «chilenco» Núñez Oyarce.

tros de burgueses frente a las casas mismas de la burguesía⁴⁴. A fines de la década de 1870 se «quemó» al presbítero Guillermo Carter, en Copiapó, relacionado sin disimulo a la burguesía y a los Edwards⁴⁵. En las últimas décadas del siglo XIX se «quemó» en Quillota al Vicario Capitular de Santiago, Monseñor Larraín, y al Presidente de la República, Jorge Montt⁴⁶.

Este ritual folklórico se hacía en medio de los más ingeniosos chistes, risotadas y palabrotas del pueblo, que bailaba y se regocijaba en torno a la hoguera de «Judas»⁴⁷.

3. La extinción de lo diabólico como superación del límite colonial/neocolonial: el anuncio en la Demonología popular

La religión popular no sólo denuncia los límites diabólicos impuestos por el sistema colonial/neocolonial, sino que finalmente anuncia su derrocamiento, su derrumbe. Anuncia, de este modo, la muerte de la muerte, o, la victoria de la vida. Queda entonces articulado escatológicamente el carácter festivo esencial de la religión folklórica.

a) *El Diablo burlado*. Como una contestación folklórica frente al terrorismo demonológico oficial, el Diablo, según el pueblo, es un ser finalmente derrotado y escarnecido. Así se disuelve la máscara de horror que cubre a Satanás en la religión oficial. El Diablo oficial como imposición de límite social, es visto al final, por el pueblo, como un ser limitado, un «pobre Diablo». Decía al respecto el folklorista Vicuña Cifuentes a principios de siglo: «puede notarse que el Demonio espantoso y terrorífico que la religión nos muestra y en que el pueblo cree, no es el Demonio que ese mismo pueblo introduce en sus leyendas y consejas, a pesar de que él no admite que haya dos, sino uno sólo. El primero es una figura que se le ha impuesto y que él acepta únicamente dentro de la religión; el segundo es una concepción suya, en la cual parece vengarse de los malos ratos que le ha hecho pasar el otro... El Diablo de la mitología popular casi siempre hace papeles ridículos, concluyendo por ser engañado, escarnecido, y muchas ve-

⁴⁴ Paul Treutler: *Andanzas de un alemán en Chile 1851-1863*, Santiago, 1958, págs. 527-8.

⁴⁵ Cf. *El Atacama* (de Copiapó), 16-4-1878.

⁴⁶ Monseñor Larraín fue «quemado» en 1884 y el Presidente Montt en 1893, cf. *El Correo de Quillota* (Quillota), 19-4-1884 y 24-3-1893.

⁴⁷ Este ritual de denuncia popular se practicó en todo Chile hasta los años 30 de este siglo, en forma contundente. Después comenzó a ralearse; hoy todavía se practica en los cerros de Valparaíso, como pudimos comprobarlo personalmente en una visita que hicimos para la Semana Santa de 1983 (Valparaíso fue una ciudad históricamente determinada por el «apartheid» entre burguesía y pueblo). Acerca del sentido denunciante de la «quema de Judas», cf. Edison Carneiro, *Dinámica do Folklore*, Río de Janeiro, 1950.

ces, vapulado»⁴⁸. Antonio Roco del Campo, en sus «*Notas del folklore chileno*» (1939), reitera lo apreciado por Vicuña Cifuentes, especificando que el Diablo «aparece hecho lesa o estafado» por el propio pueblo (rotos, huasos)⁴⁹. En concreto, Acevedo Hernández recogió en 1936 cerca de Curacaví la leyenda del roto que hizo lesa al Diablo en el cerro de Mauco (el roto engaña a Satanás sencillamente porque no pudo firmar el pacto por ser analfabeto)⁵⁰. Oreste Plath recoge la tradición del Maule relativa a la broma «pesada» hecha por los campesinos de la zona al Diablo, echándolo a un fondo de comida hirviendo⁵¹.

Existe en el folklore chileno toda una vertiente demonológica que expresa el rebajamiento y la humillación del Diablo. Este recurso folklórico es muy característico y se encontraba en la cultura popular medieval. Un estudioso de ésta (Bajtín) señala: «La orientación hacia lo bajo es característica de todas las formas de la alegría popular y del realismo grotesco... Es la risa que ha vencido al temor y toda seriedad desagradable. De allí la necesidad de lo “bajo” material y corporal que a la vez materializa y alivia, liberando las cosas de la seriedad falaz, de las sublimaciones e ilusiones inspiradas por el temor... La cultura popular del pasado se ha esforzado siempre, en todas las fases de su larga evolución, en vencer por la risa, en desmitificar, en traducir en el lenguaje de lo “bajo” material y corporal, los pensamientos, imágenes y símbolos cruciales de las culturas oficiales»^{51 bis}.

En el folklore campesino chileno el Demonio, humillado, se lamenta de ser «cagado» incluso por las aves más insignificantes. Así en esta cuarteta del folklore melipillano:

El Diablo estaba llorando
pal lao de Chocalán
porque lo cagó un chercán
que pa Loica iba pasando⁵².

Por otra parte, si el Diablo intentara tragarse al pueblo (antigua imagen medieval), la pobreza del pueblo chileno sería «indigerible» para su aparato digestivo. Al respecto, este verso del folklore coquimbano:

⁴⁸ Julio Vicuña Cifuentes: «Mitos y supersticiones...», *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 9, 1914, pág. 445.

⁴⁹ Antonio Roco del Campo: *Notas del folklore chileno*, Santiago, 1939, págs. 44-5.

⁵⁰ Antonio Acevedo Hernández: *Leyendas chilenas*, Santiago, 1952, págs. 236-47.

⁵¹ Oreste Plath: *Op. cit.*, pág. 196.

^{51 bis} Mijail Bajtín: *La cultura popular en la Edad Media y Renacimiento*, Barcelona, 1974, págs. 334, 339, 355 y s.

⁵² Abel Fuenzalida: *Tortilla de rescoldo*, Melipilla, 1970, págs. 149-150.

Si el Diablo comiera rotos
y con rotos se empachara
al otro día botara
las hilachas por el potó⁵³.

Uno de los temas más difundidos acerca del rebajamiento burlesco del Diablo en el folklore chileno es la cueca del Diablo, que narra el «robo de la ropa» y la consiguiente «desnudez» (como humillación) de Lucifer:

El Diablo se fue a bañar
y le robaron la ropa
la diabla lloraba a grito
de ver al Diablo en pelota⁵⁴.

b) *El Diablo muerto*. Otra vertiente folklórica acerca de la derrota y extinción de lo diabólico, y del tema entonces de la muerte de la muerte, es propiamente el de la muerte del Diablo. Conozco dos versiones del romance o corrido con este tema, publicados a comienzos de este siglo, y que marcan su vigencia histórica hasta el siglo XIX.

Una versión, sureña, recogida en Carahue, trata de Satanás asociado a la burguesía decimonónica. El Diablo muere «por goloso y sinvergüenza», atragantado por sus propias «pasiones». La publicó Ramón Laval en 1916. La otra versión, nortina, recogida en Petorca, relata la muerte del Diablo vinculado a la actividad minera aconcaquina. La publicó Elías Lizana en 1910. Reproduzco aquí las dos versiones:

Versión sureña (Carahue, Cautín):

El Diablo murió atorado
con un hueso en el hocico:
quedaron los diablos chicos
hechos unos condenados.

El Diablo con una espuela
adentro de una chingana
bailaba la sajuriana
con una diantre chicuela

.....

Decía un diablo cojuelo
que cuidaba la despensa:
por goloso y sinvergüenza
se murió mi taita agüelo.
Los demás diablos ehicuelos
decían: mi viejo es rico.

Se hallaron en el bolsico
la cédula de un masón
ya se murió este bribón
con un hueso en el hocico.
En fin la diabla de luto
compró chaqueta y vestido

⁵³ Marino Pizarro: «Folklore de Monte Patria», *Archivos del Folklore Chileno*, 9, 1971, pág. 78.

⁵⁴ *Ibid.*, 73. Hay una versión folklórica donde el Diablo es reemplazado por la Muerte, cf. Ramón Laval: *Contribución al folklore de Carahue*, Madrid, 1916, págs. 109-110.

dijo: porque mi marido
se a flojear a Casuto,
siendo él el dueño absoluto
de aquí este infernal gobierno

dejó a sus hijos más tiernos
en este grande envoltorio
hoy se encuentran de velorio
los diablos en el infierno⁵⁵.

.....

Versión nortina (Petorca, Aconcagua):

El Diablo nació en La Mincha
en Choapa se hizo minero
en Chalaco perdió el poncho
y en Carén dejó el sombrero.

El Diablo murió en Petorca
en La Ligua lo enterraron
en Quillota le hacen honras
y en el Puerto cabo de año.

La Santa Cruz lo ahuyentó
de las minas de Putaendo,
y San Miguel lo pilló
en Petorca remoliendo.

La diabla cuando lo supo
de pena se volvió loca
y los diablitos decían:
mi taita murió en Petorca.

En el Papudo lo halló
San Pedro tomando baños,
y de un puntapié lo echó
a cama por todo un año.

La mortaja la tejó
una vieja en Curimón
y el cuerpo se lo llevó
un buitре para el panteón⁵⁶.

c) *El Diablo «carnavalizado», o sea, liberado, redimido.* Hemos dejado para el final lo que me parece la forma más completa de extinción de lo diabólico en el folklore chileno. No se trata sólo de la muerte del Diablo (autoprovocada a la larga, como puede observarse en el romance de Carahue citado), o de la burla del Diablo (hecha por el pueblo, como también lo hemos visto), sino del «enfiestamiento» o «carnavalización» del Diablo (por obra del mismo Dios), que es la más maravillosa extinción del terror demoníaco. Esta creencia popular está ilustrada por el poeta Daniel Meneses en su *Contrapunto del Diablo con el Padre Eterno por haberlo arrojado del cielo*, publicado en 1896. Allí Dios termina por compadecerse del Diablo, invitándolo a la Gloria, de modo que deje de ser Lucifer:

Al fin el último día
se acabará tu castigo
y así te vendrás conmigo
a gozar de la alegría.
Estando en mi compañía
disfrutarás del placer

⁵⁵ Ramón Laval: *Contribución al folklore de Carahue*, Madrid, 1916, págs. 155-7.

⁵⁶ Elías Lizana: «Apuntes para la historia de Petorca», en *Revista Católica*, 19, 1910, págs. 1.122-3.

cesará tu padecer
y vas a ser muy feliz
cuando a mi reino tu entrís
no serás más Lucifer⁵⁷.

Esta convicción popular tiene su ancestro en el folklore medieval y la representación de las «diabladas», «donde el carnaval supone una victoria definitiva y transforma los infiernos en un alegre espectáculo». Ante la «seriedad lúgubre inspirada por el temor y la intimidación» del infierno eclesiástico-oficial, el pueblo medieval «carnavalizó» el infierno, reivindicando la tierra y sus riquezas como feundo seno materno y fuente de vida^{57 bis}. La presencia de «Diablos y «diabladas» en las fiestas religiosas populares de Chile, debe ser examinada a la luz de este antecedente medieval. Lo diabólico-festivo para el pueblo señala la «redención» o liberación de los aspectos demonizados por las estructuras oficiales de dominación (la Riqueza, el sexo, etc.). En el contexto de las fiestas mineras nortinas la presencia de «Diablos» y «diabladas» señala la negación de la Riqueza como satánica (en suma, el capitalismo) y su resignificación como fuente de vida y de trabajo⁵⁸. En el siglo XIX chileno, fue característica la presencia del Diablo en el Carnaval de Copiapó⁵⁹, en las procesiones del Carmen en La Serena⁶⁰, etc. Actualmente en Isluga, en una fiesta religiosa, los «Diablos» cumplen con la función de desclavar a Cristo crucificado, liberándolo así del dolor y de la muerte⁶¹.

⁵⁷ Daniel Meneses: «Contrapunto del Diablo con el Padre Eterno por haberlo arrojado del cielo», en Colección Lenz, tomo VII, hoja 13.

^{57 bis} Mijail Bajtin: *Op. cit.*, págs. 355-357.

⁵⁸ Véase la opinión del Prof. Manuel Mamani de la Universidad del Norte, en un reportaje sobre los bailes religiosos nortinos, en *Amiga*, 84, enero 1983, págs. 28-9. Sobre una de las «Diabladas» más representativas del folklore latinoamericano; cf. Alfonso Jauregui Cusicanqui: «Los “diablos” de Oruro», en *América Indígena*, XXXV, 1, 1975, págs. 137-142.

⁵⁹ Cf. *El Atacama* (Copiapó), 1-3-1876.

⁶⁰ Cf. *La Revista Coquimbana* (La Serena), 23-7-1870. Los «bailes chinos» de Valparaíso y Aconcagua tenían siempre a principios de siglo una pareja de «Diablos» (Diablo-Diablo) que participaban en las fiestas religiosas. Un testimonio gráfico de un «Diablo» del «Baile chino» de Concón en 1913, cf. *Sucesos* (Valparaíso), 14-8-1913.

⁶¹ Cf. el reportaje titulado «La Meca del Altiplano chileno», sobre la localidad de Isluga, en *Revista del Domingo*, 23-2-1975. Sobre «Diablos, diabladas, y diablitos» en el folklore latinoamericano; cf. Félix Coluccio: *Fiestas y costumbres de América*, Buenos Aires, 1954, págs. 54-60; Pierre Verger: *Fiestas y danzas en el Cuzco y en los Andes*, Buenos Aires, 1945, etc.

Una de las tonadillas más difundidas acerca de la «extinción carnavalesca» del Diablo, en el canto folklórico chileno del siglo XIX fue ésta:

Vamos niñas remoliendo
vamos cantando y bailando
que el Inficrno está vuelto agua
y ya el Diablo se está ahogando.

Esta versión pertenece a una cueca «dieciochera» editada hacia 1901-1906, cf. Colección Lenz, tomo IX, hoja 35. La hoja expresa el ideario democrático y socialista po-

La comprensión folklórica del Diablo chileno, a la larga, se asemeja con mucho a la concepción bíblica original. En hebreo, la palabra «Satán» viene de un verbo que significa «obstaculizar», o sea, se acerca a la concepción folklórica del Diablo como «límite», en el sentido de obstáculo. Finalmente, el Demonio bíblico es dominado por Dios, llegando a ser un juguete divino. Algo de esto expresa la «carnavalización» folklórica del Diablo, donde éste es integrado a la alegría, la fiesta y el juego sagrados⁶².

pular de la época: los héroes del pueblo por entonces eran Bilbao y Balmaceda, muy demonizados por la Iglesia conservadora.

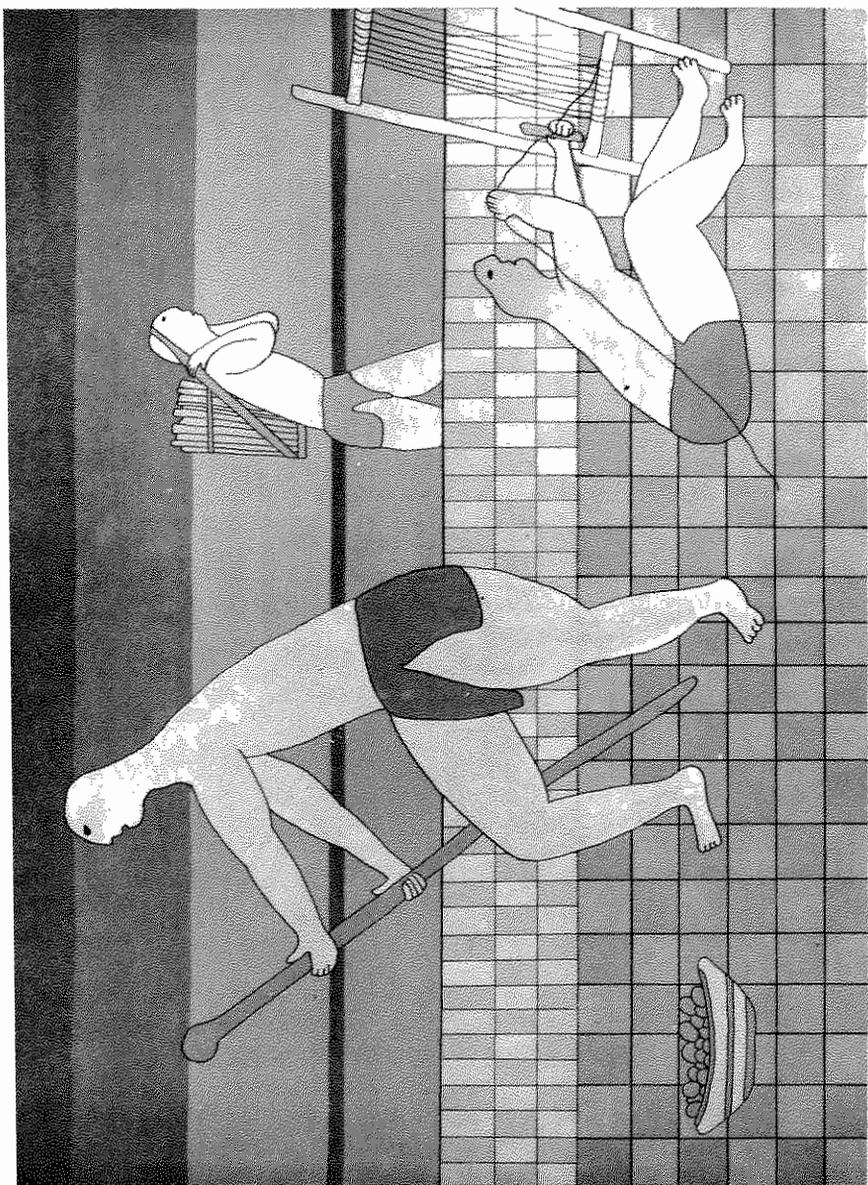
La versión más antigua de esta tonadilla la he encontrado publicada en 1875 y decía así:

Vamos remoliendo mi alma
que el Infierno se ha vuelto agua
los Diablos se han vuelto pejes
y los condenados taguas.

Esta versión la publicó Zorobabel Rodríguez, en su *Diccionario de chilenismos*, Santiago, 1875, pág. 419.

⁶² Acerca del sentido bíblico de Satán; cf. A. Lefevre: «¿Ángel o bestia?» en A. Lefevre, H-I. Marrou y otros, *Satán, estudios sobre el adversario de Dios*, Barcelona, 1975, págs. 13-32.

Termino este trabajo agradeciendo muy cordialmente a Oreste Plath sus indicaciones bibliográficas, especialmente sobre el Diablo folklórico andino y sobre la imaginaria folklórico-religiosa del Diablo en Chile (en las figuras o miniaturas de greda de Talagante se «modelaba» al Diablo con la típica imagen de cuernos y cola).





Neruda y Oxford

ROBERT PRING-MILL

Nota preliminar

El tercer aniversario de la muerte del poeta fue conmemorado en Oxford, en el Friends Meeting House, el 23 de septiembre de 1976 en un acto presidido por el doctor Edgardo Enríquez, Ministro de Educación en el último gabinete del Presidente Allende. Hubo charlas del doctor Enríquez (sobre «El Chile de Neruda joven»), Edmundo Embry («Neruda y la tradición popular chilena»), el doctor Patricio Rojas («Neruda en los campos de concentración») y el presente autor. Por ser quien más vinculado había estado a las relaciones entre «Neruda y Oxford» se me había pedido algo de carácter testimonial, dentro de lo cual quise recordarle bajo varias perspectivas al incluir gran parte de los comentarios míos anteriores, difundidos por el Servicio Latinoamericano de la B.B.C. de Londres en 1965 (cuando Neruda nos visitó por primera vez para recibir su Doctorado en Letras *honoris causa*) y 1971 (a propósito de su Premio Nobel): textos incorporados dentro de un marco más personal, cuyo tono más bien afectivo que académico respondía a las circunstancias de la reunión. La charla incorporaba grabaciones en la voz del poeta y diapositivas de los borradores de la cuarta sección del *Canto general*, manuscrito cuya presencia

Robert Pring-Mill es profesor en Oxford, Inglaterra. Es, en lengua inglesa, el más importante especialista en la obra nerudiana.

en Oxford se estaba dando a conocer aquella noche. Al reconstruir esta charla ahora para *Araucaria* —a base de cintas y notas— se ha descartado casi todo lo que tenía que ver con las proyecciones (y lo demás se ha revisado extensamente al irlo condensando), pero no he querido modificar su carácter de testimonio personal en el que se recuerda circunstancialmente cómo se le enfocaba al poeta en Oxford en 1965, en 1971 y en 1976.

R. P.-M.

Saint Catherine's College, Oxford, 14-II-1989

1. La perspectiva de 1976

Señor Ministro, señoras y señores:

Estamos aquí para recordar a un poeta muy querido en el tercer aniversario de su muerte: muerte que formaba parte de una tragedia mucho mayor, la cual también estamos recordando aquí. Como lema para este homenaje bien pudiéramos tomar el texto de uno de sus poemas más breves cuyos dos versos rezan «No hay espacio más ancho que el dolor, / no hay universo como aquel que sangra»¹. Nuestro universo —el suyo— continúa sangrando: basta recordar la noticia recibida ayer mismo de la muerte de Orlando Letelier, asesinado en Washington. Yo le conocí por vez primera en casa de Neruda. Estuve conversando de Neruda con él hace pocos meses, cuando estaba aquí en Oxford. Es bien cierto que no hay «universo como aquel que sangra» ni espacio «más ancho que el dolor»: y el dolor se vuelve a ensanchar cuando nos reunimos para recordar a nuestros muertos y ausentes.

Hemos escuchado la voz grabada de Pablo Neruda varias veces esta noche y le estamos recordando en una ciudad que —si bien no forma parte de su amada patria chilena— le era muy querida: en Oxford. Tuvo estrechos lazos con esta ciudad desde que vino acá por vez primera, en 1965, para recibir nuestro Doctorado en Letras *honoris causa*: Oxford fue la primera universidad en honrarle así que no perteneciera ni a su propio continente ni a ninguno de los países socialistas. Tratábase, por lo tanto, de su reconocimiento en que no entraba para nada ni el orgullo patriótico —o continental— ni simpatías políticas, sino tan sólo la admiración por sus méritos poéticos. Y Neruda siempre lo vio —me lo dijo varias veces— como el primer paso desinteresado hacia el Premio Nobel que recibió en 1971, seis años después.

¹ «Punto» (*Estravagario*, 1958). Salvo indicación al contrario, todas las citas de Neruda vienen de la 3.^a edición de las *Obras completas* (Buenos Aires, 1968), 2 tomos, y en este caso OC:II:88.

Volvió aquí repetidas veces y siempre con placer. Tenía la intención de volver otra vez aún para exponer las ideas centrales de su famoso Discurso de Estocolmo mucho más detenidamente en esta Universidad: en el Aula Mayor de mi propio Colegio, el Saint Catherine's College (el College en donde recibimos hace no mucho a la señora Hortensia Bussi de Allende). La última vez que le vi era para hablar de este proyecto. Fue por Semana Santa en 1972, cuando pasé ocho días con él y Matilde en París y en Normandía: en la Embajada y en aquella casa —llamada «La Manquel» por los Neruda— que no era ningún «castillo en Francia» (como se dijo en *El Mercurio*), sino un viejo taller comprado con parte de su Premio Nobel para poder refugiarse en sus tareas diplomáticas y reposar, puesto que su salud se iba empeorando. Fui para extenderle una invitación oficial —la que aceptó de buena gana— para dar dos *Saint Catherine's Lectures*. La primera hubiera sido un recital y la otra un diálogo sobre «La función del poeta en el Tercer Mundo» ideado para redondear lo expuesto en Estocolmo. Ya se habían acordado las preguntas que yo le debería hacer y concretado las intervenciones más que servirían para estructurar el diálogo (el cual se iba a grabar para la publicación). La visita (28 octubre-2 noviembre 1972) tuvo que aplazarse cuando su condición se deterioró requiriendo una nueva intervención quirúrgica. Luego tuvo que dimitir como embajador y regresó —triumfalmente— a Chile para reposar en Isla Negra. Sin embargo, la nueva visita a Oxford le seguía haciendo mucha ilusión. En la última carta que me escribió —el 15 de febrero de 1973— todavía insistía: «como te he dicho antes [éste] es el único de mis compromisos europeos [sic.] que quisiera cumplir. Es probable, pero no estoy seguro, que vaya a la reunión de la Unesco en septiembre u octubre [,] en ese caso me sería fácil volar a Londres...». Pero intervino —como todos lo sabemos excesivamente bien— el golpe de estado y (a los doce días) la trágica muerte del poeta mismo, destrozado por su tristeza.

Como pueden constatar, sus lazos eran verdaderamente estrechos con este lugar: de ahí que se me haya pedido hablarles en esta ocasión de «Neruda y Oxford» porque parecía oportuno que alguien les explicara las razones por las cuales los británicos le admiramos tanto. Remontemos, pues, a junio de 1965: a propósito de su doctorado tuve la oportunidad de explicar nuestras razones a los radioyentes latinoamericanos de la B.B.C. y no estaría mal repetirles ahora a ustedes —en forma algo abreviada— algunas de las ideas que expuse entonces.

2. La perspectiva de 1965

En Inglaterra —dije— pocos le habían oído nombrar antes de la célebre declaración de Sartre cuando éste dijo (al rehusar el Premio Nobel) que no le correspondía aceptarlo mientras existiesen poetas como

Neruda que no lo hubieran recibido. Claro está que los que explicamos las literaturas hispanas e hispanoamericanas en las universidades británicas ya sabíamos que el elogio de Sartre era bien merecido, y ahora ¡nuestro reconocimiento colectivo de sus méritos va a cobrar forma concreta! Oxford, la más anciana e insigne de estas universidades, está por concederle el grado de Doctor en Letras *honoris causa*: el día 1.º de junio Neruda lo va a recibir de las manos del Vice-Canciller, siguiendo el antiquísimo ritual de una ceremonia cuyo sabor medieval parece que debería de contrastar violentamente tanto con la actualidad —con la «modernidad»— de este poeta como con su política (puesto que Neruda es, como lo sabe todo el mundo, un miembro del Comité Central del Partido Comunista de Chile). ¡Con su política sí, en efecto, pero no hay desacuerdo alguno entre lo vetusto de la ceremonia y su modernidad! Esta «modernidad» tan actualizante y tan suya se ha basado siempre en un profundo sentido de la humanidad: un sentido muy entrañable del hombre. Y este mismo sentido del hombre está a la base de nuestro sistema oxoniense que lo ha cultivado y fomentado en cada uno de sus alumnos hace siglos: sobre todo en las disciplinas que llamamos —¡tan exactamente!— las *Humanidades*, una de cuyas expresiones más dignas es precisamente aquel solemne ritual antiguo de la imposición de grados. Y ¿por qué se le ha escogido a Neruda, precisamente Neruda, para ser nuestro primer *honorando* literario hispanoamericano? Pues porque él parece ser el primer escritor que —desde Rubén Darío acá— haya llegado a ser no sólo una figura cumbre dentro de su propio país, sino la digna personificación de la cultura de todos los países de habla hispana en América.

Como yo expliqué entonces, ya se le había venido concediendo mucha importancia en nuestro programa de estudios latinoamericanos aun antes de que se propusiera doctorarle. Aquí en Oxford un estudiante que presenta el español tiene que ofrecer —entre otras asignaturas— un estudio críticoliterario muy detenido de dos autores a elegir de una lista de ocho: cuatro del Siglo de Oro peninsular y cuatro de la época moderna. En los años sesenta los del Siglo de Oro eran Cervantes y Calderón, Luis de León y Góngora, y los cuatro modernos eran Galdós y Leopoldo Alas (novelistas), Unamuno (filósofo) y Pablo Neruda (poeta). O sea que de los cuatro modernos Neruda era a la vez el único poeta, el único hispanoamericano y —además— el único que había sido distinguido así en vida, mientras quedaba parangonado como poeta nada menos que con don Luis de Góngora y Fray Luis de León (aunque los apreciamos a los tres —¡claro está!— por razones bastantes distintas). Había más: la fecha que señalaba entonces el fin del «período moderno» —el año 1947— se había fijado por ser aquella de la publicación de su *Tercera residencia*: obra que marcaba etapa en cuanto abarcaba la transición de las técnicas del surrealismo —que aún perduraba en sus dos primeras partes— a la poe-

sía ya netamente política que escribiera Neruda durante la guerra de España y la Segunda Guerra Mundial.

¡Claro está que ya les aconsejábamos a nuestros estudiantes avanzar mucho más allá del 47, en sus lecturas de Neruda! Tenían que hacerlo, como yo precisé en aquella charla, para ver la densidad del *Canto general* y la sencillez de las *Odas* y luego contemplarle permitiéndose el lujo de una disciplina antigua en sus *Cien sonetos de amor*, así como para estudiar su propia manera de concebir todas las fases de su larga carrera en los cinco tomos del *Memorial de Isla Negra* publicado en 1964 cuando cumpliera sesenta años de edad. Nuestros estudiantes suelen dejar a Neruda para su último año por razón de la complejidad de su desarrollo y también por razón de los múltiples conocimientos auxiliares que habrán de menester para comprenderle a fondo: su contexto histórico, su contexto ideológico, su contexto geográfico. Amén del contexto de las diversas influencias estilísticas que pudieron haber contribuido a su creación de formas de poesía tan distintas como lo son aquella de sus *Veinte poemas de amor* (cuyo arte se tiende a menospreciar injustamente hoy día, pasando por alto la sutileza de aquel juego de imágenes cuyas múltiples resonancias se entretengan tan ambiguamente), la amargura de su desengaño en las *Residencias*, la riqueza y fuerza de las partes positivas del *Canto general*, la sencillez tan sólo aparente de sus *Odas elementales* y la renovada complejidad de casi toda su poesía posterior, la que no se deja captar plenamente ni a la segunda ni a la tercera lectura aunque siempre se siga presentando —ahora— con una línea de sentido inteligible a flor de agua (pero, ¡ay, cuántas líneas más se esconden debajo de ella!).

En él —seguí diciendo— siempre lo suyo pero a cuatro niveles: el de su propio ser individual, el de su propio país, el del continente en cuyo digno representante él se ha convertido y cuya historia precolombina ha cantado con tal sublimidad, y aquel de la humanidad entera (enfocada a la luz del mundo natural en que vivimos). Cuatro niveles que se entrecruzan en los once breves versos de la estrofa que abre su autobiografía poética:

Nació un hombre
entre muchos
que nacieron,
viví entre muchos hombres
que vivieron,
y esto no tiene historia,
sino tierra,
tierra central de Chile, donde
las viñas encresparon sus cabelleras verdes,
la uva se alimenta de la luz,
el vino nace de los pies del pueblo ².

² «Nacimiento» (1.º poema de «Donde nace la lluvia», 1.ª sección de *Memorial de Isla Negra*), OC:II:493. (Hay ediciones en que el «viví» del 4.º verso ha sido corri-

Quid plura? (¿qué más hay que decir?) en las palabras del Orador de la Universidad, dichas después de habernos leído aquellos mismos once versos pero EN LATIN: *quid plura? praesento vobis vatem singulari Musarum adflatu instintum* —poeta de originalidad e inspiración tan singulares— *Paulum Neruda, ud admittatur honoris causa a gradum Doctoris in Litteris.*

Aquel era, pues, el panorama nerudiano tal como lo veíamos en 1965, pero se nos iría ampliando posteriormente con el desarrollo de otras nuevas fases de su poesía.

3. La perspectiva de 1971

Cuando obtuvo el Premio Nobel las perspectivas se habían cambiado y yo volví al tema de otro modo: ampliando, precisando, modulando mis ideas y ¡permiéndome además el lujo de cierto orgullo oxonienense al recordar el doctorado que le habíamos otorgado seis años atrás! Pude adoptar (otra vez para los radioyentes de la B.B.C.) un tono distinto y más exultante. Y —ya que junto a nuestras tristezas actuales nos conviene recordar las alegrías de otros tiempos— permítaseme reflejar de nuevo el entusiasmo (quizás demasiado retórico) de aquella segunda charla radial³.

Pablo Neruda, Premio Nobel —dije—, ¡cuánto tiempo hacía que esperábamos oír la frase de verdad! Y, ahora, después de tantos años, se le acaba de conceder el máximo galardón. Cuantos le admiran por aquí lo habían esperado con tanto fervor como cualquier chileno... Pero los chilenos ya tienen una gloria doble para celebrar, ya que cuentan ahora con DOS Premios Nobel: el de Gabriela Mistral (poetisa de los magníficos *Sonetos de la muerte*, de *Desolación*, de *Lagar*) y el de Pablo, cuyos propios *Sonetos* han sido una centena de amor, cuyas «desolaciones» se concretaron años atrás en sus *Residencias* y cuyo afecto por los productos del lagar (celebrado en su famoso *Estatuto del vino* que se homenajea en Madrid aún antes de la guerra civil), jamás ha dejado de moverle, ya que «El vino / mueve la primavera, / crece como una planta la alegría, / ... / se cierran los abismos, nace el canto»⁴. Bien recuerdo su primera visita a Oxford (seis años ha) cuando nosotros ya le galardonamos con nuestro máximo honor: aquél

do erróneamente en «vivió» para conecordar eon el «Naeió» iniecial, pero el cambio de la 3.ª persona en 1.ª persona era deliberado y eficaz: de tales detalles se hila la sutileza de la poesía nerudiana.)

³ Charla titulada «Pablo Neruda, Premio Nobel: visto desde acá» cuyo texto íntegro —aquí revisado y sumamente abreviado— fue publicado en *El Mercurio*, domingo 5 de marzo de 1972, gracias a las gestiones de Alvaro Bunster, entonces embajador de Chile en Londres.

⁴ «Oda al vino» (*Odas elementales*, 1954), OC:I:1198.

era un día de sol (aunque menos fuerte que el sol del Norte chileno, cuyas provincias mineras él representara un tiempo como senador), pero también de lluvia (aunque menos fuerte que la que le llegaba en su infancia «primero / en una ráfaga / colérica, / luego / como la cola / mojada de un planeta» o «golpe / de pétalos oscuros en la noche...») ⁵. Y aquel día de sol y lluvia Pablo Neruda —hijo de tierras sureñas del parral— entró por las antiguas aulas de Oxford para recibir lo más que en estas islas se le podía conceder. Es cierto que un Doctorado en Letras en Oxford no es un Premio Nobel —ni conlleva plata alguna— pero era el primer paso objetivo hacia su reconocimiento por el gran mundo de las Academias como el más genial de los poetas auténticamente hispanoamericanos.

En Darío —dije—, Europa había tenido que reconocer que Hispanoamérica había producido un poeta de la categoría de un Verlaine, de un Hugo, pero Darío siempre siguió siendo —en lo esencial— un poeta europeo: lo que había demostrado era tan sólo que un hispanoamericano también podía pasearse a orillas del Sena con un traje cortado a la moda de París o por los jardines de Aranjuez con la misma dignidad que cualquier Grande de España. Mientras que lo que Neruda ha hecho ha sido ayudarnos a comprender su propio continente sin exoticismos. La Academia Sueca viene de premiarle por haber creado —y cito— «una poesía que, con la acción de una fuerza elemental, da vida al destino de un continente y a sus sueños». Aquí se le había honrado por esta misma razón, pero no sólo por eso, sino también por muchos encantos algo meos retóricos: cosas más íntimas, más chiquiticas. Mientras todos hemos reconocido la grandeza pregonada en «Amor América» —y cómo «En la fertilidad crecía el tiempo» por toda aquella «América arbolada» la «Amada de los ríos, combatida...» ⁶—, también se le quiere aquí por la belleza poética de la «Pequeña América» de su mujer amada, cantada en *Los versos del capitán*, de la cual Neruda dijo: «Cuando miro la forma / de América en el mapa, / amor, a ti te veo: / las alturas del cobre en tu cabeza, / tus pechos, trigo y nieve...» ⁷, porque a pesar de la grandiosidad de la naturaleza, cuyos cóndores y jaguares están al acecho de cualquier invasor, su mundo es para nosotros esencialmente el mundo de la humanidad. La América cuyo nombre Neruda no invoca en vano es aquella de las mujeres y los hombres que la habitan.

Si su ciclo *Alturas de Macchu Picchu* nos parece uno de los poemas máximos de nuestro siglo no es tan sólo porque el poeta mismo haya subido «la escala de la tierra... / entre la atroz maraña de las

⁵ «Oda a la lluvia», *ibid.*, OC:I:1101.

⁶ «Amor América (1400)» abre «La lámpara en la tierra» (1.ª parte del *Canto general*, 1950), OC:I:319-20, de la cual proceden las otras frases («Vegetaciones», pp. 320 y 321; «Los ríos acuden», p.325).

⁷ OC:I:979.

selvas perdidas», sino porque el Hombre y la Naturaleza se funden en una sola expresión del cosmos allí donde «como dos líneas paralelas, / la cuna del relámpago y del hombre / se mecían en un viento de espinas»⁸. El verso clave de aquella sección del poema es, para mí, «Esta fue la morada, éste es el sitio.» *Fue* —en un tiempo— *morada* donde «descansaron de noche» los «pies del hombre... / junto a los pies del águila» y *es el sitio* desde cuyas cimas nubladas Neruda supo discernir los rasgos esenciales de todo un continente: todos los rasgos, en efecto, de una compleja cosmovisión que abarca a la vez la crueldad del hombre para con el hombre (haciéndola comprensible pero no por eso tolerable) y el amor que puede unirlos en aquella gran invocación «Sube conmigo, amor americano...»⁹. Desde aquella cima no se puede sino bajar (cual Moisés con las Tablas de la Antigua Ley) viendo el mundo a la luz de una «permanencia de piedra y de palabra»¹⁰ ya para siempre jamás... Pero Neruda que baja desde aquellas grandiosidades no dejará de atender igualmente a las cosas más minúsculas, siempre teniendo (como dijo W. H. Davies, poeta inglés) «el tiempo para detenerse a mirar» —«*the time to stand and stare*»— contemplando las bellas pequeñeces de la vida cotidiana en las *Odas elementales*, encontrando en ellas una belleza intrínseca que suele olvidarse cuando las estamos utilizando (por ejemplo, en su famosa cebolla: «luminosa redoma» que nos muestra su «desnuda transparencia» como «Afrodita» en su camino hacia «la mesa / de las pobres gentes»¹¹. A fin de cuentas la belleza de la clásica Afrodita nunca fue más que una invención poética mientras aquella de la cebolla es verdadera (basta mirarla bien para reconocerlo) pero para Neruda su mayor gloria reside en su destino como alimento de los pobres, o sea, en lo que tiene de «poesía sin pureza»¹²: de aquella «confusa impureza de los seres humanos» que Neruda ya percibía en «los objetivos en descanso» (las ruedas, los bariles, los «mangos y asas de los instrumentos») aún antes de iniciarse *El fuego cruel* de la guerra española, la cual le obligó a reunirse «bajo... nuevas banderas», juntando sus hasta entonces ensimismados «pasos de lobo» a «los pasos del hombre»¹³ en el año 36, cuando murió García Lorca, ¡cuando murieron tantos! Muchos de mis propios compatriotas se reunieron bajo aquellas banderas: hubo poetas oxonienses en la Brigada Internacional, y algunos se quedaron entre aquel millón de muertos.

⁸ «Alturas» (4.ª sección del *Canto general*), vi, OC:I:339-40.

⁹ *Ibíd.*, viii, OC:I:341.

¹⁰ *Ibíd.*, vii, OC:I:341.

¹¹ «Oda a la cebolla» (*Odas elementales*), OC:I:1033-34; v. Pring-Mill, «La elaboración de la cebolla» (estudio del borrador) en A. Flores (ed.), *Aproximaciones a Neruda*, Barcelona, 1974, pp. 229-41.

¹² «Sobre una poesía sin pureza» (el 1.º editorial de Neruda para *Caballo verde para la poesía*, núm. 1, Madrid, octubre 1935), OC:II:1040-41.

¹³ «Reunión bajo las nuevas banderas» (recopilada en *Tercera residencia*, 1947), OC:I:270-71. «El fuego cruel» es el título de la 3.ª sección del *Memorial de Isla Negra*.

No compartimos necesariamente la política de Neruda —hay en verdad poquíssimos que la comparten aquí en Oxford (ni soy yo uno de ellos)—, pero nunca nos ha parecido necesario compartir las ideas políticas de un buen poeta para poder admirar su poesía y laurearla. Lo que compartimos con Pablo Neruda es su amor a la humanidad: si este amor le llegó a través del comunismo, ¿qué más da? Esto no debiera de disminuir para nadie el alto significado humano de los valores que él nos dice haber descubierto así, en el poema titulado «A mi Partido» (el penúltimo poema de su vasto *Canto general*).

4. Volviendo al año 1976

Hoy, pasados otros cinco años, yo quisiera leerles este breve poema en su totalidad porque tantos aspectos de Neruda —y de su poesía— quedan resumidos en sus trece versos:

A mi Partido

Me has dado la fraternidad hacia el que no conozco.
Me has agregado la fuerza de todos los que viven.
Me has vuelto a dar la patria como en un nacimiento.
Me has dado la libertad que no tiene el solitario.
Me enseñaste a encender la bondad, como el fuego.
Me diste la rectitud que necesita el árbol.
Me enseñaste a ver la unidad y la diferencia de los hombres.
Me mostraste cómo el dolor de un ser ha muerto en la victoria de todos.
Me enseñaste a dormir en las camas duras de mis hermanos.
Me hiciste construir sobre la realidad como sobre una roca.
Me hiciste adversario del malvado y muro del frenético.
Me has hecho ver la claridad del mundo y la posibilidad de la alegría.
Me has hecho indestruible porque contigo no termino en mí mismo¹⁴.

Quisiera subrayar tres de aquellos versos que me parecen contener la verdadera esencia de todo lo más humano y más bello de su visión poética (versos que yo cité también por la B.B.C. cuando Neruda recibió su Nobel). El primero es aquel «Me enseñaste a ver la unidad y la diferencia de los hombres»; el segundo es el que se refiere a «construir sobre la realidad como sobre una roca» (¡nótese la imagen de raigambre bíblica!), y el último aquél «Me has hecho ver la claridad del mundo y la posibilidad de la alegría». En los veinticuatro años que le quedaban —desde que escribiera aquel poema estando escondido

¹⁴ OC:I:720-21, con una corrección: en esta edición de las *Obras completas* el 7º verso no termina en «hombres», sino en «hermanos», pero Neruda me aseguró que esto fue por una errata que pasó inadvertida en las pruebas.

(un fugitivo fuera de la ley)— Neruda nos hizo ver «la claridad del mundo» muchas veces y jamás dejó de construir su poesía firmemente «sobre la realidad».

A mi parecer una gran parte de las posibilidades de «alegría» que su poesía nos proporciona reside en un rasgo poco comentado por los críticos, v.g. un delicado humorismo a la vez muy suyo y —si se me permite— muy «británico» (¡cuántas veces habrán oído decir ustedes que los británicos son «los chilenos de Europa» o los chilenos «los ingleses de Hispanoamérica!»); contiene algo de nostalgia agrídulce con un sí-es-no-es de caprichoso muy al gusto inglés y constituye una de las características más amenas de su poesía desde las *Odas* acá, destacándose notablemente en *Estravagario* (el libro de Neruda que mayor éxito ha conseguido aquí). Y hay un verso en *Estravagario* —«Sucede que soy y que sigo»¹⁵— que siempre me ha parecido la mejor réplica al triste desengaño del conocido «Sucede que me canso de ser hombre» en el «Walking around» de *Residencia en la tierra*. «Sucede» que somos y que seguimos: me parece necesario insistir —aún en este ambiente trágico de 1976 (quizás más que nunca en este ambiente trágico)— tanto en las posibilidades de alegría que nos sigue ofreciendo la poesía de Neruda como en la importancia de su sentido del humor. En Inglaterra, cuando las cosas andan mal, siempre se suele repetir «*One must not forget one's sense of humour*» («No olvidemos nuestro sentido del humor»). El Neruda que yo recuerdo con mayor afecto —como poeta y como amigo— es precisamente el Neruda risueño, aquél de la buena vida (pues la tuvo y la disfrutó y ¡bien que hizo!). Claro está que también le admiro y le quiero en lo épico, en lo trágico, en lo elegíaco (aunque no tanto en lo satírico pues nunca me pareció mostrar dones más que panfletarios en este género), pero no era en el fondo un hombre tan triste como su cara aparentara a veces. Una anécdota que viene al caso: hace apenas una hora que estuvimos escuchando aquella brillante versión cantada de su poema «Tordo» (de *Arte de pájaros*) con arreglo musical de Angel Parra, arreglo que lo convierte de una celebración pasajera y pajarera en una canción de protesta cuyo estribillo «Yo no nací para cautivo» expresa tan bien lo que tantos de los aquí presentes se han visto obligados a sentir¹⁶; pues Pablo, cuando yo estaba elogiando los arreglos de Angel Parra, me afirmó muy rotundamente que las canciones de Angel siempre le resultaban demasiado tristes y que nunca podía escucharle largo rato. (Claro está —y lo admito— que Neruda pudiera haberse

¹⁵ Del poema «Pido silencio», OC:II:75.

¹⁶ El LP *Arte de pájaros* (LPD-031, Demon, Corporación Radio de Chile, 13-XII-1966) contiene siete poemas del libro de Neruda del mismo título (1966) —dos leídos por el poeta y los demás cantados por Angel Parra— con un interesante texto de Jorge Sanhueza en la carátula que empieza «La poesía está destinada al canto y el que hace que este destino se cumpla es siempre el pueblo».

sentido así de incómodo precisamente porque la tristeza inescapable de Angel Parra le despertara una íntima tristeza que otras veces él se sintiera capaz de ocultar, ¿quién sabe?)

5. La crítica nerudiana en Oxford

Quiero terminar hablando de dos cosas más y otra vez con un cambio de tono. Ambas son cosas que sirven para mostrar el respeto que los de aquí sentimos para el poeta de ustedes y la primera es ésta: el mejor testimonio del respeto académico que se siente para un poeta tiene que ser el trabajo que sobre sus obras se realiza. Pues bien: aquí en Oxford ya llevamos publicados dos libros nerudianos. El uno comenzó siendo la tesis de un alumno mío. Trátase del estudio más largo y —a mi ver— más profundo que se ha publicado hasta ahora sobre el *Canto general*: el libro de Frank Riess titulado *The Word and the Stone (La palabra y la piedra)*¹⁷. El otro es una cosa más humilde, una especie de *Neruda básico*¹⁸: antología cuyo principal mérito es el de haber sido compuesto a ruegos del poeta y con su ayuda y consejos. Este volumen estaba a punto de aparecer cuando se murió el poeta (habíamos querido, inicialmente, que se publicara cuando él viniera a Oxford para aquel diálogo que luego nunca se pudo realizar). Después, cuando empezaron a publicarse las colecciones póstumas, detuvimos la impresión para poder agregar unas treinta páginas de los poemas más recientes. (Da la casualidad que, mientras yo esperaba la publicación del tomo completo, tuve que dar un ciclo de seminarios sobre las obras póstumas —aquí en Oxford, en México y en los Estados Unidos— e hice fotocopiar estos textos suplementarios de las pruebas del libro en forma de separata para el uso de mis oyentes: los ejemplares de esta separata que me han quedado los he entregado ahora al Comité para los Derechos Humanos en Chile y creo que están en venta esta noche.) Ya que pocos conocen todavía esta última fase de su vida poética, voy a leerles uno de los más breves de los magníficos poemas de *El mar y las campanas* (libro compuesto por Neruda en los últimos meses de su vida). Se llama, muy sencillamente, «Inicial»:

Hora por hora no es el día,
es dolor por dolor:

¹⁷ *The Word and the Stone: Language and Imagery in Neruda's «Canto general»* (Oxford University Press, Londres, 1972). Entre muchos otros estudios hay dos libros posteriores sobre el *Canto general* que resultan igualmente indispensables: Juan Villegas, *Estructuras míticas y arquetipos en el «Canto General» de Neruda* (Barcelona, 1976) y M.^a Magdalena Solá, *Poesía y política en Pablo Neruda: análisis del «Canto general»* (Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, 1980).

¹⁸ Robert Pring-Mill (ed.), *Pablo Neruda: A basic Anthology* (Dolphin Book Co., Oxford, 1975).

el tiempo no se arruga, no se gasta:
mar, dice el mar,
sin tregua,
tierra, dice la tierra:
el hombre espera.
Y sólo

su campana
allí está entre las otras
guardando en su vacío
un silencio implacable
que se repartirá cuando levante
su lengua de metal ola tras ola.

De tantas cosas que tuve,
andando de rodillas por el mundo,
aquí, desnudo,
no tengo más que el duro mediodía
del mar, y una campana.

Me dan ellos su voz para sufrir
y su advertencia para detenerme.

Esto sucede para todo el mundo:
continúa el espacio.

Y vive el mar.
Existen las campanas¹⁹.

* * *

Dije que había dos cosas por decirles aún: la una era hablarles de lo ya hecho, o sea, de los libros que ya se han publicado acá. La otra se refiere al porvenir: a una labor que todavía está por realizar. En vista de las estrechas relaciones entre Neruda y Oxford hemos querido formar aquí un fondo de materiales para la futura investigación de su poesía: en la Biblioteca de la Institución Tayloriana (en esta misma calle) ya se ha ido reuniendo una colección bastante respetable (a la cual, algún día, se agregará mi propia colección). Hasta ahora, el mayor tesoro de la colección de la biblioteca es un manuscrito nerudiano muy importante: comprado en una subasta en Sotheby's (Londres) hace un año. Se trata de una sección clave del *Canto general*.

Como ya saben ustedes, gran parte del *Canto general* fue compuesta en la clandestinidad. En aquella época Neruda solía botar sus borradores (no fue hasta la entrada en su vida de Matilde que ésta se puso a archivarlos con esmero), pero —estando en la clandestinidad— de vez en cuando el poeta regalaba a alguna de las familias que le escondieron los originales de lo que se había escrito bajo su protección. Nues-

¹⁹ Impreso en cursiva, como siempre era la costumbre de Neruda con los poemas clave de sus colecciones, *El mar y las campanas* (Buenos Aires, 1973) pp. 7-8.

tro manuscrito es uno de éstos: abarca todo el cuarto «capítulo» del *Canto general*, el que se dedica a «Los libertadores». El legajo contiene noventa hojas, dos de las cuales son el borrador de otro poema político (independiente del *Canto general*)²⁰. Unas cuantas hojas abarcan dos poemas escritos anteriormente (el uno en papel con el membrete del Senado, el otro en papel con aquel de la Universidad de Chile), pero todo lo demás fue compuesto en la clandestinidad «desde el 27 de julio hasta el 17 de agosto de 1948»²¹. Creí que quizás les interesaría ver algunas de las hojas más notables en diapositivas [cuyos detalles y comentario se ha debido omitir en este texto impreso, salvo lo que se refiere a los últimos cuatro cuyo contenido se expone en el apartado siguiente].

6. La evolución de «Padre de Chile»

Como última muestra del manuscrito *Taylorian MS. Lat. Amer./I*, consideremos la evolución de un poema muy breve (de solos diecinueve versos en su texto definitivo), el cual no solamente es buen ejemplo del modelo en que Neruda trabaja, sino que termina con un mensaje —un doble-juramento— que viene muy a cuenta en esta reunión. Trátase de un poema a Recabarren —a su querido Recabarren— cuyo texto publicado se titulará «Padre de Chile» (el borrador no lleva título pero el título deriva del texto)²². Algunos de sus versos pasan por hasta cuatro versiones distintas (en sucesivas hojas) hasta cuajar en su forma definitiva: más versiones que cualquier otro poema en esta colección (o que en cualquier de los muchos otros manuscritos nerudianos que pude estudiar estando en Isla Negra en el año 1968). Es evidente que en esta ocasión no puedo hacer ningún comentario crítico-literario sobre el significado de los cambios observables, sino que me limito a presentarles los cuatro pasos de su evolución.

En la hoja 77^r hay dos versos escritos a lápiz debajo de una versión primitiva de otro poema (mecanografiado) que rezan:

Recabarren, hijo de Chile,
padre de Chile, sacaremos

(pero el verbo «sacaremos» se ha tachado). A la vuelta de esta misma hoja empieza el desarrollo del texto inicial. Ya son cuatro versos (f.77^v) también a lápiz:

²⁰ Trátase de «Los riñones del General Marshall», hasta ahora impreso únicamente en *Poesía política (discursos políticos) de Pablo Neruda* —edición de suma rareza dirigida por Margarita Aguirre— (Editora Austral, Santiago, 1953), tomo I, pp. 109-13.

²¹ Véase Pring-Mill, «Neruda y el original de *Los Libertadores*», en *Actas del Sexto Congreso Internacional de Hispanistas* (Toronto, 1980), pp. 587-89.

²² Tercera y última parte (pero con título propio) del poema núm. XXXVII de «Los Libertadores», v. texto impreso en OC:1:449-50.

Recabarren, hijo de Chile,
padre de Chile, padre nuestro,

(fíjense en la alusión litúrgica que agrega nuevas e importantes resonancias al tema)

de tu construcción, de tus línea

(con la «s» de «tus» tachada cuando el poeta opta por un sustantivo en el singular)

edificada y perseguida,

pero el último de estos cuatro versos se suprime al pasar el texto a una nueva hoja en que el poeta empieza a desarrollarlo más todavía, escribiendo ahora a máquina. El texto va cobrando confianza y los tres versos copiados del folio anterior se convierten (al parecer rápidamente, pues, sin tanteo alguno) en nueve:

Recabarren, hijo de Chile,
padre de Chile, padre nuestro,
de tu construcción, de tu línea
saldrá la dura libertad, de Chile,
la libertad que golpea *[sic]* las puertas
[de las cárceles *tachado*] del palacio y buscara *[sic]* con ojos
de gigante *[sic]* [a los *tachado*] la frente del traidor
para escribir con sangre en ella
el nombre puro de la patria (f.78^r).

Pero luego resulta que ninguno de los seis versos que acaba de agregar le satisfacen, y vuelve a comenzar otra vez más en otra hoja aún.

En esta última versión (f.79) el texto se extiende mucho, primero a máquina (seis versos con poquíssimas correcciones) y luego trece versos a lápiz [*con demasiados cambios para poderlos exponer aquí*]. Este nuevo texto pasará a la versión impresa del *Canto general* con sólo ligerísimas alteraciones salvo por su división en seis estrofas. Considerémoslo parte por parte, empezando con los seis versos mecanografiados que van a formar la primera (y la más larga) estrofa:

Recabarren, hijo de Chile,
padre de Chile, padre nuestro,
en tu construcción, en tu línea

(los dos «en» se han superpuesto sobre dos «de» anteriores)

fraguada en tierras y tormentos,
nace la fuerza de los días
venideros y vencedores.

Ignorando sus múltiples tanteos tachados, la primera estrofa a lápiz ya logra su forma definitiva:

Tu *[sic]* eres la patria, pampa y pueblo,
arena, arcilla, escuela, casa,
resurrección, puño, ofensiva,
orden, desfile, ataque, trigo,
lucha, grandeza, resistencia.

La segunda estrofa a lápiz adquirirá la coma (indicada entre paréntesis) después de «Recabarren» y las palabras aquí puestas en cursiva sufrirán un cambio que se indicará a continuación:

Recabarren [,] bajo tu mirada
juramos limpiar las *manchadas*
habitaciones de la Patria.

(En la versión impresa: «*las heridas / mutilaciones de la patria.*»)

El poema termina con cinco versos más que pasan en su forma definitiva *[el borrador muestra algunos cambios interesantes que aquí se habrán de ignorar]* —sin otro cambio que su separación en dos estrofas— al texto publicado. Estos cinco versos constituyen un doble juramento con cuya lectura yo quisiera dar por terminada mi propia intervención esta noche. Son palabras aptas:

Juramos que la libertad
levantará su flor desnuda
sobre la arena deshonrada.

Juramos continuar tu camino
hasta la victoria del pueblo.

Con esto yo me despido de ustedes, pero escuchemos de despedida al poeta mismo durante unos minutos más: él tiene que despedirse de ustedes por su propia cuenta y con un último poema cuyos sentimientos caen mejor ahora —¡por desgracia!— de lo que jamás se hubiera pensado nuestro poeta, nuestro amigo.

7. Despedida en la Voz del Poeta

Nota explicativa: A lo largo del homenaje habíamos escuchado distintas grabaciones de Neruda, mayormente tomadas del histórico LP «Homenaje a Nuestro Partido en su Decimocuarto Congreso Nacional» (JLL-1) lanzado por las Juventudes Comunistas de Chile en el noviembre de 1969 (disco remitido por DICAP en Francia como «Le Chili de Pablo Neruda» 2C-062-8I.546, EMI 1973). En esta antología, a cada poema le precede un comentario del poeta (textos de mucho inte-

rés, inéditos todavía —a lo que yo sepa— en forma impresa). Yo cerré la velada con el último de sus trece poemas— el «Cuando de Chile» (3.º poema de «Nostalgias y regresos», la 11.ª sección de *Las uvas y el viento*, 1954) —que cuadraba tan bien con la situación de los exiliados que lo escucharon— precedido por su introducción y seguido por la despedida del poeta mismo: fue un final conmovedor y muchos estaban llorando cuando terminara (aunque hubo quien me criticara políticamente el día siguiente por haber terminado con algo triste en lugar de hacerlo con la combatividad de aquel doble juramento).

R. P.-M.

Habla Pablo Neruda:

«Bueno, me parece que hemos hablado mucho, tal vez yo he hablado demasiado, esta mañana, esta tarde, esta noche en tu casa. Sin embargo me gustaría leerte otros versos ya muy antiguos en mi poesía, pero escritos en momentos extraños para mí: en el destierro. Son un poema de nostalgia, de amor, de lucha. Son versos que yo llamé “Cuando de Chile”. Extraña cosa: los escribí en el tren, en un tren legendario. Lo escribí en el tren transiberiano: ese largo tren que tarda ocho y diez días en cruzar la inmensa Unión Soviética, llegando hasta Mongolia y hasta el Pacífico, el Pacífico ruso. En aquellos días había un estado duro en mi país. Era el tiempo de Pisagua, de la represión y de la traición. Yo viví en la ilegalidad por mucho tiempo, tomando mi posición de lucha desde allí mismo, y luego —más y más perseguido— pude salir de Chile y permanecer en el destierro algunos años. Escribí entonces estos versos, que toman como ritmo inicial y final una antigua melodía chilena (baile y canción) que se llamaba “El Cuando”. El “cuando” dejó hace muchos años de cantarse y bailarse, pero aquí revive en mis versos con una entonación de tristeza, de alegría y de recuerdo. No olviden que estos versos son de otra época y están escritos muy lejos de la patria»:

Quando de Chile

Oh Chile, largo pétalo
de mar y vino y nieve,
ay cuándo
ay cuándo y cuándo
ay cuándo
me encontraré contigo,
enrollarás tu cinta
de espuma blanca y negra en mi
[cintura,

desencadenaré mi poesía
sobre tu territorio.
Hay hombres
mitad pez, mitad viento,
hay otros hombres hechos de agua.
Yo estoy hecho de tierra.
Voy por el mundo
cada vez más alegre:
cada ciudad me da una nueva vida.

El mundo está naciendo.
Pero si llueve en Lota
sobre mí cae la lluvia,
si en Lonquimay la nieve
resbala de las hojas
llega la nieve donde estoy.
Crece en mí el trigo oscuro de Cautín.
Yo tengo una araucaria en Villarrica,
tengo arena en el Norte Grande,
tengo una rosa rubia en la provincia,
y el viento que derriba
la última ola de Valparaíso
me golpea en el pecho
con un ruido quebrado
como si allí tuviera
mi corazón una ventana rota.

El mes de octubre ha llegado hace
tan poco tiempo del pasado octubre
que cuando éste llegó fue como si
me estuviera mirando el tiempo
[inmóvil.]

Aquí es otoño. Cruzo
la estepa siberiana.
Día tras día todo es amarillo,
el árbol y la usina,
la tierra y lo que en ella el hombre
[nuevo crea:
hay oro y llama roja,
mañana inmensidad, nieve, pureza.

En mi país la primavera
viene de norte a sur con su fragancia.
Es como una muchacha
que por las piedras negras de
[Coquimbo,
por la orilla solemne de la espuma
vuela con pies desnudos
hasta los archipiélagos heridos.
No sólo territorio, primavera,
llenándome, me ofreces.
No soy un hombre solo.
Nací en el sur. De la frontera
traje las soledades y el galope
del último caudillo.
Pero el Partido me bajó del caballo
y me hice hombre, y anduve
los arenales y las cordilleras
amando y descubriendo.
Pueblo mío, verdad que en primavera
suenan mi nombre en tus oídos
y tú me reconoces

como si fuera un río
que pasa por tu puerta?

Soy un río. Si escuchas
pausadamente bajo los salares
de Antofagasta, o bien
al sur de Osorno
o hacia la cordillera, en Melipilla,
o en Temuco, en la noche
de astros mojados y laurel sonoro,
pones sobre la tierra tus oídos,
eseucharás que corro
sumergido, cantando.

Oetubre, oh primavera,
devuélveme a mi pueblo.
Qué haré sin ver mil hombres,
mil muchachas,
qué haré sin conducir sobre mis
[hombros
una parte de la esperanza?
Qué haré sin caminar con la bandera
que de mano en mano en la fila
de nuestra larga lucha
llegó a las manos mías?
Ay Patria, Patria,
ay Patria, cuándo
ay cuándo y cuándo
cuándo
me encontraré contigo?

Lejos de ti
mitad de tierra tuya y hombre tuyo
he continuado siendo,
y otra vez hoy la primavera pasa.
Pero yo con tus flores me he llenado,
con tu victoria voy sobre la frente
y en ti siguen viviendo mis raíces.

Ay cuándo
encontraré tu primavera dura,
y entre todos tus hijos
andaré por tus campos y tus calles
con mis zapatos viejos.
Ay cuándo
iré con Elías Lafferte
por toda la pampa dorada.
Ay cuándo a ti te apretaré la boca,
chilena que me esperas,
con mis labios errantes?
Ay cuándo
podré entrar en la sala del Partido
a sentarme con Pedro Fogonero,

con el que no conozco y sin embargo
es más hermano mío que mi hermano.
Ay cuándo
me sacará del sueño un trueno verde
de tu manto marino.
Ay cuándo, Patria, en las elecciones
iré de casa en casa recogiendo
la libertad temerosa
para que grite en medio de la calle.
Ay cuándo, Patria,
te casarás conmigo
con ojos verdemar y vestido de nieve
y tendremos millones de hijos nuevos
que entregarán la tierra a los
[hambrientos.

Ay Patria, sin harapos,
ay primavera mía,
ay cuándo
ay cuándo y cuándo
despertaré en tus brazos
empapado de mar y de rocío.
Ay cuando yo esté cerca
de tí, te tomaré de la cintura,
nadie podrá tocarte,
yo podré defenderte
cantando,
cuando
vaya contigo, cuando
vayas conmigo, cuándo
ay cuándo.

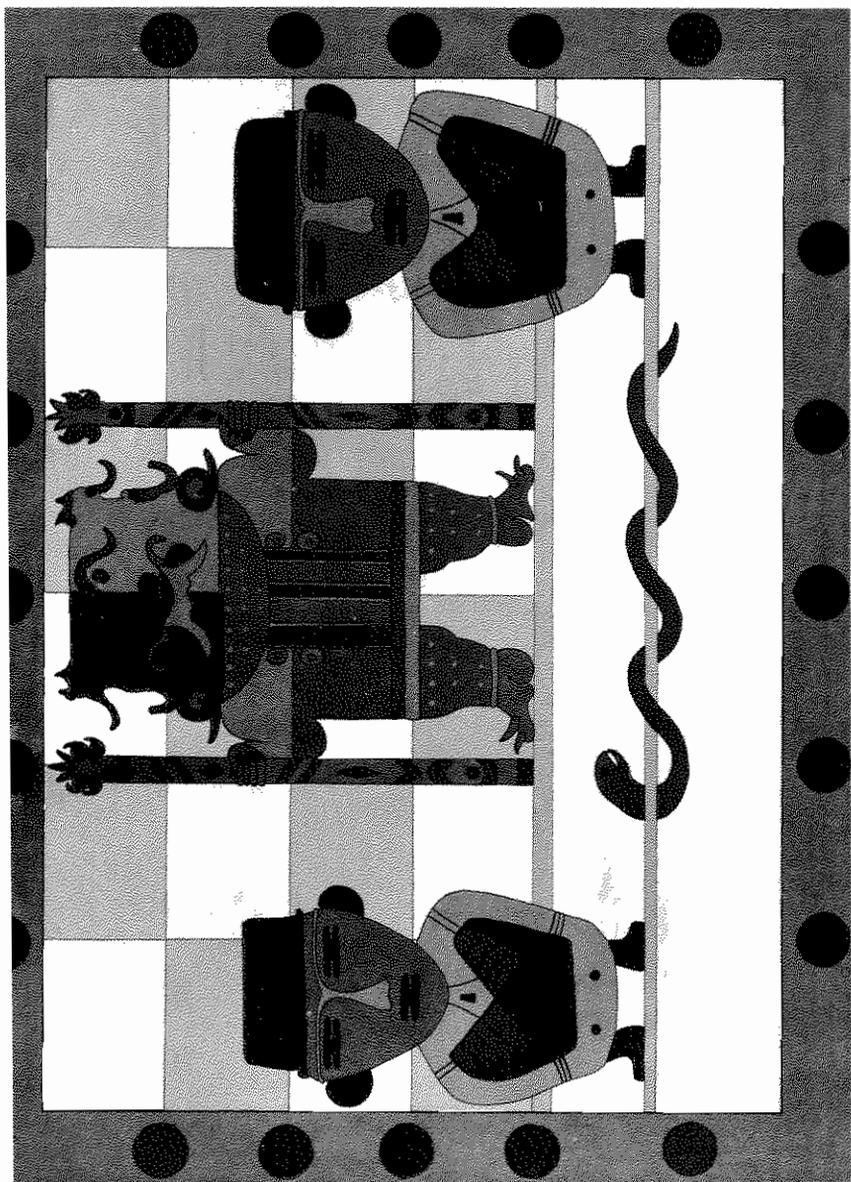
»Bueno. Ahí terminó lo que te traía: mi poesía para ti, para este día, para esta tarde, para esta noche. Y te la dejo para mañana. No sé si te dejará pensativa esta poesía que anda por todas partes. Saca tierra, lluvia, frutos. Y tierra, lluvia, frutos, luchas, esperanzas: te las dejo. Son para ti. Y ahora me voy. Hasta mañana. Hasta siempre: amigo, amiga; compañero, compañera.»

EQUILIBRIO Y LEY DEL EMBUDO

—¿Cómo ve usted que pueden compatibilizarse las demandas populares con los equilibrios macro-económicos tan reconocidos incluso por economistas de izquierda estos últimos años?

—He percibido una actitud general muy restrictiva respecto de las demandas sociales, un temprano llamado a trabajadores y sectores populares a moderarlas al mínimo. Comprendo que se deba actuar con responsabilidad, para no abrir cauce a demandas que puedan arriesgar la reapertura de procesos inflacionarios o dificultades de los llamados equilibrios macroeconómicos. Pero esa cautela no puede negar la legitimidad de las aspiraciones populares. La conducción económica no es para asegurar equilibrios a cualquier precio: es para mejorar el nivel de vida del conjunto de la población, y hacerlo en la medida que no conduzca a graves desequilibrios. Pero acá da la impresión de que las cosas se han puesto al revés: que el gran objetivo fuera asegurar los equilibrios y si ello da para hacer algo en beneficio de la gente, qué bueno...

(Pedro Vusković, en entrevista con revista *Análisis*, 3-9 abril 89.)



«Una vez que yo no esté...»

Conversación con José Venturelli

JAIME VALDIVIESO

Su nombre está en primera fila en la historia política y cultural de Chile de las últimas tres décadas. Probablemente no hay en el país otro mural que haya sido visto por más chilenos que el que José Venturelli dejó pintado en el rincón oeste de la Librería Universitaria de Santiago; nadie que sepa algo, además, de libros chilenos, olvidará la célebre primera edición del *Canto General* de Neruda, ilustrada por el pintor. Son apenas dos anécdotas menores en el dilatado itinerario de este artista notable que falleciera el año pasado en Ginebra, Suiza. Algunos meses antes de morir había viajado a Chile. Allí lo entrevistó el escritor Jaime Valdivieso con la promesa de publicar el texto de la presente conversación sólo después que él hubiera partido.

—José, tenías veinte años cuando esa tuberculosis aguda dejó uno de tus pulmones sin aire para siempre y sólo la mitad del otro respirando. En el reportaje que te hacen sobre tu trabajo en la iglesia de la Madeleine, comienzan diciendo «Una lección de humildad». Esta actitud tuya, de humildad ante la vida, ante los hombres y ante tu propia obra, ¿tiene algo que ver con tu contacto permanente con la muerte?

—Mira, desgraciadamente he tenido algunas visitas al borde de la laguna Estigia —dice riendo—, pero por suerte los guardias adua-

Jaime Valdivieso es autor de numerosos libros, entre ellos las novelas *Nunca el mismo río*, *Las máscaras del ruiseñor*. Vive en Chile.

neros me han rechazado hasta la fecha. Yo pienso que es muy difícil aceptar la idea de la muerte en sí, la experiencia de dejar de vivir o de acercarse a los límites donde termina la vida. Me es difícil aceptar la idea del temor a la muerte. La gente tiene temor de dejar de vivir más que de morir, que es un estado muy diferente. Por otro lado, la muerte forma parte de la vida, es un hecho más de la vida, no habría vida si no hubiera muerte. Ella existe objetivamente. Es un hecho necesario. Pero al mismo tiempo nuestra actitud debe ser de plenitud. No podemos vivir bajo la amenaza. La enfermedad me llevó a conocer condiciones muy difíciles de la vida, no tanto por mí mismo. Yo no creo que haya estado sometido a situaciones extraordinariamente dolorosas, críticas, terribles; pero he convivido con los enfermos, y eso me ha permitido ver la vida, la enfermedad y la muerte de otros. Y yo pienso que eso ha enriquecido mucho mi vida. Creo que es una experiencia valiosa, pero no se la recomiendo a nadie porque el precio que hay que pagar a cambio es demasiado alto, pero una vez que la experiencia está allí, es de un valor muy grande.

—*Cuéntame cómo ha sido vivir estos cincuenta años siendo prácticamente la mitad física de un hombre.*

—He hecho todo lo que quería hacer o que debía hacer en cada momento de mi vida. Nunca he tenido una actitud insolente frente a la enfermedad o a la muerte, pero tampoco una actitud de sometimiento. Si miro el conjunto de mi vida, no me puedo quejar. Confieso que mi vida no ha estado dedicada ni a la enfermedad ni a la muerte sino más bien a la vida.

—*Yo sé que parte importante de tu vida es el amor que sientes por Chile, por este pueblo, por nuestros artistas. Recuerdo que una vez me hablaste de tu amistad con Pablo Neruda e hiciste una reflexión sobre su obra que se me quedó grabada. ¿Te acuerdas de esa conversación que tuvimos hace años?*

—Claro que sí. Yo he reflexionado mucho acerca de la importancia que tuvo la obra de Neruda para nosotros. Han pasado más de diez años de su muerte, y sus obras continúan siendo una fuente de inspiración, una fuente de riqueza, una percepción sensible de toda una realidad social, natural, histórica que somos nosotros, que es América Latina. Pienso que una de las grandes importancias que su obra tiene, y esto vale también para otros grandes poetas como Gabriela Mistral, es que les dio nombre a nuestras cosas; llevaron todo lo que era nuestro, lo cotidiano, lo hicieron objeto de belleza, lo descubrieron a través de su sensibilidad y lo incorporaron a nuestros valores, a nuestros materiales cotidianos más que a nuestros valores, para ir más lejos en lo que nosotros somos.

—*Si a mí me preguntaran cómo es Venturelli, diría que primero eres chileno y después latinoamericano antes que nada, pero como todo eso está tan bien reflejado en tu pintura, quisiera que me hablaras de la influencia china. ¿Cómo explicas tú esa permeabilidad tuya a*

la influencia de una pintura que aparentemente es tan lejana a nuestra cultura occidental?

—Tendría que decir mucho de los chinos. Estoy muy agradecido. Creo que es una tradición riquísima. Creo que es una tradición mal conocida. Creo que la pintura china todavía tiene un gran rol que jugar dentro del arte universal. Cuando sea más conocida, más comprendida, entonces los aportes técnicos de la pintura china, que hoy son ignorados, serán de un gran valor.

La pintura china en sus comienzos, bueno, sus comienzos son lejanísimos, pero en fin; ya en sus mejores momentos de esplendor tuvo enorme influencia en el Oriente. La pintura china influyó en Asia Menor, en la India, desde luego en el arte coreano, en el arte japonés, no sólo en los tiempos clásicos sino en los tiempos más modernos. En los tiempos de Ming en China hubo grandes maestros como el Se-chu, el Toyoda, que llevaron estas influencias y hubo grandes intercambios culturales en aquella época. No olvidemos que China tuvo relaciones con Roma, con el mundo árabe, las obras de Avicena se publicaron antes en China que en Europa. En cambio, en nuestro siglo y el pasado, cuando se proclamó el peligro amarillo se levantaron muros de separación y división.

Todavía en el mercado de Puebla uno puede ver las influencias de la cerámica china, que vienen de la época de la nao de Acapulco, es decir de la época colonial. De Acapulco iban las naves españolas... Bueno, pienso que hay allí un gran tesoro que es preciso descubrir y penetrar.

A mí me ha enriquecido mi manera de pintar. Las técnicas, los materiales que utilizan, pero sobre todo la concepción, que en el fondo es la concepción del mundo y la percepción de ese mundo desde el punto de vista de lo visual. Pero, básicamente, para mí fue la confrontación con la formación que yo había recibido. Una formación basada en todos los cánones derivados del renacimiento italiano. Los cánones de la representación de la naturaleza, el hombre como el centro del Universo, el hombre como la medida más bella de las cosas, la proporción áurea como la medida del hombre, y ésa como la proporción por esencia de la naturaleza. La visión del hombre como el criterio de la verdad. Lo que el hombre veía era lo que existía. Lo que el hombre no veía, no existía. Y esto llevaba a la idea de que la verdad éramos nosotros, de que era nuestra manera de mirar el mundo.

Para mí la pintura china fue lo contrario, porque ella está basada en otra concepción del mundo. En un mundo que, si bien es estático, es un gran círculo que permite el movimiento dentro de sí, y este gran *karma* contenía el total, contenía el hombre, contenía la naturaleza, contenía el cosmos, y el hombre podía encontrar la bondad y la belleza, en la medida en que se pareciera o se incorporara a esta gran ley universal, y no en la medida en que tratara de transformar la naturaleza o transformarse a sí mismo, o batirse con la naturaleza.

—Entonces no sólo fue una influencia en el aspecto técnico, material. Te abrió otra perspectiva, otra manera de concebir la realidad.

—Eso es, exactamente. Eso, eso. Por ejemplo, la perspectiva, que es una de las grandes invenciones, sobre todo del renacimiento italiano, es una perspectiva geométrica, es decir, la visión del ojo humano y de la deformación que crea la ilusión de la visión. La visión como ve el hombre las cosas, el ángulo exacto de visión del ojo humano. Resulta que en la pintura china no era así. Existían otros tipos, existían perspectivas aéreas, perspectivas cromáticas, perspectivas isométricas, visiones panorámicas de las cosas. Un paisaje que comienza en un extremo, y se volvía a juntar en el mismo extremo. Una visión panorámica; es decir, no se trataba sólo de las cosas como se veían, sino también de las cosas como eran. Por lo tanto, la pintura no sólo era la visión del mundo, sino la explicación de muchas cosas... Me acuerdo de un pintor chino, amigo mío, que a pesar de ser un anciano, era un anciano muy lúcido. Entre las muchas cosas que me dijo, recuerdo: «La pintura debe pintar tanto lo que se ve como lo que no se ve. Y en la pintura, lo más importante es lo que no se ve.» A través de mi vida me he dado cuenta de que tenía mucha razón.

China me mostró que había otra manera de hacer las cosas, otra manera de pensar en las cosas, sin que esto significara la negación de lo adquirido anteriormente.

—Una vez pintaste un cuadro sobre la idea del hombre que busca dónde va a morir. Cuando hablamos de ese cuadro, me dijiste que es una inquietud de todos, y que es también una manera de pensar dónde va a vivir ese hombre. ¿Por qué no te vienes a vivir a Chile?

—A mí me gusta vivir en Chile, y me gustaría hacerlo de una manera que me permitiera trabajar y hacer lo que todavía puedo hacer y quiero hacer. Me siento una persona muy condicionada en la vida por Chile, me he sentido de la naturaleza de Chile, de la sociedad de Chile, de la cultura chilena. Y pienso en Chile como un lugar para vivir. Me preguntas por qué no me vengo a vivir o a morir en Chile. Hoy no podría responder, porque ni yo mismo me he hecho esa pregunta. Y creo que donde uno viva o donde uno muera no es lo que importa realmente. Para mí lo que importa de verdad es el producto de los individuos. En eso yo creo. Trabajar, y sobre todo el trabajo artístico, que es una forma de no morir. Pienso que si todos vamos haciendo ladrillitos, se conservarán, de todos nosotros, cosas muy concretas, independientemente de nuestra supervivencia personal que tiene límites muy precisos. Hay gente que vive la angustia de haberse desprendido de un pasado y no ser todavía pasado ni futuro. Yo en cambio creo que reconocer nuestro propio movimiento, nuestra diversidad y el derecho a que los demás sean diferentes de nosotros, es mejor y te hace más feliz. El pasado como un elemento que transformamos

y el futuro como un elemento nuestro. Transformar. Eso es lo que deja tranquila mi conciencia y me dan muchas más ganas de trabajar... Estoy cansado, Jaime. Tú sabes que, me cansa hablar tanto.

Quiero pedirte un favor de amigo. Publica esta conversación una vez que yo no esté.

REBELION Y ELECCIONES

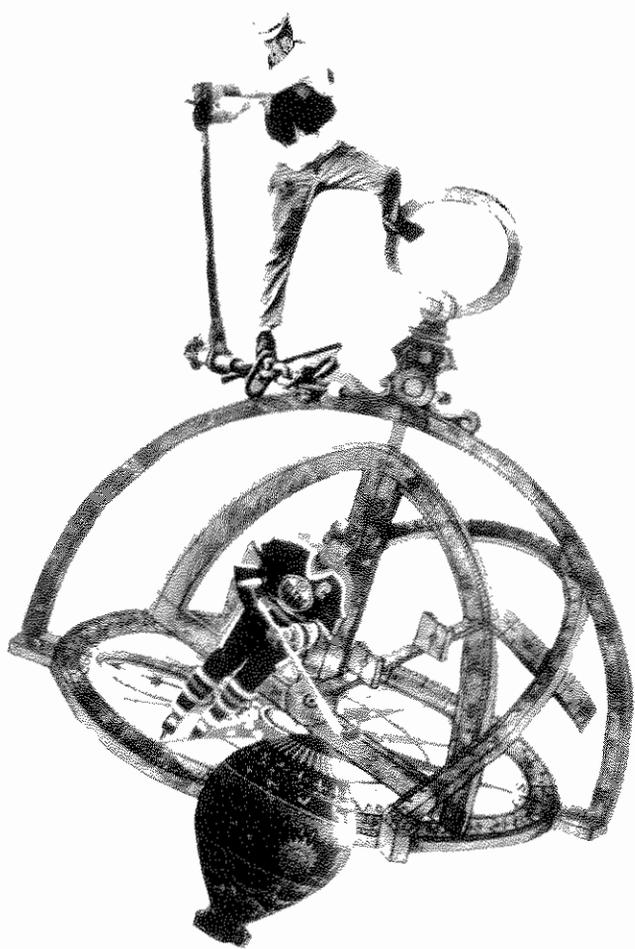
—¿Qué importancia le asigna hoy, en este año electoral, a la llamada Política de Rebelión Popular?

—La Rebelión Popular de Masas, como toda posición política, debe estar condicionada por la evolución de la situación (...). Es verdad que esto no se ve siempre bien por todos nosotros, porque algunos piensan que no es posible adaptarse a la institucionalidad del régimen y aceptar las reglas impuestas por la dictadura. Este es un pensamiento moralmente plausible, pero políticamente equivocado. Me parece que la Rebelión Popular de Masas debe entenderse en este período como la forma necesaria de actuación a través de las urnas, a través del voto, que también es un arma, y muy poderosa. Jamás los comunistas hemos sido enemigos de las elecciones, pero ellas deben fundirse con todas las luchas de la gente contra los despidos arbitrarios, contra las privatizaciones, los lanzamientos en las poblaciones, las arbitrariedades del régimen...

—¿Por qué cree usted que ha podido ser tergiversado en esa forma? Porque hoy en Chile hablar de Rebelión Popular es sinónimo de toma del poder...

—Yo creo que ese asunto ha sido malinterpretado, ha sido «demonizado», como se demoniza, por lo demás, todo lo que no conviene a la dictadura.

(Volodia Teitelboim, en entrevista con la revista *Pluma y Pincel*, núm. 68, 5 abril 89.)



Le maestro.

Poemas

ENRIQUE LIHN

Con Lihn desapareció el año pasado el poeta chileno más importante de su generación y una de las voces literarias nacionales de mayor significación y vigencia de las décadas recientes.

Los poemas que ofrecemos pertenecen —los primeros— a La aparición de la Virgen, plaqueta con textos y dibujos suyos que es lo último que publicó antes de su muerte, y los tres finales a la serie «Imitación a la vida», que no alcanzó a recogerse en libro. En éstos flota ya, ostensiblemente, a pesar de su serenidad y lucidez, el presentimiento del fin ya muy cercano.

El artículo que precede a los textos poéticos es un extracto del que con el mismo título su autora publicara con anterioridad en el semanario Análisis.

Enrique Lihn o La lucidez apasionada

Enrique Lihn se dedicó a destruir mitos y esto es un aspecto clave de su escritura, incidente en un formidable proceso renovador que abarca no sólo su poesía y su prosa, sino todo su hacer intelectual. Desde *La pieza oscura*, pasando por los relatos de *Agua de arroz* hasta su obra más reciente, Lihn ha nutrido la literatura nacional con arte mayor, caracterizado por honestidad, lucidez y pasión.

Orgullosa y solitario caballero, ajeno a la mezquindad y a la intriga, el mal no lo doblegó sino que le dio impulso para crear y crear, afanoso de traspasar el papel de su infinito mundo interior, ese cúmulo de ideas que fluían de sus relaciones con los demás y del compromiso con su tiempo.

No hacía tanto que el doctor Gonzalo Donoso, en casa de Francisco Coloane, nos había hablado con preocupación y entrañable afecto de Enrique. La conversación salió porque Pancho le elogió una chomba, entonces Donoso contó que era de nuestro querido y admirado Lihn.

Un día de estos fui a verlo. Irradiaba una juventud que lo hacía verse de menos edad. Nada en su apariencia reflejaba la invasión del mal, salvo el cansancio. Un cansancio que le daba una especie de rabia varonil. Constató con extrañeza:

—No sé por qué me canso mucho.

Tomaba aliento y proseguía conversando. Su cabeza, que siempre asocié con una silueta de Pushkin, los rulos dispersos, la piel tersa de una cara que reflejó siempre sus estados de ánimo, ira, disgusto, alegría, curiosidad y ternura, ahora se agitaba menos.

Estábamos con el poeta Guillermo Trejo y proseguimos un antiguo diálogo que excluyó por completo a la sucia acechante. Le pedí que extendiera las manos y le hice una broma:

—¿Tienes mucha, mucha fuerza, que te voy a dar algo muy pesado?

Confiado me siguió el juego y depositó en una de sus palmas un libro en miniatura, edición alemana del Fausto, de Goethe.

Una de sus características es su poca efusividad. En él no cabe la alharaca. Sonrió con gusto.

—¿Sabes alemán?

—No.

—Vas a tener que aprender.

—Y leerlo con lupa.

Su departamento se caracteriza por una austeridad casi monacal donde se impone su sello; me llamaron la atención algunos cuadros.

—Estoy preparando una exposición erótica—, comentó.

Se refirió al profesor francés que vendría a dar una charla sobre el tema. Hablamos de Georges Bataille.

Trejo tomó los exámenes médicos que estaban sobre una mesa.

—Míralos, no más. Yo prefiero no verlos, porque no entiendo la terminología médica y acaso más me vale no entenderla.

Siguió conversando. Le conté que acababa de releer un poema suyo aparecido en la revista de Casa de las Américas: «Varadero de Rubén Darío.» En este poema encara «debilidades» del poeta y afirma:

«No se trata de juzgarlo a usted por/ ello. Me declaro enemigo de la Inquisición/ o la manía de juzgar duramente a las/ personas inofensivas/ Pero si se trata de poesía/ no acepto por razones difíciles y aburridas de explicar/ que hagamos un mito de Darío menos en una

época/ que necesita urgentemente echar por/ tierra el 100 por ciento de sus mitos.»

Esta es una verdadera crónica poética donde recuerda el diálogo sostenido con Roque Dalton (una carajada la muerte de Roque, pero ¿qué son la muerte y sus hacedores?), Thiago de Melo, Barnett, en Vadrero. Isidora Aguirre fue quien le trajo el último regalo, una muñeca, y el mensaje de Roque, encantador y glorioso encargo de amor...

Enrique dijo que echar por tierra los mitos estaba bien, pero que había sido demasiado severo con Darío y con otros.

—Reconozco que muchas veces me he dejado llevar por una severidad implacable en mis juicios críticos. Darío, con todo, es el primer gran poeta de América.

Le hablé de su poema al Ché Guevara, el más bello homenaje escrito por poeta latinoamericano, y dijo que su frondosa obra aparecida en *Casa* —poesía y crítica literaria—, fruto de su trabajo en Cuba, aún no estaba recogida en libro.

Cuando le pregunté si renegaba o se arrepentía de algo por él escrito, sonrió con su característica sonrisa tan sabia como jovial e irónica:

—Asumo todo. Todo lo escrito y hecho es parte de mi vida y tiene que ver con ese proceso de vivir.

Recordé sus dibujos en la revista de la Facultad de Bellas Artes que dirigía Luis Oyarzún. Nos dijo que nunca había dejado de dibujar. También se refirió a otra de las artes que amaba: el teatro. Enseguida habló de su primera incursión, con Jodorovsky. De lo hecho posteriormente, de su personaje Pompier. A la música no se había dedicado, pero él y Guillermo dialogaron sobre la música de las palabras, la música de la poesía. Enrique advirtió, sí, de su repudio a la palabra vacía, a la cháchara que sirvió de base a *El arte de la palabra*, novela aún no valorada, pero que debiera ocupar un sitio junto a *Yo el supremo* y a *El otoño del patriarca*. *El arte de la palabra* es el modelo delirante de la palabra vacía para encubrir represión y censura.

Nos regaló *La aparición de la Virgen* (publicado a fines del año pasado, con ilustraciones suyas), del cual cada uno, como «Chiu-Chiu», «Saldos del Paseo Ahumada», «Que los muertos no entierren a sus muertos», «Todo cambia», corresponde a su más profundo dolor e inquietud: la realidad que está viviendo el país. Expresó su deseo de que este poemario de los Cuadernos de Libre (E) Lección, se vendiera en la calle y sentimos que ese maldito cansancio le impedía salir a la calle, a mezclarse con la gente para ofrecerle esos poemas de fuego.

Uno de estos domingos salió publicada la página de Enrique Lafourcade dedicada a Enrique Lihn, y con Eliana, la esposa de Pancho Coloane, decidimos que todo cuanto nos provocaba escozor y anti-cuerpos, proveniente de Lafourcade, lo borrábamos de nuestros ma-

pas, gracias a ese noble y bello gesto de amistad palpitante que pateaba a la muerte.

Pidió a sus amigos que le dieran tiempo para escribir y organizó las horas de recibirlos. El mismo les servía el té o invitaba a alguno a compartir su comida... Ahora todos están sobrecogidos por su maravillosa serenidad, por su coraje, porque les encargó no decir discursos, tan sólo leer su poesía. Su mensaje, su legado, son toda su obra. Ya se había anticipado:

Porque escribí no estuve en casa del verdugo
ni me dejé llevar por el amor a Dios
ni acepté que los hombres fueran dioses
ni me hice desear como escribiente
ni la pobreza me pareció atroz
ni el poder una cosa deseable
ni me lavé ni me ensucí las manos
ni fueron vírgenes mis mejores amigas
ni tuve como amigo a un fariseo
ni a pesar de la cólera
quise desbaratar a mi enemigo.
Pero escribí y me muero por mi cuenta,
porque escribí porque escribí estoy vivo.

VIRGINIA VIDAL

La aparición de la Virgen

(Fragmentos)

La realidad es el único libro que nos hace sufrir
La realidad es la única película que nos quita el sueño
Las apariciones de la Virgen serán irreales no así la aparición de los
[agentes de la realidad
Ellos son los únicos autores terribles Ellos son los únicos sádicos
[cineastas
La película con muchos años de rollo que hacen en sus recintos secretos
Esa sí que desvela a sus actores
A las víctimas de *la falange*
A las víctimas de *la bolsa de agua*

Pero Ave Purísima
Líbranos de tus falsas apariciones
No hagan de tu nombre contraseña
Ni de tu tronco, leña los irreconocibles
Ni de tu leña, un fuego satánico
Si eres el faro del otro mundo en éste
Será para los naufragos de buena voluntad
Y fuiste sin pecado concebida
Para que ciertos pecados te resultaran inconcebibles
Apágate a la vista de aquestos tiburones
Líbranos de caer en sus fauces secretas
Llena eres de recursos de amparo
Bendita eres entre todas las pobladoras
No me dejes caer en la indiferencia. Amén.

.....

Virgen señora de las aparecidas
Tú que retomas tu antigua tradición y te resuelves
Por angas o por mangas
A darte en espectáculo
Ahora, mamita, contra el apagón cultural y a favor de él
están dando tu golpe mariano, haciéndote aparecer en la punta del cerro
Porque así lo asegura el niño Angel a grito pelado
¡La Virgen! Y de todos los rincones de este país anguloso
Desde todos los ángulos de esta país arrinconado
Los de tu equipo nos volamos a la carrera, apelonados hacia ti que
[estás no derretida en el sol
Nos quemamos los ojos para verte mejor
Y a pocos metros sobre el nivel del cerro
Como un pez centelleante que allí desova
Como un platillo volador y dentro de él
Tal como cualquiera puede verte en el Templo de Maipú
Tu nave espacial
Con tu corona de perlas
Y tu moreno color de manola
Sentada a la mesa de comando, haciéndola girar hacia el que sube al
[platillo por el chorro
Mirándolo con láser a los ojos
Fulmínalo si lo que hace es un bluf
Porque (ahora sí) las condiciones están dadas
o nunca, para tu aterrizaje, incluso un comunicador de primera se
[negó a que su medio desmintiera tu aparición
«Con la Virgen —dijo— nunca se sabe»

.....

A los intérpretes involuntarios de *El interrogatorio de una madre*
Mil veces preferible quemarse los ojos para ver a la Virgen
Que estar en el elenco de los que filman con sangre
Sin una gota de luz
Dios me libre de ser escrito con sangre por uno de esos autores no
[identificados]

Que filman y escriben en vivo y en directo
En sus cárceles secretas

Son esos los que no me dejan dormir tranquilo
Gracias a ti que dispones de un buen Juicio Final
Los que desaparecen son diablos
Siempre rayanos en la inexistencia
Criaturas del Inconsciente, ese humus
Gracias a ti el ser del yo mismo resiste en pie de guerra a las
[tentaciones del inconsciente y su cortina de humus]
Pasen no más señores intrínsecamente perversos a la oscuridad
Que no se hable más de los quemados
Que no se hable más de los degollados
Ni de los ajusticiados Ni de los desaparecidos (me tienen curco)
Esos son simulacros del humus que se dibujan en su cortina como el
[ser que no es del no sí mismo]
El ser del yo mismo sueña conscientemente con los ángeles
Como todo buen recto
Gracias a ti el sueño del recto toda lucidez es de una tranquilidad
[aplastante]
Defecación que da cuenta de tus piezas de caza espiritual
Los nudos que atares en la tierra si fueren nudos en la garganta del
[cielo lo importante es que amarren el cielo a la tierra]

Así son los compromisos formales
Si los irreconocibles se llevan a tu hermano, ten la seguridad de que
[era una criatura del humus]
Rayana en la inexistencia
Intrínsecamente condenada a desaparecer
Gracias a ti nuestra Señora de la Seguridad Nacional lo desactivó
[como se merece]
Hazme dormir ahora con una tranquilidad abismante el lúcido sueño
[del yo mismo]
Defendido del inconsciente por cualquier número de ángeles

.....

Que no se culpe a nadie de tus apariciones
A ningún órgano de Seguridad
Que vuelvan con pruebas fehacientes, dirán
Salvo que la Justicia Militar disponga otra cosa
Y ahora que sea lo que fueres estás aquí rodeada o no de los
[irreconocibles
Y que si eres lo que eres sabes a lo que te expones por tener esa laya
[de empresarios
Averígualo por ti misma
Mal podríamos ser nosotros, señora, tus informantes Hay deladoras
[como la Flaca
Quizá ella misma se cuelga de tu aparición para aparecer como tu
[secretaria en persona
Y si así fuera lo mejor sería no saber nada
Bastante tenemos ya con saber que no eres la de Fátima
Ni la de Lourdes
Ni siquiera la del Pozo de María en Beit Sahour que saltó en un
[chorro de luz en una pileta de la iglesia
Y se paseó con sus treinta centímetros de altura como un pájaro
[boreal enjaulado en el desierto
Si supiéramos que la Flaca trabaja en tu lugar al servicio de los
[irreconocibles
Estaríamos llenos de un saber explosivo
En la duda —me digo— abstente de toda sospecha.

Limitaciones legales

Un preso independiente se arrodilla ante los muros de su celda
En acción de gracias
Brilla ante él la claridad de la Ley
Que hace innecesaria la invocación de su espíritu
El espíritu de la ley brilla por su ausencia en la claridad de la Letra
El fuera de la letra ha tenido su tiempo para meditar ante esos muros
—Sus limitaciones legales—
Sobre los insondables designios de la Justicia
Hay que decirlo: es un hombrecillo un poco estúpido
Lo encarcelaron por equivocación
Pero ha hecho un gran esfuerzo y ya está
Ahora sabe lo mismo que el mismísimo tribunal
Se le ha aparecido la Justicia y le ha dicho: mírame a mí
También yo independiente como tú lo soy en virtud de mis limitaciones

Hermano, gracias a los muros de tu celda eres un hombre libre
Todo esto con otras palabras porque el sujeto es incapaz de tanta lógica
El adivina más bien lo que ha salvado su pequeñez de algo peor que
[el encierro]

Ya una vez cometió la equivocación de que se equivocaran con él
Por llevar el nombre de otro
No hay asilo contra la opresión en la tierra de los libres
Sabe que sus limitaciones lo independizan de la Libertad y lo libran
[de la Opresión]

Este piojo sabio cae razonablemente de rodillas ante los muros
La nueva Justicia que se siente mejor que comprendida, adorada,
[atravesa esos muros dejando en ellos su estela]

La claridad de la Ley en lugar del Espíritu
Y se retira a sus limitaciones privadas
El hombrecito del que ya nadie se acuerda lo sabe todo porque no
[piensa nada]

Como si a él también lo defendiera la lógica del peligro de razonar
Es un juez a su manera.

Todo cambia

Da no se qué ver a todos esos náufragos cantando en las micros
Una moneda de diez por cada cien negativas
Si la Virgen manejara esas micros no los dejaría subir a ellas
[paralizándolos en la calle con su luz]

Arreándolos para que aprendan a cantar al pie del cerro

Nos evitaría la molestia de oírlos

Todo cambia, todo cambia...

Pero muchos de los choferes son groseros ángeles de la guarda de esos
[náufragos]

Los dejan subir y cantar lo que quieran

Muchos de esos ángeles de pelo en pecho y manos sucias, agresivos
[o famélicos e inesperadamente cordiales]

fueron quizá náufragos a su vez y tararean lo mismo

Dios —dicen los heréticos— es mi copiloto

Pero vaya a saber uno de qué dios hablan

Si hasta hay curas también a quienes lo único que les falta es cantar
[en las micros]

Todo cambia, todo cambia...

(¿Qué se crearán digo yo y yo no se quién lo dice, quién es yo aquí,
[quién?])

El espantoso Festival de la Canción le lleva de todo

Sólo falta que canten los sordomudos y los ciegos

A dios gracias los no videntes no venden botones son los últimos
[músicos antediluvianos que honran al Paseo Ahumada
como Claudio Arrau a la bandera chilena
Gente de orden y concierto con sus violines sus acordeones sus voces
[tricolores en blanco y negro. En negro
Cojos sí, mancos lisiados de toda especie, pero también ex obreros,
[atletas sin profesión, etc.

Tú eres nuestro hombre

Que te decreten en el acto inocente
Y el ángel de la guardia te abra la celda
Un cierto sacerdote reza ya, ciertamente, por ti
Te extiende esa oración como un cheque en blanco lo hace con la
[angustia de preguntarse
Buen hombre ¿No serás intrínsecamente perverso?
Exagerarías, a todo reventar
De espaldas al que manda aquí, abusando de su logotipo
Te beneficiarías un poco del Terror, traficando aquí y allá con
[crímenes ordinarios y
secundarios

Tú, que representabas en el Terror al Estado no debieras haberte
[mezclado a la
sociedad competitiva
Ciertamente ella tiene heroína para todo héroe tiene drogas para
[todos los gustos
N cantidad de caprichos de excepción que confirman las leyes del
[mercado libre
Igualdad de oportunidades para desear
Pero si el sacerdote se mantiene alejado del mundo con mayor razón
[debe hacerlo el verdugo
Su hábito lo protege del Terror que despierta
Tú que te has despojado de ese hábito exhibes todas nuestras pústulas
[en tu piel todas nuestras lacras
Las expones a los titulares que se desquitan socarronamente de los
[guardianes del Orden
haciendo irrisión de nuestras llagas.

Sólo obedecías órdenes de Hernández y éste, órdenes del mayor
[Delmás
Pero no tuviste como él el honor de morir en un accidente
No va a salir oro de tu boca como habría salido de la suya sino el aliento
[fétido olor de los penitenciados

Cantes o no lo tuyo será el silencio de los de abajo
Si te hubieras parado a la puerta del laberinto nadie te habría
[contratado para atravesarlo
La verdad tiene límites eres el último en franquearlo
Pero, en fin, lástima que no alcanzaras a disfrutar de la que viene
Las condiciones están dadas:
Dejarán de existir los pecados mortales
Trabajaste anónimamente para crearlas ahora no podemos ignorar el
[terror por más tiempo
Pedro, esta piedra
Tu metro ochenta tus manazas de hierro
Tus arrebatos temperamentales que se permiten pocos actores de
[provincia
Tu cabeza de amor a la guillotina
Tu pecho de paredón tatuado por las balas al que nos mandarían a
[todos
Hasta yo, bien defendido, te tiemblo y rezo no sé si por mí o por ti
Para qué hablar de los azules que te guardan temblando bajo siete llaves
Si de verdad se acabara tu cadáver la Fuerza se condenaría a sí misma
[en nombre de uno de sus heterónimos: la Ley
Y te convertirías en un héroe reventado
En un santo maldito pasión de las muchedumbres.

Que los muertos entierren a sus muertos

Que los muertos entierren a sus muertos. Ya no reza así el imperativo
[evangélico
Fue así cuando en vísperas de la Redención
Parecía aconsejable ese operativo tradicional
Si se trata de una metáfora, desechémosla junto a otras confusiones
La Iglesia no puede delegar en los sepultureros del más allá
la responsabilidad de enumerar e identificar a los cadáveres
Cristo ha incorporado al peso de la cruz su frecuentación de la Morgue
Puede esperar la resurrección de la carne, ahora se trata de su
[exhumación
Cristo de Auschwitz y de Büchenwald se interpone entre los caporales
[y la fosa común
Arrastran cuerpos desclavados a prisa que El se esmera en reconocer
Golpea una y otra vez a las puertas del laboratorio médico-legal
Toma nota de los estigmas, moviliza a sus abogados
Angeles ya no discípulos, abogados con sus maletines de mano
Y anteojos cromáticos para no ser reconocidos en las calles por los
[entusiastas del Gólgota.

La lengua de fuego —señal del espíritu— humea
nadie habla lenguas con la imprudencia de los apóstoles
El evangelio tiene una prehistoria que contar
Porque el alma no es ahora inmortal
Remite a una época respetuosa de la integridad de los cuerpos
Anterior a la creencia en la inmortalidad de las almas
A una época como ésta cuando costaba velar por la seguridad de los
[cadáveres
Por la integridad de los muertos.

Ultima rueda

Una ruedecilla se atasca
Tú despiertas automáticamente de la pesadilla que hunde la realidad
Hay una puerta falsa en el muro que también lo es
Estoy soñando. No es mi cuerpo el que atormentan en esta cárcel secreta
No la he merecido
Soy el escenario y los actores de este sicodrama
Lo que dicen y el autor de lo que dicen
Y esta luz ausente, blanca, blanca
Como boca de lobo.

El Castillo

La juventud en la inmensidad del presente que le toca
Ocho horas de viaje a una velocidad normal para cruzar el lago más
[grande del mundo
Ese río de aguas estancadas que inunda el Castillo
Entre el peso de la noche a las ocho hasta la aparición cortada a
[cuchillo del amanecer
Los goliardos entre punk y new wave que traen a Mesalina en el
[manubrio de su bicicleta
Una Edad Media de pedaleros perdida en la inmensidad de un
[presente de utilería
Los hijos del tiempo muerto que sólo pueden ser pródigos
derrochándose —cuerpos y almas— a la primera asonada.

*En el lugar en que se acaban y fenecen los difuntos
A medio camino entre la muerte y la vida*

Gritan: Y va a caer

Día de los muertos

Día de los muertos que no tiene principio ni fin
hilado con el huso de todos los días

En el inconcebible mundo de un solo habitante
se desharía la unión de vivos y muertos,
paralizándose el inmenso trabajo.

La Obra que no tiene origen
no debe perder la continuidad de su origen.
Sólo de los cabos sueltos que ellos dejaron
brotó el tedio sin fin, obra de nuestras manos y las suyas.

La extensión de la obra conspira contra quienes quieren hacerla suya
[contra su mismo sentido.

Basta aceptar que otros pusieron sus fundamentos hace millones de
[años.

La pregunta por el sentido no tenía en ese tiempo sentido.

Esos fundamentos, fueron cráneos y huesos (a)morosamente
[acariciados
con angustia, inhumados junto al fuego,
no hay otros fundamentos más sofisticados que esos.

Todo ser que acaricia a otro está ritualizando
la primera postura de esos fundamentos.

La imposibilidad de acariciar a nuestros muertos
La ausencia de urnas funerarias entre los fríos regalos de matrimonio
El ridículo cielo fronterizo de que hace gala el mundo —pequeño país—
[ante el gran Imperio de los muertos
—nuestro diario e ineluctable invasor
hacen que la obra olvide sus huesos y sus cráneos
y se deje engañar por la soberbia de los obreros providenciales.

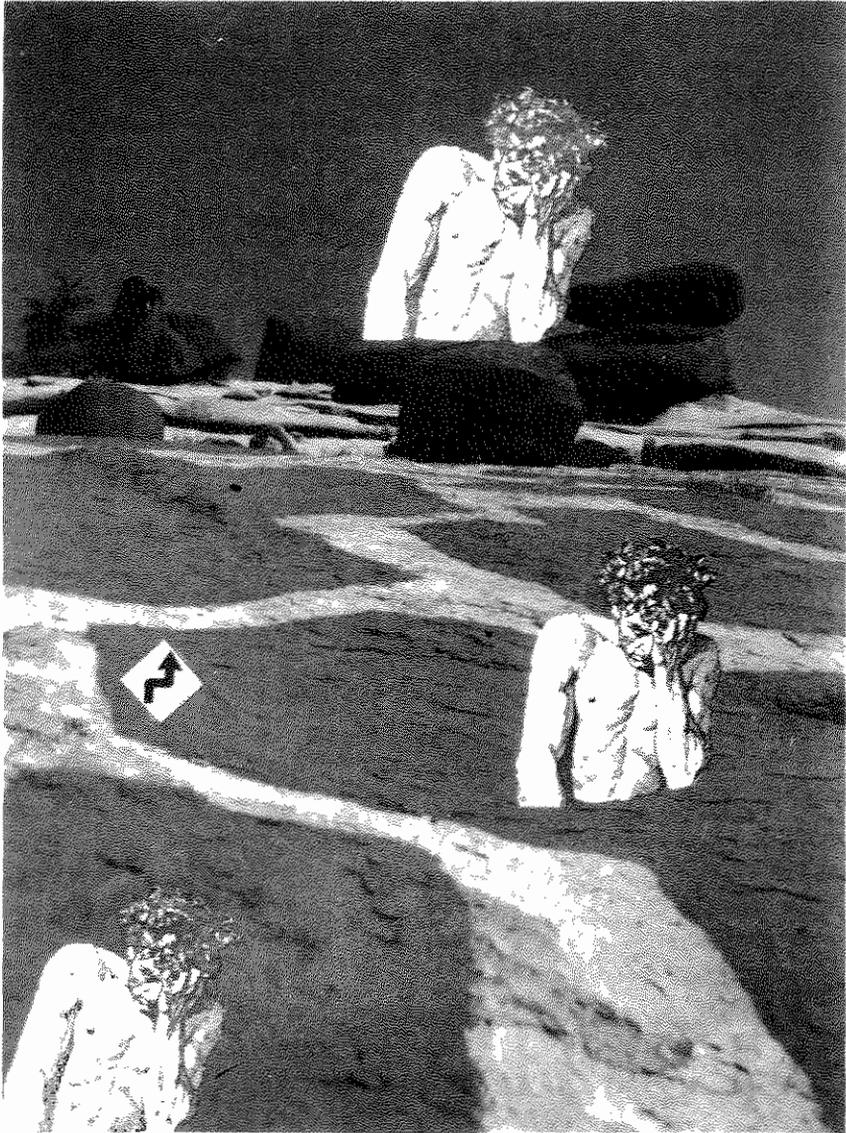
Sólo deseo abandonar lo que la obra haga de mí con otras manos
Que la magia —razón de los desesperados
me lleve a un lugar equidistante entre los vivos y los muertos
Desde donde se divisen, quizá juntos
el fundamento, si lo tiene,
y el sentido de la obra.
No el que le imponen los nombres providenciales
sino el que los borra.

La ciudad del Yo

La ciudad del Yo debiera paralizarse
cuando entra en ella la muerte
Toda su actividad es nada ante la nada
quíéranlo o no los agitados viajeros
que inútilmente siguen
entrando y saliendo de la ciudad
bajo la mano ahora
que convierte en sombras todo lo que toca
La mera inercia, sin embargo, despierta
en el gobernador una desahuciada esperanza
Ante la muerte se resiste a capitular
aunque tocado por ella es una sombra
pero una sombra de algo, aferrada
a la imitación de la vida.

Casi cruzo la barrera

Casi cruzo la barrera
del espejo para ver
lo que no se puede ver:
el mundo cómo sería
si la realidad copiara
—y no al revés— el espejo
Llena, por fin, de su nada.



Balada de un pueblo rubio en boca de una negra triste

ROBERTO BRODSKY

*Para M. B.; caoba ardiendo
tras el ventanal.*

Y me fui quedando; más que por retiro o los deterioros con Cecilia, lo hice por propia ausencia y alguna intimidad familiar descubierta entre ese ventanal y la chimenea, mención aparte las cruces en el jardín trasero.

Por un momento, me vi rodeado de muertos; fue el primer gran susto en la casa veraniega. Era de noche y volvía de un dudoso paseo frente al mar. Subí las escaleras de madera y los tablones mohosos rechinaron a lo largo de la ya frágil estructura, construida en el otoño de 1952, bajo la tutela de mi abuelo Ludwig y con los brazos y el dinero de mi padre Herman y mi tío Helmut. Era de las primeras construcciones del lugar, cuando aún éste presentaba un aspecto original y baldío. Muerto Ludwig, al derrumbarse parte de la chimenea mientras el abuelo tanteaba con su bastón la solidez del empedrado, el fin de la edificación quedó a cargo de su esposa, mi fiel abuela Petra, que con su espíritu insobornable hizo que mi padre y mi tío no abandonaran el proyecto. Eligió un buen lugar. Montada sobre dos grandes rocas a unos cuantos metros del mar, la casa se erigió imponente y la ceremonia inaugural puso punto final al viejo sueño de mi abuelo Lud-

Roberto Brodsky es dramaturgo y cuentista. Se dedica al periodismo como «medio de vida».

wig y a la ociosa vida de la abuela Petra, quien al bautizar la casa aquella mañana del año 55, colocando la última piedra a la vieja usanza, cayó de bruces a los pies de la terraza, víctima de una parálisis que a su edad le costó la vida días después en el hospital de Valparaíso.

—La casa es tuya —le dijo mi padre al tío la misma noche del entierro en el ancho jardín de La Machola, en donde descansaba también mi abuelo.

—No, no, no —le interrumpió el tío Helmut palmoteando las espaldas de su hermano—. La Machola es obra de Ludwig y Petra y no tengo derechos especiales sobre ella. Dirimamos —propuso finalmente con un guiño fraternal.

Subieron satisfechos al interior de la casa y esa misma noche, frente a los leños que ardían en la chimenea (estaban presentes mi madre y mi tía como testigos), los dos hermanos se trenzaron en un cachipún a la tercera que, según relató mi madre años después, produjo un resultado totalmente inesperado. En resumen, fue imposible llegar a nada. El desarrollo de la partida fue el siguiente:

Primera Jugada: Herman *papel* Helmut *tijera* = gana Helmut.

Segunda Jugada: Herman *piedra* Helmut *tijera* = gana Herman.

Tercera Jugada: Herman *tijera* Helmut *tijera* = empate (Helmut es muy terco con tijeras).

Cuarta Jugada: Herman *tijera* Helmut *papel* = gana Herman (Helmut pisó el palito).

Quinta Jugada: Herman *piedra* Helmut *papel* = gana Helmut.

Sexta Jugada: Herman *tijera* Helmut *tijera* = empate (Dos a dos el juego. Se aplica Ley de Moraga).

Séptima Jugada: Herman *tijera* Helmut *tijera* = empate.

(Se escuchan bostezos de mi madre y mi tía respectivamente.)

Novena, Décima, Onceava y Doceava Jugada: tijeras los dos.

(Herman y Helmut están tensos; sudan, crisan sus brazos tras las nuca.)

Treceava Jugada: Herman *papel* Helmut *papel* = ¡EMPATE!

(Herman y Helmut caen al piso doblados por las carcajadas.)

Mi tía y mi madre despiertan del letargo en que se hallan y procuran calmar a sus maridos. Los dos hombres se retuercen como chiquilines luego de una travesura. Pasan los minutos. Por un momento, las dos mujeres se suman a la hilaridad de sus esposos riendo de buena gana. Pasan los minutos. Ellas cesan de reír. El fuego de los leños tiende a disminuir dejando escapar hongos de humo. Helmut comienza a toser dificultosamente. Mi madre y mi tía se miran. Herman se orina en los pantalones y llora contoneando su cuerpo ahogado por la risa.

Su rostro comienza a dar muestras de asfixia, el color de la piel cianótica. Helmut intenta sacudirse del espasmo provocado por las contracciones del estómago. Mi madre y mi tía van de un lado a otro, alarmadas. Procuran calmarlos. Los leños casi consumidos por completo levantan una gruesa columna de humo que se filtra hacia la sala como el escape de una locomotora. Mi madre grita intentando llamar a su concuñada mientras aparta el humo a manotazos. Mi tía ha ido a la cocina y arrastra un balde con agua. Lo arroja sobre los leños. Error. La humareda es generalizada en toda la casa. Las dos mujeres retroceden respirando dificultosamente. A trastabillones alcanzan la puerta y la abren. El humo se disipa poco a poco. Inhalan aire de la noche generosa. Herman, mi padre, y Helmut, mi tío, fallecen en brazos de sus esposas minutos más tarde, sin haber alcanzado a dirimir la herencia de La Machola.)

Afortunadamente, cuatro días antes del trágico suceso, mi padre, a quien nunca en vida conocí, le susurró a mi madre en el lóbulo derecho antes de dormirse en la casa de Ñuñoa:

—Cosita, me dan ganas de hacerte cosquillas en la guatita.

Mi madre, persona gentil, comprendió en el acto y el camión de almidón fue a dar lejos sobre una silla.

Sin duda, tuve suerte.

Lejos de aterrorizarse por los acontecimientos, las dos viudas rechazaron el luto y Herman y Helmut fueron sepultados en sendas tumbas junto a Petra y Ludwig en el ancho jardín, que se llenaba ahora de cruces sin más mención sobre ellas que la brisa del mar retumbando contra los roqueríos, algunos metros más abajo.

—¿Cuándo partes? —preguntó emocionada mi madre muchos años después, cuando decidí visitar La Machola y recorrer yo mismo el lugar mil veces referido por ella y mi tía a lo largo de mi adolescencia.

Podía ser cualquier día.

Dejé mi dirección a Cecilia y a dos o tres amigos íntimos y luego partí una mañana lluviosa y helada. El autobús, que pasaba una vez al día por la carretera principal, me dejó a la hora del crepúsculo frente a un serpenteado camino de tierra por el cual anduve con la maleta a rastras hasta divisar el mar y por fin La Machola. Todo bien. No hay alumbrado eléctrico en las calles, y salvo una o dos luces a lo lejos, todo en los alrededores es silencio y oscuridad. Los árboles se mecen altos y majestuosos en la pradera que sube tras la casa. Ni un ruido. Un cielo lleno de estrellas ilumina el vasto océano y una luna gruesa vigila la noche como los dientes de un negro antes del asalto.

La casa estaba en perfecto estado. Las mesas y sillas de madera pulcramente barnizadas y bien distribuidas en el espacioso salón; la chimenea al fondo y el ventanal soberbio elevándose desde el piso hasta la marquesina del techo con el océano al frente. Un angosto pasillo conducía a las cuatro confortables habitaciones y noté una buena labor de mantenimiento por parte de mi madre y mi tía. Rendido, dejé

caer mi cuerpo en uno de los sillones de bambú y mimbre dando la cara al ventanal, hasta que, pacíficamente, los párpados se me cerraron con el murmullo del mar en mi costado. Al otro día visitaría el jardín.

Pasaron las semanas en un ambiente reposado y musical como pocas veces hubiese podido yo imaginar en aquel lugar. Ramón Escobar golpeaba la puerta de madera en las tardes, dos veces a la semana, y juntos bajábamos a cuidar del jardín.

—Este invierno las calles van a llorar. Acuérdesse —me dice un día alejándose hacia los cerros en donde vivía. Lo vi subir por el terroso camino hasta perder su compañía. Entré a la casa y frente a la chimenea dejé vagar los pensamientos mientras extraviaba mis ojos en el álbum de fotos familiares que mi madre había llevado junto con promesas de Cecilia para una futura visita.

Me detuve en las fotos más antiguas.

Foto 1: Ludwig y Petra en un simulacro de avioneta. El aparato es de cartón y atrás se ven los árboles de un parque, posiblemente el Cousiño de Santiago. Mi abuelo llevaba anteojeras para el viento y sonríe satisfecho, bastante divertido. Mi abuela parece burlarse de todo ello con una mueca frente a la cámara, mientras en la simulada cabina trasera mi padre y mi tío disputan una gorra de aviador entre sus manos.

Foto 2: Herman y Helmut cuando pequeños, vestidos de marineros, saborean cada uno su golosina.

Foto 3: Ludwig y Petra en mallas de baño. La vestimenta de Ludwig es una sola pieza desde las rodillas hasta los pulmones y dos tiras a modo de suspensores que atraviesan los hombros y se unen por la espalda. La malla de mi abuela muestra flecos en la cintura. Parece irritada.

Foto 4: Mi padre, mi madre, mi tío y mi tía en la bahía de Valparaíso. Curiosamente, Herman y Helmut están abrazados alegremente, mientras las dos mujeres sonríen hincadas a la manera de los futbolistas.

Foto 5: Ludwig y Petra apoyados en una gran roca en forma de volcán, su extremo superior como un cráter. Herman y Helmut parecen escalar dificultosamente sin llegar a la cima. Mi madre y mi tía sonríen desde la cumbre y parecen beber del cráter de la roca. Al fondo se ve el mar y la espuma de las olas elevándose sobre ellos. A decir por la luz, es el crepúsculo. Salvo mi madre y mi tía que parecen muy felices, tanto Ludwig y Petra como Herman y Helmut muestran signos de insatisfacción en sus rostros. El bastón de mi abuelo apunta hacia el extremo derecho. Instintivamente sigo la dirección indicada y al reverso de la fotografía leo: «Roca del Vino.»

En eso, golpean el ventanal y giro hacia él. Es Cecilia. Entra, dulce y fresca. Sólo por unos minutos, dice, ya que la esperan en Valparaíso. Charlamos amistosamente y luego de un paseo, entramos a casa. Antes de marcharse, hago notar a Cecilia el título del libro que lleva bajo su brazo. Entusiasmada, me pide que acepte escuchar algunos párrafos al azar. Su voz cae en la habitación singular y armoniosa. Como un anillo entra en el dedo de la novia, sus palabras transportan imágenes de oscuros recorridos mientras observo su bella cabecita inclinada en la lectura, y el recogido pelo castaño formando el caparazón de un animal libre y sentimental. Nos despedimos en lo alto de la escalera. Por la noche, despierto de súbito con el intenso ruido de olas golpeando contra las ventanas. Procuero recordar un sueño sin lograr detallar la anécdota. Un murmullo entonces, un leve resquebrajarse de tablas y pasos en la madera paralizan mi atención. Con la morbosa curiosidad del miedo, me pongo de pie y llego hasta el umbral de mi habitación. Con el oído atento escucho el mismo resquebrajarse de tablas y pasos en la terraza; ahora sí, bastante más pronunciados que al principio. Como un pájaro prepara su vuelo, me deslizo por el pasillo que conduce al comedor, el ventanal a la izquierda, la chimenea a la derecha. El murmullo persiste y decido alcanzar el vano del salón. Dirijo la mirada hacia los dos extremos y comprendo que el crujir viene desde el exterior. Ya menos cautelosamente abro la puerta y pongo mis pies en la terraza. El ruido llega desde la escalera y debo atravesar la terraza hasta encontrar el primer escalón. Llego hasta ella castañeteando los dientes. Mi mano se apoya en la baranda de madera. Bajo los peldaños hasta encontrarme en el ante jardín y pronto me veo en la calle marchando impávido hacia el mar iluminado como en un túnel los dientes de un negro triste. Escucho ahora el rugir de las olas en mi cuerpo y la brisa helándome los miembros. Por entre el filo de las rocas me deslizo paralelo al mar y su ronquido incesante. Ya no siento frío y el crujir de tablas y pasos es ahora melodía en mis oídos. Es la criada de mi abuelo Ludwig la que canta así; la trinitaria con lengua rosada y ochenta kilos en la voz que llora un blues lamentando su suerte con mi cuerpo en sus brazos; *You break my hearth*, canta Bony meneando la cabeza frente al negro océano, y el negro, su boca abierta en el agua, muerde con dientes blancos de espuma mi exasperado andar, y a cada paso cada roca es más filuda en los pies y precisa en la falda de Bony meciéndose como un consuelo, alzando y comprimiendo los labios, y escucho un crujir que viene del más allá de las campanas al fondo del túnel, cerrándose como una noche sobre las estrellas en su cielo o la boca abierta de un negro dolido... Abrí los ojos. Sudaba nerviosamente y atolondrado me sobrepuje buscando reconocer el lugar en donde me hallaba. Giré mi cuerpo hacia el mar, y allí, como un volcán de piedra, reconocí al instante la Roca del Vino emitiendo desde el fondo de su corpulencia un gutural sonido de olas golpeando el granito. Adiviné su forma de cráter

en la cima; a mi madre y mi tía sonriendo triunfalmente; a Herman y Helmut escalando sin éxito; a Petra y Ludwig a punto de hacerse presentes ante mis ojos emocionados.

Allí estaba, apuntándome con su bastón de caoba finamente tallado, mientras yo retrocedía reverenciando su presencia.

«Ludwig», dije entre labios, apenas un susurro.

«Ludwig, sí; y ella es Petra», respondió como un náufrago socorrido.

Tenía el cabello blanco y los lentes apoyados en la curvatura de la nariz.

«Salúdame», gruñó a su lado Petra, dirigiéndome una mirada autoritaria.

«Debes hacerlo», confirmó Ludwig, alzando penosamente los hombros.

«Pues, buenas noches abuela Petra», le dije inclinándome escandalosamente.

Me inspeccionó muy seria levantando su barbilla carnosa y de un empujón hizo que Ludwig cayera de bruces contra mi cuerpo.

«Vamos; ¡andando, holgazanes!», ordenó gesticulando con la mano hacia atrás en señal de aviso para que Herman y Helmut acabaran ya su infructuoso ascenso y le siguieran a ella con Ludwig y yo por delante.

«Vamos, vamos Gabriel. Camino a casa te explico», fue todo lo que dijo mi abuelo agarrándose afectuosamente de mi brazo mientras refunfuñaba sin mirar hacia atrás.

Entonces, atravesando el roquerío frente al mar y conducidos por Ludwig y su bastón de caoba como una linterna en la noche, llegamos al dudoso camino que ascendía hasta La Machola. Pasando su brazo por sobre mis hombros, doblado en dos, el abuelo no cesaba de confienciarme sus quejas más íntimas:

«Petra, esa señora arteriosclerótica; y Herman y Helmut, ese par de bobos eternamente imitándose», decía esforzándose por modular bien cada reproche, cuidando siempre de no ser escuchado por Petra que marchaba algunos pasos más atrás. Yo asentía procurándole un consuelo que a mis ojos de nada servía, ya que enseguida él volvía a insistir a modo de sentencia:

«No, no; Gabriel. Te digo: Petra es una tirana y los dos bobos un solo desastre. Quedas tú, Gabriel.»

Llegamos a casa y subimos las escaleras. Traspasamos la terraza y penetramos en el salón. Tomamos asiento de cara a la chimenea y Herman y Helmut cortaron leños disputándose el derecho a encender el fuego. El asunto fue dirimido por Petra quien, de un gruñido, hizo temblar a mi abuelo en su silla y mandó a los hermanos a estarse quietecitos. Mi padre y mi tío iniciaron un cachipún a la tercera en busca de una definición sosegada que no tuvo éxito, pero que sin embargo los mantuvo ocupados por el resto de la noche.

Los días transcurrían normalmente. Ramón Escobar llegaba por las tardes a ordenar las plantas del jardín, mientras las visitas de mi madre y mi tía se hacían de más en más esporádicas y Cecilia se contentaba con el envío de besos y cariños a cada oportunidad ofrecida. Por las noches, tomaba asiento de espaldas al ventanal y en un lento sopor de mar y olas cavilando en los oídos, me dejaba arrastrar con Ludwig y Petra al lado; Herman y Helmut ocupados eternamente en decidir con limpieza el encendido de la chimenea.

«Siempre lo mismo», se desalentaba Ludwig mirándolos en su torpeza.

Se enfrascaba entonces en largos relatos sobre su existencia, las dos absurdas colchonerías que sus hijos mantenían en la Avenida Independencia, una al lado de la otra; la de la derecha, Helmut; la de la izquierda, Herman; y el viejo se golpeaba la cabeza con la palma abierta y suspiraba en su silla con el bastón apuntando hacia Petra. Mi abuela volvía el rostro desdeñosamente y, cuando Ludwig se agitaba sobremanera, cerraba los puños a la altura de las costillas y contestaba rabiosamente:

«Malagradecido de tus hijos; ¡sin su dinero y trabajo jamás estarías sentado frente a esta chimenea!»

Mi abuelo bajaba el ceño refunfuñando para sus adentros e inclinándose, luego de una pausa, secreteaba al oído lo que a su parecer era el carácter femenino.

«Gabriel —me decía—, nosotros somos animales, pero las mujeres, hijo... las mujeres son primates», y enseguida relataba los amores de su juventud, la llegada a Chile en un barco alemán con una trinitaria conocida en un puerto del Caribe y de cómo le había ofrecido que le acompañase mientras ella le ponía la carne de gallina raspándole la piel con una pluma de gaviota sobre la espalda desnuda, en la alcoba del hotel Palomé, mientras allá abajo la orquesta sonaba y el abuelo contoneaba el cuerpo gracias al contacto etílico de la pluma sobre el vello rubio y juvenil.

«Bony era negra y cantaba en inglés. Cocinaba frijoles con arroz y plátanos fritos que olían a quemado», rememoraba Ludwig meneando la cabeza y columpiando el bastón sobre la rodilla.

Mas, cuando la pena consumía el rostro del viejo, me alejaba de la silla y volvía con un tablero de ajedrez que, sabía yo, habría de reanimar al abuelo. Retomábamos la charla luego de un silencio seguido de algunas miradas escrutadoras entre Ludwig y Petra.

«La conocí en el sur, Pitrufrquén o algo así», admitía espiando a Petra de refilón.

«Colonia Alemana», sentenciaba luego contrayendo los labios y alzando las débiles cejas de su rostro.

«Fue ella quien les propuso las colchonerías. Míralos ahora, hace meses que intentan decidir el asunto de los leños», y Ludwig bajaba los ojos, mirando satisfecho de encontrarse junto a mí.

Hacía guiños y nunca hablaba de mi madre ni de mi tía.

Una vez, sí lo hizo; y arrugó la nariz de tal forma que creí que los cristales de sus lentes saltarían como dos pejerreyes asustados. Aquella sola mención me conmovió, y al día siguiente revisé la fotografía en la que mi madre y mi tía sonríen en la cima de la Roca del Vino. Esa misma tarde, llegó Cecilia «sólo por unos minutos, para saludarte». La interrogué sobre sus vidas: mi madre atendía la colchonería de Herman mientras la tía hacía otro tanto con la de Helmut, mi tío.

—Tienen buena clientela, jamás se pelean a pesar de negociar una frente a la otra— me dijo Cecilia con irritación, pues me ocupaba escasamente de ella durante su visita.

—Bony —me dice a modo de adiós—, la anciana que le cocina a tu madre y a tu tía, se ofreció para venir a acompañarte. ¿Qué te parece? —y apartándose de mi abrazo en la terraza de La Machola se alejó sin regresar ni un beso.

Por la noche, Herman y Helmut, con sus pantalones estropeados y sucios, comienzan a darse de empujones. Petra alza amenazadoramente una gruesa correa y Herman y Helmut vuelven al cachipún. En eso, golpean la puerta. Extraviado, dudo entre levantarme y abrir o dejarme ir pensando que es una ilusión. La punta de caoba tocó mi pecho con golpecitos suaves y amistosos.

«Anda, Gabriel», dijo Ludwig con un ademán de cabeza hacia la puerta.

Es Bony; alta, gorda y arrugada. Hace ya tiempo que dejé la casa de Ñuñoa por la cual ella se deslizaba como una alfombra herida murmurando viejos temas en un inglés particular. Me abraza y yo hago otro tanto.

«Hello, Ludwig», le escucho decir mientras se adelanta hacia la chimenea.

Giro hacia ella y un vistoso cuadro se revela ante mis ojos atónitos. Herman y Helmut, aburridos, han tomado asiento con las piernas cruzadas frente a los leños sin encender. Petra los observa, altiva y ceremoniosa, desde la mecedora de mimbre. Un poco más atrás, las dos sillas. En la de la izquierda, Ludwig voltea su rostro con el bastón alzado jovialmente mientras Bony deja caer su equipaje al piso y sus gruesas caderas contoneándose felinamente se aproximan al viejo. Toma asiento a un lado del abuelo y acomodándose lo mejor que puede emite un suspiro original y profundo. Ludwig le sonríe caritativamente al tiempo que Bony apoya la negra cabeza en el hombro y canta cerrando sus ojos, mientras Ludwig sigue el ritmo oscilando contra el respaldo de la silla.

«Ya ves, Gabriel», le escucho decir.

Apoyado en el ventanal, de cara a su vejez de niño, observo sus mechones pálidos y desordenados junto al erizado cabello negro de Bony, y su voz parpadea más quejumbrosa que nunca. Adivino sus ojos tristes cerrándose, las manos achacosas sobre el mango de cao-

ba, los lentes buscando la punta de la nariz mientras la encorvada postura del cuerpo se proyecta en la lenta modulación de los labios titubeando hacia el techo o, en un esfuerzo final, hacia mi rostro.

«Ya ves, Gabriel» —repite Ludwig—, respira y recuerda; la chimenea, los leños sin encender, el hielo de mis piernas, los lobos, Petra y Bony en un barco alemán y luego el Sur hasta esta casa que hice construir porque hay barcos que a veces pasan en el mar y no sé qué más, porque los párpados se me fueron cayendo melosamente hasta tender mi cuerpo rendido a los pies del ventanal, con el mar en los oídos y la esforzada modulación de Ludwig con música de negros en la oreja, hasta que el sol creció en mi rostro y abrí los ojos; encandilado y molesto fui al baño y me lavé la cara y el cuerpo cogido en la torpe sensación de haber cabalgado en vano por el desierto durante largo tiempo. Luego salí y anduve dudando prolongadamente frente al mar.

Entonces fue que, por un momento, me vi rodeado de muertos.

Era ya de noche cuando regresé a casa. Subí las escaleras de madera y los tablones oxidados por la sal rechinaron a lo largo de toda su estructura. Una vez dentro, me detuve sobre el álbum y la fotografía de mi madre y mi tía en la cumbre de la Roca. Inspeccioné sus fisonomías, los rostros satisfechos, los labios apenas marcados de mi madre, imperceptiblemente abriéndose como un conjuro sobre el retrato inmóvil, su voz caprichosa y astuta advirtiéndome: «Colchonerías Herman», y luego mi tía, sus labios como tenazas susurrando «Colchonerías Helmut»; y Herman y Helmut resbalando mientras Petra clavaba sus marrones y fijos ojos en mí y Ludwig bisbiseaba algo así como un nombre, como una clave; algo así como tu madre se llama Melania y tu tía Mariana, o enciende los leños muchacho, hasta que eché a correr sin noción y con los pies en el barro me dejé caer sobre su puerta; y menos mal que la lluvia está bien fuerte, señor Gabriel, me dijo Ramón, turbado e indeciso, mientras veíamos el fuego desde los cerros como un fantasma ardiendo en la bóveda de una negra triste que cantaba junto al mar bajo la noche rigurosa.



KISS YOUR FAT

Los gatos alzados

(O «Vibraciones hacia Barrio Alto»)

JORGE ROSSI

Los días se sucedían grises uno tras otro.

Y fue en uno de esos días, durante una noche neblinosa y fría —cuando iba a dejar a Carlos— en que mató al gato. Salió corriendo de entre las sombras para precipitarse de bruces contra el parachoques. Sintió el golpe (sobre la cabeza del gato, seguramente), propagarse hasta sus manos en una temblorosa crispación mientras afirmaba el volante con fuerza. Por el espejo retrovisor alcanzó a ver cómo el gato se retorció en el aire culebreando en espasmos de agonía.

«Lo siento», dijo. «Pero iba demasiado rápido; no pude evitarlo.» Y siguió.

—Estamos en octubre y aún hace frío —dijo Elena—. Está raro el tiempo. No sé qué pasa. En otros años para esta época ya andaba con ropa de verano. Dicen que es por la radiactividad. Santiago está cubierto permanentemente por una capa de «smog» que contiene una fuerte carga de radioactividad. Es por las explosiones en el Pacífico, ¿sabes? Pienso que las Naciones Unidas o alguien debería intervenir. Si seguimos así algo va a pasar.

A la mañana siguiente, al doblar por la Rotonda, vio a otro gato muerto en la calle con la cabeza reventada y sumida en un charco de sangre.

Jorge Rossi es novelista y cuentista. Tiene una copiosa producción inédita. Trabaja como profesor en la Universidad de París (Villetaneuse).

Tuvo que hacer un viraje brusco para no aplastarlo. La cabeza, una masa sanguinolenta de entre la que sobresalía el pardo pelaje. «Si lo hubiera alcanzado a ver», recordó, «habría tratado de evitarlo». El momento exacto en que el gato atravesaba la calle con toda la elasticidad de su cuerpo aún con vida, la cabeza gacha, el cuerpo recto y seguro lanzado hacia adelante, los músculos tensos palpitando bajo la piel lustrosa. «¡Si hubiera podido evitarlo!»

Estuvo toda la mañana ordenando expedientes. Frente a su ventana asomaba otra ventana y entre ventana y ventana un trozo de atmósfera gris y lechosa que iba aclarándose a medida que transcurrían las horas. A las doce y media bajó para almorzar en el negocio de siempre. Mientras leía el periódico esperando que vinieran a atenderlo sintió el roce deslizarse por entre la franela de sus pantalones. Levantando la punta del mantel para ver: se encontró con los amarillos ojos que plácidamente se posaban sobre los suyos. Era una mirada lánguida y comunicativa. Con un movimiento brusco de sus piernas y con un «¡ahh!» sorpresivo ahuyentó al gato que salió corriendo del negocio para perderse en la calle. Frente a él estaba la empleada con la nota en alto y el lápiz listo esperando su pedido.

—¿Qué tiene para hoy día? —preguntó.

Antes de llegar a su casa, mientras esperaba frente al semáforo, vio a otro. Alguien lo había arrinconado contra la cuneta. Pero entre las luces del crepúsculo que ya decrecían pudo ver las manchas de sangre sobre el pavimento. ¡Luz verde! «Las siete y ya está oscuro», se dijo.

—No sé qué les pasa a los gatos —dijo Elena— Anoche aullaron toda la noche. ¿No los sentiste...? «¿Anoche...?» —Debe de ser la radioactividad— continuó Elena. Anoche tenía que apurarme o si no pronto las aguas me cubrirían. Ya lamían la plataforma por la que yo me deslizaba. «Tiene que atravesarla en cinco minutos», me habían dicho. Era «la orden». Miré mi reloj: los minutereros se había detenido, no sonaban. Por el horizonte se abatían alas espesas y ventrudos nubarrones negros oscilaban en el cielo; un viento huracanado se erizaba sobre el mar. Las turbulentas aguas culebreaban por entre mis piernas para ir a estrellarse con fuerza contra el muro. Succionando se retiraban en un reflujo de piedrecillas y gemidos. Enlazando mis tobillos, enraizándose a mis piernas, mi cintura, forcejeando contra ellas, hasta el pecho ahora, mis manos engarfiándose al vacío, pugnando por aferrarse a un punto. Aleteando. Y la corriente que me suspendía por encima del mar para abalanzarme contra el muro. Sentí la llamarada de sangre estallar sobre la frente y un sabor tibio y espeso empaparme la lengua... Entonces fue cuando vislumbré el resquicio, la escondida puerta, las aguas me condujeron hasta una pequeña playa. La mujer estaba de pie esperándome con un cuchillo apoyado en la mano. «Tómese a ese cordel», me ordenó con su voz seca y cascada. Luego echó

a andar, traqueteando. Yo iba detrás, semiagotado y enajenado por el cansancio. Nos introdujimos por corredores de viscosa piedra fugazmente iluminados por antorchas que se adosaban a los muros. Un vaho a humedad impregnaba la atmósfera. Oscilaban las corredizas llamas en el espacio nocturno. La mujer iba adelante haciendo repiquetear entre sus descarnadas manos un manojó de llaves. Llegamos a un portón salpicado de agrietaduras y la mujer, enarbolando una puntuda llave, introdujola en la cerradura. Rechinaron los goznes al abrirse las pesadas hojas. Alineadas junto a las murallas nos esperaban sendas hileras de viejas vestidas con sayas pardas que movían al unísono sus desdentadas bocas y cuyos labios decrépitos bisbiseaban un murmullo en sordina. De sus manos sarmentosas pendían luengos rosarios de cuentas negras y brillantes que los huesudos dedos reparaban ceremoniosamente. A medida que avanzábamos el murmurio fue convirtiéndose en letanía y finalmente en cántico triunfal. Resonaban las plañideras voces propagándose por las oquedades de los inmensos corredores... Se divisaba al fondo. Llegamos. El instrumento estaba preparado para el sacrificio; el filo de la guillotina refulgia en su bruñidez de plata. Tomándome de las manos me hicieron hincarme, la cabeza fuertemente retenida junto al dorsal. La cuchilla bajó de golpe y cercenó mi cuello; la cabeza salió rodando por la pendiente, describiendo convulsivas cabriolas en el aire, los desorbitados ojos vueltos mirándome angustiosamente, implorando mi ayuda. Partí corriendo tras ella sin importarme mi propia sangre que se iba deslizando por mi cuerpo a medida que avanzaba y la cabeza —mi propia cabeza— seguía rodando y rodando pendiente abajo. Los cánticos llenaban los espacios, el gozo exultante. «¿Anoche? No. Anoche no sentí nada. Anoche dormí toda la noche.»

—Sí, los gatos están extraños —continuó Elena—. Anoche aullaron toda la noche. Algo les pasa; no es normal. El período de celo ya pasó; es en agosto y estamos en octubre. Casi no parece primavera. ¿Será la radioactividad? Prefiero que no salga esta noche; hace demasiado frío y está lloviendo.

«Me comprometí a llevar este informe hoy día. La reunión es mañana temprano y yo no podré asistir. No me demoro nada; en media hora estaré de vuelta.» Y poniéndose la chaqueta tomó las llaves del auto. Encendió la calefacción, hacía frío. Fue un frenazo brusco e inusitado. El gato emergió de entre las sombras para ir a precipitarse contra el auto; alcanzó a frenar. Los focos lo inmovilizaron en un instante: estaba frente a él. Brillaron sus ojos de vidrio esmerilado en la oscuridad. Lo miraron un instante. Sintió esa mirada líquida y encendida, llegarle. Luego el gato atravesó corriendo la calle y se perdió en las sombras. Más allá detuvo el auto; le temblaban las manos. «Sería bueno que estirara un poco las piernas», se dijo. Estacionó a la sombra de un árbol bajándose del automóvil. Miró el cielo: plomizas sombras

se desplazaban en lo alto dejando ver una que otra estrella. Una sutil neblina —humedad más bien— pensó, se deslizaba por entre el follaje de los árboles. Hurgó entre sus bolsillos hasta encontrar fósforos. El fuego brilló en la noche como una inesperada luz. Apoyándose contra el tronco de un árbol comenzó a fumar pausadamente, aspirando el humo con intensidad, Miró la hora; eran cerca de las once. Sintió que algo se deslizaba por entre sus piernas. Bajó la vista y se encontró con las encendidas pupilas que lo miraban tranquilamente. Salió corriendo y se subió al auto.

El campanilleo del reloj despertador lo sacó del sueño. Abrió los ojos: una claridad difusa se colaba por entre los intersticios de las persianas. Elena dormía tranquilamente a su lado; alargó la mano para acariciarle el cabello; ella como que rezongó queriendo despertarse. Apartando la ropa de un salto se bajó de la cama; abrió la ventana. Lo vio echado al pie de la cama mirándolo con sus ojos de un fulgor líquido. No atinó a hacer nada; se quedó inmovilizado sobre el piso. El gato de un salto trepó a la ventana y huyó por los tejados. «Sin hacer el más mínimo ruido», pensó. Elena despertaba. «¿Qué haces asomado a la ventana?», preguntó. «Nada. Quería ver si había sol. Pero no hay.»

—Este tiempo está terrible —decía Elena mientras hacía crujir entre sus dientes las tostadas con mantequilla—. Está cargante, ya no lo soporto. Estoy pensando en irme a la playa por unos días. Con Gigitte. Ayer la llamé por teléfono y está de acuerdo. Partiríamos el viernes.

—¿Por cuánto tiempo?

—No lo sé. Tal vez una semana. ¿Te importa?

—No, no te preocupes. Total, almuerzo en el centro y en la noche me hago un sandwich.

—Quiero ver la primavera —continuó Elena—, las flores; ver un trozo de cielo azul. ¡Nunca había pasado lo de este año! ¡En octubre y sin sol! Iremos en el auto de Gigitte.

Al ir a subir al ascensor tropezó con un gato que se le entrecruzó por entre las piernas y siguió por el pasillo y al abrir la puerta de la oficina, otro gato saltó del escritorio escapando por la ventana. Tocando el timbre, llamó a Paulina. «¿Paulina?, ¿no ha notado nada extraño con los gatos? Andan por todas partes. Ahora mismo había uno echado encima del escritorio». «Es la época, señor. Andan alzados. No se preocupe, es normal, pasa todos los años.» «Muy bien. Preocúpese de decirle a Domínguez que tenga cuidado de cerrar bien las ventanas. Puede retirarse.»

Abrió el periódico: «Manada de gatos hambrientos asalta almacén de comestibles.» Lo golpeó la noticia. «En sector apartado de Santiago sucedió el hecho. Se cree que las causas son el abandono que

de ellos han hecho algunos pobladores. Los gatos se habrían refugiado en unas construcciones abandonadas aumentando de esta manera en forma considerable su descendencia. Se los ha visto en la noche salir en grupos a buscar comida. La situación hizo crisis cuando a plena luz del día se atrevieron a asaltar la rotisería ubicada en «Avenida Estrella esquina de Capitán Alvarado.» El hecho produjo desconcierto y pánico entre los clientes que se encontraban comprando. El dueño trató de ahuyentarlos, pero fue agredido por varios animales, resultando con magulladuras en la cara y varios mordiscos en el brazo derecho. Tuvo que ser llevado de inmediato a la posta más cercana. Después llegó «carabineros», pero no pudieron hacer nada pues los gatos ya se habían dispersado. Actuaron —según la opinión de algunos vecinos— en forma organizada y veloz. Hasta se creyó ver a un gato que hacía las veces de jefe y al cual todos obedecían. Todo el asunto en cuestión fue sumamente rápido y desconcertante, no durando más de cinco minutos. Carabineros hizo una lista de los daños ocasionados al negocio y prometió hacer la denuncia correspondiente a la Municipalidad para que se tomen las medidas del caso.»

A la mañana siguiente, después de ducharse con rapidez y sin terminar de tomarse el café, bajó a la calle. Paró en el primer kiosco de diarios que encontró y compró un periódico: «Horda de gatos familiares asalta Supermercado.» «El extraño hecho sucedió casi al anochecer cuando estaban a punto de cerrar el negocio encontrándose éste todavía repleto de gente. Las bestias se repartieron estratégicamente por los puntos donde se encuentran los alimentos fiambres —especialmente carnes— llevándose gran cantidad de ellos. Un empleado que trató de hacerles frente resultó con mordeduras de gravedad en la cara teniendo que ser internado inmediatamente con diagnóstico reservado. En el negocio se produjo el pánico siendo imposible controlar el orden. Los clientes —en su mayoría señoras y niños— se atropellaron y golpearon en su desesperación por salir, a raíz de lo cual muchas personas resultaron con contusiones leves. En el atropello por salir se produjeron incidentes de toda especie, como ser volcamiento de mercaderías con el consiguiente destrozo y quiebre de lozas y cristales. La sección menaje resultó ser la más afectada. Los daños ascienden a varios miles de escudos. El dueño del establecimiento ha hecho declaraciones al respecto y opina que el Seguro debe hacerse cargo de la situación. Consultado el abogado de la compañía aseguradora, éste emitió un juicio negativo pues, dijo, hechos de esta naturaleza no están contemplados en los estatutos de la compañía.

»La ciudadanía empieza a alarmarse; es el segundo hecho de esta naturaleza que se registra en menos de una semana. Se supone que las Autoridades respectivas tomarán las medidas del caso. Hasta el momento, las invasiones han tenido lugar en sectores periféricos, pero se teme un desplazamiento de las hordas hacia otros sectores. Como he-

cho curioso se señala que no atacan nunca solos. Lo hacen siempre en grupos de no menos de a seis.»

Llegó a la oficina sin poder concentrarse en su trabajo. Apretando el timbre llamó a su secretaria y le dio orden de comprar varios periódicos. Todos coincidían en la noticia diciendo más o menos lo mismo. El hecho era inexplicable. Los animales actuaban con una velocidad increíble y con un sentido innato de organización que desconcertaba a todos los expertos. Un periodista estudiaba el caso tratando de recomendar varias posibilidades tácticas frente al ataque. Se hacía imprescindible tomar medidas de seguridad. Por de pronto, no llevar niños a lugares donde vendieran comestibles relacionados con cecinas o alimentos fiambres. Lo que dificultaba la defensa era la facilidad que tenían para escabullirse aún por los lugares más increíbles. Se contaba el caso de un gato que dando un salto fabuloso había logrado encaramarse a una muralla de por lo menos diez metros de altura y de ahí saltar a la calle. Lo terrible es que «los gatos tienen siete vidas», agregaba un chistoso, pero la gravedad de los acontecimientos no se prestaba para bromas y el humorista había sido censurado con una mirada de glacial reproche.

La mañana se le fue sin saber cómo. Miraba el montón de expedientes acumulados encima de su escritorio sin decidirse a tomar uno. Levantándose de su silla se acercó a la ventana: abajo la ciudad palpataba en un mar ululante de gente. En las ventanas de enfrente veía personas reclinadas sobre sus escritorios, algunas tecleando a máquina, otras, como él, ordenando papeles. Volvió a su escritorio. Sabía que no iba a poder trabajar. Llamando a su secretaria le dio instrucciones diciéndole que volvería después del almuerzo. «Tengo que ir al banco a arreglar un asunto. Si no llego temprano, no se preocupe. Tal vez me demore un poco.» Y ajustándose la corbata, salió de la oficina. «Hoy es jueves, mañana viernes; en la tarde podría irme a la playa», pensó. «Será una sorpresa para Lena. Ni se lo espera.» Antes de entrar al restaurante, hurgó en su bolsillo para depositar una limosna en el hueco de la mano que le alargaba un pordiosero. «Felices ellos que no ven», se dijo casi en voz alta extrañándose al mismo tiempo de su pensamiento. «Un pisco sour con bastante hielo para empezar, por favor.»

Todo sucedió en forma veloz e inesperada. El gato saltó del asiento trasero y se le lanzó al cuello. Sin saber cómo lo agarró del pelaje lanzándolo por la ventanilla del auto. El gato trató de aferrarse a su brazo, pero finalmente cayó al pavimento. Alcanzó a frenar en seco antes de chocar con el auto que venía en dirección contraria. La sangre empezó a brotar a borbotones de su mano izquierda ensuciándole el pantalón. Tenía rasguños en la cara y cuello. Se arremolinó la gente y varios autos se detuvieron. Alguien le vendó la mano con un pañuelo y le daba recomendaciones. Le temblaba la mandíbula y no podía hablar;

trató de emitir algunos sonidos pero las palabras se estrangulaban en su garganta en un balbuceo inconexo. Hasta que vio que entre la gente se abría paso un carabinero y después de preguntarle lo sucedido le recomendaba que fuera a curarse la mano. Le dio las gracias y se fue. Llegó a su casa y empapándose la mano en alcohol se dio cuenta de que las heridas eran más bien superficiales; le escocían, sin embargo. Encendió la radio; necesitaba tranquilizarse. «Y si me fuera a la playa mañana en la mañana», pensó. «Esta noche lo decidiré.» Las noticias eran alarmantes. En varios puntos de la ciudad se sabía de ataques de gatos. Y ya no solamente a lugares de comida sino también a personas aisladas. Las autoridades estaban seriamente alarmadas y recomendaban varias medidas de precaución. Se hacía hincapié en dormir con todas las ventanas cerradas y sobre todo en tener sumo cuidado con los niños. En un departamento las bestias habían atacado a una guagua. La madre la había dejado sola y al volver se había encontrado con una masa sanguinolenta... Habían entrado por el balcón. Estaba medio trastornada, siendo necesario internarla inmediatamente. Lo extraño es que los ataques se reducían sólo a ciertas áreas de la ciudad. Los sectores marginales no habían tenido problemas. Se atacaba siempre en grandes centros comerciales, edificios de departamentos o casas particulares. Alguien había recomendado la posibilidad de usar bombas lacrimógenas, pero como los ataques eran sorpresivos y las bestias podían escabullirse con tanta rapidez, éstas resultarían ineficaces. Se estaba estudiando la posibilidad de utilizar otro tipo de bombas que les produjese una paralización o muerte inmediata. Pero esta solución también presentaba sus inconvenientes, pues la dosis de contaminación venenosa que contendrían dichas bombas afectaría seriamente a las personas y más aún, dejaría inservibles a los alimentos.

Después de asegurarse que todas las puertas y ventanas de la casa estaban bien cerradas, se aventuró a acostarse. Pero no podía dormir. A cada rato se levantaba a registrar las dependencias. Intentó leer, pero tampoco pudo. «¡Si tan sólo hubiera podido evitarlo!», recordó. «Aunque tal vez hubiera podido», pensó. Una vez había matado a un gato en la carretera yendo hacia el sur... Y otra cuando estaba aprendiendo a manejar. Y otra vez cuando... Recordó la mano del mendigo pidiéndole una limosna. Todos los días ese mendigo... ¿Era hombre o mujer? Apenas recordaba la expresión de su cara, la voz pedigüeña. Se ponía justo ahí, a la entrada del restaurante. Nunca le había llamado la atención hasta ahora. ¡Había tantos limosneros en la ciudad! Y sobre todo en el centro. Pero en general él era reacio a dar limosnas. Instintivamente le molestaba esa caterva de mendigos que exponían a la vía pública sus miserias y podredumbres. Se iría a la playa en la mañana, tipo diez; llegaría justo a la hora del almuerzo. Ahora le estaba empezando a dar hambre y recordó que en la casa no había nada

para comer. «Debe de haber alguna conserva», se dijo; pero ante la idea de tener que abrir el tarro desistió de la idea. Empezaba a sentir sueño.

Pensaba dejar ordenados algunos papeles en su oficina y después partiría inmediatamente a la playa. Antes de bajar a echar andar el auto, abrió la caja de fondos asegurándose la pistola en su bolsillo. «Por si acaso», pensó. Las calles se encontraban vacías; era más temprano que de costumbre. «Tomaré desayuno en ese negocio», se dijo de improviso parando el auto. «El café y un buen sandwich me reconfortarán.» Estaba comiéndose el sandwich cuando irrumpió la manada de gatos. Saltaron atropellándose sobre el mostrador y empezaron a disputarse los comestibles. Las empleadas huyeron despavoridas profiriendo chillidos de espanto. El trató de huir encontrándose con la puerta bloqueada por una multitud de gatos que no cesaban de entrar. Dando un salto trepó a una mesa y de ahí pasó a la cocina y viendo una puerta abierta, desembocó en la calle. Alcanzó a subirse al auto en el momento exacto en que otros grupos venían doblando la esquina. Lo curioso es que los gatos marchaban acompasadamente, sin prisa, en un orden simétrico. Pasaron por su lado sin siquiera mirarlo. Buscaban los negocios. De todas partes brotaban revalando calles y veredas. Dos autos que se encontraban delante de él se habían detenido sin saber sus conductores a qué atenerse. No se escuchaba un ruido; sólo esa procesión negra y oleosa de cabezas gachas invadiendo los espacios. El día se anunciaba de un color pardo ceniciento. Se decidió a hacer andar el auto. Lentamente al principio, más rápido luego. Aplastó a uno. El aullido rasgó el silencio. Al momento todos se pusieron a gritar. Algunos saltaron subiéndose al techo del auto. En su desesperación, aceleró. Sólo sentía que las ruedas iban entrechocando con una masas blanduzcas, tiñendo de rojo el asfalto a medida que avanzaba. Aceleró más y más. Dos gatos habían logrado mantenerse encima del capó tratando de arañar el limpiaparabrisas. Vio que tenía el camino libre. Aceleró a fondo; luego frenó bruscamente lanzando al aire a los gatos. Después continuó. Llegó a su casa y bajándose apresuradamente del auto se metió a la casa. Trancó puertas y ventanas. Encendió la radio: las noticias eran alarmantes. Toda la ciudad se encontraba invadida por hordas de gatos que sembraban el pánico entre la población. Había varias personas muertas. El comercio estaba cerrado. No se sabía a qué cantidad llegaba el número de bestias, pero se suponía que eran millones. Lo extraño es que las fuerzas estaban controladas solamente en algunos sectores de la ciudad. Ultimamente las jaurías se había desplazado hacia el barrio residencial. Apagó la radio. Entró al baño y sacándose la ropa se metió bajo la ducha helada. Después se fue a la cocina y abrió el refrigerador. Tenía la boca seca; casi no quedaba nada. Miro la despensa. «Tengo comida como para una semana», se dijo. Pero inmediatamente se sonrió. «¡No es

para tanto! ¡Esto tiene que pasar! ¡Las autoridades ya habrán tomado las medidas del caso!» Se le vino a la mente la jauría avanzando por las calles como un río de cabezas desbordadas. «Yo no quise matarlo», recordó. «Pero no pude evitarlo.» Ni tampoco esa vez. Ni la otra. Y la otra, allá en la carretera. Pero no sentía hambre. «¡Si al menos Lena estuviera aquí!» , gimoteó.

En la noche comenzaron a llegar. Frotando sus cuerpos suaves contra los vidrios de la ventana, mirando hacia adentro con sus pupilas fosforescentes como dos brasas chisporroteando. No se atrevió a bajar las persianas. Apagó las luces. Pero los ojos brillaban aún más en la oscuridad. Como dos pequeñas luces amarillas que se iluminaran con fuego propio. Arrojándose en una manta, prefirió quedarse en el living intentando dormir. Pero ahí estaban, mudos, echados sobre el alféizar de la ventana, enroscando sus cuerpos mórbidos entre las rejas, mirándolo, la huesosa mano del mendigo estirándose para recibir la limosna, la cabeza reventada y sumida en un charco de sangre; su propia cabeza rodando y rodando pendiente abajo mientras describía grotescas cabriolas en el aire mirándolo con ojos implorantes a él, que estaba tendido sin poder hacer nada. Se palpó el bolsillo del pantalón: aún tenía la pistola. Al primero que entrara lo acribillaba. Pero se dio cuenta de que eran muchos y él disponía solamente de seis balas. Incorporándose de un salto empezó a disparar contra la ventana. Los gatos no se movieron; a ninguno le había dado. Seguían mirándolo, inmutables. Los vidrios se había roto y se percató de que ahora podrían entrar. Se acercó un poco más, enfrentándolos. Pero los gatos siguieron quietos y silenciosos, sin moverse. Sabía que le quedaban dos balas. Abriendo la boca introdujo el cañón hasta sentir que la punta le raspaba la garganta. Entonces disparó. De la boca saltó un chorro de sangre mientras su cuerpo se desplomaba sobre la alfombra, la cabeza sumida en un charco de sangre.

No alcanzó a ver cómo los gatos saltaban ágilmente de la ventana a la calle y se perdían en la oscuridad de la noche.



RADOMIRO SPOTORNO

La fuerza del cine chileno de Chile

Conversación con Pablo Perelman

Pedro, fotógrafo de profesión, contempla materiales fílmicos en los que aparecen rostros, carteles, banderas: son manifestaciones callejeras del período de Allende. Después revisa materiales aún más antiguos, fotografías y películas de aficionado donde se repite el rostro de un niño que sonríe y corre, o de un muchacho que mira pensativo a la cámara. Son la misma persona. Es el hermano de Pedro, detenido y desaparecido.

Las imágenes le imponen su misterio, todo aquello parece significar algo, pero Pedro no sabe claramente qué. La voz de su mujer, cariñosa pero imperativa, le devuelve al Santiago de Chile contemporáneo, le instala en su hogar, en su trabajo alimenticio. Pero toda esa realidad estará irremediablemente corroída para Pedro mientras no inicie un viaje interno y externo que ilumine el misterio angustiante.

Es «Imagen Latente», la película de Pablo Perelman que se proyectó en el 36 Festival Internacional de Cine de San Sebastián y que fue prohibida por el Con-

sejo de Calificación Cinematográfica de Chile. Le pregunto por el efecto de la censura sobre «Imagen Latente»¹.

— Bueno, el primer efecto fue una gran publicidad. Sin embargo yo lamento que hayan transformado en un acto puramente político lo que debe ser percibido, en primer lugar, como lo que es: una película. Esta decisión de la censura pone dificultades al público chileno para que aprecie las características cinematográficas y las intenciones artísticas de la película. Yo esperaba que se produjera polémica. Es decir darle al arte lo que es su papel específico. Cortarla de una vez por todas con suponer que el arte es la política pero «en bonito», o que es la publicidad política. Creo que el arte sencillamente es otra cosa. No es que reemplace o sea mejor o peor, sino que es una cosa distinta a la acción política.

Pienso que *Imagen Latente* tiene elementos muy polémicos en relación a las ideas matrices que mueven a la izquierda chilena. Siendo producto, de alguna manera, de la izquierda chilena, se mue-

Radomiro Spotorno es poeta y escritor, autor de *Jaula de papel* (poemas) y del reciente *Glosario del amor chileno*. Vive en Madrid.

Pablo Perelman (1948) estudió cine en el Instituto de Bruselas, Bélgica. Fue asistente de dirección de Miguel Littin en *La tierra prometida* y codirector, con Silvio Caiozzi, de *A la sombra del sol*. *Imagen Latente* es su primer largometraje.

¹ La ficha técnica de *Imagen Latente* es la siguiente: Dirección y Guión: Pablo Perelman. Producción: Freddy Ramsy para Colectivo ICTUS. Fotografía: Beltrán García. Música: Jaime de Aguirre. Duración: 92 minutos. Intérpretes: Bastián Bodenhöfer, María Izquierdo, Elena Muñoz y Gonzalo Robles. Sinopsis: Pedro, fotógrafo, se enfrenta al recuerdo de su hermano detenido y desaparecido y ese recuerdo conmueve todo su universo íntimo y social.

ve por otros territorios. Perturba, cuestiona, molesta, contradice. Mi idea es que lleve a la reflexión, a la superación íntima, vía reflexión, conversación, etc., de los traumas y las trancas personales, de los desconocimientos que separan a la sociedad chilena.

Tal era mi propósito, pero censurándolo la transformaron en parte de lo que era, al convertirla en un acto político. De modo que al ser inevitablemente conocida en forma semi-legal, mediante los videos, que hoy proliferan en Chile, tanto la película como el hecho de verla se constituyen en acto político, de desaffo al régimen.

Todo esto molesta un poco, yo hubiera querido más para ella, pero por otro lado me satisface porque la película también es un aporte a la empresa común de deshacerse de la dictadura.

—*Veo esta prohibición de la censura como un reconocimiento negativo, una especie de antirreconocimiento, pero reconocimiento al fin de que la película tiene la fuerza para perturbar hasta tal punto de que están dispuestos a prohibirla. ¿Ha habido otras películas prohibidas que se hayan hecho en Chile?*

—Ha habido. *Caliche sangriento* estuvo prohibida durante un tiempo. Pero eso fue con la democracia. Creo que de las películas hechas en Chile *Imagen Latente* es la única que ha sido prohibida durante la dictadura. Pensábamos que iba a pasar, porque el costo de la prohibición era mucho más alto que dejar que la vieran unas cuantas decenas de miles de personas, constituyendo el hecho aislado que solían ser las películas chilenas. ¿Y entonces por qué la prohibieron? En primer término, creo, porque sencillamente tenían la posibilidad de prohibirla, ya que lo que se dice en la película se dice a cada rato en la prensa democrática, o en el teatro, o la radio. Pero para esos medios no existe hoy la censura previa, que sí existe para el cine. Es decir, teniendo la posibilidad de prohibir, ellos la usan. No pueden resistirlo.

También hay que considerar que es una censura por el «sí». Ellos han hecho denodados esfuerzos para mantener fuera de la polémica nacional el problema de los desaparecidos.

Si a esto sumamos el éxito que ha te-

nido la película chilena *Susi*, primera taquilla individual en Santiago durante dos meses, en la misma época en que presentamos *Imagen Latente* a la censura, es de suponer que este éxito les llevó a pensar que si la dejaban pasar, corrían el riesgo de que fuera mucha gente a verla, porque a mucha gente le está gustando el cine chileno.

De pronto le tienen miedo al cine. Eso no pasaba antes. La efectividad del cine, comparada por ejemplo con la de la tele, era ínfima. Así ha sido durante todos estos años. Pero eso está cambiando, el cine empieza a tener importancia. Creo que eso forma parte de una serie de procedimientos de liberación que está poniendo en marcha la gente de Chile, la gente común y corriente. Es decir, sacarse de encima la dictadura, entre otras cosas, pero también sacarse la televisión, no creerle nada de lo que dice...

En el resto del mundo tal vez no sean muy grandes las audiencias posibles para películas latinoamericanas como *Imagen Latente* u otras que andan dando vueltas, pero producen un gran interés, mucha expectación y sorpresa, en distintos públicos, muy extranjeros unos y muy cercanos otros. Creo que hay una cierta frescura en el tratamiento, en la honestidad, en trabajar la duda, el escepticismo, en trabajar la verdad humana a través de la debilidad. Está apareciendo un impulso hacia el no estereotipo, hacia la indagación, hacia la inmersión en el ser humano. El cine latinoamericano tuvo una tendencia a la épica, al estereotipo, al panfleto o la diversión fácil. Creo que hoy apuntan nuevos aires en varios de los cineastas latinoamericanos contemporáneos.

—*Yo sentí tu película como una «obra existencial», por hacer un parangón con las corrientes literarias. Aunque es mi propio «rollo», creo que hay una tendencia chilena, cuyo representante más alto fue Manuel Rojas y algún otro, no terminó nunca de cuajar como corriente, porque apareció como una aplanadora el «realismo mágico» del que ya estamos un poco empachados. A esta tendencia se la ha llamado corriente existencial, emparentándola con el existencialismo sartreano, Camus et al. Creo percibir que algo de eso está reapareciendo. En tu pe-*

licula el protagonista busca dentro de sí, indaga como en una introspección sacudida por el entorno, por el caos de la dictadura.

—Creo que ése es un camino muy interesante para la cinematografía chilena. El cine, en general, ha desarrollado no sólo recursos tecnológicos sino que se ha vuelto también capaz de decir cosas muy profundas, muy precisas, muy finas. Y ese desarrollo de sus recursos expresivos no guarda relación con el dinero con que se cuenta ni con lo que se gasta en efectos especiales. Es el tiempo, es cultura, es un medio que ya está llegando a su madurez y que es capaz de decir cosas tan finas como la literatura o la poesía.

—Quizás te parecerá reduccionista, pero creo que en toda obra narrativa, novela o película, hay una idea germinativa, un núcleo. No estoy preguntando de qué se trata la película, ya la vi en Madrid y la volveré a ver mañana. Pero quiero que me digas si hay una idea en torno a la cual empieza a germinar todo lo otro. Digamos una metáfora central. ¿La hay o yo estoy loco?

—Sí la hay, pero me es muy difícil responderte. Ante una pregunta tan esencial como ésa yo sólo puedo contestar que la metáfora central es la película. Lo que no puedo verbalizar es precisamente eso que tú preguntas. Tal vez si lo pudiera verbalizar no habría hecho la película.

Ahora, «eso» anda más o menos por el lado de la idea de que la represión tiene un destinatario, que es la víctima directa, el torturado, el muerto, el desaparecido. Pero todos los demás somos reprimidos indirectos. Y de alguna manera estas víctimas indirectas, los demás, se convierten en una suerte de «repetidores», de amplificadores de la represión.

El propósito de la represión, como se sabe, es inmovilizar, asustar, enfermar la relación, tanto de la gente entre sí como de cada uno con la sociedad y la política.

«Eso», expresado de manera reduccionista, tal como tú lo dijiste, es hablar de la condición de la víctima indirecta, y también de la condición de cómplice de la represión que puede adquirir la víctima indirecta si no piensa, si no lucha

contra los efectos, si no llega a entender cómo funciona la represión... eso... plantear un camino ejemplar hacia la liberación de la condición de víctima de la represión...

—Respecto a las viejas polémicas del cine latinoamericano, del cine pobre, etc., yo sentí en tu película un impulso hacia la perfección técnica, una responsabilidad con el medio técnico, con el cuidado de la forma...

—A mí me encanta el cine, me encanta como medio. Tengo experiencia como montajista. A la gente que trabajó conmigo le encanta también el cine y usan su experiencia. No tendría que extrañarnos que haya una búsqueda, con los elementos que contamos, de la perfección técnica.

Lo que hablábamos respecto de los recursos del cine para decir cosas con gran profundidad, esos recursos tienen que ver con la técnica, con saber usar el medio, obviamente.

Por otra parte creo que vale la pena apuntar que desde el pasado Festival de La Habana algo está llamando la atención de la gente interesada por el cine latinoamericano: hay una fuerza en el cine hecho en Chile que se ve venir. No solo la película nuestra, sino, por ejemplo, la de Ignacio Agüero, el documental *Cien niños esperando un tren*, o el último trabajo de Juan Carlos Bustamante, el último documental de Claudio Sapiaín, o la película de Leo Kocking, *Estación del Regreso* y otros trabajos. Hay un fenómeno relativamente coherente que llama la atención y que por ser un sistema en evolución por ahora es difícil de caracterizar. Pero se percibe su fuerza: es un grupo que no está marcando el paso, sino que va, va con mucha decisión hacia alguna parte.

Aunque esto, visto con cierta distancia, no es ninguna novedad. Estamos por salir de una dictadura. Llevamos quince años aislados rumiando para nuestros adentros todo lo que quisiéramos expresar. Siempre pasa que después de estos períodos hay una explosión importante, distinta, nueva y fuerte.

—Para terminar, tengo la impresión de que todos los que trabajan en cine en Chile, productores, directores, actores, técnicos, tienen entre ustedes una onda muy rica. Siempre hablan muy bien los

unos de los otros, con mucho respeto y cariño. Los siento además ayudándose mucho mutuamente. Casi podríamos decir que hay una suerte de «tendencia afectiva».

— Sí. Nos queremos mucho. Y eso es relativamente nuevo. Tal vez tenga que ver con un crecimiento conjunto. *Imagen Latente* es un ejemplo perfecto de una intensa ayuda mutua. La película la hace el colectivo. Si no fuera por las 140 personas que aparecen nombradas en los créditos finales, jamás se habría hecho la película.

Eso también se expresa en el trabajo

que se está haciendo para la tele con ocasión del plebiscito*. Yo no he podido participar plenamente. Pero por lo que alcancé a ver y lo que me cuenta la gente que viene, pienso que es lo mismo de lo que estamos hablando. Todo el mundo ha trabajado feliz y en conjunto por hacer unos buenos quince minutos al día, que creo que han sido muy importantes. Ha sido una cantidad de trabajo feroz que demanda mucha energía al medio. Pero siempre contentos, felices de ver que las cosas resultan y que somos capaces de trabajar, de hacer cosas en conjunto.

* La entrevista como es fácil advertir, se realizó antes de la realización del plebiscito del 5 de octubre.

PABLO HUNEEUS

La pichanga del progreso

Acá en Calbuco, hay mucho de eso que llaman progreso. El cura pintó la iglesia amarilla, el alcalde pavimentó el camino, el carabinero de la plaza sacó metralleta y al emporio de misía Eloísa llegaron medias *Leggs*. Pusieron una antena repetidora para que además de la concientización de Televisión Nacional se vea la propaganda del Trece, hay 33 industrias pesqueras nuevas y pronto del aeropuerto «El Tepual», a cuarenta minutos de aquí, saldrá un vuelo directo a Estados Unidos con las toneladas de merluza fresca, locos en conserva y cholgas en aceite que exportan a diario, todo lo cual produce mucho dólar y atrae mucho japonés. No sé para quién los dólares, porque la gente acá anda con sus pesos de siempre.

También se ven buses cargados con mujeres del campo que acarrear para

pelar pescado en las industrias, y las viejas puntudas se quejan de que no encuentran empleadas.

En todo caso, esta racha de avances me tenía sin cuidado porque mi casa está en la isla Chidhuapi, a media hora en lancha de Calbuco. Como es isla yo estaba muy confiado en que jamás llegaría la plaga porque el progreso anda en automóvil. Habiendo autos —ojalá caros— es progreso, sin autos es atraso, y como detesto los vehículos motorizados y sus derivados (buses, garages, smog) estaba feliz rodeado del mar que tranquilo mantiene a raya la modernidad. Entonces apareció la pesquera N.º 34, y no encontrando hueco en Calbuco mismo, ha decidido instalar una planta faenadora en el terreno de la cancha de fútbol de la isla.

Este complejo deportivo, como le di-

Pablo Huneus es escritor y sociólogo.

cen ahora a las canchas, se hizo durante la recesión, cuando la juventud que nadie quería en ninguna parte (ahora se la pelean en las pesquerías) no teniendo trabajo ni plata para alcoholizarse, se dedicó al bien común. A un costado del cementerio viejo, donde estaba la capilla que se quemó la noche de San Juan, se pusieron a hacer la soñada cancha en terreno comunitario. Era importante que fuera en terreno de nadie porque así ningún particular, aduciendo ser propietario, la convertiría en meigas de ajo o sembrado de papas, como ocurrió con la cancha de arriba.

Eran los tiempos del PEM, y a punta de picota y músculo la selección de fútbol de la isla, sus aspirantes y «old boys», juntos con los del rival equipo «21», limpiaron el monte para hacer una cancha de tamaño reglamentario, sembrada de pasto, con sus arcos y líneas. Las mujeres, por su parte, daban el apoyo logístico —pan amasado y cazuela— indispensable para mantener el ánimo bajo la lluvia. Para su inauguración cierto escritor llevó camisetas nuevas para la selección, las que en forma gloriosa golearon 5 a 2 al equipo visitante de Rahue, que apenas se podía tener en pie después del regadísimo curanto que se les sirvió en cuanto desembarcaron.

Rahue es un barrio popular de Osorno y como ocurre en muchas comunidades del sur, una vez al año se organiza un paseo a otra localidad amiga. Es el verano del pobre, y en esa oportunidad llegaron con el equipo de primera, el juvenil y el «femenino». Las damas futbolistas de Rahue, de muy buena preparación física, derrotaron al «femenino» local en un partido sumamente atractivo. La Nena Cárcamo, que ahora maneja una camioneta fletada en Calbuco, fue la arquera encargada de atajar los goles del encuentro y las hermanas Velásquez jugaron en la delantera. Los equipos femeninos de fútbol son otra de las modernizaciones sureñas que paradójicamente acaece en el campo, donde ha habido más apego a las viejas tradiciones patriarcales. Hasta hace poco la mujer servía la comida sin sentarse a la mesa ni participar de la conversación, hablaba sólo cuando le dirigían la palabra, no probaba el alcohol ni consumía tabaco, estaba siempre en su casa y no miraba

para el lado. Consecuentemente, a estos paseos iba sólo el contingente masculino de la comunidad, que era recibido por su homólogo local, situación que en un mundo cargado a la ternura se estaba volviendo aburrido tanto a los hombres solos como a las damas dejadas atrás. Se le exige más a la vida ahora. Por «amol» y por el puro gusto de «pasear», surgió la modalidad del equipo femenino de fútbol, y todos lo pasan mucho mejor.

Afortunadamente sí, a pesar del alcoholismo galopante observado en Calbuco (ahora llegan tres camiones a la semana cargados de garrafas), es raro ver mujeres borrachas o fumando.

Volviendo a la cancha, es quizás la única en Chile a orillas del mar. Tanto, que algunos tiros desviados deben irse a huscar a nado, y en las mareas sigdadas el agua alcanza el arco norte. A un costado se alza una loma cubierta de nalcas que sirve de tribuna para contemplar el partido contra un fondo de volcanes nevados, ensenadas azules y bosques plétóricos de vida.

El lugar es uno de los rincones felices de Chile. Como por magia se conjuga ahí el suave verdor de los campos con el fulgor de una vía marítima —el canal Chidhuapi— adornada de una rica playa de conchuela blanca, frente a la cual se forma una pequeña bahía donde a menudo recalán barcas veleras y goletas pesqueras. Por su fácil acceso en bote, en esa cancha se celebran en verano las olimpiadas de las islas y los fines de semana pescadores y campesinos practican fútbol.

La playa blanca, conocida localmente como «La Capilla», tiene singular atractivo. Cuando el surazo malea el golfo de Ancud, ahí suelen pasar los navegantes chilotos a preparar su cancató de jurel a las brazas, a diario atraca ahí la lancha pasajera y tendidos sobre su limpia arena algunos adoradores de la naturaleza nos pasamos horas tomando sol a la vista de toninas y avutardas.

Pero ¿qué puede la belleza contra el progreso? En ese lugar idílico quieren instalar la planta procesadora de pescado, con casino para 120 obreras, además de un centenar de enormes balsas-jaulas salmoneas, con sus respectivos perros guardianes, justo frente a la playa y blo-

queando el paso de naves por la bahía. De hecho, la semana pasada ya pusieron la primera balsa-jaula, una mole de plástico de unos veinte por veinte metros, flotando al borde de la playa.

El proyecto dará trabajo, dicen, generará divisas, aseguran, es bueno para la economía, afirman. Y sin embargo, transformar un lugar de esparcimiento en fábrica no es bueno para la gente.

Como en Chiloé no hubo haciendas y el gobierno está algo retirado, sus habitantes — los aguerridos colonos del sur — no han sido bumillados por patrones ni dependen del Estado. Por olvido o lejanía prima la mentalidad independiente; los colonos de Chiloé son una rara estirpe de pequeños agricultores, madereros y pescadores acostumbrados a valérselas por su cuenta. La vida es dura allí, pero no es la miseria de más al norte. Las casas, al menos en la comuna de Calbuco, son buenas y gracias al mar y a la papa, la alimentación es buena. No es una vida fácil porque todo lo de afuera — zapatos, aceite o arroz — es carísimo y cada vez les han ido pagando menos por las papas y el ganado que venden. Pero ahora, que al fin aparece una demanda interesante por los productos de sus golfos y ensenadas, llegan ávidos los grandes consorcios transnacionales a llevarse todo, a convertir a sus hijas en proletarias y a envilecer ese paisaje tan querido por los oriundos como admirado por los turistas.

A todo esto, el mentado progreso se basa casi tanto en los recursos marinos como en el recurso mujer, pues ella constituye más del 70 por 100 de la mano de obra de las industrias pesqueras. Sin ellas, no se podría filetear el pescado ni procesar el marisco.

Además, la industria como sistema de acumulación de capital y de producción no sólo explota determinada materia prima — en este caso la frágil vida marina — y los recursos humanos de una región. Explota también la energía (electricidad, leña o petróleo), el agua que ensucia, el paisaje que estropea, el aire que contamina, la ciencia que acapara para sus fines y la capacidad crediticia del país, que también se la traga en una creciente concentración de capitales.

En forma implacable, la empresa gran-

de supedita todo el ambiente a sus imperativos. La fundición de Ventanas, por ejemplo, destruyó la vida rural de la zona de Puchuncaví y muchos agricultores reclaman de que les arruinó sus campos. Asimismo, para la zona de Rinconada de Nos la instalación de una fábrica de artículos de cobre ha resultado ser nefasta. Sólo en un predio de treinta hectáreas de frutales — el de Diego García de la Huerta — los daños y perjuicios provocados por el anhídrido sulfuroso emanado por dicha industria se estiman en 300 mil dólares. La plantación se perdió entera, junto a la de varios agricultores más, y a menudo el aire es tan irrespirable que los niños de la escuela F-775 no pueden entonar ni la Canción Nacional.

Pero aparte de deteriorar el paisaje geográfico, la presencia de industrias masivas transforma también el entorno humano. Muere la vida rural, con su acervo de transparencia y bondad en las relaciones humanas. La población empieza a buscar las luces de la ciudad, la vivienda se uniformiza, los pueblos chicos quedan para las ánimas, el campo empieza a desdoblarse, los lugareños pierden la habilidad de subsistir por su cuenta, se olvidan las tradiciones de cooperación — competir a muerte es la orden del día — y la vida familiar empieza a ser regida por los turnos de la fábrica. El varón pierde su rol tradicional de rey de lo propio para ser un colaborador del dormitorio que comparte con su mujer e hijos en la población. La mujer, por su parte, en lugar de estar en la casa con los niños, se pasa la mayor parte del día afuera.

Contra esos efectos nefastos del empleo en grandes organizaciones, ha surgido la tendencia de trabajar por cuenta propia. En los Estados Unidos, el número de mujeres propietarias de negocios ha aumentado de 1,9 millones a 3,7 millones en la última década. Según la revista *Time*, las empresas creadas por mujeres, desde la modesta venta de bufandas casa por casa hasta *Liz Clairborne Inc.*, cuyas ventas anuales ascienden a mil millones de dólares, representan un movimiento anual de más de 100 mil millones y le aportan al fisco unos 37 mil millones en impuestos, además de impuestos municipales. Una de las 13

zones citadas para que más y mujeres se estén iniciando, y a menudo con mucho éxito, como trabajadoras por cuenta propia o empresarias independientes, es que les resulta difícil compatibilizar el empleo en firma grande con los horarios de la vida familiar. Se inician por su cuenta como manera de ser dueñas de su tiempo.

Para apreciar el efecto de los turnos en la vida familiar, téngase presente que la industria pesquera paga 48 pesos (el equivalente a cinco cigarrillos) por hora, pero éstas se contabilizan sólo cuando llega la materia prima y empieza la faena, no desde el momento de entrar la operaria a la planta. Esto significa que si a las ocho de la noche, por ejemplo, atraca una lancha con locos, eitan cuadrillas para trabajar de noche y quien quiera mantener su empleo debe acudir a desconchar hasta terminar de procesar esa carga, lo que puede ser a las tres de la mañana o bien al otro día a la una. De ahí, con otra partida entra otro turno, pero si no están recalando pesqueros pueden pasar varias horas y días antes de que vuelva a haber llamado. O sea, son horarios completamente irregulares que impiden anticipar con quién dejar los niños, por ejemplo, y obligan a largas horas de total ocio en la ciudad.

Si además de estos costos humanos, la industria fuera obligada a pagar el aire que contamina, el agua que ensucia y el paisaje que estropea —ya lo ha señalado el economista Schumacher— veríamos cuánto más eficiente es la pequeña empresa. Así como someterse a esa marabunta de bancos y financieras que asolan el país ha resultado ser la ruina monetaria del chileno, dejar a las grandes empresas salir con la suya, como en el caso de los monopolios cerveceros y papelero, no abarata el producto ni garantiza una mejor calidad.

En la llamada «era post-industrial», cuando ya no convencen los beneficios de la producción en masa, que tanto entusiasmo al siglo XIX, la industrialización a mansalva no tiene nada que aportar a la mujer chilota. El hogar del colono —o viviente como le llaman allá— es un pequeño centro de producción presidido por la madre. En ese contexto, cuando la propaganda habla de «dar trabajo», se trata simplemente de impulsar a tra-

bajadoras por cuenta propia, dueñas de casa muchas, a reemplazar el trabajo de casa por el de la fábrica. La dueña de casa, al convertirse en mujer proletaria tiene más dinero líquido, pero también adquiere nuevas necesidades, como vestidos modernos y movilización, que de inmediato absorben su dinero. Como es empleada de una empresa, además tiene acceso a créditos, pululan a su alrededor los vendedores, y pronto termina endeudada.

En otras palabras, no está claro que con la proletarización mejore realmente su nivel de vida. ¿Vive mejor? ¿Tiene más tiempo para sus niños? ¿Mejora su educación? En términos humanos pierde, pues, la posibilidad de vivir su cultura campesina y acelera la desintegración de la familia, además de encontrarse rodeada de la amoralidad y delincuencia de la ciudad.

Indudablemente que el nivel de vida campesino deja mucho que desear, pero se trata precisamente de mejorar la condición humana en su hábitat. No necesariamente es progreso concentrar a la gente en poblaciones y forzarla a depender del sistema industrial urbano, como está ocurriendo ahora en Chile.

En síntesis, más que una cancha, es el hogar tradicional el que está en juego. Introducir en la isla Chidhuapi una industria es desarticular un modo de vida basado en la solidaridad de sangre, el trabajo independiente y la moral cristiana, y donde la casa, en vez de ser un triste dormitorio arrendado, es lo suficientemente amplia para servir de taller, de guardería infantil, de asilo para abuelos, de hostel para parientes pobres y de refugio para pescadores mojados. Es reducir ese mundo de pioneros y soñadores, a una planilla obrera.

A la ciudad las fábricas, donde la gente las quiere, pero urge dejar en el país ciertas reservas de fe en Dios, de apego a la tierra y de tradiciones populares. Tal como se han creado Parque Nacionales con el objeto de preservar especies naturales que de otro modo desaparecerían, Chilote debiera ser un Parque Moral destinado a preservar la cultura, un tipo de personalidad y espíritu comunitario que quizás no vuelva a darse. Si cuidamos la palma de Cocalán y lamentamos la virtual extinción del

cóndor, sería absurdo dejar la minga y el quecún como meros numeritos para el show del Bafona.

No estamos con esto resistiendo por razones sentimentales el progreso, entendido éste como mejoramiento de la condición humana. Se trata, simplemente, de que lo bueno para la industria y el gran capital no necesariamente es bueno para el individuo. La previsión institucional, por ejemplo, la de las millonarias Afp y frondosas Isapres, resulta en la práctica muy inferior a la protección contra todo riesgo brindada por la casa chilota a sus miembros. Mientras las Isapres pueden caducarle el convenio a quien se vea afectado de leucemia, cáncer y demás enfermedades terminales, la familia sureña cuida de los suyos hasta la muerte.

En vez de convertir a los vivientes de una comunidad rural en dientes del engranaje industrial, debiera haber un plan de desarrollo basado en créditos no usurarios para que ellos mismos, con el cuidado con que se trabaja lo propio, exploten los recursos marinos de su comarca.

Incluso en caso de industrias de alta concentración de capital, como el calzado español de exportación, hay alternativas para mantener el trabajo en familia en el campo. En la isla de Mallorca, España, pude ver cómo las grandes empresas exportadoras de zapato en vez de forzar a la mujer campesina a concurrir a la fábrica, con el consecuente abandono del hogar y costos en movilización, reparte semanalmente zapatos a medio armar por los campos y aldeas. Así la madre en su casa, y en el horario que más le convenga, los corta, cose o tiñe según el caso.

En cuanto al otro recurso —el mar— también está mal dejárselo a las grandes empresas, en su mayoría extranjeras. Tal como es en Escocia y Japón, en Chile la extracción de pescado costero y marisco debiera ser un privilegio de los habitantes locales. Los afuerinos, bienvenidos a comprar, pero la naturaleza es demasiado delicada para arrendarla. Ha ocurrido ya con especies —como la ballena y el atún— que terminaron por desaparecer de nuestras costas debido a las prácticas depredatorias de la industria pesquera. La súbita presión interna-

cional sobre el loco y la albacora también hacen peligrar su existencia. Los persiguen demasiadas empresas, de demasiadas naciones y sus avanzadas tecnologías para atrapar en grande no aseguran la preservación del recurso.

Encima, ni la playa ni el mar al frente son propiedad de quienes habitan cerca. Si una empresa quiere concesión de playa o fondo de mar para sus negocios, le basta con ordenar a su abogado que tramite un par de resoluciones burocráticas en el Ministerio llamado de Bienes Nacionales, y en la Subsecretaría de Pesca, organismos ambos ubicados a más de mil kilómetros de los hechos y ante los cuales la comunidad local no tiene representación alguna. De este modo, cuando los colonos mismos aprendan las nuevas técnicas de piscicultura, que consiste en poner verdaderos gallineros de mar, se van a encontrar con que ni frente a su propia casa podrán poner balsas salmoneras porque todas las buenas ensenadas y playas habrán sido cedidas a empresas niponas.

Tampoco hay acuerdo entre las sesenta familias que habitan la isla. Funcionarios de la empresa han prometido hacer una cancha en otro lado. A ciertos colonos les tienta la idea de tener el barullo cerca, y al pobre no se le puede privar de pan por consideraciones estéticas.

La empresa, en cambio, sí tiene claro lo que quiere. Es una enorme sociedad anónima que con energía de dólar y voracidad de chaqueta amarilla ya ha demostrado en otra isla su capacidad de copar ensenadas habitadas. Muchos entusiastas del modelo, especialmente los miembros del directorio, considerarán progreso ver la cancha junto al mar convertida en usina de fileteado. Basta ver cómo las pesqueras convirtieron las riberas de Calbuco en basurales para imaginar las rumas de deshechos pestilentes sobre la playa blanca. De continuarse tal proyecto tendré que irme con mi nave y mis silencios a la punta del cerro o a cualquier otra parte —si aún existe— donde no pueda llegar la gula empresarial.

Si por curiosidad o nostalgia paso algún día por la isla Chidhuapi, quizás en la fila de los obreros reconozca a algu-

no de los jóvenes que iban a ser señores. Entonces ellos también habrán entendido que era mejor una pichanga en cancha limpia a un índice de exportación pasado a whisky.

En cuanto al traslado, del cementerio viejo, no sé a quién le pedirán permiso para correr a los finaos. Pero con o sin permiso del más allá, hasta los muertos deben someterse al progreso.

M. G.

«La muerte es la muerte, no más»

La historia de Humilde García (sesenta años) es tan elocuente como sencilla. En 1973 fusilaron a su padre, en 1976 detuvieron a su esposo y desde abril de 1987 está preso el menor de sus hijos. En septiembre de 1973 Humilde García también fue detenida y, después de un consejo de guerra que no duró más de veinte minutos, viajó desde Antofagasta a Olmué para cumplir una relegación inverosímil.

—¿Cómo fue su detención en 1973?

—Mi marido, Mario Riquelme Muñoz, era diputado, y yo dirigente de los centros de madres de Tocopilla. El mismo día 11 perdí contacto con él y llevé los niños donde mi mamá; me fui a dormir a la casa de una amiga y, al día siguiente, comenzaron a llamarme por la radio. Fui a mi casa y vi que la habían abierto y destrozado. Partí donde mi mamá y, mientras nos tomábamos un tecito, confiada porque no tenía nada que temer, decidí irme al retén de Carabineros. Nunca esperé que me fueran a dejar tanto tiempo presa. Tampoco tenía miedo en ese momento.

—¿Cuánto tiempo estuvo presa?

—Cuatro meses, más o menos, y después cinco años relegada. Estuve inicialmente detenida en la comisaría de la calle Colón, esquina 21 de mayo; después me pasaron a la cárcel y, en uno de esos

viajes, vi a mi padre, que también estaba detenido. El, José García, era el secretario del Partido Comunista en Tocopilla. Lo vi por una ventanita. Me dijo que no me preocupara, que luego nos veríamos fuera.

—Esa no era la primera vez que él estaba en la cárcel...

—Yo tenía catorce años la primera vez que lo relegaron, cuando él era alcalde de Tocopilla. Me acuerdo que un día llegué a almorzar y sentó a mi madre y a sus cuatro hijas a la mesa. Nos dijo que Investigaciones lo había ido a buscar a su trabajo para relegarlo a Pisagua; que estaba libre hasta las tres de la tarde y que, después del almuerzo, vendrían a buscarlo.

—¿Los policías le avisaron antes de llevarse detenido?

—Sí, eran otros tiempos. Fueron a su trabajo e hicieron un compromiso con él. Mi padre salió a hacer trámites bancarios y, en seguida, almorzó con nosotros, muy solemne, muy tranquilo. A las tres llegaron los detectives, vieron como nos despedíamos y se lo llevaron.

—¿Cuánto duró esa relegación?

—No recuerdo bien. Tengo grabado que él estuvo en Parinacota y no olvidó el día que regresó. Todos los relegados de Tocopilla llegaron en un tren a la estación. Había mucha gente y a mi papá lo llevaron en andas hasta nuestra casa, la de los alcaldes de Tocopilla, que

estaba en la calle Sucre. Ahí se concentró la fiesta; llegaban papas, pollos, comida. No le miento que eso duró una semana.

—¿Volvió a ver a su padre mientras estuvo detenida?

—No.

—¿Por qué?

—Porque lo fusilaron.

—¿Cómo?

—Nunca se ha sabido bien. Yo estaba en el presidio del Buen Pastor de Antofagasta, en octubre de 1973. Los lunes teníamos visitas y después nos poníamos a conversar con otras detenidas en una glorieta, cerca de unos claustros que tenían las monjitas. Un día comenzamos a saber que fusilaban gente. Yo saqué mis cuentas; si fusilaron a éste, si fusilaron al otro, también tiene que haberle tocado al papá, que era el secretario del partido.

—¿Pero nadie le había dicho nada?

—Nada, nada..., pero fue como un sentimiento. Las compañeras insistían que no, que mi papá estaba bien, pero yo me puse a gritar como loca y me encerré en mi celda a llorar. Una semana después vino mi madre y, muy entera, quizás para darme ánimo, junto con un sobrino llamado Aliro, me confirmó la noticia.

—¿Eso fue antes del consejo de guerra?

—Sí, porque el consejo fue un mes después. Yo lloré durante tres años la muerte de mi papá, así que del consejo no me acuerdo bien. Sé que fue en Antofagasta, en noviembre. Había unas veinte personas, tal vez en un regimiento. Le prometo que no sé si me hicieron cargos, porque mucho yo no entendí. Se me acusó de ser comunista, pero yo dije que estaba inscrita en un partido legal. Por último, y muy rápido, me mandaron relegada para que rehiciera mi vida, según ellos mismos me dijeron.

—Tengo entendido que usted se vino sola desde Antofagasta a Quilpué, sin vigilancia, sin custodia.

—Fue de nuevo una cosa muy rara. Después de lo que habíamos pasado, después de estar presos y que se me relegara por tres años, me dejaron libre con el compromiso de que llegara antes del 10 de enero de 1974 a Quilpué.

—¿Y cumplió su compromiso?

—Por supuesto. Cuando llegué a Quilpué, preguntando en la calle encontré la comisaría. Hablé con un teniente de la guardia y le dije: soy Humilde García y vengo relegada. El me dijo: «¿Y el papel?» Yo le respondí que no tenía ningún papel, que en Antofagasta no me habían dado nada. Entonces, me preguntó que de qué se me acusaba y yo le dije que no sabía, que era comunista y que me habían mandado para acá a rehacer mi vida. «Bueno, pongámosle eso», me dijo el carabinero y me advirtió que debía venir todos los sábados a firmar.

—¿Usted estuvo relegada por tres años?

—En principio sí, pero después no.

—¿Por qué en principio sí y después no?

—No, al final estuve cinco. En Quilpué, me puse a trabajar de feriante e iba todos los sábados a firmar a la comisaría. Yo tenía claro que mis tres años terminaban el 20 de septiembre de 1976 y unas semanas antes de la fecha yo, medio en serio y medio en broma, le recordé a los carabineros que se terminaba mi relegación. Pero un oficial me dijo: «Señora Humilde, para que usted no tenga problemas, mejor vaya a ver a la Intendencia de Valparaíso su situación, porque de usted nunca nos llegó el papel».

—¿Es decir, que ellos le hicieron cumplir relegación sin tener claro si usted estaba relegada o no?

—Claro, por mi propia palabra, así que partí a la Intendencia. Allí me dijeron que mi caso no existía, que no estaba registrada, así que Humilde García no estaba relegada. Insistí, me tramitaron un poco, pero después me encontraron. Una persona que me atendió me dijo: «Usted no está relegada por tres años, sino por cinco».

—¿Y usted aceptó sin más?

—Sí. Es que en ese tiempo uno tenía que conformarse, no más. Incluso, después, cuando salió la ley de amnistía presenté mis papeles, pero me explicaron que yo no tenía derecho.

—A todo esto, ¿su marido ya había sido detenido?

—Sí. El fue detenido el año 76 pero salió luego. Lo que pasa es que en el año 1987 volvieron a detenerlo. Lo acusaron de infracción a la ley de control de ar-

mas y hace poco que pudo salir bajo fianza.

—¿Y la detención de su hijo?

—Para mí ha sido, tal vez junto a la muerte de mi padre, lo más doloroso que me ha tocado vivir. El es mi regalón y un día llegó con un diario a mostrarme su nombre. Lo habían detenido en Chillán y también lo acusaban de infracción a la ley de control de armas.

—¿Cuándo fue eso?

—Fue en abril de 1988. Cuando yo supe me dio un preinfarto y tuvieron que partir conmigo al hospital. Después puede ir a verlo y conversar con él. Pero es-

tuvo más de veinte días incomunicado y yo sentí la misma impotencia que tuve cuando supe que habían muerto a mi padre. Ahora lo tienen en una cárcel del norte, porque lo pidió un fiscal militar. Realmente, nada de lo que he pasado yo se compara al saber que mi hijo está preso. Cuando supe, tuve ganas de ya-no-más-guerra: de morirme...

—¿Piensa mucho en la muerte?

—No. Lo normal. Para mí, la muerte es la muerte, no más.

(De Apsi)

Dictador en desuso

—¿Cómo cree que pasará a la historia el régimen de Pinochet?

—Contemplando la historia chilena con ánimo sereno, no se puede negar que éste es un gobierno importante, ya sea por lo positivo o por lo negativo. Eso es materia de interpretación. Yo tengo la impresión de que éste es el mayor borrón de nuestra historia. Ninguno de los acontecimientos anteriores, ni la revolución del 91, ni las vicisitudes políticas de 1924 a 1931-32, causaron un trauma tan profundo en el pueblo chileno como ha ocurrido estos años. Desde luego, quienes tenían la autoridad pública durante esos acontecimientos no usaron del poder de forma tan abusiva, tan cruel e inhumana como en este gobierno.

—La violencia política no es un hecho inédito en nuestra historia.

—No inédito, pero en este caso se ha llegado al extremo. Es cuando más se han cargado las tintas con sangre y con negro.

—No todo será tan malo. Por ejemplo, ¿qué rescataría usted de Pinochet como personaje histórico?

—Si usted quiere que le dé mi opinión, me parece que el general Pinochet es un hombre común y corriente, que ha tenido todo el poder en sus manos y que, por lo tanto, sin gran habilidad, ha podido diseñar una política. El que tiene todo el poder puede hacer lo que quiera hasta que éste se derrumba y entonces ya no puede hacer más y termina como figura patética, dando discursos en provincias, ante pequeños grupos, ante caciques, en ramadas por ahí, llevando indiecitos, para decir cosas y barbaridades como las que hemos estado oyendo, que son sencillamente las de un dictador en desuso.

—En una entrevista anterior, hace algunos años, usted afirmó que del régimen no iba a quedar absolutamente nada. ¿No le parece exagerado?

—Bueno, en los aspectos materiales, en lo que respecta a construcción de cosas, obras, eso puede quedar; pero lo importante para el gobierno, su visión de la sociedad, el camino que ha trazado para ella, de eso no va a quedar nada. Ni su régimen político, ni su institucionalidad impuesta.

(De una entrevista al historiador Sergio Villalobos, en *Apsi*, núm. 293, 5 marzo 89.)



HISTORIA

Eduardo Devés

Los que van a morir te saludan: Historia de una masacre. Escuela Santa María. Iquique 1907 (Santiago: Ediciones Documentas, 1988. 220 páginas.)

Nuevas generaciones, nuevos aportes. Es el caso de Eduardo Devés, joven filósofo e historiador. Las primeras cuarenta páginas, «Proyecto para una generación de historiadores», son un denso e interesante filosofar de lo que él entiende por historia y el papel del historiador. Luego entra en el relato mismo de los hechos.

La gran pregunta que Devés se plantea, y transmite al lector es «¿Qué fue esa masacre de la escuela Santa María de la cual tanto se habla y tan poco se sabe? Rehacer el devenir de los sucesos que ocurrieron en la pampa árida y en las casas, calles y plazas de Iquique, ése es nuestro objetivo» (17). Clarifica aún más su pensamiento en la página 37, subtitulada «Para qué ocuparse de una masacre».

En su investigación se apoya en las narraciones periodísticas que aparecieron años más tarde de la masacre, y en libros clásicos que le permiten adentrarse en la vida pampina del período, como *Vida de un comunista* de Elías Lafertte, el informe del Dr. Nicolás Palacios publicado en el periódico *El Chileno* de Valparaíso (el porqué de tal publicación es otra historia), relaciones diarias del conflicto aparecidas en periódicos de la provincia, como *La Patria*, *El Pueblo Obrero*, *El Tarapacá*, Archivo de la Intendencia de Iquique, Sesiones de la Cámara de Diputados luego de ocurrido el suceso, etc. Es decir, Eduardo Devés ha revisado morosa y concienzudamente lo que otros historiadores simplemente omitieron o no se dieron el trabajo de verificar. El autor no ha acep-

tado «prima facie» cualquier información o dato.

Devés realizó un viaje a Iquique (al inicio están sus agradecimientos al Taller de Estudios Regionales) para la búsqueda de mayores antecedentes, y suponemos, visualizar en la geografía nortina, pese a los años transcurridos, el escenario de la masacre o «matanza» como la llamaban los obreros, relacionándola con el término empleado en los mataderos.

El autor analiza cada acción de los huelguistas y se pregunta, conjuntamente con el lector, la razón de ella. Cuando los obreros llegan a Iquique y el Intendente suplente ofrece mediar con los salitreros, aquéllos acuerdan dejar en la ciudad 5 delegados por cada oficina y regresar a la pampa. El ferrocarril pone a su disposición carros planos, los cuales rehusaron utilizar por el peligro que suponía viajar en ellos de noche, y los llamados de solidaridad de los huelguistas iquiqueños. Devés se cuestiona, «Estos últimos hechos: la incertidumbre de la masa, la poca claridad del comité, la inclinación en pro de una u otra opción a partir de simples gritos o llamadas o consignas, nos muestran el nivel en que se encontraba aún el movimiento» (82). Y cuán acertado está en su lógica. Cada pregunta que se hace el investigador, agrega otro nivel de lectura al macizo y bien organizado libro que comentamos.

Tal vez la parte más sobrecogedora, realista, «metahistórica» diría Hayden White, es la narración de la mañana del 21 de diciembre de 1907. Devés nos lleva minuto a minuto a través de su relación, la cual comienza a la 1:30 de la tarde cuando «formaban en la Plaza Arturo Prat todas las fuerzas disponibles de tierra y de mar para la acción» (182) hasta las 3:30 pasado meridiano, en que el general Roberto Silva Renard ordenó «una descarga del piquete del O'Higgins hacia la azotea y por el piquete de la marinería situado en la calle La-

torre hacia la puerta de la escuela donde estaban los huelguistas más rebeldes y exaltados» (191). El lector podrá «ver» aquel 21 de diciembre. ¡Magnífico narra- dor este Devés!

Termina su trabajo, «Las páginas anteriores son mi comprensión y explicación del asunto. No tengo moraleja definitiva con que enseñarles porque ésta no es una fábula (...) He querido invitarlos a un proceso de concientización que se constituya, en cuanto tal, en proceso de autorreflexión del chileno: reflexión sobre su propia historia o retrospectión autocrítica» (210).

Pero no se caiga en una lectura inocente. Agrega a renglón seguido, «Señalaba poco más arriba, cómo determinadas ideas habían dificultado a los huelguistas de 1907 la comprensión del mismo acontecimiento en que se encontraban comprometidos y cómo determinadas actitudes habían impedido obrar con la suficiente eficiencia. Errores y torpezas provinieron de una fuente más o menos común y sobre ella misma se revistieron, de ahí el fracaso del movimiento popular de Tarapacá a comienzos de siglo. En 1973 no fue tan diferente, hoy en día tampoco lo es tanto».

No necesito subrayar el pensamiento de Eduardo Devés. Es tan abierto, claro y diáfano como la pampa salitrera del Norte de Chile.

PEDRO BRAVO ELIZONDO

Orlando Millas

De O'Higgins a Allende. Páginas de la historia de Chile

Madrid, Libros del Meridión, Ediciones Michay, S. A., 400 pp.

Libro de historiador y de político, el presente volumen de Orlando Millas — ministro de la Unidad Popular con Allende — se compone de siete ensayos y un apéndice escritos en diferentes épocas y ante públicos y finalidades también diversos, pero que al reunirlos cobran de repente una gran unidad, que es en definitiva la de las intenciones íntimas del autor, es decir, un gran senti-

do crítico al servicio del pueblo chileno, desde el hoy al ayer y desde el ayer al hoy.

La Historia no es nunca un recreo erudito para Orlando Millas. Trata de conocerla, de interpretarla y valorarla a la luz de la situación actual de Chile, desde la revolución de independencia hasta la época ejemplar de Allende. Para ello se apoya en las investigaciones de los grandes historiadores chilenos, cuya valía y honestidad reivindica, como Vicuña Mackenna y ya en nuestros días Hernán Ramírez Necochea, al paso que vituperara las interpretaciones reaccionarias de otros historiadores del tipo de Francisco Antonio Encina. De manera que casi se puede decir que hay dos libros, o dos grandes temas que se entrelazan, en este libro fecundo: la exposición de algunos momentos estelares de la historia de Chile y la crítica desapasionada, pero constante, de la historiografía chilena en el mismo lapso de tiempo. Yo, como español, siempre demasiado europeo, he aprendido mucho leyendo sus páginas.

El primer ensayo está dedicado a Bernardo O'Higgins. Compuesto a su vez de dos trabajos, uno se titula «La presencia de Bernardo O'Higgins en las luchas sociales actuales» y el otro «El revolucionario». Encontramos en ellos una interpretación progresista de la figura del gran caudillo de la Independencia, cuyos rasgos fundamentales nos da en pocas y lúcidas páginas. Pero a la vez la afirmación de que el Chile de hoy no está solo, porque, aparte la solidaridad internacional, el Chile de hoy que lucha por alcanzar la democracia cuenta con su propio pasado, es decir con O'Higgins y otros grandes como él. La revolución de independencia, no obstante etapas posteriores de ludibrio y vergüenza, sigue viva hoy, luchando codo con codo por la liberación no sólo del amado país, sino de toda la América Latina.

Dos trabajos también están dedicados a Manuel Rodríguez, con el título de «El pueblo en la gesta de la independencia» y «El guerrillero». No se trata de escoger, O'Higgins o Rodríguez, sino de comprender y de amar a los dos. Manuel Rodríguez, de vida breve pero luminosa, encarna al máximo los momentos más dramáticos de la historia temprana de

Chile, y por ello está vivo en las canciones, en la memoria popular, en las luchas de hoy.

Al «antimilitarista Diego Portales» se dedica el tercer ensayo, aquél en que el autor debe emplearse más a fondo para combatir la interpretación reaccionaria, que quisiera hacer de Portales un antecedente del fascismo contemporáneo. No oculta los aspectos negativos que pudo tener el personaje, pero resalta el profundo significado creador, civil y patriótico, de su paso por el poder. La sumisión de los militares a la autoridad democrática fue acaso el mayor legado de Portales. Aspectos negativos habrían sido la superioridad, casi desprecio, con que habla de la sociedad peruana, pero aun así en su disculpa hay que decir que Perú representaba a sus ojos la perduración de las lacras sociales del antiguo Imperio. Portales fue un ser contradictorio, que proyectó en 1837 la invasión de la Confederación peruano-boliviana, y fue por ello asesinado; pero de este hecho no se desprende sin más un Portales de la reacción, sino que su herencia es para Chile eminentemente positiva, creadora de civilidad y de civilización, e incluso el autor llega a rastrear influjos portalianos en la primitiva Sociedad de la Igualdad.

Andrés Bello, el eminente venezolano radicado en Chile, chileno y venezolano a la vez, es la voz de la ciencia, de la conciencia, el periodista de combate, el poeta, el jurista eminente, el autor de la gramática necesaria para que la lengua española se difundiese en toda su plenitud y pudiera ser enseñada y enaltecida desde su nueva posición como lengua nacional. Bello, el filósofo, el maestro, y por todo ello también hoy el antifascista.

José Manuel Balmaceda, nos dice el autor en su quinto ensayo, es la figura culminante del siglo XIX chileno, el que marca la divisoria entre dos vertientes. Balmaceda encarna la burguesía ascendente, la construcción de escuelas, ferrocarriles e industrias, pero también el presidente que intentó en 1891 que Chile fuese dueño de sí mismo, frente al imperialismo británico y sus aliados internos, y fue derrotado, y en consecuencia se suicidó. La acción del ejército contra los obreros, la acción de la

Marina contra la legalidad constituida y contra las aspiraciones de sus propios conciudadanos a una vida libre, y esto al servicio de intereses espurios británicos y alemanes, con la complicidad de banqueros, terratenientes y eclesiásticos, divide en dos la historia de Chile, cada vez más encenagada en la superficie política, pero por ello mismo engendradora de las condiciones para que surgiese un nuevo impulso revolucionario.

Luis Emilio Recabarren, a quien se dedica el sexto ensayo, fue el fundador en 1912 del Partido Obrero Socialista, que cambiaría su nombre en 1920 por el Partido Comunista de Chile. En medio, naturalmente, la revolución rusa. Seis subcapítulos integran el ensayo de Recabarren, en los que se nos ofrece no sólo la historia personal del gran luchador, sino el desarrollo en Chile de la clase obrera, el crecimiento indígena del marxismo-leninismo, las circunstancias del nacimiento y vida ulterior del partido obrero, y en una especie de epílogo la gran novedad del siglo XX: la tempestad social llega a la Iglesia.

El séptimo capítulo está dedicado a Allende, con nueve subdivisiones. Ni que decir tiene, la lealtad del autor por Allende y su memoria está presente en todo momento. El período de la Unidad Popular es estudiado en su marco histórico, lo que para Chile y para el mundo supusieron los mil días de su gobierno, y también el estudio de la economía en la misma época. El resto son notas ocasionales, pero necesarias, al hilo de la jornada. La magnitud del drama chileno hace que sobre él vayan apareciendo continuamente nuevas aportaciones. Orlando Millas recoge alguna de ellas, las comenta o las critica, las sitúa siempre en el plano general de la historia reciente de su país. Así ocurre en el subcapítulo dedicado a Joan Garcés, en el titulado «Las discrepancias surgidas en el seno del gobierno de la Unidad Popular», tema de gran apasionamiento, que comenta algunas publicaciones oficiales de su partido, lo mismo que en el dedicado a las *Memorias* del general Prats, o a un libro soviético sobre la responsabilidad de Kissinger en la tragedia chilena. «El legado de Allende» se titula el subcapítulo final, en el que se hace re-

capitulación de la significación de su figura y de su proyección para el futuro. La grandeza del martirio de Allende se proyecta íntegra sobre el Chile de hoy, algo que seguramente sus verdugos hubiesen querido evitar.

En un apéndice el autor nos ofrece unas páginas sobre la obra del gran historiador Hernán Ramírez Necochea, el hombre que combinó la pulcritud y profundidad investigadora con la pasión revolucionaria, abriendo nuevos campos al desarrollo de una historiografía chilena de caracteres ya universales, y por ello mismo al conocimiento consciente por parte de los mismos chilenos de lo que Chile es y ha sido. Autor también de los que fundan patria.

No hará falta repetir para terminar que estas páginas de la historia de Chile merecen la atención de los lectores, chilenos o españoles o de otra nacionalidad, que quieran conocer el mundo en que viven. La presentación formal es pulcra, pero creo que la editorial nos ha hecho un flaco servicio al no darnos al final un índice por lo menos onomástico. El libro que por sí solo es útil, lo sería mucho más con un buen índice, que facilitase su consulta ulterior.

ALBERTO GIL NOVALES

ENSAYO

Rosalba Campra
América Latina: La identidad y la máscara
(México: Siglo XXI Editores, 1987),
232 pp.

La preocupación por revelar tanto las *diversas* identidades de Latinoamérica como esa identidad *común* resultado del encuentro y fusión de multiplicidades; el papel que en ello ha desempeñado la literatura; los pasos que ésta emprendiera para crear en Latinoamérica una *conciencia de sí* (de la que esa literatura es voz privilegiada): modernismo, novelística de la Revolución Mexicana, vanguardias poéticas, construcciones

narrativas como las de Borges, Asturias y Carpentier en los 40, la culminación de este empeño en la década de los 60 y en las siguientes... Tales son los motivos recurrentes en este libro, que no se postula entonces ni como una historia global de la literatura hispanoamericana según los modelos en uso, ni como un panorama exhaustivo de autores y tendencias. Más bien quiere ser --y es-- «una guía para descifrar una imagen en la que Latinoamérica se busca y se construye a sí misma» (p. 7).

La autora, con penetración y en uso de infinidad de lecturas bien asimiladas y, por sobre todo, lúcidamente interrelacionadas, individualiza los «ejes problemáticos» que le permiten definir constantes significativas en el espacio textual de la literatura latinoamericana. Pero, si bien es cierto que el centro medular de sus inquisiciones lo constituye la producción *literaria* continental, su acercamiento no es hacia una circunscrita «literariedad» de ésta, sino más bien al mundo que la produce y exige. Modalidad perfectamente justificada, tanto por la índole misma del objeto que estudia, como por el propósito que la anima. Por eso la atención de la estudiosa se dirige a la problemática unidad de América Latina —cuyas raíces acertadamente ve en su condición de entidad histórico-cultural permanentemente agredida por tentativas de anulación—. Nuestro continente —se nos recuerda—, accede a la unicidad por el yugo colonial que le impone una lengua, una religión y un orden jurídico-social. Viene luego el desgarrar que le significan la penetración económica británica del xix y el expansionismo norteamericano de este siglo.

Dependiendo de ese estrato económico-social de base surge la condición colonial en la misma conciencia de ser. Se desenvuelve así, explicablemente, una conducta permanentemente *mimética*. Ello explica que la nuestra sea una imaginación «controlada», y que su único rostro aceptable lo constituya el de su *máscara*. Contra tal actitud subordinada se va desarrollando —inicialmente de modo inconsciente, luego de forma muy lúcida—, una obra hecha de rechazos. Toma aquí Rosalba Campra las conocidas propuestas de A. Cándido sobre

las relaciones entre literatura y subdesarrollo, para encaminarlas hacia una clarificación de lo que ha sido «la hue-lla de la realidad en la literatura latinoamericana». De allí una de las tesis centrales del libro: «frente a una subalter- nidad de siglos, hoy Latinoamérica tiende a afirmarse con el ímpetu del pos- tergado que por fin reclama el derecho a decir "yo"» (p. 19 et passim). Es esta definición — se postula —, la que subya- ce a toda expresión literaria y crítica genuinamente latinoamericana. No es descubrimiento de la ensayista éste de que la necesidad de reconocer y afirmar la propia identidad constituye una cla- ve de nuestra literatura. La propia auto- ra se encarga de recordar algunos de los innumerables estudios sobre el tema: los varios y muy difundidos de Zum Felde, *El pecado original de América* de Mure- na, el buen trabajo de síntesis de Abe- llán titulado *La idea de América* (Madrid, 1972) y un largo etc. La originalidad del aporte está no sólo en la revisión inteli- gente y actualizada del asunto, sino tam- bién en el apoyo documental que proporcionan los textos releídos y las va- liosas entrevistas que conforman la se- gunda parte del libro, en que 9 autores contemporáneos — Borges, Bosch, Car- pentier, Cortázar, Galeano, Sábato, Scor- za, David Viñas y Walsh —, responden a las mismas preguntas centrales con las que se ha ido inquiriendo los textos.

En el recorrido histórico a que se so- mete los títulos más representativos de nuestra literatura (con lamentables ex- cepciones como los mistralianos, por ejemplo: *Tala*, *Lagar*, *Poema de Chile*), se los agrupa en unos cuantos ejes temá- ticos ordenados todos en torno a esa as- piración a una centralidad propia que, como respuesta a la marginalidad, se quiere construir desde la conciencia mis- ma de estar situado en la periferia. El lar- go proceso tiene en la Revolución Cu- bana — demuestra la autora —, un mo- mento de viraje: «es como si visible por primera vez para los demás, en cuanto productora de un envidiable fenómeno propio, América Latina resultara también visible para sí misma; finalmente (Rosa- bla Campra lo dice utilizando la famosa expresión de Paz y Fuentes) se ha vuel- to contemporánea del resto del mundo» (p. 22). Con ese evento crucial como

nuevo inicio, la literatura comienza a dis- tanciarse significativamente de paráme- tros axiológicos de matriz europea, abandona su posición de «exótica» pa- ra proponer con autenticidad los elemen- tos con que se va configurando el ser latinoamericano. Importa subrayar lo convincente que resulta — en el trabajo de Rosalba Campra — que más allá de las distinciones más o menos obvias en- tre autores y obras muy disímiles que nos ofrece la literatura latinoamericana contemporánea, ésta muestra una «ana- logía de actitudes» muy bien detectadas y analizadas por la ensayista.

No corresponde a una nota informa- tiva como ésta reseñar todos los mu- chos aportes que, en aspectos concretos, nos entrega en rica síntesis la estudiosa argentina. Conformémonos con enumerar los puntos centrales que ella desarrolla y que, al ser sometidos a penetrante escrutinio, ofrecen una ima- gen coherente del desenvolvimiento de una literatura. Esta, al no ser enfocada así, suele mostrársenos — en los manua- les al uso —, desperdigada en nombres y títulos sueltos, sin relación orgánica entre sí o, lo que es quizás más grave, sometida a intentos de agrupación y or- denamientos que muchas veces por su mismo excesivo rigor terminan por ser inoperantes. Aquí no: desde la literatu- ra del indio, del gaucho y el inmigrante (a los que la ensayista denomina «los ar- quetipos de la marginalidad»), hasta la mirada que sobre nuestra literatura diri- gen hoy en día «los otros», se revisan; las viejas tesis de «civilización y barba- rie»; los recientes intentos por llegar a fundaciones míticas en espacios escri- turales — Santa María de Onetti. Macon- do de García Márquez —; la prolongada certeza de que la nuestra es realidad «maravillosa»; la preferentemente riopla- tense inclinación hacia «lo fantástico»; «lo real espantoso» de la violencia ins- titucionalizada en nuestras sociedades y una literatura que la expresa según la especificidad de sus códigos; la histo- ria ya demasiado larga de los sucesivos exilios y su extremo: el de autores «de- saparecidos»... Repito: mérito grande del estudio está no sólo en la relectura ac- tualizada a que se somete viejos y re- cientes temas que han preocupado a la crítica de la literatura latinoamericana,

sino en la visión coherente que del desarrollo de ésta logra proporcionársenos. Quede claro, entonces, que este ensayo no es uno más entre los que la avalancha editorial de los últimos años nos ha sometido, sino un título de esos que sí resulta legítimo calificar de «imprescindibles».

MARCELO CODDOU

RELIGION

Humberto Lagos Schuffenegger **Crisis de la esperanza**

Santiago, Ediciones LAR, 1988,
289 págs.

Como culminación de una etapa en sus investigaciones sobre la religión en el actual contexto socio-político, puede considerarse esta reciente obra de Humberto Lagos. Líder bautista y abogado de la Vicaría de la Solidaridad, el autor tiene un neto compromiso con la democracia y los derechos humanos. Vivió el exilio y lo ha estudiado a fondo. Pero su preocupación principal lo lleva al examen del universo evangélico chileno, que representa ya cerca del 15 por ciento de la población del país, con un grado de observancia religiosa superior al detectado en la mayoría de los católicos.

Hace unos diez años Lagos, experto en sociología religiosa, inició esa línea de trabajo, a veces en coautoría con otro especialista, Arturo Chacón. Sus resultados han sido de indiscutible valor. Así lo demuestra su libro *Crisis de la Esperanza*.

Antes de Lagos (y Chacón) los protestantes chilenos no habían sido estudiados científicamente, exceptuando el trabajo que sobre el pentecostalismo realizó el suizo Lalíve D'Espínay, a fines de los sesenta. Era hora, por lo demás, que apareciera esa preocupación. El país tiene una pluralidad religiosa que debió asumir hace ya tiempo. Existe conciencia de que la igualdad entre los creyen-

tes constituye una válida exigencia democrática.

Dentro del variadísimo panorama del protestantismo, destacan por su número y particularidades los pentecostales, cuya religiosidad alimenta una suerte de corriente popular, fervorosa y atomizada en centenares de iglesias.

Entre ellos el régimen militar pretendió encontrar apoyo masivo en busca de una «legitimidad supletoria», a falta de la que le negaba la Iglesia Católica con su crítica tenaz a las violaciones de los derechos humanos y la polarización de la riqueza. El Consejo de Pastores de las Iglesias Pentecostales dio su apoyo explícito a Pinochet, lo que confundió y produjo indignación en no pocos evangélicos.

Cruzados por rencores históricos en contra de la jerarquía católica que los combatió duramente; con una concepción estrecha de la religión que los lleva a respetar la autoridad por el solo hecho de que ésta lo sea y al abstencionismo ante lo contingente; portadores de sentimientos anticomunistas de fuerte raigambre misional norteamericana, muchos pentecostales — y también fieles de otras denominaciones — se mostraron en su momento partidarios de Pinochet. Este, por su parte, no trepidó en utilizarlos, buscando dar una base moral a sus políticas represivas.

«Es la violencia que se disimula, se personifica tras la máscara de lo sagrado pretendiendo carta de ciudadanía legítima en una sociedad en que la fascinación de lo sagrado es convocante por concomitancia», dice Humberto Lagos. Y agrega: «Los gestores y sostenedores del proyecto político castrense chileno, reconocen (o atisban o perciben) el peso del campo de lo sagrado, entendido como el que impone y domina al ser humano y a la sociedad. Ellos pretenden "ofrecer" su violencia en carácter de purificatriz, proyectándola, disimulándola al nivel de las legitimaciones indiscutibles: aquéllas instaladas en el dominio mágico de lo divino».

Esa manipulación compartida — a Pinochet le interesaba y a los pastores pentecostales del Consejo también les parecía estimulante esta nueva relación con el poder — es el tema medular del

libro, subtulado «religión y autoritarismo en Chile». Para abordarlo se remite documentadamente también a consideraciones históricas, de política y religión, que alcanzan a la Iglesia Católica, aunque centra su interés en el período 1973-1987.

Riguroso, con lenguaje franco, Humberto Lagos descubre los pasos de ese acercamiento. Y las dificultades que encuentra. Una minoría evangélica, de fuertes convicciones religiosas y morales, se opuso desde el primer día a la persecución y la muerte. Rechazó la violencia «purificadora» supuestamente expresiva de la voluntad de Dios. Asistió a las víctimas y levantó la demanda de los derechos humanos. Inclaudicable, esa posición fue dando frutos en sincronía con el cambio que sufrió el país y el ascenso de las movilizaciones populares. Surgió la Confraternidad Cristiana de Iglesias, en 1984, y se produjo un hecho sustantivo al interior del protestantismo. El Consejo de Pastores perdió ascendencia y el propio régimen pareció disminuir la intensidad de sus maniobras.

Lagos constata que «acceder a la propiedad de las legitimaciones simbólicas "indiscutibles" implica la tarea de asimilar a los portadores de las legitimaciones, y en ello el régimen y su proyecto de dominación no han tenido éxito».

El libro que comentamos trasciende holgadamente lo episódico de estos días. Es un aporte notable a una temática cada vez más importante. Los factores religiosos han influido y continuarán influyendo con solidez en la busca de una sociedad basada en la ética al servicio del hombre. Que avanza en medio de peligros que pueden hacerla retroceder, pero que no impiden en definitiva su marcha.

HERNAN SOTO



CINE

Jacqueline Mouesca
Plano Secuencia de la Memoria de Chile. Veinticinco años de cine chileno (1960-1985).

(Santiago de Chile: Ediciones del Litoral, 1988. 204 páginas e ilustraciones.)

«Plano secuencia: Acción más o menos extensa, filmada en una sola toma. Incorporada en la película, constituye en sí misma una unidad dramática de la narración.»¹ Con este título, Jacqueline Mouesca nos introduce a un fascinante tema y asunto que abarcan un período generacional. En las palabras preliminares, aclara dos conceptos, generalmente ignorados por los especialistas y críticos, «Este libro no pretende ser una historia del cine chileno», y «En este libro no abundan las teorizaciones (...)». Es decir, no fue escrito para especialistas, sino «pensando en un público muy amplio (no olvidemos que el cine es, casi por definición, un espectáculo para grandes masas)». Ojalá que sus palabras no caigan en saco roto. Quien comenta este libro, obtuvo su educación cinematográfica en las matines de domingos, la lectura de la a veces vilipendiada revista *Écran* y uno que otro curso sobre cinematografía. Cumple entonces con los requisitos exigidos por la autora.

El entorno socio-histórico nos da la pauta necesaria para insertar los ocho capítulos: I. Antes de los Sesenta. Sergio Bravo: cineasta de transición. II. Los años sesenta: Aldo Francia. Helvio Soto. III. Los años de la Unidad Popular. IV. Patricio Guzmán: el cine de Allende. V. Miguel Littin: la apertura latinoamericana. VI. Raúl Ruiz: un cine sin fronteras. VII. Los años del exilio. VIII. Los años de la dictadura y un Apéndice: Chile visto por los cineastas extranjeros. Agréguese un «Índice de nombres», herra-

¹ *El Abecé del Cine*. Lucía Carvajal, Gladys Pinto, Musia Rosa Lobo, Mariano Silva. Santiago: Ed. Amadeus, 1985.

mienta valiosísima para el lector-investigador y se tendrá un primer plano del libro.

Todo lo que Jacqueline Mouesca asevera está corroborado, pero más importante aún, su voz en off acompaña el relato pues ella ha sido testigo de los veinticinco años que comenta. Los nombres que ha seleccionado, Bravo, Francia, Soto, Guzmán, etc., le sirven de magnetos para atraer otros y conformar el catálogo de quienes han impulsado el cine chileno en este cuarto de siglo. Las entrevistas realizadas, el conocimiento directo de los filmes, su asistencia a innumerables festivales, le permiten entregar un cúmulo de informaciones que no sólo historizan la narración, sino agregan el dato directo y personal que explica el método de trabajo de un director: «Nelson Villagra, cuenta así su trabajo en ella (*Colonia penal* de Raúl Ruiz): No había un guión previo. Raúl me dijo un día: Quiero que me hagas una gauchada; estamos haciendo una película y me gustaría que hicieras algo en ella, aunque todavía no sé exactamente qué» (117). Nada diferente al modo de operar de otros directores, como el archiconocido caso de Michael Curtiz con *Casablanca*, por citar un ejemplo.

La estada en Francia de Jacqueline Mouesca por varios años, le permitió conocer de cerca los entretelones políticos de la aceptación o rechazo de la labor desarrollada por nuestros cineastas en el exilio. La producción realizada en los países europeos, Canadá, Estados Unidos, y América Latina, es no sólo impresionante, sino una estadística que justifica el trabajo realizado por Jacqueline Mouesca: «En diez años de exilio los chilenos hicieron un total de 178 films, cifra que es muy superior a cualquier período igual anterior de la historia del cine chileno. La cantidad es alta, pero además es alta la progresión: una película en 1973, seis al año siguiente, quince el 75, trece el 76, catorce el 77 y dieciocho el 78. En los años siguientes, la cifra ya no baja de los veinte films: veintitrés en 1979, veinte en 1980, otro tanto en 1981, veintidós en 1982 y veintiséis en 1983» (pp. 143-44). Aunque la mayoría son documentales y la temática se defina como «cine de la resistencia», es indudable la capacidad creativa

de los cineastas chilenos. ¿Qué no podrían realizar en su país de origen, si además de la consabida libertad, existiese una amplia política cinematográfica!

Decir que el libro de Jacqueline Mouesca es un aporte valioso para el conocimiento del cine chileno en lo que va de 1960 a 1985, es reconocerle mérito a un trabajo concienzudo, de años, y sobre todo de entrañable amor a la tierra, visto como un plano de secuencia.

PEDRO BRAVO ELIZONDO

POESIA

Gonzalo Santelices
Descenso a un aguafuerte atribuido a Piranesi
Barcelona, Plaza & Janés, 1988.

Una forma de conjurar las alienaciones del exilio, ese momento de desgarrar y de asentamiento, de lamento y además de necesaria nueva ocupación de un espacio que es ciertamente la realidad efectiva, material, física y psicológica del exilio es el acto de escritura. También la escritura es abandono del espacio circundante e inscripción en un espacio nuevo, físicamente la página en blanco, pero efectiva y realmente también el espacio ficticio, el espacio imaginario, temático de su escritura. Esto explica cierta necesaria adicción a la escritura en la conciencia exiliada, porque el acto mismo, implícita correlación, le procura ya un alivio, una neutralización conmutativa, más aún cuando el mundo nuevo que ésta le propone es el mismo de su asentamiento efectivo. Pero la escritura presenta otras opciones: a) El «mundo nuevo» puede ser aquel del que se ha sido desgarrado, la conciencia se rehúsa a abandonar el espacio nativo, persiste en la nostalgia. En algunos casos ésta suele ser sólo una primera fase, en otros casos se transforma en una suerte de autofagia: el autor se alimenta de su propia creación anterior. b) La

otra alternativa, que también puede ser solamente una segunda fase personal, es la ocupación del mundo literario nuevo con el mundo circundante, con la nueva habitación, la habitación anfitriona. c) Una tercera sería la ocupación del mundo imaginario con opciones culturales, libresca, literarias o de otra índole, que no hayan sido antes preferencias temáticas del autor.

El mundo referencial en cualquiera de estos casos, y que opera como antecedente, es a nivel discursivo una suerte de palimpsesto.

La aceptación material y escritural de esta tercera alternativa tiene que ver, en el libro que comentamos, con el hecho de que la escritura misma sea una suerte de exilio y que se complementa con una opción que se observa muy frecuentemente en algunos textos, cierta preferencia por el mundo mediterráneo: itálico, romano o griego. Se entiende culturalmente que ahí está el origen del exilio como experiencia, como estigma, como condena; pero también como problematización vital: de Homero a Virgilio, de la Biblia a Kavafis, un autor frecuentemente citado.

Las referencias culturales mayoritarias son europeas: tanto el repertorio genérico y subgenérico que se invoca: oda, epigrama, coda, alegoría, retrato, elegía; como las figuras: Ciro, Costafreda, Quincey, Dunsany, Kavafis. Los excepciones son Carlos Williams Williams (pág. 56) y dos poemas con alusiones niponas: haiku y bushido, y que pudiendo provenir de la imaginería modernista pertenecen hoy al repertorio trivial, vía James Clavell. Las referencias no son ni gratuitas ni afectadas, ellas delatan la formación europea del autor, pero a la vez son cifras problemáticas de su tema central: esta operación verbal que hace de la vida poesía y de la poesía preconciencia de la muerte. Esta es su zona temática, su umbral y que se reviste correlativamente con otras significaciones que insinúan alegóricamente este centro temático. El umbral entre vida y muerte es aquí la escritura, la escritura como umbral de otra vida o de la muerte. En el sentido el umbral tiene el carácter de una revelación, de un acto que si bien es está ritualizado requiere de ciertas condiciones, a la vez que se entiende co-

mo embargado, amenazado. Esta zona de umbral como una zona de indecisión tiene como consecuencia que los poemas no puedan entenderse en definitiva como optimistas o pesimistas y que el resultado al que conduce provoque entusiasmo o decepción; se trata siempre de una mera constatación, si no ambigua, variable, de poema en poema. Tampoco la lectura lineal conduce a un resultado, puesto que el poema final aconseja:

*(Llegado este punto el autor aconseja
espabilar la linterna
desandar lo andado
y situarse como en el inicio.)
(Descenso..., pág. 80)*

Otra oposición correlativa de vida y muerte es visual: luz y sombra, pero aquí no como alegoría ilustrada del conocimiento o como correlación de estados de ánimo como en Huidobro, sino conforme a cierta modulación plástica, preferencia del autor, pero también como cierta adhesión mediterránea y que es común con otros poetas chilenos en términos de principios estructuradores condicionados, allí sí, por experiencias itálico-mediterráneas: me refiero a Waldo Rojas y a Federico Schopf. La luz no es más que un requisito que subraya la presencia en plenitud de las cosas.

Tanto culturalmente, lingüística como poéticamente el autor se ha desprendido de Chile. No hay referencias culturales ni tampoco poéticas, ya sea con epígrafes o citas, relativas a la tradición o al sistema poético chileno. Incluso el lenguaje muy claro y conciso, no recurre en términos de jerga, de tecnicismos o de uso standard jamás a un uso que podamos filiar como chileno. Esta no es una constatación que tenga el carácter de un reproche chovinista, sino como una medida consecuencial del exilio, de una generación que se ha formado fuera. En esto difiere de Waldo Rojas y de Schopf, en los que encontramos siempre huellas de la tradición poética chilena, así como ciertos usos alusivos o antipoéticos que permiten filiar su pertenencia a esa tradición. Santelices nació en Santiago de Chile, 1962, pero vive desde los quince años en España don-

de ha publicado ya cinco libros, seis con éste, premiado además con el Premio Miguel Labordeta, 1987. También todos los otros libros han sido premiados, lo que constituye un récord de precocidad y de ediciones.

En cierto modo su poética es un anacronismo, pero ya sabemos que el anacronismo es también un rasgo de la posmodernidad que, como el modernismo, hace suyas otras épocas, si no todas ellas, conciencia ahora sí de que todo está dicho y que sólo cabe variar. Otro rasgo es que el sujeto que escribe se entiende como escritor, no desaparece tras o en lo que escribe, hace presente el lugar de trabajo y las condiciones de trabajo, se trata de remarcar el carácter casi profesional de su escritura. Su poética tiene algo en común con el primer Huidobro: «El poeta presenta el caso de una necesidad de vivir otro mundo» (Huidobro, *Obras Completas*, I, Santiago de Chile, 1976, pág. 875), pero aquí más como la problematización de exponer o no la vida, de dejarla o de proponer otra y que es en algunos casos la muerte. Más clara es la noción de pálpito y temblor relativos a la escritura y como figuración simbólica de su carácter de revelación:

Oficio de tinieblas
Por qué exponer la idea
a la servidumbre del papel.
No es suficiente el temblor, el pálpito
que deviene a la súbita revelación in-
terior.
En la página expira gozoso el bebedizo.
(Descenso..., pág. 30.)

El poema expone programáticamente la importancia que se le concede al acto de escribir, se prefiere el hecho de escribir, no la consecuencia material, sino su opción trascendental, de umbral entre vida y muerte. Poesía es decir, pero también recusación del decir; actualmente más que exponer las grandes cualidades o ventajas del lenguaje, nos expone y enseña o nos debe enseñar también a desconfiar de él. El despliegue léxico, su uso certero aquí remarca lo primero, aunque el mundo expuesto sea algo turbio, un acto defectivo, simple revelación de la muerte y de la na-

da; queda el acto de escribir como una experiencia gozosa, un atributo ejemplar, un aspecto que lo vincula con Huidobro. Un ejemplo de la eficacia léxica, pero también de sus constelaciones temáticas aludidas por los semas léxicos de la palabra es «bebedizo». Se opta por una palabra peninsular y no quizás por el más usado «brebaje» o el más técnico «pócima»; pero así, aparte de su posible sentido figurado de connotar quizás la «tinta» o algún otro fluido poético, se activan todas las acepciones de la palabra bebedizo que significa en general bebida, pero: a) potable; b) medicinal; c) afrodisíaca y ch) venenosa, con lo cual se genera también a nivel de la unidad léxica una relación especular ampliada de los temas vida y muerte, luz y sombra. Coherencia ejemplar de estos textos que corren por ello el riesgo de no poder ser superados.

WALTER HOEFLER

Fernando Quilodrán
Poemas

Ediciones Literatura Americana Reunida (LAR), Santiago, 1988.

Este libro, el último que ha publicado el novelista y poeta Fernando Quilodrán, lleva simplemente por título *Poemas*. Esto podría indicar una exagerada modestia. También podría indicar, por otra parte, una vanidad diabólica.

La lectura de los propios poemas, y del prólogo, con su estilo descriptivo científico, de apariencia pedante y de intención irónica, conduce más bien a preferir la primera hipótesis, siempre que se tome en cuenta que la modestia no excluye una clara conciencia de lo que se ha alcanzado en el dominio de la materia y de la forma poéticas. En este caso no es poco.

Pero citemos partes del prólogo que, aunque en definitiva no dice nada sobre el libro, dice algo sobre su autor.

«El Prólogo es una parte importante de todo libro. También lo es la portada, cuya misión es noticiar del contenido, o sea de la obra misma. Si usted ha muer-

to y la "posteridad" lo tiene por merecedor, se le agregará un cuarto componente: las "notas", que informarán al lector y al estudioso sobre la historia particular de esa obra, así como de los cruzamientos y relaciones de su vida y trabajo, y de su lugar en el marco histórico en que usted, sus obras y sus personajes transitaron.»

«El Prólogo, como género — continúa Quilodrán — puede asumir distintas formas. Una muy frecuente es la de *Prólogo de favor*, que es cuando un autor más célebre o más viejo le regala a usted algunas cuartillas en las cuales no necesariamente se tratará de su obra, pero sí puede hablarse de usted "en tanto persona", o de sus padres, o de circunstancias o referencias... Estos prólogos de favor, lo son *recomendativos*. El prologuista, en nombre de una antigua amistad o de compartida bohemia, *recomienda* la lectura de esa novela, poemas, etc. Otra forma de Prólogo es el crítico, o *erudito*, en el que generalmente...», etc.

En definitiva, el autor termina por confesarse derrotado, al término de su Prólogo, que no es tal, sino una disertación *tongue in cheek*, como dicen los ingleses, sobre el Prólogo como género, y se presenta indefenso, así lo dice, ante la mirada del lector, que espera sea comprensiva.

Esta entrada en materia puede desconcertar a quien se apreste, luego de ella, a encontrarse con una poesía esencialmente humorística. Por supuesto que el humor está presente y es un componente importante de estos poemas, pero sentimos su contenido como esencialmente trágico. Como una desgarrada meditación en torno al exilio, a la suerte de Chile, el de hoy, al amor, al tiempo inexorable, a la soledad.

Digamos, desde ya, que ésta nos parece una gran poesía. Incluso con mayúsculas: Una Gran Poesía. Y no es poco decir, cuando se dice en serio y después de frecuente lectura de la que hoy se produce en Chile.

El poeta Eduardo Anguita, que recibió el pasado año el Premio Nacional de Literatura, declaró que «recibir un premio de poesía en Chile es casi como recibir un premio de poesía mundial. En todo el

mundo de habla castellana se sabe que la mejor poesía moderna es la nuestra».

La afirmación es discutible y será discutida, como todas las que pretenden establecer hegemonías o primacías en materias artísticas. Habría que tomar en cuenta, antes de emitir semejante juicio, la caudalosa y esplendorosa poesía que se escribe en Nicaragua. Y posiblemente otras que ignoramos.

Dicho lo cual, nos atrevemos a insistir, no en términos de parangón o de superioridad deportiva, que efectivamente en Chile está naciendo una poesía de extraordinaria riqueza y profundidad, cultivada por un número realmente notable de poetas de gran talento. Baste recordar a Gonzalo Millán, Raúl Zurita, Enrique Lihn, Mauricio Redolés, Nain Nómez, Omar Lara, Hernán Miranda, Armando Uribe, José María Memet, muchos más.

Hay que agregar el nombre de Fernando Quilodrán, con plena dignidad y justicia, como el de uno de los cultores más ilustres de ese deporte nacional. (García Lorca dijo una vez que «la poesía es un deporte para iniciados»). Su nombre y su obra sólo son conocidos por especialistas y colegas. Recordemos, por eso, que en 1972 ganó el Concurso Carlos Pezoa Véliz de la Sociedad de Escritores de Chile con su poemario *Los materiales*, que fue incluido en la antología *Poesía 72* de la editorial Quimantú. Más tarde, en Holanda, donde pasó diez años de exilio, publicó otra colección de poemas, más amplia, bajo el título *Había una vez un pueblo*. También en ese país debutó como novelista con *Los organismos del tiempo*. (Editorial Kalamiteit, 1983). En Madrid, Ediciones Michay le publicó en 1985 otra novela: *Vitales mereciéndolo*.

El regreso a Chile, en aquel mismo año, le produjo una sacudida profunda, de la que son testimonio varios de estos poemas y muy especialmente, el titulado «Elegía», que comienza así:

*Morir en Chile, en este 86 que no quiere quedarse,
demorarse como si fuera un siglo
en vez de un año,
morirse y no «arribita a la izquierda»,
[en el cuerpo C del
Mercurio,*

sino anónimo, o casi, viene siendo, a
 [pesar de todo,
 una de las cosas más baratas del
 [mundo.
 Tan barata, que el poeta no entiende
 [cómo a los de Chicago
 no se les ha ocurrido aprovecharle las
 [«ventajas
 comparativas»:
 vaya a morir a Chile,
 vaya a morir por pocos dólares
 a Chile.
 Muere arrancando de ellos, frente a la
 [Biblioteca Nacional,
 el muchacho que clandestinamente
 [desparrama sobre la
 fría acera
 los clásicos de siempre: le trae el Dan-
 [te, le trae,
 la Divina Comedia y Thomas Mann, le
 [trae,
 y Neruda con las Alturas de Macchu
 [Picchu todo por cien
 pesos,
 le trae.

El poema titulado «Volveremos» resu-
 me, con la especial musicalidad y mel-
 lancolía de Quilodrán, el sentimiento del
 exiliado, su costumbre de tristes aniversa-
 rios, pero finaliza con una nota de afir-
 mación:

Como se sabe, hay cinco puntos car-
 [dinales:
 norte, sur, este, el oeste y aquí.
 Aquí, es el centro de uno mismo,
 nudo de los mil hilos del tapiz de la
 [vida.
 Aquí, es donde se encuentran todos
 [los que me han sido.
 Yo estoy allá en este lugar
 hermoso de canales y con el sol aprí-
 [sionado
 en las al viento cabelleras:
 y a cinco años de aquel once de sep-
 [tiembre
 opino que estoy bien, muy bien, ver-
 [daderamente bien.

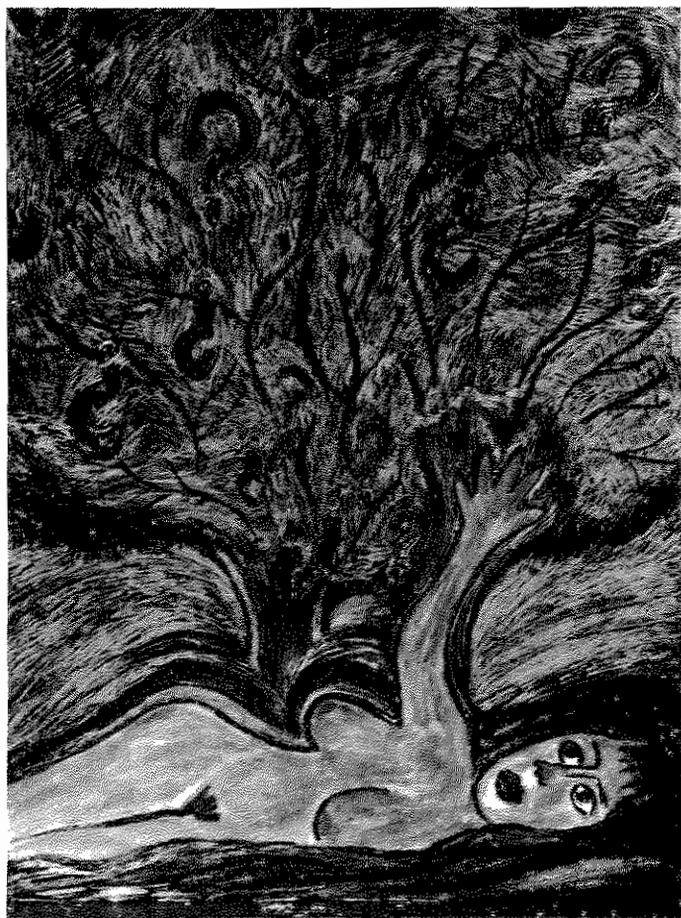
Es cierto que la cordillera en las ma-
 [ñanas... pero
 es asunto de mis ojos, yo estoy muy
 [bien;
 y que el Pacífico y sus olas, el sonido
 [en las rocas
 de la sal poderosa... pero son desvia-
 [ciones,
 falible oído, blando olfato, corruptibles
 [sentidos:
 en lo que a mí respecta, yo estoy bien.
 Es curioso, y me inquieta, lo que ocu-
 [rre en las tardes,
 (creo no ser el único, pues yo estoy
 [verdaderamente bien):
 al presentarme ante el espejo de ob-
 [jetivo rectángulo,
 prescindente, distante, ensimismado,
 imparcial o quizás resignado,
 me cuesta verme yo.

En fin, sobrecoge por la intensidad de
 la emoción, que es a la vez paterna y
 amorosa, canto al hijo y a la mujer, an-
 te el misterio del mar, tan solo, el poe-
 ma «Monasterio del mar», que termina
 con este mensaje, portador de una inex-
 plicable declaración:

Solo, el mar. Solo.
 Porque ignora que su voz ya no forma
 [sino el rumor del
 tiempo,
 que no palabras, niño, mujer, amor,
 que no palabras.
 Os he hecho demostración de él, amadlo,
 Amadlo mucho, es solo, es solo el mar,
 amadlo, amadlo, es solo, es solo, es
 [solo,
 el mar.

Saludemos, pues, en Fernando Quilo-
 drán a una voz poderosa de la podero-
 sa poesía chilena de este tiempo. Y
 quedemos esperando sus nuevos poe-
 mas y/o novelas con su toque profundo.

JOSE MIGUEL VARAS



En nuestros números anteriores

N.º 43:

El general Pinochet en los infiernos (Manuel Vázquez Montalbán) / *No hemos venido a enterrarte, Pablo* (Radomiro Tomić) / *Cultura y política* (Orel Viciani) / *En el país prohibido* (Volodia Teitelboim) / *La guerra que nos concierne a todos* (Carlos Fuentes) / *Colombia alucínate* (Juan Jorge Faúndes) / *La originalidad del pensamiento de Mariátegui* (Jaime Massardo) / *Relaciones chileno-soviéticas. Un capítulo de su historia* (Hernán Soto) / *César Vallejo: Cincuenta años después* (Alfredo Pérez Alencart-José Antonio Bravo-Rafael Arenas) / «*Actas*»: *entre la memoria y el sueño. Conversación con Patricio Manns* (Juan A. Epple) / «*Azul*»..., *Darío en Chile* (Fernando Alegría) / *Los «Cantos» darianos como conjunto poético* (Jaime Concha) / *Los años de la esperanza. En torno a una conversación con Inti-Ilumani* (Luis Cifuentes) / *Poemas* (Carlos y Guido Decap) / *Marta. Capítulos de una novela* (Rafael Arenas). *Crónicas* / *Notas de lectura.*

N.º 44:

El precio del cambio (Alfredo Bryce Echeñique) / *Línea de fuga* (Carmen Castillo) / *Vieja y/o nueva mentalidad* (Sergio Vusković) / *Por una doctrina militar democrática* (Patricio Palma) / *Política de las armas y fantasías estratégicas en Chile y Latinoamérica* (Hernán Soto) / *El ejército en la política chilena: 1886-1925* (Juan Contreras) / *Orígenes del socialismo chileno* (Eduardo Devés) / *Caminos para la conquista de la democracia en Chile* (Luis Maira) / *La Iglesia y la doctrina de la seguridad nacional en América Latina* (Mario Boero) / *Estructura de la impotencia* (Eduardo Galeano) / *Uruguay hacia fines de los ochenta* (Ricardo Moreno) / *Uruguay: resistencia y después* (Graciela Mántaras) / *Dulce Patria americana. Conversación con Luis Advis* (Mauricio Decap) / *Pequeña antología* (Gonzalo Millán) / *Schopf o la modernidad* (Grinor Rojo) / *El cardenal de la justicia* (José Miguel Varas) / *Los libros tienen sus propios espíritus* (María de Velasco) / *Notas de lectura* / *Notas de libros.*

Pedidos de suscripciones y ejemplares sueltos

EDICIONES MICHAY, S. A.

Calle de Arlabán, 7. Tel.: 532 47 58. 28014 Madrid (ESPAÑA)



SUSCRIPCIONES 1989

Al cabo de más de once años
de trabajo ininterrumpido en el exilio

araucaria

de Chile

anuncia su traslado a Chile

En 1990 su redacción se instalará en Santiago
y proseguirá allí su labor al servicio
de la cultura chilena democrática

¡Ayúdanos a instalarnos en nuestro país!

Renueva de inmediato tu suscripción y consíguenos
nuevos suscriptores

Dirígete a tu agente habitual o escríbenos rellenando este
cupón y enviándolo con cheque o giro postal:

EDICIONES MICHAY, S. A. / Arlabán, 7, of. 49
28014 Madrid (ESPAÑA)

Nombre

Dirección

Ciudad y país

Precios (en US. \$)

	<u>Ejemplar</u>	<u>1 año</u>	<u>2 años</u>
Europa y América del Norte	10	35	65
América Latina	7	25	35

Disponemos también de Bonos de Ayuda a la revista:
una tarjeta que reproduce en colores un fragmento del
cuadro *La tentación de Hernán Cortés* del pintor uru-
guayo José Gamarra. Adhesiones voluntarias por 20,
50 y 100 dólares.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME: <http://www.archivochile.com> (Además: <http://www.archivochile.cl> y <http://www.archivochile.org>). Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a: archivochileceme@yahoo.com y ceme@archivochile.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata.](#)

© CEME web productions 1999 -2010 